PIERRE VILAR

INICIACIÓN AL VOCABULARIO DEL ANÁLISIS HISTÓRICO

Libros de Historia

Crítica

PIERRE VILAR

INICIACIÓN AL VOCABULARIO DEL ANÁLISIS HISTÓRICO

Traducción castellana de
M. DOLORS FOLCH

CRÍTICA
BARCELONA

1.ª edición: febrero de 1980
2.ª edición: octubre de 1980
3.ª edición: noviembre de 1981
4.ª edición: noviembre de 1982
5.ª edición: octubre de 1991
6.ª edición: mayo de 1999

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Diseño de la colección: Joan Batallé

© 1980: Pierre Vilar, París
© 1980 de la traducción castellana para España y América:
EDITORIAL CRÍTICA, Barcelona
ISBN: 84-7423-960-5
Depósito legal: B. 22.076 - 1999
Impreso en España
1999. - HUROPE, S.L., Lima, 3 bis, 08030 Barcelona

PRÓLOGO

Siempre he soñado con un «tratado de historia». Pues encuentro irritante ver en las estanterías de nuestras bibliotecas tantos «tratados» de «sociología», de «economía», de «politología», de «antropología», pero ninguno de historia, como si el conocimiento histórico, que es condición de todos los demás, ya que toda sociedad está situada en el tiempo, *fuera incapaz de constituirse en ciencia.*

Al historiador se le pide hoy —y acepto sin reservas esta exigencia— que no ignore, en bien de su oficio, los logros de las otras «ciencias humanas». En cambio, raras veces se pide —a veces incluso se impide— a quienes practican las mencionadas ciencias que se doten de ese mínimo de formación histórica que les ahorraría hacer alusiones a la historia mal fundamentadas (cosa que ocurre con frecuencia) o eliminar totalmente el pasado en su interpretación del mundo (lo cual roza el absurdo).

Pienso en mi malogrado amigo Nikos Poulantzas, con quien discutía mucho pero a quien apreciaba de veras, y cuya ausencia me duele. Un día le recriminamos amistosamente, en uno de mis seminarios, por haber introducido del siguiente modo su trabajo sobre el fascismo: 1) no se puede tratar sobre el fascismo sin conocerlo bien históricamente; 2) no existe ninguna historia válida del fascismo; 3) no obstante, voy a escribir, voy a elaborar «la teoría» del fascismo.

No digo que este proceder sea ilegítimo. Es útil, y tal vez necesario, plantear un problema en términos de teoría antes de examinarlo a fondo. La teoría es entonces programa de estudio, hipótesis de trabajo. Lo que no es legítimo es creer que se ha dicho lo suficiente sobre un problema antes de haber confrontado la línea de reflexión elegida con un análisis profundo de las realidades, complejas en el espacio y cambiantes en el tiempo.

Podría admitirse, sin duda, que economistas y sociólogos consideran la investigación histórica como simple fundamento de un «banco de datos». Pero ¿quién suministraría los datos a un tal banco? ¿Quién pondría nombre a sus rúbricas? Lucien Febvre nos ha enseñado que un montón de piezas de archivo no da respuesta al historiador más que si éste sabe interrogarlo. Y para eso es preciso que este fondo no haya sido tratado, que no haya sido seleccionado anticipadamente. A los archivistas se les recomienda «respetar los fondos», que deben ser entregados al investigador tal como han sido transmitidos por su propia historia. Y la destrucción de los papeles considerados «superfluos», sin atender a esa regla, ha hecho verdaderos estragos. En realidad, ante las huellas, voluntarias o involuntarias, del pasado, la responsabilidad debería recaer sólo en el historiador. Él es quien está mejor situado, con el apoyo de las técnicas propias de su oficio, para hacer de «sociólogo». En cambio, razonar sobre una sociedad sin haberse sumergido de manera concreta, directa, en lo que fue su pasado, es arriesgarse a creer en el valor explicativo ya sea de lo instantáneo, *ya sea de* lo eterno*: se trata de tentaciones gemelas.*

Marx, que es sin duda el más grande sociólogo de todos los tiempos —«sociólogo» en el pleno sentido de la palabra, preocupado por los mecanismos de fondo *de las sociedades y no por sus* formas*—, expresó por lo menos un par de veces en el curso de su vida su deseo de identificar ciencia social e*

historia. La primera vez, en 1845, en La ideología alemana, *cuando escribió con Engels: «Wir kennen nur eine einzige Wissenschaft, die Wissenschaft der Geschichte».* Es cierto que la frase fue tachada y el libro permaneció inédito. Y Marx dejó también sin publicar, en 1857, una «Introducción» que es tal vez el único proyecto que existe de un «tratado de historia». En este texto se encuentra todo, desde la apelación a la geografía («las condiciones naturales»), hasta la* Kulturgeschichte *y el problema de las etnias y el de la guerra.*

Sin embargo, Marx no escribió más que El Capital, *es decir, la parte económica de la obra. Y el propio* Capital *quedó inacabado, en particular en lo que se refiere a las clases sociales. Observemos también que esta parte económica no se llama «tratado», sino* «crítica *de la economía política», ciencia fundamental pero sólo del primer nivel de un todo. Lo económico es sometido a «crítica» en el sentido de que revela una contradicción* social. *Y la revela* históricamente. *Los cimientos de* El Capital *implican un prodigioso esfuerzo de información histórica, erudita, en base a documentos de primera mano, con mezcla de cifras y textos. En ello reside sin duda no el único, pero sí el principal secreto de que la gran obra quedara inacabada:* Marx se tomaba en serio su oficio de historiador. *El ejemplo es exaltante. Y desanimador. ¿Quién se atrevería a emprender la elaboración de ese «tratado de historia» que Marx no pudo escribir? Hace tiempo que he renunciado a escribirlo, incluso en sueños.*

No he renunciado, sin embargo, a proclamar, en un ámbito modesto, el ámbito pedagógico, *que la historia es el único instrumento que puede abrir las puertas a un conocimiento del mundo de una manera si no «científica» por lo menos «razonada». No hay cosa que más me mortifique que adivinar, en un auditorio joven, la expectativa siguiente: «he aquí*

* *«No conocemos más que una ciencia, la ciencia de la historia.»*

el profesor de historia; nos va a enseñar que Francisco I ganó la batalla de Marignano en 1515 y perdió la de Pavía en 1525». Hace mucho tiempo que me sublevé públicamente, por vez primera, contra esta imagen. Con motivo de un reparto de premios, ceremonia banal en la que tradicionalmente el profesor designado para ello hace el elogio académico de su disciplina. Pero estábamos en 1937, *en plena guerra de España, en plena ascensión del nazismo, en una situación de angustia ante el drama que se aproximaba. No pude evitar preguntar a los jóvenes alumnos —y, por encima de ellos, a sus padres— si cuando leían y pronunciaban cotidianamente las palabras «guerra», «revolución», «estado», «nación», y todas las terminadas en «arquía», «cracia» o «ismo», estaban seguros de captar adecuadamente su sentido. Y si sabían que sólo* mediante la historia *lograrían esclarecerlo. Poco antes una distinguida asociación de padres de alumnos había pedido que todo examen de historia se limitara a hacer recitar una lista de fechas aprendidas de memoria, y las imprecaciones de Paul Valéry contra la historia, «el producto más nocivo que la química del intelecto haya elaborado jamás», eran todavía recientes. Valéry, naturalmente, pensaba en esa Historia (con H mayúscula) que difunde los mitos y las pasiones, ignorando la historia* auténtica, *balbuciente aún* pero que existe, *y que es el único contraveneno posible de la otra «Historia».*

Y sin duda, en 1937, ante un reducido auditorio de provincias, mi ingenuo alegato de joven profesor amante de su oficio tenía pocas probabilidades de ser entendido. Pero en las miradas de quienes me escuchaban descubrí el destello de una sorpresa. La historia de la que yo les hablaba no la conocían. La radiodifusión (la televisión apenas acababa de nacer) les ofrecía, bajo el nombre de historia, un conjunto de adivinanzas, *de* anécdotas *y de* cantos guerreros. *Cuando más tarde Althusser reclamó la construcción del* concepto de historia *y denunció «las hermosas secuencias de la crónica oficial», partía de esta ignorancia, de este malentendido en torno a una palabra, que descubría en los otros y en sí mismo y cuya superación tan sólo Marx le prometía.*

¿Es posible construir el «concepto de historia»? No voy a discutir aquí esta cuestión. Pero sí se puede, más modestamente, tratar de reflexionar, a partir del oficio de historiador, sobre el contenido de la palabra historia. Quise hacerlo en cuanto tuve ante mí un auditorio de estudiantes matriculados en primer curso de universidad en esta disciplina. Siempre he tenido empeño en participar personalmente en una tal «iniciación». Justamente para que quede disipado cualquier «malentendido». Algunos estudiantes creen, en efecto, que la historia es «fácil» («no hacen falta las matemáticas para 'saber' y para 'narrar' hechos»). Otros la escogen por aficiones novelescas («¡me gustaría tanto saber cómo se vivía en Venecia en el siglo XV!»). No he aconsejado que desistieran ni a los unos ni a los otros: un error de partida no siempre impide un resultado brillante. No he exigido que se inscriba sobre la puerta de los institutos de historia, como lo hacía Lucien Febvre: «nadie entre aquí que no sea muy inteligente». Es demasiado pretencioso. Pero comprendo el sentido de esta exigencia. La historia-inteligencia es quizá tanto más necesaria cuanto que la historia-ciencia todavía se está construyendo. Una ciencia constituida soporta mejor las rutinas.

Esto no es óbice para que la noción de historia-ciencia suscite ironías. Un día una asociación de estudiantes (católicos, creo) me planteó la pregunta siguiente: «¿Cree usted que la historia es una ciencia?» Respondí, molesto: «si no lo creyera, no me dedicaría a enseñarla». No es que quisiera liquidar un gran problema epistemológico mediante una humorada. Lo que quería era afirmar que no habría elegido el oficio de historiador si hubiera creído que tan sólo iba a parar a unas verdades dudosas, o inútiles. *En cambio, si este oficio* me ayuda a definir y a penetrar *una materia aún mal explorada,*

la materia social, *¿por qué no puedo llamarlo «ciencia», como si las otras «ciencias», sobre otras materias, procedieran de modo diverso?*

En estos contactos con aprendices de historiador principiantes, a veces he recurrido a un test: «¿por qué quiere usted 'hacer historia'?». Respuesta casi unánime: «para conocer el pasado, con objeto de comprender el presente». La fórmula, a primera vista, es positiva. La historia ya no es, para muchos jóvenes, curiosidad o nostalgia del pasado, colección de imágenes seductoras o gloriosas, sino deseo de un conocimiento explicativo, útil para el presente.

Si uno se detiene un poco más, la fórmula no es del todo tranquilizadora. La historia tradicional creía también que nos hacía «conocer» el pasado e inferir para el presente algunas esporádicas «lecciones de la historia», banalmente políticas o vulgarmente morales. Lo que esperamos de una «historia razonada» es otra cosa. Para expresar de qué se trata, quizá lo mejor sea invertir los términos de la respuesta de los jóvenes: hay que comprender *el pasado para* conocer *el presente.*

Comprender el pasado *es dedicarse a definir los factores sociales, descubrir sus interacciones, sus relaciones de fuerza, y a descubrir, tras los textos, los impulsos (conscientes, inconscientes) que dictan los actos.* Conocer el presente *equivale, mediante la aplicación de los mismos métodos de observación, de análisis y de* crítica *que exige la historia, a someter a reflexión la información deformante que nos llega a través de los* media. *«Comprender» es imposible sin «conocer». La historia debe enseñarnos, en primer lugar, a leer un periódico.*

Es decir, a situar cosas detrás de las palabras. *Toda ciencia exige un vocabulario (a condición de que el uso de un vocabulario no se confunda ya con una ciencia). Por desgracia, no sólo no he sido capaz de hacer un «tratado», sino que ni siquiera he podido llevar a cabo un «diccionario». En determinados años de mi carrera pedagógica he definido muchas palabras superficialmente. Otros años he analizado con menos apresuramientos, pero sólo un número limitado de términos. Por eso nunca he destinado tales ensayos a ser publicados. Una vez más mis escrúpulos han sido vencidos por amigos españoles, en base al argumento siguiente: si en algún momento creyó usted que estas páginas podían ser útiles, ¿por qué razón no van a serlo todavía, y para un público más amplio? Así, pues, propongo a un público más amplio algunas sencillas reflexiones: 1) sobre tres términos metodológicos:* historia, estructura, coyuntura*; 2) sobre términos a menudo oscurecidos por el uso corriente:* a) clases sociales, b) pueblos, estados, naciones, etnias, *etc. (se trata de los dos grandes tipos de división de la humanidad); 3) sobre la palabra* capitalismo, *también a menudo mal utilizada, y sobre la expresión* economía campesina, *que ciertas corrientes quisieran erigir en concepto sociohistórico fundamental. Estas dos últimas rúbricas tienen un origen bastante distinto de las primeras (un artículo de enciclopedia y una ponencia en un coloquio).*

España cuenta hoy con una pléyade de historiadores que me parecen (dejando aparte toda simpatía personal) de los más activos y notables del mundo. No es a ellos a quienes puede ser de utilidad este libro. Pero si puede contribuir a atraer hacia ellos un amplio público ávido de historia auténtica, *su objetivo —que, insisto, es* pedagógico— *se habrá cumplido.*

P. V.

París, diciembre de 1979.

HISTORIA

Los diversos contenidos del término «historia»

Quizás el peligro más grave, en la utilización del término «historia», sea el de su doble contenido: «*historia*» *designa a la vez el conocimiento de una materia y la materia de este conocimiento.*

Cuando decimos «historia de Francia», la entendemos como el conjunto de hechos pasados referentes al grupo humano organizado que lleva actualmente este nombre; pero también entendemos por tal nuestros manuales escolares corrientes. Dado que el pasado es pasado, es decir, no renovable por definición, se confunde para nosotros con lo que nos ha sido transmitido. El conocimiento se confunde, así, con la materia.

Así, cuando alguien escribe, como en la fábula: «*La historia nos enseña...*», se expresa como si el pasado hablara por sí mismo. De hecho, invoca *una tradición.*

Sin embargo, la historia así entendida es una construcción de los que la han escrito en un grado mucho mayor a aquel en que la física es una construcción de los físicos, puesto que toda afirmación de éstos puede experimentarse, mientras que en historia, en el mejor de los casos —cuando existe «documentación»—, se puede verificar *un hecho, no una interpretación.* «La historia no se repite». El físico puede decir, en presente condicional: «si hiciera esto, sucedería aquello», y puede verificar de inmediato la validez de su hipótesis. Por

el contrario, si el historiador dice (en pasado condicional): «si se hubiera hecho esto, hubiera sucedido aquello», nada le permite probarlo. Como norma general se le aconseja abstenerse de ello.

Pero, entonces, ¿no está condenado a *constatar*? ¿Tiene, pues, prohibido *razonar*? Esta cuestión le preocupa legítimamente, puesto que *constatar* no es un oficio enaltecedor, mientras que sí lo es el de *entender, explicar,* con el fin de poder *actuar*. El problema se plantea, pues, en estos términos: ¿de qué manera *razonar* sobre una materia en la que no se puede intervenir *experimentalmente*? Falta por saber a qué llamamos «intervenir», a qué llamamos «experiencia», y cuál es esta materia.

Para abordar este problema, reflexionemos sobre otra fórmula familiar: «la historia juzgará...», se oye a menudo.

Dejemos aparte el caso en el que se trata tan sólo del aldabonazo final de un cartel electoral. Por otra parte, incluso así, el prestigio equívoco del término «historia» incita a algunas reflexiones. Pero enfrentémonos con un documento importante de nuestro tiempo: Fidel Castro tituló la defensa que él mismo pronunció ante el tribunal encargado de juzgarle por el intento de asalto al cuartel Moncada: «*La historia me absolverá*». A primera vista, este título parece adoptar el sentido clásico, es decir, banal, de la fórmula que da a la historia el papel de tribunal de apelación en asuntos políticos. Pero, pensándolo bien, incluso este sentido puede implicar otros contenidos.

En efecto, «la historia me absolverá» puede significar en primer término: el tribunal va a condenarme, pero el *recuerdo colectivo* que se conservará del hecho acabará siéndome favorable. Y esta noción de «recuerdo colectivo» es otro aspecto del término «historia». Sin embargo, cae dentro de la misma crítica que hemos dirigido a la historia-tradición. El juicio *moral* del recuerdo colectivo corre el riesgo de no ser

en la realidad más que el de la *historiografía dominante*. Ahora bien, todo juicio moral tiene a su vez implicaciones *políticas,* que surgen a su vez de las *luchas* concretas, en especial de las *luchas de clases*. Por ello, la mayor parte de las acciones y de los hombres que han desempeñado un papel importante han originado dos corrientes históricas opuestas, adversa una y favorable la otra. Y no debe excluirse que una causa triunfante llegue a eliminar toda la historiografía adversa. Así es como la tradición democrática burguesa, en Francia, ha exaltado 1789 y condenado a Robespierre, casi sin contradicción hasta Mathiez. Si Fidel Castro, poco tiempo después del fracaso de Moncada, no hubiera hecho triunfar la revolución cubana, su condena hubiera sido probablemente revisada, pero ¿cuándo? ¿Y por parte de quién? Sobre esto no caben sino hipótesis.

Sólo tenemos una *certidumbre*: la revolución cubana *se ha producido*. La revisión del juicio no ha dependido, pues, únicamente, de los hombres que *escriben* la historia. Ha dependido también de los que *la hacen*. Han sido «las cosas», como suele decirse, las que han «actuado» a favor de la *previsión* contenida en la fórmula. Lo que nos lleva a descubrir, en «la historia me absolverá», una nueva acepción más de la voz «historia». De hecho, el alegato que lleva este nombre consistía menos en demostrar que la rebelión de los acusados era *moralmente* «justa» (aunque esto sea también importante), que en demostrar que era «justa» *políticamente,* a saber, en el sentido *intelectual* de la palabra.

Frente a un sistema socio-político ya absurdo, la rebelión se presentaba como «necesaria», y por tanto como necesariamente *victoriosa* a más o menos largo plazo. Con ello el problema se plantea en los términos de la posibilidad de *una previsión inteligente de los hechos a partir de un análisis correcto de sus factores*. La «historia» invocada no es ya entonces la historiografía escrita que «juzga» moralmente un acto

o un hombre, sino la *historia-materia,* la *historia-objeto* que, con su dinámica propia, «zanja» un debate a la vez teórico y práctico, dando la razón, con los hechos, a quien ha sido capaz del mejor análisis.

Me objetaréis que la historia así entendida es el mecanismo de los hechos sociales, *no sólo pasados, sino presentes y futuros,* lo que en materia de conocimientos constituye el tema de la *sociología,* y en materia de acción, el tema de la *política.* Pero ¿qué otra cosa se propone la historia que no sea, en el mejor de los casos, edificar una *sociología del pasado,* y de forma frecuente —durante mucho tiempo la más frecuente—, *reconstituir una política*? En ambos casos está claro que la *materia* de la historia es la misma que la que tratan los sociólogos, y que la que manejan los políticos, por desgracia casi siempre de manera empírica.

Hay entonces dos posiciones posibles: una consiste en encerrar al historiador precisamente en este terreno de lo empírico y lo incierto que por experiencia se atribuye a las *decisiones* y a los *acontecimientos* políticos. La otra consiste en empujarle, al contrario, hacia un análisis sociológico con la penetración suficiente para eliminar *la apariencia de incertidumbre de la mayor parte posible de hechos sociales.*

La primera posición ha sido durante largo tiempo la de los historiadores positivistas, preocupados exclusivamente en *hacer un relato exacto de los acontecimientos* (políticos, militares y diplomáticos principalmente).

Para algunos teóricos —o sedicentes teóricos— la historia es todavía esto. Pienso en Raymond Aron, publicista internacional, sociólogo vulgar, en el sentido en que Marx hablaba, en el siglo pasado, de «economistas vulgares», es decir, más preocupados por la propaganda ideológica que por la ciencia, pero cuya carrera se inauguró en 1938 con una *Introducción a la filosofía de la historia,* todavía hoy recomendada a veces como una obra fundamental. De hecho, no se trata de una

obra demasiado original puesto que resume las posiciones de la sociología alemana del medio siglo anterior, y da con ello una definición de la historia corriente *hacia 1880.* Citaré, sin embargo, sus axiomas principales —brillantes, por otra parte—, puesto que constituyen una excelente síntesis de toda una corriente de pensamiento.

> «Para hacer revivir el pasado lo que necesitamos no es una ciencia, sino documentos y nuestra experiencia.»
>
> «La función de la historia es restituir al pasado humano los caracteres de la realidad política vivida actualmente; para esta tarea positiva bastan juicios probables y relativos. El sentido de la investigación causal del historiador consiste menos en dibujar los grandes rasgos del relieve histórico que en devolver al pasado la incertidumbre del futuro.»
>
> «La ciencia histórica, resurrección de la política, se hace contemporánea de sus héroes.»
>
> «El historiador es un experto, no un físico. No busca la causa de la explosión en la fuerza expansiva de los gases, sino en la cerilla del fumador.»

Desde esta perspectiva, aunque se utilice el término «ciencia histórica» es evidente que se trata de una «ciencia» muy extraña, puesto que su función sería «restituir una incertidumbre».

Más bien nos sugiere una disciplina literaria que, gracias a la habilidad en descubrir documentos y al talento para trasponer experiencias humanas, «reanimaría el pasado», «resucitaría la política», a la vez que se abstendría de dibujar los grandes rasgos y de medir las fuerzas profundas, ciñéndose el historiador, por su oficio, a las «causas inmediatas», a saber, al atentado de Sarajevo como «causa» de la guerra de 1914, o a la masacre del bulevar de Capucines como «causa» de la revolución de 1848.

No juzgo, *de momento,* esta posición que, obviamente, no es la mía. Me limito a señalarla como una de las concepciones de la historia y del oficio de historiador que ha gozado durante mucho tiempo de aceptación y que a veces todavía goza de ella.

El interés de los axiomas de Aron es otro. Basta con *volverlos exactamente del revés* para definir de la mejor manera posible otra concepción de la historia, progresivamente separada de las concepciones primitivas y de las limitaciones positivistas, anunciada por numerosos precursores pero netamente definida por vez primera por Marx y Engels, y convertida hoy —no sin resistencias, imperfecciones y contradicciones— en un campo científico que se empieza a cultivar. Al invertir las fórmulas de Raymond Aron no lo hago sólo por juego sino porque me parece instructivo buscar así la expresión más clara de una actividad del historiador en vías de afirmarse como actividad científica.

Allí donde Raymond Aron afirma:

> Para hacer revivir el pasado, lo que necesitamos no es una ciencia, sino documentos y nuestra experiencia... La función de la historia es restituir al pasado humano los caracteres de la realidad política vivida actualmente; para esta tarea positiva bastan juicios probables y relativos...,

yo propongo que se diga:

> El objetivo de la historia *no es* «hacer *revivir* el pasado», sino *comprenderlo.* Para esto hay que desconfiar de los documentos brutos, de las supuestas experiencias vividas, de los juicios probables y relativos. Para hacer un trabajo de historiador *no basta* con hacer revivir una realidad política, sino que debe someterse un momento y una sociedad a un análisis de tipo científico.

En lugar de decir, como lo hace Raymond Aron,

> El sentido de la investigación causal del historiador consiste menos en dibujar los grandes rasgos del relieve histórico que en devolver al pasado la incertidumbre del futuro... La ciencia histórica, resurrección de la política, se vuelve contemporánea de sus héroes,

me gustaría decir:

> El sentido *esencial* de la investigación causal del historiador consiste en dibujar los grandes rasgos del relieve histórico, gracias a los cuales la incertidumbre *aparente* de los acontecimientos particulares se desvanece ante la *información global* de la que carecían sus contemporáneos, y que nosotros podemos tener...

Finalmente, en lugar de la sorprendente fórmula:

> El historiador es un experto, no un físico. No busca la causa de la explosión en la fuerza expansiva de los gases, sino en la cerilla del fumador.

yo afirmaría contundentemente:

> El historiador es un físico, no un experto. Busca la causa de la explosión en la fuerza expansiva de los gases, no en la cerilla del fumador.

El análisis causal de la explosión de 1914 se centra en el imperialismo, no en el atentado de Sarajevo.

Henos aquí ante dos concepciones diametralmente opuestas tanto de la historia-materia como de la historia-conocimiento. Para unos, la historia-materia es esencialmente el mundo de las decisiones políticas; para otros, es el conjunto

de los mecanismos de la sociedad. Para unos, la historia-conocimiento es la explicación del hecho por el hecho; para otros, es la explicación del mayor número posible de hechos a través del estudio del juego recíproco de las relaciones entre los hechos de todo tipo.

Es obvio que la existencia misma de concepciones tan opuestas, el doble sentido de la palabra «historia» —historia-materia e historia-conocimiento—, la forma equívoca y vaga con que se emplean frecuentemente uno y otro de estos sentidos, son motivos de peso para suscitar una cierta desconfianza.

He recordado que Louis Althusser, epistemólogo marxista, y que, por tanto, admite el materialismo histórico como ciencia *posible,* nos previene, sin embargo, contra la imprecisión del concepto de historia.

Él mismo —aunque quizá lo haga para subrayar esta imprecisión— utiliza en una misma frase la voz «historia» en varios sentidos (tres como mínimo).

Al preguntarse si debe considerarse la obra de Marx como un todo, o bien considerar sus obras de juventud como etapas no características de su pensamiento, Althusser defiende esta segunda actitud escribiendo:

> Como si nos arriesgáramos a perder a Marx entero, abandonando, como él, su juventud a la historia, como si nos arriesgáramos a perder a Marx entero sometiendo su propia juventud a la crítica radical de la historia, no de la historia inmediata sino de la historia pensada, sobre la que él mismo nos dio en su madurez no la verdad en el sentido hegeliano sino los principios de una inteligencia científica.

Al principio de esta larga frase, en la que la palabra «historia» aparece cuatro veces, la expresión «abandonar algo a la historia» parece significar: considerar este algo como superado, como desprovisto de interés para el futuro; y por

fuerza reconocemos aquí el eco de las fórmulas corrientes «dejemos esto para la historia», «esto tiene únicamente un interés histórico», fórmulas que relegan espontáneamente las preocupaciones del historiador al almacén de las curiosidades y que hacen de la historia el dominio de las cosas *muertas,* aunque sean cosas «gloriosas» («frases históricas», «monumentos históricos», actitudes pasadas a la historia).

Sin embargo, en la frase de Althusser, estas acepciones banales de la voz «historia» vienen inmediatamente seguidas, y contradichas, por un empleo más raro —y más marxista— de la noción, en el que se trata de someter un hecho —en este caso la juventud de Marx— «a la crítica radical de la historia». Ahora bien, como se añade: «no de la historia que iba a vivir, sino de la historia que vivía», es evidente que se trata aquí del *conjunto de hechos que condicionan una vida humana,* y, por consiguiente, de la historia-materia, de la historia-objeto, considerada como algo que ejerce por sí mismo una «crítica» sobre esta vida.

Pero Althusser ha señalado en otra parte el peligro —ciertamente serio en muchos escritos marxistas— que supondría considerar la historia en sí misma, la Historia con H mayúscula, como una especie de personaje mítico emitiendo sus propios juicios, con lo que se podría prescindir de todo tipo de análisis. En un tercer momento Althusser invoca también la necesidad de una historia-conocimiento, no «inmediata» sino «pensada», la misma sobre la que Marx habría dado no la verdad absoluta sino «los principios de la inteligencia científica». En esto coincide con el pensamiento del economista Joseph Schumpeter, que atribuía a Marx, como principal mérito, el de haber sentado los principios de una «historia razonada».

Si ahora clasificamos los sentidos que hemos visto atribuir a la voz «historia», sucesiva o simultáneamente, podemos, en líneas generales, distinguir tres grandes concepciones

de la historia-objeto, a las que corresponden naturalmente tres grandes concepciones de la historia-conocimiento:

1) Para muchos, la materia de la historia es cualquier cosa pasada, y «saber historia», para algunos eruditos y para los juegos televisivos, consiste en memorizar el mayor número posible de estos hechos dispares. Lucien Febvre evocó la irritación del historiador que se oye decir «por unas voces cándidas y cordiales: usted que es historiador debe de saber esto... ¿Cuál es la fecha de la muerte del papa Anacleto? ¿Y la del sultán Mahmud?».

2) Para otros, la materia histórica queda un poco mejor definida. Es el terreno de los hechos «destacados», conservados por la «tradición», el «recuerdo colectivo», los relatos oficiales, debidamente controlados por los documentos y aureolados por el prestigio y el testimonio de los monumentos y de los textos, de «las artes y las letras», como se decía antaño. Conocimiento ya más elaborado, ni omisible ni despreciable, pero fundado en una elección de los hechos que no tiene nada de científica, y asaltado inconscientemente por los prejuicios morales, sociales, políticos o religiosos, capaz en el mejor de los casos de proponer un placer estético a unas minorías y, en el terreno de los acontecimientos, de «hacernos revivir una incertidumbre».

3) Para otros, finalmente, la materia de la historia es también el conjunto de los hechos pasados, pero no sólo de los hechos «curiosos» o «destacados», puesto que, si bien se mira, los grandes rasgos de la evolución humana han dependido sobre todo del *resultado estadístico de los hechos anónimos*: de aquellos cuya repetición determina los movimientos de población, la capacidad de la producción, la aparición de las instituciones, las luchas secretas o violentas entre las clases sociales —*hechos de masas* todos ellos que tienen su *propia dinámica,* de entre los que no se deben eliminar, pero sí resituar, los hechos más clásicamente llamados «históricos»: incidentes políticos, guerras, diplomacia, rebeliones, revoluciones. Este enorme conjunto es *susceptible de análisis científico como cualquier otro proceso natural,* a la vez que presenta unos rasgos específicos debido a la intervención humana. La historia-conocimiento *se convierte en ciencia* en la medida en que descubre *procedimientos de análisis originales* adecuados a esta materia particular. ¿Es *ya* una ciencia? ¿Los ha descubierto *ya?*

Las etapas de la historia como modo de conocimiento

Las incoherencias que hemos constatado en la utilización del término «historia» ¿son desalentadoras a este respecto?

Merece la pena recordar que todas las ciencias se han elaborado a partir de interrogantes dispares, a los que se fue dando sucesivamente respuestas *cada vez más científicas*, con puntos de partida, saltos hacia adelante y retrocesos, pero nunca, como se dice hoy en día con demasiada frecuencia bajo la influencia difusa de Bachelard y Foucault, con «cortes» absolutos entre las respuestas no científicas y las respuestas científicas.

Con mayor acierto, el filósofo Paul Ricoeur ha observado que no existe diferencia sustancial entre, por una parte, las «rectificaciones» sucesivas que han transformado las cosmologías primitivas en la física actual y, por otra, las rectificaciones que han convertido las tradiciones primitivas en la ciencia histórica tal y como la conocemos actualmente.

Es cierto que las ciencias humanas, precisamente porque tratan del hombre, de sus intereses, de sus instituciones, de sus grupos, y porque dependen de la conciencia —tan a menudo falsa— que los hombres tienen de ellos mismos, llevan

un retraso respecto a las ciencias de la naturaleza. Es una banalidad recordarlo. Pero limitémonos a evocar la física del siglo XVIII con sus falsos conceptos y sus curiosidades pueriles, y el retraso de la historia nos parecerá menos cruel.

Intentemos, pues, ver de qué forma el modo de conocimiento histórico ha progresado, progresa y puede progresar hacia la categoría de ciencia. Hoy nadie niega el interés de la historia de las ciencias. «La historia de la historia» —entendida de forma más amplia que algunas «historias de la historiografía», interesantes pero limitadas— sería quizás el ejercicio histórico más fructífero que pudiera uno proponerse. Me limitaré a hacer algunas observaciones y a trazar un breve esquema.

1. *Primera observación*

La necesidad de un conocimiento histórico-sociológico es tan antigua y tan universal como la necesidad de un conocimiento de la naturaleza. Una humanidad —global o parcial— que no tuviera ninguna conciencia de su pasado sería tan anormal como un individuo amnésico. Existe, pues, un campo de conocimiento —por otra parte con una función práctica— al que debe arrancarse de su estado primitivo. La existencia de formas de historia no científicas no autoriza a pensar que sea imposible o inútil llegar a un conocimiento y a una interpretación justa de las sociedades pasadas. Al contrario, en la medida en que el pasado humano es mal conocido, mal interpretado, los hombres, y los grupos de hombres, tienen una visión incorrecta de su *presente* y de su *futuro*. Y, como es natural, esto tiene también un alcance práctico.

2. *Segunda observación*

De hecho, tanto en el caso de los grupos como en el de las personas, la memoria no registra, sino que *construye*. Las formas primitivas de la historia son el *mito*, que tiene su lógica interna, y la *crónica*, que relata los acontecimientos desde el punto de vista de intereses específicos.

a) Los *mitos* constituyen actualmente uno de los estudios favoritos de los etnólogos y psicólogos, como búsqueda de una lógica de las formas, reveladora de rasgos comunes en las estructuras de comunicación. Esta investigación no debería desestimar el *contenido histórico* de algunos mitos, cuando no el de todos. Es sabido que la arqueología ha verificado algunos datos bíblicos u homéricos considerados durante mucho tiempo como imaginarios. Nos encontramos ante un campo común a los etnólogos, sociólogos, psicólogos, historiadores, siempre y cuando estas disciplinas colaboren, sin imponer ni excluir.

b) Las *crónicas* consignan los acontecimientos relevantes (generalmente políticos y militares) de una época (generalmente de un «reinado»). Son a menudo los primeros testimonios *escritos* del pasado y, por tanto, los primeros documentos de la *historia* propiamente dicha, dado que los tiempos anteriores a la escritura se clasifican por definición dentro de la «prehistoria».

A pesar de todo, una historia anónima, basada en fragmentos de cerámica y en niveles arqueológicos, no nos satisface en absoluto.

Lo que hace posible la historia es la *coexistencia* y la *combinación* del testimonio *subjetivo* que nos cuenta lo que pretendían hacer los actores de la historia política, con el *documento objetivo* (no sólo restos y objetos, sino cifras conservadas, escritos redactados por razones prácticas y no para

ilustrar a una minoría dirigente). Puesto que a través de esta combinación podemos aspirar a confrontar los *acontecimientos* y las *intenciones* —la historia «externa», aparente— *a los hechos de masas* —historia «interna» de las sociedades, mundo de las necesidades subyacentes—.

Sin embargo, este *doble registro de las fuentes de la historia* se descuida a menudo. *Crónicas* y *memorias* —relatos de acontecimientos y testimonios subjetivos— han constituido durante largo tiempo el fondo del saber histórico. Y es cierto que para los siglos oscuros las crónicas son a menudo el único medio disponible para trazar el marco indispensable a toda historia: una sólida *cronología.*

3. *Tercera observación: sobre la historia como género literario*

La evocación literaria ha respondido también, al margen de toda regla científica, a la necesidad instintiva de conocimiento del pasado que ya hemos señalado. Esto mismo ha favorecido los embellecimientos, las invenciones, la retórica, el moralismo y las apologías religiosas, políticas y nacionales. La literatura histórica corriente ha constituido, a lo largo de los siglos, un galimatías peligroso. Todavía hoy lo es en el caso de más de un *best-seller.* Las crónicas y las memorias, que *tienen valor de fuente y cuyas vinculaciones nos son conocidas,* son siempre preferibles, como lectura, a las reconstrucciones mediocres.

¿Puede decirse que la historia —como género literario— no ha aportado nada interesante al modo de conocimiento histórico? No. Porque ha habido historiadores geniales. Se ha observado a menudo que, incluso en medicina, las descripciones sin base científica, pero llevadas a término genialmente, habían sido útiles durante largo tiempo para la práctica médica. De la misma manera, en historia hay grandes obras evocadoras que todavía dominan con provecho nuestra visión del pasado. H. I. Marrou escribe con acierto:

> Hoy día, para conocer a Tiberio, a Claudio y a Nerón tenemos muchos caminos aparte de las *Historias* y de los *Anales,* y, sin embargo, releemos a Tácito, en tanto que *historiadores* se entiende.

«En tanto que historiadores» significa: con provecho, incluso para nuestras exigencias modernas.

También los mejores historiadores antiguos, sin responder exactamente a estas exigencias, han intentado, no obstante, esbozar a su manera sistemas de explicación: Tucídides se esfuerza en enlazar entre ellos los acontecimientos, en confrontar las decisiones con las posibilidades; Polibio intenta análisis casi sociológicos de las instituciones. En estos primeros ensayos resulta, pues, interesante ver nacer el espíritu del análisis histórico.

Pero son demasiados los filósofos (Raymond Aron, François Châtelet) que tienden a fundar en estos inicios lejanos su noción de la historia en general, como si nada hubiese pasado después de Tucídides. También hay lingüistas —Barthes, Greimas— que intentan definir las estructuras particulares del «discurso histórico» a partir de los historiadores clásicos, es decir, literarios. Este método puede efectivamente esclarecer la forma espontánea con que el espíritu humano aborda los problemas del conocimiento del pasado, y ayudar con ello a definir mejor la historia. Pero es evidente que no resuelve los problemas científicos complejos que se plantea el historiador actual.

4. *Cuarto grupo de observaciones: la aparición de exigencias científicas en la definición y en la práctica de la historia: el siglo XVI.*

No conviene dar una importancia excesiva a los «precursores»: siempre se descubren nuevos. Y es cierto que, a dos o tres siglos de distancia, la modificación de las estructuras mentales y del sentido de las palabras hace difícil las confrontaciones. Una vez hechas estas reservas, resulta instructivo seguir la aparición, a menudo más precoz de lo que se imagina, del deseo de rigor y de profundización en la definición y el tratamiento de la materia histórica. Cuando Abenjaldún, sabio musulmán, nacido en Túnez, escribe *en 1375,* en los prolegómenos de una *Historia Universal*:

> La historia, sepámoslo, tiene como verdadero objetivo el hacernos comprender el estado social del hombre y el de instruirnos acerca de todos los cambios que la naturaleza de las cosas puede aportar a la naturaleza de la sociedad,

poco nos falta para suscribir esta definición, lo que no equivale a decir que la *Historia* de Abenjaldún responda, en la práctica, a nuestras exigencias. Pero no olvidemos que en Francia, en aquel mismo momento, Froissart se proponía como objetivo en el prólogo de su *Crónica* relatar hechos militares importantes y «grandes maravillas». Singular distancia entre dos contemporáneos, cuyas obras, sin embargo, se califican por igual como «históricas».

Para el Occidente europeo la preocupación científica en cuestión de historia nace, como muchas otras manifestaciones del espíritu moderno, con el Humanismo, la Reforma y el Renacimiento, es decir, entre el último cuarto del siglo XV

y el último cuarto del siglo XVI. Esta preocupación se expresa bajo dos formas complementarias que inicialmente convergen sólo de forma ocasional, que divergen con demasiada frecuencia, y cuya conjunción condiciona, sin embargo, el desarrollo científico de la historia:

1) La preocupación *crítica,* que consiste en no aceptar la existencia de un hecho, la autenticidad de un texto, hasta después de verificaciones minuciosas.

2) La preocupación *constructiva,* que consiste en elegir determinado tipo de hechos, en confrontarlos y en buscar las correlaciones, con el fin de resolver un *problema* planteado por el pasado humano (problema económico, problema social, problema institucional, problema espiritual, o toda combinación compleja de estos problemas).

La *preocupación crítica* se manifiesta, a finales del siglo XV y durante el XVI, tanto en el descubrimiento de textos y de monumentos de la antigüedad como en el deseo de una reforma en el campo religioso; la importancia, en este terreno, de los textos *sagrados* arrastra a los espíritus reformadores a la *crítica de textos*; crítica que no basta para fundar una ciencia histórica, pero que es una *condición necesaria*; es imposible razonar de forma válida a partir de documentos materialmente falsos o mal conocidos en su forma original.

La *preocupación constructiva* se manifiesta cuando los sabios, los filósofos y los juristas aplican las investigaciones eruditas a la solución de un problema, incluso cuando este problema es todavía secundario y parcial. Así, cuando el humanista Guillaume Budé se propone estudiar, en *De Asse,* la moneda romana, no se limita a describir; intenta hacer comparaciones a largo plazo entre el poder adquisitivo de las monedas antiguas y modernas; y para esto consulta con su panadero para saber qué cantidad de grano se requiere para tal cantidad de pan, qué cantidad de trigo produce la tierra alrededor de París, qué cantidad de metal contenían las mo-

nedas antiguas, etc. Hasta el punto de que se ha podido escribir: «Si la ciencia puede definirse como el conocimiento metódico de las cosas, fue el instinto de un verdadero sabio el que dio a Guillaume Budé la ambición de escribir *De Asse*».

Lo mismo puede decirse, y por las mismas razones, de la *Réponse à M. de Malestroict* «sobre el asunto de las monedas», de Jean Bodin, que, en 1568, resuelve, con una serie de observaciones eruditas y críticas sobre las monedas y los precios, y con una serie de razonamientos generales, el problema concreto: el alza brutal del coste de la vida en el siglo XVI ¿se debe a las devaluaciones sucesivas de la libra, moneda nominal francesa, o bien a la desvalorización progresiva del metal de plata debida a los grandes descubrimientos?

Se me objetará que en ambos casos se trata más de economía que de historia clásica, pero es que la economía, al exigir datos *en cifras*, es el primer campo en que el razonamiento y la hipótesis son susceptibles de verificaciones concretas. Añadamos a esto que la cuestión de las consecuencias de los descubrimientos era, en el siglo XVI, un problema *práctico,* que afectaba a la vida cotidiana; y que todavía hoy preside todo un sector de la historia general: primer paso en la explotación del mundo por los europeos, creación de un primer mercado mundial, principios de la acumulación del capital comercial, etc. El hecho de que se hayan intentado ensayos de «conocimiento metódico» de estas cuestiones, desde una perspectiva histórica, en el mismo momento en que se producían, hace remontar a bastante atrás la aparición de un espíritu científico en historia.

Tampoco en este caso, como en el de Abenjaldún, significa que Guillaume Budé o Jean Bodin tuvieran a su disposición todo el «instrumental mental» —expresión predilecta de Lucien Febvre— necesario para una verdadera ciencia. Aún hoy no lo tenemos... Sepamos que la conciencia de un hombre del siglo XVI seguía dominada por toda una herencia

intelectual y espiritual que no puede por menos que sorprendernos, y en la que entramos con dificultad. Bodin, autor de los *Seis libros de la República* y de un *Método de la historia,* yuxtapone en sus escritos unas preocupaciones casi modernas y una curiosidad apasionada por la demonología y la astrología, por no hablar de las tradicionales consideraciones morales y religiosas y del galimatías erudito. Seamos, pues, prudentes en nuestra búsqueda de los orígenes. Pero no seríamos historiadores si nos olvidáramos de anotar, evitando a la vez cuidadosamente todo anacronismo, cada paso adelante del conocimiento.

5. *El siglo XVII. Francia y la erudición. Inglaterra y la «aritmética política»*

No nos sorprendamos si la constitución de la historia en ciencia pasa por retrasos, avances parciales, desarrollos desiguales.

No nos sorprendamos tampoco al constatar que las *controversias ideológicas* y *los intereses prácticos* no han sido, en determinadas circunstancias, extraños a esta constitución.

De este modo, las acusaciones de los protestantes contra la credulidad de los católicos ante las leyendas incitaron a algunos medios católicos a una hipercrítica de las tradiciones: los jesuitas de Amberes, con Joseph Bolland al editar las *Acta sanctorum,* llegaron a negar toda validez a cualquier tipo de documento de la época merovingia o carolingia.

Pero esta desconfianza ponía en discusión los derechos de las comunidades religiosas más antiguas, derechos que se basaban en documentos de estos períodos. Ésta fue la ocasión para que dom Mabillon (1632-1707) creara en la *De re diplomatica* (1681) la *diplomática,* ciencia del documento, capaz de demostrar, a partir de indicios materiales, la auten-

ticidad o falsedad de un acta. La tarea, continuada por la congregación de Saint-Maur, ha aportado *las condiciones para un conocimiento seguro de la Edad media.*

De momento se trata tan sólo de una *crítica erudita,* condición *necesaria pero no suficiente* para una ciencia histórica.

En la Francia del siglo XVII, contemporáneamente a dom Mabillon, comprobamos en las concepciones de la historia más corrientes, más oficiales, un retroceso muy claro sobre los progresos del siglo XVI: Luis XIV se hace acompañar por «historiógrafos» oficiales (entre los cuales Racine); y Bossuet, en su *Discurso sobre la historia universal,* persigue tan sólo desvelar «los juicios secretos de Dios», «para hacer temblar a toda criatura».

En compensación, hay que tomar conciencia, respecto a este mismo período (1680-1710), de una etapa *importante para el futuro del pensamiento histórico.* Se produce en Inglaterra: con Graunt nacen los primeros ensayos de *demografía histórica,* mediante la observación del número de nacimientos y de muertes registrados en las parroquias de Londres; con Gregory King los primeros ensayos para evaluar lo que hoy llamamos el *producto nacional* de diversos países (Inglaterra, Francia); con William Petty los primeros ensayos de lo que él denominó «la aritmética política» (inducciones y deducciones a partir de las estadísticas de estado).

Constatamos que, igual que en el siglo XVI, las innovaciones más originales se producen en el terreno económico. Pero se trata de hechos observados durante un período de tiempo y con una *preocupación política* (como demuestra el título elegido por William Petty). Sabemos hoy que este tipo de investigaciones —los hechos masivos, sometidos a un cálculo de probabilidades y estadísticamente observables— constituyen, si no toda la materia histórica, cuando menos sus bases, sus fundamentos.

6. *La aportación del siglo XVIII. Principios de análisis, aspiración a las síntesis*

La primera mitad del siglo XVIII ve nacer la *aspiración teórica* con el italiano Gianbattista Vico que busca una «ciencia nueva» a través de la reflexión sobre el aspecto «*cíclico*» del desarrollo de los grupos humanos, y con Montesquieu, más sociólogo que historiador, pero quien afirma: «En primer lugar he examinado a los hombres y he creído que en esta infinita diversidad de leyes y de costumbres no los guiaba únicamente su fantasía» (prefacio a *El Espíritu de las leyes*).

Pero es Voltaire, en sus *Nuevas consideraciones sobre la historia* (1744), el primero en comparar la evolución posible de la historia con la de las ciencias físicas: «quizá suceda pronto en la forma de escribir la historia lo que ha sucedido en la física. Los nuevos descubrimientos han proscrito los sistemas antiguos...».

Era éste (por otra parte para las dos ciencias) un optimismo prematuro, pero justo a largo plazo.

De hecho, lo más interesante en la actitud manifestada por Voltaire hacia la historia es el *cambio en el tipo de curiosidades* del historiador. Con su habitual ironía denuncia no sólo las fábulas aceptadas todavía por los hombres de su tiempo, sino también el gusto por las *anécdotas* históricas, por las «bagatelas ilustres» que constituyen los relatos de la corte, tan poco interesantes como las murmuraciones de las pequeñas ciudades, a las que son aficionadas las mujeres de provincias. Finalmente, condena también después de haber leído, según dice, cuatro mil descripciones de batallas y algunos centenares de tratados, la historia diplomática y militar pura: «En el fondo me quedaba igual que antes... *sólo me enteraba de acontecimientos*».

Traza entonces un cuadro de lo que querría saber (y que raramente se le dice): ¿cuáles son las fuerzas de un país antes de una guerra? Y dicha guerra ¿las ha aumentado o disminuido? España ¿ha sido más rica o más pobre después de sus lejanas conquistas? ¿Por qué Amsterdam pasó en 200 años de 20.000 a 240.000 habitantes?

En resumen: se trata de cambiar la *materia habitual* y la *problemática* de la historia.

Esta tendencia culmina a finales de siglo con Condorcet, en su *Esbozo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano* (1794), donde sienta el principio de la *posibilidad de un conocimiento científico* de los hechos humanos, sociales, y de su *previsibilidad,* siempre que no se atribuya a las conjeturas sociológicas «una certidumbre superior a la que resulta del número, de la constancia, de la certidumbre de las observaciones».

Constatamos en ello unas exigencias —aquí todavía prematuras— de *síntesis* acerca de la historia humana.

Pero el mismo Condorcet ha abierto vías muy nuevas para el *análisis*: fue el primero en intentar descubrir cuál sería el procedimiento matemático que permitiría estimar la representatividad de un hombre o de una opinión a través de un procedimiento de elección, lo que coincide con los esfuerzos actuales de la matemática sociológica.

Finalmente, el siglo XVIII ha proseguido algunas investigaciones, cuyo principio se había descubierto, como hemos visto, a finales del siglo XVII en Inglaterra: Voltaire se felicita de que un holandés haya establecido la proporción que permite relacionar el número de nacimientos con el número de habitantes; es una alusión a los progresos sensibles de la demografía realizados por el prusiano Süssmilch y los franceses Moheau y Messange.

También la *historia económica* nace en el siglo XVIII, en España y en Polonia: «hemos coordinado una historia económica», escribe el catalán Capmany. Y los creadores de la economía clásica, como Adam Smith, se muestran historiadores de buen grado, y plantean los problemas de las grandes unidades cuantitativas que es necesario conocer para hacer la historia de las «naciones» (producto nacional, población activa, etc.). Voltaire señala que son estos conocimientos económicos los que le han faltado a Montesquieu para establecer una verdadera ciencia de las sociedades.

Cabe señalar que esta vigorosa ofensiva del espíritu histórico coincide con el carácter dinámico y revolucionario del siglo XVIII, cuando la burguesía no duda ni en criticar la forma de escribir la historia del Antiguo Régimen, ni en esperar escribir un día la historia científicamente.

7. *El siglo XIX. Auge y desviación de la investigación histórica: aparición de una teoría general, y posterior divorcio entre disciplinas sociológicas*

En un sentido, el siglo XIX se presenta como el del triunfo de la historia. H. I. Marrou habla, a este respecto, de una «inflación de los valores históricos», debida al impresionante desarrollo de las *técnicas* históricas, arqueológicas, filológicas (prehistoria, egiptología, desciframiento de las lenguas orientales antiguas, excavaciones micénicas, etc.), a la publicación de las *grandes* recopilaciones de fuentes (Niebuhr, Mommsen, para la antigüedad, *Monumenta Germaniae historica* para la Edad Media...), y finalmente a la aparición de las grandes historias nacionales: Ranke, Macaulay, Michelet...

«El historiador era entonces el rey —escribe H. I. Marrou—; toda la cultura estaba pendiente de sus dictámenes; a él le tocaba decir cómo debía leerse la *Ilíada,* qué era una nación, ... si Jesús era Dios...»

Hegel había propuesto «presentar el contenido mismo

de la Historia Universal» a través de los progresos de la Idea. Los historiadores alemanes ponían de relieve las originalidades germánicas; los historiadores franceses, la lucha entre la nobleza y el tercer estado (Guizot, Thierry) o bien el papel del «pueblo» (Michelet, Mignet). De hecho, la historia, a pesar de reclamarse de las excavaciones y de los archivos, seguía siendo a la vez *literatura* e *ideología.*

Entre 1847 y 1867, las grandes obras de Marx y Engels proponen, por el contrario, en la línea de algunos planteamientos del siglo XVIII, una *teoría general de las sociedades en movimiento,* cuya originalidad consiste en aunar, mediante la observación y el razonamiento, 1) *el análisis económico,* 2) *el análisis sociológico,* 3) *el análisis* de las «formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas, filosóficas, en resumen de las formas ideológicas a través de las cuales los hombres toman conciencia de sus conflictos y los llevan hasta el final...».

Las constataciones, al menos en el terreno de las «condiciones de la producción económica», deben hacerse «con el espíritu de rigor de las ciencias naturales», y es posible hacerlas así debido a que «la historia se desarrolla hasta nuestros días como un proceso de la naturaleza» (Engels, 1890).

No es que el hombre no intervenga: «los hombres hacen su propia historia». Pero el resultado, estadístico o combinatorio, de sus acciones y decisiones conjugadas se les escapa y se convierte en un *fenómeno objetivo.* Queda por saber si desde hace un siglo se ha intentado realmente la consolidación científica de la historia así legitimada. Aquí cabe distinguir:

Los seguidores originales de Marx deben buscarse entre sus *discípulos hombres de acción.* Porque Marx había precisado que el objetivo de su obra teórica no era interpretar el mundo, sino cambiarlo, es decir, hacer servir el análisis histórico para entender profundamente el hecho social e influir sobre sus modificaciones. Esto fue lo que intentaron los

revolucionarios y constructores del socialismo que se decían marxistas.

La investigación erudita sobre el conjunto del pasado, desde los años 1870-80 hasta los años 1920-30, se benefició poco, por el contrario, de la aportación teórica de Marx, sometida como estaba a la reacción espontánea de la ideología dominante. El pensamiento económico giró en torno a la teoría abstracta, subjetivista, individualista de la «utilidad marginal» y del «equilibrio» (Walras, Pareto); la sociología, en torno al estudio de las *formas* sociales (Max Weber, Durkheim); y la historia centró su pundonor en limitarse a establecer «pequeños hechos verdaderos» (monografías económicas alemanas, historia política «fáctica» francesa). Hacia 1900, esta historia positivista triunfaba en todas partes y la separación tajante y casi absoluta entre economía, sociología e historia ponía en peligro la esperanza de una síntesis global sobre el pasado de las sociedades.

8. *Adquisiciones recientes en el terreno de los principios y de las técnicas de la investigación histórica*

a) En Francia, a partir de los años 1900-1910, algunas grandes obras de historiadores (Paul Mantoux, Lucien Febvre) y una escuela de geógrafos (Vidal de la Blache) prepararon un retorno a la *síntesis histórica,* que se afianzó después de la guerra de 1914, la revolución de 1917 y la crisis de 1929, acontecimientos que hicieron tambalear la tranquila certeza de los economistas.

b) Lucien Febvre, Henri Berr, Marc Bloch (*Revue de synthèse, Annales d'histoire économique et sociale*) difundieron los siguientes principios: 1) hay *una sola* historia; no existen compartimentos estancos entre una historia económica, una historia política, una historia de las ideas, etc.; 2) el

historiador avanza por medio de *problemas*: los documentos sólo contestan cuando se les pregunta siguiendo hipótesis de trabajo; la historia, en todos los terrenos (material, espiritual, ideológico...), lo es de los *hechos de masas,* no de los simples «acontecimientos»; 3) existe una jerarquía y un juego recíproco entre «economías», «sociedades», «civilizaciones», juego que constituye el tema mismo de la ciencia histórica.

c) En el curso de los años 1930-40, cuando la crisis de 1929 había llamado la atención sobre la función histórica de las *coyunturas económicas,* el sociólogo François Simiand sentó los principios de la *investigación estadística en historia*: definición del «documento objetivo» «involuntario», reglas para la explotación de las fuentes cuantitativas, importancia de las variaciones de los *precios,* los *salarios,* la *moneda.* Ernest Labrousse llevó la aplicación de estas reglas al estudio de las *rentas específicas* de las clases sociales, de sus contradicciones y de las consecuencias políticas de estas contradicciones (revolución de 1789). La noción de «teoría experimental» de la economía (Simiand) a través de la investigación histórica se transformaba en «teoría experimental» de la historia global, lo que tendía a converger con Marx.

d) En los últimos veinte años, debido a las grandes experiencias sociales en curso, al progreso de las matemáticas sociales, del cálculo económico, del aparato y del tratamiento estadístico, al de la informática para la utilización de las fuentes masivas, el historiador se ha visto obligado a mantenerse al corriente de los progresos y de las técnicas en las disciplinas vecinas. Al hacerlo debe conservar la conciencia de la originalidad de la historia, ciencia del *todo* social, y no de tal o tal parte, ciencia del *fondo* de los problemas sociales y no de sus formas, ciencia del tiempo y no del instante o de la sola actualidad.

INTENTO DE DEFINICIÓN DE LA MATERIA Y DE LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICAS

El objeto de la ciencia histórica es la *dinámica de las sociedades humanas.* La *materia histórica* la constituyen los *tipos de hechos* que es necesario estudiar para dominar científicamente este objeto. Clasifiquémoslos rápidamente:

1) Los *hechos de masas*: masa de los *hombres* (demografía), masa de los *bienes* (economía), masa de los *pensamientos y de las creencias* (fenómenos de «mentalidades», lentos y pesados; fenómenos de «opinión», más fugaces).

2) Los *hechos institucionales,* más superficiales pero más rígidos, que tienden a *fijar* las relaciones humanas dentro de los marcos existentes: derecho civil, constituciones políticas, tratados internacionales, etc.; hechos importantes pero no eternos, sometidos al desgaste y al ataque de las contradicciones sociales internas.

3) Los *acontecimientos*: aparición y desaparición de personajes, de grupos (económicos, políticos), que toman medidas, decisiones, desencadenan acciones, movimientos de opinión, que ocasionan «hechos» precisos: modificaciones de los gobiernos, la diplomacia, cambios pacíficos o violentos, profundos o superficiales.

La historia no puede ser un simple *retablo* de las instituciones, ni un simple *relato* de los acontecimientos, pero no puede desinteresarse de estos hechos que vinculan la vida cotidiana de los hombres a la dinámica de las sociedades de las que forman parte.

Ante esta compleja materia histórica, el historiador plantea cuestiones, resuelve *problemas*: cuándo, por qué, cómo, en qué medida... se modifican, *debido a una continua interacción*, los elementos de las *economías* (hombres, bienes), de las *sociedades* (relaciones sociales más o menos cristalizadas

en instituciones), y de las *civilizaciones* (conjunto de las actitudes mentales, intelectuales, estéticas...). El historiador habrá de distinguir muy pronto entre los hechos de evolución muy lenta (estructuras geográficas, mentalidades religiosas, grupos lingüísticos), los ritmos espontáneos («ciclos» coyunturales de la economía), y los simples acontecimientos, cuya importancia deberá valorar.

Estas distinciones justifican diversas *técnicas*: análisis «estructural», análisis «coyuntural», «análisis de contenido» de textos y de expresiones verbales o estéticas, elección de las fuentes, crítica de su validez.

Pero estas técnicas sólo adquieren su sentido dentro del marco de una *teoría global* que permita pasar del análisis económico-estadístico a la «historia razonada», conquista que Schumpeter atribuye justamente a Marx.

Recordemos algunas de sus proposiciones cruciales:

1) En los orígenes de cualquier desarrollo histórico duradero se sitúa un *desarrollo de las fuerzas de producción,* lo que nos incita a observar:

a) en un grupo dado y por un tiempo dado, el *número de hombres* y su división en sexos, edades, ocupaciones, etc.;

b) para el mismo grupo y durante el mismo período de tiempo, *las modificaciones ocurridas en las técnicas de producción* (agricultura, industria, transportes) y, de manera especial, las de *la fuerza productiva del trabajo,* que según Marx depende *de la habilidad media de los trabajadores, del desarrollo de la ciencia y de sus aplicaciones tecnológicas, de las combinaciones sociales de la producción, de la extensión y de la eficacia de los medios de producción y finalmente de las condiciones naturales.*

Toda investigación sobre una sociedad debería incluir, para cada instante del desarrollo estudiado, los capítulos agrupados bajo estos diversos títulos.

2) Sin embargo, estas «fuerzas productivas» entran en

funcionamiento en una sociedad que se caracteriza, de forma más profunda, *por las relaciones sociales y humanas creadas alrededor de estos medios de producir* («relaciones sociales de producción»).

Las tierras, los instrumentos de irrigación, los bosques y los terrenos de paso, las fuentes de energía, los medios de transporte, las fábricas, las máquinas, etc., son los «*medios de producción*» que utiliza la fuerza de trabajo de los hombres.

¿*Quién* posee estos medios de producción? ¿Y cuál es el sentido exacto de la palabra «posee»? ¿Quién *maneja* productivamente estos medios? ¿Quién, a través de esta doble relación, es el dominador? ¿Y el dominado? ¿Quién se aprovecha? ¿Quién consume? ¿Quién acumula? ¿Quién se empobrece? ¿Qué relaciones —jurídicas, cotidianas, morales— se han establecido entre las clases sociales así consideradas? ¿Qué *conciencia* tienen de estas relaciones los hombres que constituyen estas clases? ¿A qué *contradicciones,* a qué *luchas* dan lugar estas relaciones? ¿Con qué resultados? ¿Estas relaciones favorecen o entorpecen (en cada momento) el desarrollo de las «fuerzas productivas» definidas anteriormente? He aquí una serie de preguntas a las que es importante contestar.

3) Para hacerlo correctamente es necesario guiarse por el *conocimiento teórico del modo de producción dominante* en la época observada, y entendemos por ello *el conocimiento de la lógica del funcionamiento social,* que expresa *la totalidad de las relaciones sociales observadas en su interdependencia.*

Merece la pena disponer de un *modelo teórico* que exprese esta lógica de funcionamiento, aunque sólo sea para ver hasta qué punto refleja el mayor número de hechos observados.

Es inútil decir que nunca la observación empírica de una

sociedad en un momento de su existencia dará unos resultados absolutamente acordes con este modelo, puesto que, en toda «formación social» concreta, quedan siempre secuelas de modos de producción anteriores al modo de producción dominante, y se insinúan ya los gérmenes de un modo de producción futuro.

Pero el interés de la investigación histórica reside precisamente en la confrontación entre estos «casos» y los diversos tipos de sociedad que han dominado sucesivamente en el curso de la historia, y que aún hoy coexisten de forma evidente.

No podemos menospreciar algunos peligros inherentes a la utilización de los modelos teóricos:

1) No hay que confundir *modelo económico* con *modelo social*. La sociedad es más compleja que la economía, y es en lo social donde germina la destrucción del modelo económico aparentemente armonioso.

2) Todo modelo implica unas hipótesis: debe tenerse en cuenta que estas hipótesis expresan justamente la naturaleza del sistema observado y no una verdad eterna: la *propiedad* privada, la libre competencia, la libertad de empresa, por ejemplo, se dan *por supuestas* en el modelo económico del capitalismo clásico; pero el modelo no las «justifica».

3) Todo modelo expresa en primer término el análisis de un «equilibrio», de una *estabilidad,* mientras que *la finalidad de la historia es el estudio de los cambios.*

4) Incluso estos *modelos de cambio* pueden aplicarse sólo con prudencia; por el hecho de que el capitalismo haya sucedido al feudalismo en Europa occidental a través de procesos clásicos conocidos no debe inferirse que todo el mundo deba pasar necesariamente por etapas parecidas.

Sobre todos estos extremos existe hoy en día un gran desarrollo de las *técnicas de información* y del *tratamiento científico de los datos.*

Merece, pues, la pena insistir, en el momento en que se afirman, en los estudios universitarios, las posibles colaboraciones *interdisciplinarias*, en que la *preparación para el oficio de historiador*, sin desechar las viejas reglas de *conocimiento y crítica de los textos*, de consulta de las fuentes directas y, por lo tanto, de los *archivos*, comporta igualmente unas iniciaciones sólidas: 1) en la *demografía*; 2) en la *estadística*; 3) *en el cálculo económico*; 4) *en los fundamentos matemáticos del análisis sociológico* (probabilidades, sondeos, etcétera); 5) *en la información* (para la utilización de las fuentes masivas: documentos fiscales, notariales, prensa, etc.).

Una vez dicho esto no hay que confundir estas *técnicas de información* con los *fines propios de la historia.*

A éstos los definiría de buen grado de la forma siguiente, que como es obvio queda abierta a la discusión:

La investigación histórica es el estudio de los mecanismos que vinculan la dinámica de las estructuras —es decir, las modificaciones espontáneas de los hechos sociales de masas— a la sucesión de los acontecimientos —en los que intervienen los individuos y el azar, pero con una eficacia que depende siempre, a más o menos largo plazo, de la adecuación entre estos impactos discontinuos y las tendencias de los hechos de masas—.

La conquista científica del método así definido está todavía en vías de elaboración. Pero esta misma elaboración abre la posibilidad —y es su única garantía— de una actitud racional del espíritu y, por tanto, de una práctica eficaz del hombre ante la sociedad.

ESTRUCTURA

Como conclusión a nuestras reflexiones sobre la palabra «historia» propuse definir la investigación histórica como investigación de los mecanismos que vinculan la sucesión de los acontecimientos a la dinámica de las estructuras —estructuras de los hechos sociales, por supuesto—.

Pero ¿qué debe entenderse por «estructura»? En general, y en este terreno en particular, ¿cuál puede ser la aplicación de esta palabra al tratarse de la *materia histórica*?

No diré que la noción de *estructura* esté «de moda». Tendría un aire peyorativo y no sería ninguna justificación. Lo que ha estado «de moda» (y lo está ya un poco menos) es una manera determinada de descubrir el «estructuralismo» como un método nuevo en el análisis científico, cuando en realidad no ha existido nunca un análisis científico, sea de lo que sea, que no haya supuesto, implícita o explícitamente, que la materia analizada tenía una «estructura».

De hecho, se trata del reconocimiento de una evidencia: el espíritu humano no puede *actuar* sobre las cosas (y ha demostrado que era capaz de hacerlo) más que en la medida en que es capaz de reconstruir y de expresar en un *lenguaje lógico* «cómo están hechas las cosas». Si las cosas fueran «de cualquier manera», si cambiaran de forma incoherente entre una observación y la siguiente, la ciencia no hubiera existido y el hombre no habría llegado a la luna.

Lo que parecía nuevo en la aplicación sistemática de la noción de estructura, era su aplicación a las ciencias «huma-

nas». Y por ello un etnólogo como Lévi-Strauss ha preferido buscar el terreno de la «antropología» en lo que él llama la historia «estacionaria» (o «fría») de las sociedades arcaicas, antes que hacerlo en el de la historia «acumulativa» o «cálida» («que acumula los hallazgos y las invenciones para construir las grandes civilizaciones»). El peligro de este tipo de elecciones está en que buscan la «antropología» —es decir, la ciencia del hombre— *en los fenómenos menos históricos,* cuando es lícito preguntarse si la gran característica del hombre no consiste precisamente en haber creado la historia «cálida», «acumulativa». Si el interés se orienta sistemáticamente más a los fenómenos *estables* que a los *cambiantes,* más a la «sincronía» que a la «diacronía», más a las «estructuras» que a los «cambios de estructura» es evidente que se da la espalda al espíritu propio del historiador. Es obvio que, concebido así, el «estructuralismo» inspiraría una desconfianza justificada en el historiador. Pero en ningún momento debe esto producirle una desconfianza ante la necesaria noción de «estructura».

Orígenes, sugerencias y utilizaciones de la palabra «estructura»

Partamos como siempre de la etimología. La palabra, de origen latino, viene del verbo «struere», que significa *construir.* La imagen sugerida es, pues, la de un edificio, con su plano, su elevación, sus proporciones calculadas, sus funciones.

Démonos cuenta de que estas sugestiones de la palabra esconden *dos peligros*; el primero es un relente de metafísica antropomórfica; el objeto en estudio parece haber sido «construido» a la manera de una casa por un arquitecto; el segundo es la sugestión de un objeto estable, «acabado», inmóvil, cuando la propia naturaleza es cambio y la historia no es

más que eso. Por otra parte, no debe imaginarse necesariamente que una estructura, por el hecho de que la palabra evoque un edificio, sea «armoniosa»; la transformación en «armonía» de la lógica interna de una estructura social (feudal, capitalista, etc.) forma siempre parte de la ideología de la clase dominante en esa estructura.

Sin embargo, se puede entender de otra manera la sugestión implicada en el origen de la palabra. La cosa observada es tal como es. Nosotros la observamos, y somos nosotros quienes, a partir de esta observación, *construimos* un «modelo» reflejando el mayor número posible de características del objeto o, en todo caso, de sus rasgos fundamentales. La prueba del éxito de esta operación la constituye la capacidad de acción sobre el objeto que nos da la construcción del modelo.

Pero también aquí cabe aconsejar algunas precauciones: hay que desconfiar del *idealismo* que sólo ve «estructura» en esta «construcción» lógica de nuestro espíritu, cuando nuestra mente se ha limitado a traducir, al límite de sus posibilidades, una realidad existente; y también hay que desconfiar del *empirismo*, que buscaría las raíces de su razonamiento exclusivamente en el objeto concreto que se encuentra en observación, lo que nos conduciría a una yuxtaposición de descripciones y no a un «modelo». La ciencia es la adecuación —en continuo progreso— de la *imagen construida* que nos hacemos de la realidad misma. Claro está que la realidad no es *cada objeto concreto.* Es el conjunto de las características fundamentales de un determinado *tipo* de objeto, y el conocimiento «estructural» del conjunto nos permitirá manejar mejor cualquier objeto de este tipo, por comparación con el «modelo» ideal.

Por lo que hace referencia a las *ciencias sociales,* no es inútil constatar cómo aparece la palabra «estructura» en las frases más famosas, más conocidas, a menudo las únicas conocidas, de Marx en la introducción a la *Crítica de la economía política* (1859):

> En la producción social de su existencia, los hombres establecen relaciones determinadas, necesarias e independientes de su voluntad; estas relaciones de producción corresponden a un determinado grado de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones constituye la estructura económica de la sociedad... etcétera.

«*Ökonomische Struktur*»: a este término le espera, incluso dentro de la economía no marxista, un futuro bastante prometedor.

Sin embargo, algunas líneas antes, Marx había empleado otra expresión: constatando que durante todo el siglo XVIII los ingleses, los franceses y Hegel tras de ellos, habían englobado el conjunto de las condiciones materiales de la vida social bajo la denominación de «sociedad civil», Marx afirmaba: «la anatomía de la sociedad civil debe buscarse en la economía política»; y la misma expresión la había empleado ya en 1852, pues durante todo el siglo XVIII y a principios del XIX, los naturalistas, los médicos habían sido los primeros en comparar la anatomía humana, animal, las secciones vegetales a unas «construcciones» de las que debían *describirse* en primer lugar los caracteres, las dimensiones, las proporciones, las relaciones, antes de abordar el estudio de su funcionamiento.

Por ello, lo que busca Marx en esta asimilación es afirmar el carácter «*natural*», «necesario», asimilable a una sección de tejido orgánico, de una «sociedad civil».

Pero inmediatamente después utiliza igualmente la imagen arquitectónica: «la estructura económica de la sociedad, los *fundamentos reales* sobre los que se levanta un *edificio* jurídico y político, a los que corresponden formas determinadas de la conciencia social».

Es bien evidente que se trata aquí de simples *imágenes*, de usos de la palabra «estructura» en modo alguno «científicos», sino tomados del lenguaje cotidiano. Será en *El Capital* cuando Marx, a través de la construcción de un mecanismo abstracto de funcionamiento, demostrará, no con el vocabulario sino con el conjunto de la obra, lo que había entendido por «estructura económica» de la sociedad.

El uso científico de la palabra «estructura»

En *matemáticas*, se sabe que la palabra «estructura» ha cambiado varias veces de sentido y que ha conservado durante mucho tiempo el simple significado figurativo del lenguaje corriente, antes de emplearse con sentidos específicos, técnicos (Guilbaud). Lo que tienen en común todos estos significados es la idea de que en matemáticas «todos los conjuntos son solidarios y coherentes» (y por esta razón en las otras ciencias, buscar las «estructuras» equivale a dar una expresión matemática a un conjunto). Las imágenes son las mismas que las del lenguaje común: «andamiaje», «principio», «esquema», «patrón» —pero tales palabras introducen un matiz importante: se trata menos de un «edificio» terminado que del principio «oculto», «interior», de la construcción—. Sobre todo en matemáticas, «la mejor forma de comprender una construcción es hacerla», lo que nos lleva a la noción de *Objeto*-matemático construido a partir de un «patrón», y por lo mismo introduce inmediatamente la noción de «proyecto», de «génesis» del objeto. Vienen a continuación definiciones más técnicas: «conjunto de los parámetros que constituyen un grupo», «elementos constitutivos más modo de construcción», «sistema algebraico de los más simples, de los más fundamentales», «madre» de todos los demás, etc. Y en el caso de las «estructuras algebraicas» se llega a imágenes múltiples: «grupos», «anillos», «cuerpos», diferenciados por sus «leyes de composición».

En las *ciencias de la naturaleza* la noción de estructura se utiliza más que nunca: estructura de la materia, estructura del átomo, estructura de la célula, etc. Todo ello nos parece familiar a pesar de que a menudo recubre unas representaciones que el profano capta mal y que podría manejar equivocadamente. Sin embargo, los «modelos» de las estructuras químicas se exponen actualmente, bajo la forma de bolas y bastones, en todas las vitrinas de instrumental científico. Es evidente que se trata de *representaciones* que permiten definir una realidad a través de las *posiciones,* las *proporciones,* las *relaciones.*

En las *ciencias humanas*, ha sido la *lingüística* la que ha proporcionado el modelo de las investigaciones estructurales, ya sea descomponiendo la lengua en elementos cada vez más simples y estableciendo las leyes que rigen las combinaciones entre esos elementos, ya sea formalizando los «sistemas» de una lengua en caracteres distintivos que se condicionan mutuamente.

Ya he indicado de qué manera las restantes ciencias humanas habían seguido el ejemplo de la lingüística, basándose en el hecho de que las formas inconscientes de la psicología (*Gestaltpsychologie*, interpretaciones recientes del freudismo) y también algunos grupos de relaciones en la etnología (estructuras de parentesco, estructura de los mitos), que obedecen a una *lógica de los signos*, de la «*comunicación*», podían asimilarse a «lenguajes».

Pero resultaría abusivo asimilar del mismo modo a «lenguajes» las relaciones humanas que constituyen el objeto de las ciencias llamadas, con razón, «*sociales*», puesto que éstas no estudian el hombre en sí mismo sino el hombre en sociedad, y sociedades que, a su vez, no son independientes de la naturaleza; la economía, en particular, trata de la producción, que es una extracción de la naturaleza, y trata del cambio y de la distribución de los *bienes* una vez producidos.

Y los bienes no son *signos* (con la posible salvedad de la moneda, pero una teoría económica que se basara exclusivamente en el valor de *signo* de la moneda se convertiría rápidamente en irreal).

En cuanto a *la historia,* que debe integrar tanto el análisis de los elementos *materiales* de los que depende la producción (recursos, técnicas), como el de los elementos aptos para las *representaciones* del pensamiento, no puede contentarse con esquemas basados en esas representaciones.

El mismo Claude Lévi-Strauss lo ha admitido, a la vez que precisaba las relaciones del análisis estructural en etnología y de la concepción de Marx acerca de la división de las estructuras sociales en «infraestructuras» materiales y «sobrestructuras» psicológicas.

Claude Lévi-Strauss escribe (*La pensée sauvage*, p. 173):

> ... no queremos decir que la vida social, las relaciones entre el hombre y la naturaleza sean una proyección, ni tan sólo un resultado, de un juego conceptual que se desarrollaría en el espíritu...
>
> ... si afirmamos que el esquema conceptual dirige y define las *prácticas,** es porque éstas, estudiadas por el etnólogo bajo la forma de realidades discretas, localizadas en el tiempo y en el espacio, y características de géneros de vida y de formas de civilización, no se confunden con la «praxis» ... que constituye para las ciencias del hombre la totalidad fundamental.
>
> El marxismo —si no el propio Marx— ha razonado demasiado a menudo como si las prácticas fueran consecuencia inmediata de la *praxis.* Sin poner en duda la indiscutible primacía de las infraestructuras, creemos que entre praxis y prácticas se intercala siempre un mediador, que es el esquema conceptual, por obra del cual una materia y una forma, ambas desprovistas de existencia independiente, se realizan como *estructuras, a saber, como seres a la vez empíricos e inteligibles.**

> Es a esta teoría de las sobrestructuras, apenas esbozada por Marx, a la que nosotros deseamos contribuir, *reservando para la historia —ayudada por la demografía, la tecnología, la geografía histórica y la etnografía— la tarea de desarrollar el estudio de las infraestructuras propiamente dichas,** que no puede ser principalmente la nuestra, puesto que la etnología es ante todo una psicología.

Estas frases son importantes para descartar varios posibles malentendidos entre el estructuralismo formalista y la historia: 1) al precisar que este estructuralismo se aplica a los esquemas psicológicos y a las «prácticas» propias de algunas formas localizadas de géneros de vida, y no a la «praxis» humana en general, palabra cuya utilización puede discutirse pero que a grandes rasgos significa la lucha constante del hombre para equiparse contra la necesidad; 2) al dar una buena definición de la «*estructura*»: *ente a la vez empírico e inteligible*; 3) al adoptar la división marxista entre «infraestructura» material de las sociedades y «sobrestructuras» que implican la intervención de elementos psicológicos.

Sin embargo, estas frases no resuelven todos los problemas:

1) ¿Dónde terminan exactamente las «prácticas» sometidas por el etnólogo al análisis estructural formal? Algunos párrafos parecen sugerir que *toda* «práctica», incluso en las sobrestructuras de las sociedades más complejas, depende de los mismos métodos. De esta manera vemos a historiadores que buscan en las estructuras psicoanalíticas el secreto del comportamiento de las masas revolucionarias de 1789 o de 1917. ¿Acaso no se corre así el riesgo de confundir la *forma* de algunos comportamientos con el *fondo* de los problemas *sociales* que se plantea la historia?

2) Casi se llega a sugerir el reservar a la historia el terreno de las *infraestructuras* materiales; pero ni la demografía ni la tecnología, que con razón se señalan como ciencias auxiliares de la historia, son independientes de las estructuras psicológicas y sociológicas: natalidad, mortalidad, ritmos de trabajo, asimilación o rechazo de los inventos, no pueden estudiarse al margen de algunos datos «sobrestructurales»; la distinción entre «prácticas» y «praxis» es muy superficial.

3) Y es que en realidad el problema que se plantea a la historia no es el de las infraestructuras por un lado y el de las sobrestructuras por el otro, sino el de *las relaciones estructurales entre los dos niveles diferenciados*, teniendo en cuenta que cualquier esfuerzo (y hoy en día abundan) que tienda a justificar la *separación*, en el análisis histórico, entre los diversos «niveles» de la estructura global, bajo el pretexto de la evidente *autonomía relativa* de estos niveles, constituye en realidad un retorno cómodo a los viejos hábitos que diferenciaban «la historia económica», «la historia de las ideas», «la historia política», «la historia del arte», etc.

Finalmente, resulta bastante curioso constatar que Lévi-Strauss no cita, entre las disciplinas que pueden ayudar al historiador a entender las «infraestructuras», la ciencia que Marx, al contrario, consideró como la primera en la que había podido penetrar el método científico: la «economía política» —llamada hoy «ciencia económica» precisamente en la medida en que ha podido traducir en términos matemáticos la mayor parte de sus análisis—.

Ahora bien, la ciencia económica, cuando menos desde Quesnay, obviamente a partir de Marx, y de nuevo desde los años 1930-1940, admite la noción de «estructura» como uno de sus fundamentos.

* El subrayado es mío.

La noción de estructura en la ciencia económica

Sobre este tema podemos utilizar un libro serio y claro: *Système et structures économiques,* de André Marchal (París, 1959). Este libro se plantea con razón las causas de la reaparición de la noción de «estructura» en el pensamiento económico contemporáneo. Para él las nociones de «sistemas» y de «estructuras» son «los instrumentos de análisis y de interpretación que desbrozan el material *histórico* para hacerlo utilizable» (François Perroux), o también «un vínculo sólido entre la visión empírica de los acontecimientos *históricos* y el análisis teórico general necesario para la comprensión de las relaciones» (Walter Eucken).

Démonos cuenta que con ello nos encontramos de nuevo ante la relación entre *historia* y *teoría* económicas, cuya invención Schumpeter atribuía a Marx. El retorno (consciente o no, explícito o no) a Marx se hace a través de la noción de estructura.

Por esta misma razón André Marchal piensa que la renovación de la investigación económica mediante la preocupación de las «estructuras» se debe a la *historia* del siglo XX en su conjunto: transición del capitalismo de concurrencia individual al capitalismo de grandes unidades, conflictos mundiales, crisis de 1929, aparición y vitalidad de las economías socialistas, problemas del «tercer mundo» y de la descolonización. La magnitud de estos fenómenos ha hecho imposible seguir limitando la investigación económica a algunas fórmulas «puras»; y ha mostrado la importancia del entorno no económico (social, institucional, psicológico) para la comprensión misma de la economía. Se han buscado «representaciones estructurales» de la economía global: «modelos» econométricos (Tinbergen), «matrices» definitorias de los circuitos económicos (Leontief), «contabilidades nacionales» presentadas mediante «agregados» (producción, consumo, ahorro, inversiones, etc.). Pero se ha observado también que los «movimientos» de la economía («ciclos») dependían de su estructura (Wagemann, Akerman), que el *crecimiento* de la economía no podía separarse de los *cambios de estructura* (Colin Clark, Rostow). Además de los marxistas (Sweezy, Dobb, Oskar Lange, Charles Bettelheim), también algunos discípulos de Keynes (como Joan Robinson) han destacado los vínculos de este tipo de investigación con las indicaciones fundamentales de Marx.

Algunos intentos de definición de las *estructuras económicas* propuestos de esta manera nos orientarán ya hacia lo que se puede llamar «estructura» en historia.

Jan Tinbergen sugiere cuatro aproximaciones posibles a la noción:

1) La estructura sería *un conjunto de características inmediatamente observables,* como las *relaciones numéricas* entre producción agrícola y producción industrial, etc. y más especialmente los *valores medios establecidos sobre un período de alguna longitud,* y considerados *representativos* de una tendencia profunda de la economía...

2) El adjetivo *estructural,* aplicado a un *movimiento,* se reservaría a los movimientos *lentos* de la economía.

3) La estructura se expresaría mediante un conjunto de *coeficientes característicos* que dieran una imagen econométrica del medio estudiado y determinaran las vías de sus reacciones a determinadas variaciones (ejemplos: coeficiente «técnico», «psicológico», «institucional», etc.).

4) Finalmente, es posible asimilar la estructura al *conjunto de datos necesarios* para determinar estos coeficientes característicos.

Resumiendo: puede considerarse que una estructura económica es un *conjunto de relaciones características* mantenidas durante un *período suficientemente largo* para que su

conocimiento permita prever las reacciones y los movimientos de una economía.

Algunos autores llevarían esta observación hasta asimilar estructura simplemente *con lo que viene «dado»* al iniciarse un cálculo, tanto por observación como por hipótesis, es decir, *con lo que no cambia* durante el período observado. Pero tal actitud conduce al absurdo de hacer cálculos económicos dando por sentado que no se modifican ni la técnica, ni la demografía, ni las instituciones, etc., lo que sólo puede ser exacto para períodos muy cortos. Otro peligro (que se corre a menudo) de esta definición consiste en incluir las conclusiones de un cálculo en sus hipótesis: si se construye un «modelo» de desarrollo *suponiendo* la estructura capitalista, es evidente que el desarrollo propuesto sólo podrá realizarse en el contexto de esa estructura. La aplicación del «modelo» a un «caso» puede entonces chocar con una estructura aún precapitalista, o carecer de valor en una estructura socialista.

Finalmente, los economistas ofrecen dos tipos de definiciones de la estructura.

En primer lugar, una definición *estática,* por ejemplo, la de François Perroux, «*proporciones y relaciones que caracterizan un conjunto económico*», lo que invita a observar un *corte*: ¿cómo se presentan, en un momento dado (en la «sincronía»), las proporciones y las relaciones de los diversos factores económicos?

En segundo lugar, una definición *dinámica*, como la de J. Akerman, «*elementos de un conjunto económico que, durante un período determinado, aparecen como relativamente estables en relación con los demás*», lo que invita a comparar las *curvas*, cuyo grado de regularidad o de estabilidad caracteriza una estructura.

Pero, tras estas definiciones, cabe preguntarse:

1) Si la estructura es válida tan sólo para un período, ¿por qué y cómo se sale de ella?

2) Si la economía está sometida a las presiones de los elementos no económicos, ¿cómo intervienen éstos?

Sobre el primer punto, fundamental para el historiador, los economistas sólo proporcionan indicaciones difusas y eclécticas.

Sobre el segundo, proponen a la vez varios sectores y varios niveles, y tratan de superar el aislamiento de la estructura económica estudiando los «sistemas» (donde lo económico y lo social se combinan con lo político, lo jurídico, lo mental, etc.).

Así, pues, el estudio no debería olvidar:

— las estructuras físicas y geográficas
— las estructuras técnicas
— las estructuras demográficas (por densidades, por edades, por ocupaciones)
— las estructuras institucionales (propiedad, estado, sindicatos...)
— las estructuras sociales (castas, órdenes, clases, movilidad...)
— las estructuras mentales (jerarquía de las necesidades, actitudes ante el trabajo, la familia, etc.).

Pero debe encuadrar estas estructuras parciales dentro de complejos a los que se da el nombre de *sistemas* —combinaciones de estructuras—, cuando se trata de estudiarlas teóricamente, y más a menudo el nombre de *regímenes* cuando se trata de análisis concretos.

Para terminar, no olvidemos que el mundo, si bien está «estructurado» en grupos demográficos, sociales, económicos, etcétera, lo está también en grupos *étnicos* y *políticos*: de lo que se deduce otra vertiente de las investigaciones: estructuras regionales en el interior de una «nación», estructuras nacionales en el interior de un continente, etc.

Si el economista quiere suscitar a la vez todas estas cuestiones, y dado que sólo puede esclarecerlas para un período

bastante largo, *su trabajo se confundiría en realidad con el del historiador.*

ESTRUCTURA E HISTORIA

La historia se ocupa de las *sociedades*. Para que estas sociedades sean estudiables, es necesario poder expresar las relaciones internas a través de un esquema de estructura.

Pero la historia se ocupa de sociedades *en movimiento*. Dicho de otro modo, debe construir esquemas estructurales *de funcionamiento* (y no solamente de relaciones estáticas), y debe dar cuenta no sólo de las principales estructuras teóricas existentes en el mundo en tal o cual momento, sino también de las *contradicciones*, de las *tensiones*, que llevan a los *cambios de estructuras*, a lo que podríamos llamar *desestructuraciones* y *reestructuraciones*.

A) *Estructura y larga duración*

Al igual que los economistas, los historiadores se han dado pronto cuenta de las diferencias de ritmo en las modificaciones de los hechos observados. Volveremos a hablar de esto a propósito de las «coyunturas». Pero, al igual que los economistas, han tendido a definir las estructuras como los *marcos de larga duración* en los que se inscribe la historia. Así lo expresa Fernand Braudel en un artículo célebre:

> Por *estructura,* los observadores del hecho social entienden una organización, una coherencia, unas relaciones bastante fijas entre realidades y masas sociales. Para nosotros, historiadores, una estructura es sin duda conjunto, arquitectura, pero más aún *una realidad que el tiempo desgasta y arrastra durante un largo período.* Algunas estructuras, que perviven durante mucho tiempo, se convierten en elementos estables de una infinidad de generaciones; recargan la historia, estorban, dirigen su evolución. Otras se desmoronan antes. Pero todas son a la vez apoyos y obstáculos. Obstáculos, se caracterizan como los límites («envolturas» en el sentido matemático) de los que el hombre y sus experiencias no pueden independizarse. Pensad en la dificultad de romper algunos marcos geográficos, algunas realidades biológicas, algunos límites de la productividad, o también estos o aquellos mandamientos espirituales: los marcos mentales son también *prisiones de larga duración.*

He subrayado los términos importantes para la definición de esta visión particular de las «estructuras». Es cierto que en el curso del mismo artículo Braudel examina los otros ritmos del tiempo histórico, manifestando mucha repugnancia por el «tiempo corto» (la «historia factual»), pero admitiendo las grandes aportaciones de la historia basada en la «coyuntura» (ciclos), y tomando varios ejemplos de «modelos» (capitalismo comercial, etapas de las unidades mediterráneas, sistemas monetarios de los tiempos modernos), sin olvidar los de Marx («el primero en fabricar auténticos modelos sociales»).

Pero *en cuanto a la noción de estructura*, la única que, al parecer, le permite abrigar la esperanza de rivalizar con las ciencias humanas formalizables, Fernand Braudel concluye netamente que para él se circunscribe a la «reducción en el espacio» y a la «larga duración».

Los peligros de una tal concepción de la estructura nos parecen ser los siguientes:

1) «*Reducir al espacio*» los problemas históricos, insistir en una «*geo-historia*», llama útilmente la atención sobre el peso de determinados climas, sobre la larga estabilidad de determinadas formas de vida —transhumancia—; pero tam-

bién: *en un caso*, si todo queda en vaguedades, se exagera la impresión de que el hombre es «prisionero» de ello (cuando se evade a través de la técnica); *en otro caso*, si se intentan precisar, matematizar las leyes de la «ecología» (instalación de los hombres en relación con los factores geográficos), se puede caer en un determinismo geográfico que los restantes factores de la historia vuelven a poner, en realidad, constantemente en cuestión.

2) Definir las «estructuras» que rigen la observación del historiador por los «obstáculos», las «cárceles» «de las que el hombre y sus experiencias no pueden independizarse» es preferir (volviendo al lenguaje de Lévi-Strauss) la historia «fría» a la historia «caliente», las «prácticas» (que sólo tienen un sentido psicológico) a la «praxis» que destruye los obstáculos y abre las cárceles; finalmente, es correr el peligro de llamar la atención sobre la *resistencia de las supervivencias* (que existe, pero termina por ser vencida) en detrimento de las fuerzas, materiales y espirituales, de la *innovación*.

3) Si bien la lógica de algunas «prácticas», en el campo de la etnología, puede formalizarse, matematizarse, ¿es posible acaso intentar tratar de la misma manera las estructuras de *pensamientos* formados históricamente (Braudel cita el sistema cultural del bajo imperio romano, el «instrumental mental» del siglo XV, el «espacio pictórico» de los clásicos, etc.)? De hecho, por haber querido encerrar de esta forma los diversos momentos del «saber» en «cárceles de larga duración», en «estratos arqueológicos», Michel Foucault ha dado una interpretación personal y puramente literaria de la formación de los diversos «saberes», pasando, sin verlas, al lado de verdaderas *innovaciones*, independientes a menudo de las viejas estructuras, pero que anunciaban otras nuevas. Y es la *innovación* lo que el historiador debería empeñarse en resaltar.

B) *Estructura y modo de producción*

El historiador debe desconfiar de dos tipos de «modelos»:

1) Los modelos que se presentan como *universales* y *eternos*; como ejemplo podemos tomar la proposición de Malthus: los recursos crecen en progresión aritmética, el número de hombres en progresión geométrica. La proposición sugiere observaciones interesantes sobre la relación hombres-recursos y sobre los «techos» impuestos al desarrollo demográfico en el curso de la historia, pero es evidente que no es aplicable ni siempre ni en todas partes, dado que el hombre puede ocupar espacios nuevos e inventar técnicas.

2) Por el contrario, los modelos muy complicados tomados de la observación *empírica* de un *caso* corren el riesgo de no ser válidos más que para este caso.

Hay que encontrar, pues, en el espacio y en el tiempo, el marco legítimo de modelo estructural utilizable en historia.

Hasta el momento, el mejor marco parece ser el propuesto por Marx: la noción de «*modo de producción*». Aquí nos limitaremos a desarrollar las relaciones de esta noción con la de «estructura».

Un modo de producción es una *estructura que expresa un tipo de realidad social total*, puesto que engloba, en las *relaciones* a la vez *cuantitativas* y *cualitativas, que se rigen todas en una interacción continua*: 1) las reglas que presiden la obtención por el hombre de productos de la naturaleza y la distribución social de esos productos; 2) las reglas que presiden las relaciones de los hombres entre ellos, por medio de agrupaciones espontáneas o institucionalizadas; 3) las justificaciones intelectuales o míticas que dan de estas relaciones, con diversos grados de conciencia y de sistematización, los grupos que las organizan y se aprovechan de ellas, y que se imponen a los grupos subordinados.

La *coherencia* de este conjunto justifica su calidad de *estructura*: es posible dar un *modelo teórico,* econométrico, de los elementos materiales del modo de producción: producción, intercambios, acumulación, distribución...; pero no es imposible concebir el modelo *jurídico-político* que permite a la estructura económica funcionar según su propio modelo y señalar de qué manera el conjunto sólo puede realizarse dentro de un marco de *ideología, de creencias y de prácticas cotidianas* que no esté en contradicción con la economía y la organización social dominantes.

El modo de producción es, pues, casi por definición, una estructura, y si en esta estructura hay diferentes «*niveles*» (económico, sociopolítico, espiritual), estos niveles son *interdependientes*, incluso cuando manifiestan, en tal o cual fase de su desarrollo, una cierta tendencia a la autonomía.

La necesidad de elaborar este esquema estructural es la de todas las ciencias: se trata de poner de manifiesto la *lógica interna* de un sistema que queda difuminada por la observación empírica, sea cual sea, por otra parte, la imagen empleada para expresar esta lógica oculta («andamiaje», «patrón», «anatomía», red de comunicación, etc.).

El esquema estructural del modo de producción capitalista lo ha elaborado Marx. La ciencia económica, en el actual mundo capitalista, perfecciona incesantemente los análisis *parciales* de la estructura económica de este modo de producción, pero afirmando siempre el principio de su permanencia, y olvidando a menudo los aspectos no económicos del sistema, con lo que las conclusiones económicas resultan frágiles.

Recientemente se han llevado a cabo esfuerzos (Pórshnev, Kula) para elaborar de forma más sistemática que antes el esquema estructural del modo de producción feudal; para los modos de producción menos próximos a nosotros, sólo existen, en el estado actual de la investigación, análisis insuficientes. El modo de producción socialista se ha instaurado de

forma más consciente que los otros, y por lo tanto sobre bases teóricas en principio claras; pero la experiencia muestra que una *estructura* global (juego de la economía—instituciones—ideología) no se instala sino a través de largos tanteos y de luchas difíciles.

Y la historia la componen tanto la observación de las estructuras establecidas como la observación de las luchas y de los tanteos.

Es necesario, pues, una vez adquirida y utilizada la noción estructural del «modo de producción», subrayar los caracteres que distinguen esta noción de toda concepción dogmática de la «estructura».

En primer lugar, *no* se trata de un esquema *universal* (hasta el momento son siempre varios los modos de producción que coexisten y, al buscar esquemas que sirvieran para todos, se podría desembocar en perogrulladas).

En segundo lugar, *no* se trata de realidades *eternas* (como gustosamente lo han hecho creer las clases dirigentes de cada modo de producción), ni tan sólo de realidades de duración muy, muy larga (del tipo de aquellas a las que Fernand Braudel reserva el nombre de estructura).

En tercer lugar, *no* se trata de fórmulas que engloben *toda la realidad* social concreta, sino solamente de la realidad dominante, la que determina, en una sociedad, los procesos decisivos.

En cambio, los cinco o seis ejemplos de modos de producción coherentes que nos proporciona la historia son claramente «estructuras» que han estado o están todavía *bastante extendidas*, que han *durado* (o todavía duran).

Finalmente, como hemos subrayado ya, el estudio histórico es estudio de *movimiento*, de *cambio*. Por este motivo (y Marx lo ha demostrado brillantísimamente), 1) *la estructura de un modo de producción es una estructura de funcionamiento* (y no una simple cuestión de «relaciones» y de

«proporciones» estáticas), y 2) la estructura de funcionamiento de un modo de producción *comporta y genera* contradicciones, y seguirá haciéndolo mientras no se trate de un modo de producción *totalmente* consciente y científico.

En el terreno económico, estas contradicciones generan *crisis*, y en el terreno social, luchas de clases.

Ahora bien, las *desestructuraciones* y las *reestructuraciones* en que consiste la historia se desencadenan a través del juego de las crisis y de las luchas de clases combinadas.

Concluyendo: el conocimiento de una *estructura* (bajo la forma de un esquema fundamental) es *necesario*; pero no es *suficiente* para el historiador.

C) *Del modelo a la realidad concreta: uso de la noción de estructura en la investigación*

El historiador no debe repetir eternamente consideraciones sobre los esquemas de estructura de las situaciones concretas que estudia. Debe comprobar estos esquemas, contrastarlos con la realidad concreta.

Es en este ejercicio donde encontrará la ocasión para combinar el esquema *histórico* por antonomasia, que es el de los modos de producción, con las otras concepciones de estructura que hemos encontrado, y que a veces son *más amplias* que la del «modo de producción», y a veces, al contrario, son *más parciales*.

1.° *Estructuras de larga duración y modo de producción.* — Cuando ya no se trata de un análisis teórico y general, sino de un análisis *concreto* y *localizado*, es evidente que hay que tener en cuenta los elementos característicos de la estructura *de un país*, que *superan en duración* la fase del modo de producción: por ejemplo las «*permanencias*» puestas

en primer plano por Braudel, ya sean puramente físicas (clima, relieve), ya sean combinaciones geoeconómicas cristalizadas en tradiciones, en hábitos humanos (transhumancias, tipos de ciudades, etc.). En este sentido, las relaciones feudales, por ejemplo, han podido depender en gran medida de la disposición de los terrenos (valles, parajes defensivos...) y el capitalismo industrial de la situación de los recursos (transportes fluviales, minas de carbón...).

La *distribución espacial* de los hombres, de las comunicaciones, de los recursos forma, pues, parte de las estructuras de un país —en este sentido, la cartografía es un instrumento de análisis fundamental—, pero no se trata de *factores* eternos y absolutos, puesto que, al contrario, cada modo de producción aprovechará una distribución más que otra, desarrollará un tipo de distribución más que otro. Observemos que este análisis se puede incluir en el de las *fuerzas productivas*, cuya estructura misma es característica, en su base, de un «modo de producción».

Como un *caso concreto* comporta siempre, además de la *elección espacial* (tal país, tal región), una elección *temporal* (tal siglo, tal período), es importante trazar un cuadro estructural de las permanencias geográficas puramente naturales o adquiridas históricamente *al principio del período*, y observar, desde el ángulo de las *fuerzas productivas*, cuáles son los elementos que pueden *favorecer* y cuáles los que pueden frenar tanto el funcionamiento cuanto el nacimiento y la decadencia del modo de producción estudiado. *Los mapas escalonados en el tiempo* muestran entonces en qué medida estas «permanencias» continúan imponiéndose, o bien retroceden ante otros factores.

Las mismas reflexiones pueden aplicarse a las *realidades humanas de larga duración*: estructura espacial de los *grupos* caracterizados por solidaridades muy antiguas *de tipo etnográfico, lingüístico, tribal*, etc. La estructura de distribución

de los grupos étnicos es un tipo de realidad de larga duración; su constitución en «nación» consciente de esta comunidad y que intenta organizarse en estado es una realidad histórica que aparece con algunos rasgos del capitalismo. Por lo tanto, el conocimiento de estas distribuciones (geografía histórica) constituye igualmente una investigación *estructural* a realizar (también aquí mediante la *cartografía*).

Observemos que la permanencia de una lengua, de un folklore, de «prácticas» de diversos tipos, que desempeñan un papel tan importante en las «etnias», forma parte de las *estructuras mentales de larga duración* que hemos encontrado también en las indicaciones de Braudel. Para un historiador, el problema consiste en saber si, en las «desestructuraciones» y en las «reestructuraciones» de otro género, de un modo de producción a otro, tal o cual tipo de «estructura mental» *refuerza* o *debilita* la *antigua* estructura global, acelera o retrasa el *paso a la nueva.*

Puede darse, por ejemplo, que viejos rasgos étnicos frenen la transición al capitalismo, pero la conciencia de «nacionalidad» puede acelerarla. Por ejemplo, la solidaridad entre feudalismo y catolicismo convierte el nacimiento del protestantismo a la vez en efecto y en factor de reforzamiento (no en «causa» determinante) de la instalación del capitalismo. Y en algunos pueblos, en algunas regiones, sucede, al contrario, que estas *largas supervivencias* de estructuras mentales antiguas conservan algunos rasgos de estructuras sociales mucho más allá de las revoluciones que las han destruido jurídicamente (supervivencias del diezmo en pleno siglo XIX, en los pueblos del oeste francés, y de obligaciones colectivas, bienes comunales, etc., a pesar del individualismo agrario característico de la estructura capitalista).

Por ello, todo estudio de estructura, aplicado a un caso concreto, debe *desbordar con creces los marcos de la estructura dominante.*

2.° *Análisis parciales de estructura en el seno de un modo de producción.* — Si bien el esquema estructural del «modo de producción» debe expresar el carácter de «totalidad» y, por lo tanto, debe concebirse como una coherencia teórica, en cambio, en el curso del análisis, los *estudios parciales de estructura* constituyen un instrumento necesario para el historiador.

Desgraciadamente, puede suceder incluso que el historiador, por las dificultades de su oficio, se vea obligado a especializarse en un análisis parcial; será historiador de la economía, o sea, de las *infraestructuras*, historiador de la política o de las instituciones, historiador de las ideas o de las representaciones —religión, arte—, o sea, de las *sobrestructuras.*

Hay que insistir en la necesidad de *pensar globalmente la historia*, a la vez en *todas* sus relaciones estructurales y en *todos* sus movimientos, pero no debe obviarse que la investigación es *ante todo* una *ayuda*, un *instrumento* para el análisis concreto, y no un resultado, un descubrimiento, de éste.

Así, pues, es legítimo, si bien no siempre suficiente, realizar *investigaciones estructurales parciales*, como *elementos de información* sobre las estructuras.

En estos análisis pueden distinguirse las *informaciones estáticas*, las *informaciones dinámicas*, a cada *nivel* de la realidad estudiada (economía, derecho, política, ideología), y las investigaciones sobre las *relaciones recíprocas entre estos niveles.* Los instrumentos de las informaciones estáticas son la *tabla*, el *corte*; los instrumentos de las informaciones dinámicas son las *curvas*; las investigaciones sobre las relaciones entre los niveles de estructura pueden tener como instrumento el *modelo*, pero a menudo nos hemos de contentar con tratarlas como *problemas.*

a) *Tablas y cortes.* Nos limitaremos a unos ejemplos:

— *Un censo* da un *corte de la población* en un momento de su desarrollo; los cuadros y gráficas que de él se

deducen exigen el *reparto espacial* (densidades), la *distribución por sexos*, por *edades* (pirámide de edades, ejemplo de gráfica estructural), la distribución por *grupos socio-profesionales*. Un corte de este tipo informa sobre las *proporciones* y las *relaciones*, pero da pocos datos sobre la evolución y el funcionamiento de la sociedad; en cambio, los *censos escalonados*, si son regulares y homogéneos, permiten *constatar modificaciones de estructura* (que luego hay que explicar).

— *Una tabla «input-output»* (entradas-salidas, compraventa, producción-consumo) del tipo inventado por Leontief para las estructuras de la economía americana, es una tabla de doble entrada, que puede ser muy simple o muy complicada, donde los grupos de agentes o de actividades económicas se inscriben de tal forma que sea posible encontrar lo que cada uno da y lo que cada uno recibe de los restantes grupos; también en este caso se trata de una tabla *estática*, que expresa las relaciones entre las actividades económicas *en un momento dado*, pero estas tablas pueden realizarse anualmente, decenalmente, etc.

— *Los mapas* son cortes de estructura que expresan las distribuciones espaciales de la población, de los recursos, del consumo, etc.

— *Las tablas y los «histogramas»* (gráficos que representan las proporciones) pueden elaborarse para precisar y representar la *estructura de las fortunas, la estructura de las rentas*, en un espacio dado, en un momento dado.

— *Los «organigramas»* son representaciones estructurales de una organización —empresa, estado, administración— en las que se evidencian las relaciones (jerarquía, intercambios, canales para las instrucciones y las órdenes, etc.).

Los ejemplos de estos cuadros estructurales podrían multiplicarse.

b) *Las curvas*. En principio, las curvas se utilizan sobre todo para expresar los hechos de *coyuntura* (cf. el próximo

capítulo). Sin embargo, la aproximación y la comparación de los tipos de curva que caracterizan un sistema económico pueden tomar un sentido estructural. 1) Las curvas que expresan los ciclos y las crisis de las economías precapitalistas muestran algunos de los caracteres propios de estas economías —dependen de las cosechas, de la meteorología, que imprimen sacudidas serias a la demografía—; las curvas que expresan los ciclos y las crisis de la economía capitalista muestran, al contrario, que estos ciclos y crisis (que dependen de la industria) tienen menos repercusiones sobre la demografía, etc. En este caso, el tipo de coyuntura sirve para analizar la estructura. 2) Si se representan algunos hechos (movimiento de los precios, movimiento de la producción) durante un período suficientemente largo, se ponen en evidencia *inflexiones bruscas*, hechos no reversibles (desaparición de algunos productos, techos alcanzados por algunos precios, etc.) que significan cambios en las estructuras económicas.

c) *Modelos y problemas*. Un *ejemplo*: un país proteccionista —que impone derechos de aduana fuertes a las importaciones— se transforma en librecambista. Como resultado de la competencia cambiarán su comercio exterior y su producción interior. Los economistas pueden esbozar un «modelo» de esta economía antes y después del cambio de «política económica». Pero el historiador se pregunta: *¿por qué* este cambio? Se plantea entonces el problema de las relaciones entre los *intereses económicos* y las *decisiones políticas* (relaciones de *nivel*). Para resolverlo debe recurrir a archivos y *publicaciones* (discursos, campañas, comisiones, grupos de presión, etc.).

Hoy día incluso las *estructuras ideológicas* son objeto de investigaciones *cuantitativas* mediante el análisis estadístico de los libros publicados (bibliometría), de las palabras empleadas (lexicometría), de los temas tratados, del público a que se ha llegado, etc.

D) *Microestructuras y macroestructuras*

El historiador, como el economista, tiene generalmente interés en colocarse, para su observación, ante grupos bastante amplios: estudia, cuantitativa y cualitativamente, los grandes rasgos estructurales de una nación, de una región, de un conjunto geográfico.

Sin embargo, no hay que despreciar el interés de las monografías que permiten una «micro-observación», a menudo reveladora. Una ciudad o una pequeña región agraria pueden aportar muchas informaciones sobre las estructuras de una sociedad, siempre que se tengan puntos de comparación o se multipliquen las monografías.

Pero existen sobre todo *organismos típicos* de una sociedad: en el caso del régimen económico feudal, un *señorío* revela el *mecanismo de funcionamiento*, por la base, de la sociedad señorial. En el caso del régimen capitalista, una *empresa* revela el mecanismo íntimo de éste.

Combinar la observación de las microestructuras con el análisis de las estructuras globales es, pues, un método fecundo.

Sin embargo, debe recordarse siempre que *un caso* no puede ser representativo de un tipo de estructura con una validez amplia.

Pero mientras que los «cortes», las «curvas», los mapas y las tablas dan sólo información sobre las estructuras «*parciales*», una micro-observación bien llevada puede, al contrario, constituir un testimonio sobre el *mecanismo esencial* que caracteriza una estructura global: *el mecanismo de ganancia* en una empresa capitalista es el mismo que el de la clase capitalista en su conjunto.

En cambio, no se sigue de ello que la misma empresa, típica del funcionamiento íntimo del modo de producción, pueda

testimoniar sobre el *movimiento de ganancia* en toda la sociedad durante un período determinado. Por tanto, una empresa aislada (o un señorío aislado) puede utilizarse mejor para entender la «estructura» que para entender la «coyuntura», es decir, los movimientos cuantitativos de una economía, a los que nos referiremos a continuación.

COYUNTURA

La noción de coyuntura

En el sentido más general, la «coyuntura» es *el conjunto de las condiciones articuladas entre sí* que caracterizan un *momento* en el movimiento global de la materia histórica.

En este sentido, se trata de *todas* las condiciones, tanto de las psicológicas, políticas y sociales como de las económicas o meteorológicas.

En el seno de lo que hemos llamado la «estructura» de una sociedad, cuyas relaciones fundamentales y cuyo principio de funcionamiento son relativamente estables, se dan en contrapartida unos movimientos incesantes que son resultado de este mismo funcionamiento y que modifican en todo momento el carácter de estas relaciones, la intensidad de los conflictos, las relaciones de fuerza.

Para el hombre de acción, examinar la coyuntura equivale a definir el momento. La noción de coyuntura está muy presente en Lenin, entre la meditación sobre la estructura de la sociedad y la elaboración de las consignas de acción. Una voz que en otro tiempo nos fue familiar decía: «Siendo las cosas lo que son...».

Pero en el uso de la palabra coyuntura hay precisamente el riesgo de abandonarse a lo fácil: «en la coyuntura actual, se puede... o no se puede...». A menudo no es más que pretexto, sucedáneo de análisis más que análisis real, debido a esa terrible dificultad de la política y de la historia que repre-

senta la complejidad de los factores, la frecuente imposibilidad de proceder a su medición. La tarea del historiador consiste justamente en establecer vínculos entre lo que puede ser medido y lo que no.

Lo que puede ser medido y que, por lo menos hasta un período muy reciente, parecía obedecer a movimientos espontáneos, susceptibles de ser estudiados como un fenómeno natural, son los indicadores económicos: precios, salarios, tasas de interés, producción, cotizaciones de bolsa, etc. Su expresión numérica varía según movimientos coordinados cuyos mecanismos pueden ser estudiados: orientaciones al alza, a la baja, con tendencias dominantes, a plazo más o menos largo, alternancias cíclicas e inversiones de tendencia más o menos bruscas bajo forma de «crisis». Estas regularidades y esta posibilidad de cuantificar han llevado a considerar en primer lugar los aspectos económicos de la coyuntura. Ésta se ha convertido en una de las ramas de la ciencia económica. Y los historiadores, para sus propios análisis, han procurado utilizar sus resultados y ampliar su base empírica.

En el siglo XIX había llamado la atención de los estudiosos la reiteración periódica de las «crisis»: hundimientos de la bolsa, caída de la demanda, de los precios, mano de obra arrojada al paro forzoso. Say, Sismondi, Marx, Juglar (cuyo nombre sirvió para designar este tipo de crisis) las describieron y las interpretaron. Pero también se observó otras series sucesivas de tendencias: Émile Levasseur, a propósito de la «cuestión del oro», durante la década de 1850, observaba en la historia 14 inversiones importantes de tendencia en las relaciones entre el precio de los metales preciosos y el de las mercancías en general (tendencias a largo plazo de los precios expresados en oro).

A principios del siglo XX la idea de la *previsión* de las crisis (puesto que parecían obedecer a las leyes de una cierta periodicidad) pasó a ser una preocupación fundamental de los economistas, y se crearon institutos para la observación de los índices económicos: el «barómetro de Harvard», el Institut für Konjunkturforschung de Ernst Wagemann en Alemania. Pero la crisis más justificadamente famosa de la historia contemporánea, la de 1929, no fue evitada y resultó decisiva para imponer en las mentes de los economistas, de los políticos y de los historiadores la idea de que el movimiento espontáneo de los fenómenos económicos —la coyuntura— era sin duda un factor histórico fundamental.

Entre 1950 y 1970 las intervenciones calculadas en la vida económica —planificaciones, inversiones públicas, modificaciones monetarias, manipulaciones de la tasa de interés— hicieron pasar a segundo plano, durante algún tiempo, la preocupación por los ciclos y las crisis, que sin embargo seguían tendiendo a manifestarse en las economías de libre empresa, aunque su magnitud se haya visto reducida. ¿Se había llegado realmente a una economía *self-sustained, konjunkturlos*, tal como se pretendía? Los años 70 han revelado otro tipo de crisis.

En cambio, quiero subrayar la diferencia de actitud, ante tales fenómenos, entre el economista y el historiador. El economista busca las *causas*, con objeto de prever, de prevenir. El historiador se preocupa, a propósito del pasado —como el político a propósito del presente—, no sólo de las causas, sino también de las *consecuencias* de las crisis: choques sociales, modificaciones en los ingresos, aumento de las rivalidades internacionales, etc. Para ello, aun suponiendo que en el futuro el papel de las crisis estuviera llamado a atenuarse, seguiría correspondiendo al historiador la tarea de reconstituir su papel en tiempos pasados, su lugar en la historia.

Entendámonos, sin embargo, sobre un punto, no siempre percibido con claridad. Estoy pensando en las objeciones del historiador soviético Boris Pórshnev al método de análisis histórico «coyuntural» de Ernest Labrousse aplicado al siglo XVIII francés. Pórshnev había comprendido que se trata-

ba de convertir las «crisis de subsistencia», las hambres periódicas, en «causa» de las agitaciones sociales y, en definitiva, de la Revolución francesa misma. Estimaba que en realidad tales conflictos, esta revolución, surgían de las contradicciones de clases, de las estructuras internas de la sociedad. Naturalmente, tenía razón. Pero la historia coyuntural de Ernest Labrousse no decía lo contrario, sino lo mismo, pero mostrando: 1) que la tendencia económica predominante del siglo XVIII —el «plazo largo» de la coyuntura—, al desarrollar los medios económicos de una burguesía, agudizaba, y finalmente hacía superar de manera revolucionaria, las contradicciones entre el poder económico de esta clase y sus inferioridades jurídicas y políticas; 2) que las crisis de subsistencia a corto plazo, añadiéndose a situaciones de malestar bastante generalizado debidas a coyunturas medias de estancamiento, podían combinar las violentas rebeliones de masa a las voluntades de derrocamiento del sistema político surgidas del plazo largo, lo cual se produce en 1789. Esto no significa que la «coyuntura» sea la «causa» de estos grandes acontecimientos que derrocan las estructuras. Pero permite seguir su *preparación* y explica las *fechas* en que tienen lugar. Digamos que hay más «probabilidades» de que estalle un motín en tiempo de hambre que en un año de buena cosecha. Esto no significa, sin embargo, que el motín vaya a estallar necesariamente, y menos aún que vaya a transformarse en revolución. Pero si hay *confluencia* (coyuntural) entre agudizaciones máximas de las contradicciones sociales a niveles diversos, se reúnen las condiciones revolucionarias. Tal es el sentido del análisis coyuntural.

Una vez hechas estas observaciones, ¿cómo observar las coyunturas económicas? ¿Cómo vincularlas a la historia social y a la historia a secas?

1) Los *signos* más fáciles de observar, de cuantificar, en este ámbito de las coyunturas son los *movimientos de los precios de las mercancías*. Sus fluctuaciones constituyen la mayoría de las veces la base documental fundamental. Cuidado: los precios no son la *causa* del movimiento; son también *efecto* suyo; y sobre todo son, en primer lugar, el *signo* del movimiento, lo cual no les impide convertirse a su vez en «causa» (si bajan demasiado de prisa, se reducen los estímulos para las iniciativas económicas; si suben demasiado de prisa, ponen la vida más difícil al consumidor). De hecho hay que observar *toda* la actividad económica en su conjunto: producción, intercambios, empleo, incluso la población, y relaciones entre el movimiento de los precios y el de los ingresos (salarios, beneficios, rentas). Un estudio basado exclusivamente en el movimiento de los precios correría el riesgo de ser engañoso por simplificación. Pero dicho movimiento sigue siendo el instrumento *más accesible* para la reconstrucción histórica, y es indispensable. Es el mejor «indicador».

2) Los economistas pueden llegar a diseñar «modelos» matemáticos de la coyuntura. A condición de que se mantengan dentro de lo económico. El historiador difícilmente podrá matematizar las relaciones entre un movimiento precios-salarios y las probabilidades de un movimiento social. Pero tiene que proceder a analizar al mismo tiempo datos económicos y datos no económicos. Al saber lo que ha ocurrido y al poder cuantificar ciertos datos, puede proceder a un análisis «causal» cuyos elementos sean los diversos aspectos de la coyuntura. Si se hace una «historia económica» o una investigación de «historia sociopolítica» de Francia en 1920 ignorando, o dejando de señalar, que el coste de la vida aumentó en un 9 % cada mes durante los tres primeros meses, esto significa —digámoslo así— dejar de lado por lo menos *uno de los factores* a tener en cuenta.

Examinemos ahora las grandes líneas de una historia general en sus relaciones con las coyunturas económicas en plazos de una u otra magnitud.

Los movimientos de duración muy prolongada y los movimientos «seculares»

Siguiendo criterios muy generales pero nada imprecisos, pueden constatarse tendencias de muy larga duración comunes por lo menos a mundos homogéneos. Si tomamos, por ejemplo, el occidente cristiano a partir de los últimos tiempos de la antigüedad, es evidente que entre los siglos V o VI y el X la población es muy escasa, las comunicaciones difíciles, la vida económica se reduce seguramente no a una «economía natural» totalmente cerrada pero sí probablemente a una economía agrícola muy poco orientada hacia el intercambio, con una vida urbana reducida al mínimo y una circulación monetaria muy limitada. Señalemos que, en contraste con el mundo cristiano, el musulmán se hallaba entonces en expansión con una actividad tendente a concentrarse en las ciudades, de Bagdad a Córdoba, y una amplia circulación de monedas de oro. Si contemplamos, pues, el mundo entero en lugar de limitarnos siempre a Europa, cabe distinguir «zonas coyunturales» más que «coyunturas mundiales».

Para ceñirnos, no obstante, a lo más conocido, hay que saber que, *desde finales del siglo X a comienzos del XIV*, el occidente cristiano atraviesa una prolongada coyuntura de auge, esto es: aumento general de la población, roturaciones masivas de tierras y consiguiente incremento de la producción agrícola (seguramente menos que proporcional al de la población, pero sin embargo suficiente para no entrar en contradicción con este crecimiento), multiplicación de los intercambios internos y exteriores, expansión militar (cruzadas), renacer de la economía monetaria (y al final basada en el oro), ascenso deficientemente conocido pero cierto de los precios, vida urbana que —en ciertos márgenes (Flandes, Italia)— se orienta incluso hacia la producción industrial concentrada (Florencia) y el gran comercio (Venecia, ciudades hanseáticas).

A la inversa, *desde comienzos del siglo XIV hasta el último tercio del XV*, se asiste a un encadenamiento de catástrofes (pestes y hambres) con hundimiento de la población, abandono de tierras, caída indudable de la producción global, crisis de las grandes actividades comerciales, tendencia al estancamiento o a la baja de los precios (combatida por inflaciones monetarias artificiales); cuando la crisis se agudiza, se constatan luchas sociales intensas, y esto coincide con la época de las guerras de larga duración (guerra de los Cien Años). No hay que sacar la conclusión de que había una inactividad completa, ni situaciones absolutamente generalizadas de miseria. Incluso hacia el final de este período, la concentración sobre las mejores tierras de una población menor y la mejora de las técnicas de producción —mejora que tendió a hacer disminuir los precios de los artículos de consumo masivo— han hecho posible que se haya hablado de «edad de oro de los trabajadores» (entendamos por ello: período excepcionalmente favorable al salario frente a los precios). Pero esto mismo acarreó una recuperación demográfica, y, hacia 1470-1475, la «coyuntura larga» se invirtió y pudo asistirse a una nueva fase de «expansión» económica (que, a la larga, volverá a ser desfavorable a la remuneración del trabajo).

Efectivamente, *desde finales del siglo XV hasta finales del XVI o hasta las primeras décadas del XVII*, sucediendo al aumento demográfico, tienen lugar inventos, descubrimientos, es una época de actividad que se multiplica, de intercambios que crecen, de alza rápida de los precios, de veloz formación de fortunas y de lujo en las cortes, pero sin revolución técnica agrícola en la base, lo cual da lugar a una disminución de los medios de vida entre las masas campesinas; desde finales del siglo XVI menudean en casi todas partes catástrofes del tipo hambre-peste.

El siglo XVII, entre fechas que deberían fijarse con mayor exactitud y que varían de una región a otra, fue un siglo de *depresión económica* relativa. Después de haberse hablado mucho, sobre todo a propósito de Francia, del «siglo XVII trágico» —que corresponde sin embargo a triunfos militares y diplomáticos exteriores—, se tiende hoy a insistir en los matices cronológicos y regionales. Está comprobado que la baja de precios, signo de depresión coyuntural, empieza en España con el punto de inflexión de los años 1600-1610 y que, al combatirla con una inflación artificial de moneda de cobre, se acentuó en este país la «decadencia» catastrófica de la economía. En Francia la depresión empezó más tarde, y las grandes oleadas de miseria rural corresponden a finales del siglo (cf. La Bruyère, Vauban). Los años centrales del siglo vienen marcados, en la Europa central, por la «guerra de los Treinta Años», que despobló terriblemente provincias enteras de Alemania. Pero en Inglaterra, desde el siglo XVII, tienen lugar transformaciones en la técnica agrícola, gérmenes de «revolución industrial» y ganancias considerables en el comercio marítimo, que, tras la revolución política de 1688, convierten este país en el primer escenario de un vigoroso cambio de coyuntura.

El siglo XVIII, entre hitos cronológicos que varían de un país a otro y que son objeto de controversia, se presenta en conjunto —y en regiones del mundo tan distintas como Europa, México y China, por ejemplo, lo cual no deja de plantear problemas curiosos— como un largo período de crecimiento demográfico, de ascenso de la producción (pero probablemente no proporcional, por lo menos no en todas partes, al incremento del número de seres humanos), de alza de los precios, de estímulo a la empresa espontánea, de multiplicación de los intercambios y finalmente, en ciertos lugares, de innovaciones técnicas y de industrialización.

Algunas observaciones sobre estos «períodos largos» o, mejor, sobre los problemas que plantean a la reflexión:

Primeramente, se *discute* sobre las dimensiones exactas de los cambios de tendencia y sobre su localización; el paso del desarrollo de la Antigüedad —esencialmente mediterráneo— al estancamiento medieval pudo durar varios siglos: el fin de la expansión medieval del occidente europeo corresponde a comienzos del siglo XIV (hambres en torno a 1315-1330), pero a veces ha tenido signos precursores ya a finales del siglo XIII; en otros sitios no comienza antes de 1348-1350. El «viraje» que conduce de la edad media en crisis a los «tiempos modernos» expansivos comienza a la vez con los *repoblamientos* de las regiones afectadas por las hambrunas y las guerras (en Francia, reinado de Luis XI) y con los *primeros viajes de descubrimientos* (portugueses en torno a África, primeras remesas de oro), es decir hacia 1475, pero a menudo el desencadenamiento tajante de la era de expansión se demora aún hasta 1492 (Colón) e incluso hasta los primeros años del siglo XVI. Para el siglo XVII parece haber una «coyuntura mediterránea» (en particular española), en descenso a partir de 1610; en otras partes (cf. Braudel) la expansión parece durar casi hasta 1650 aproximadamente; a la inversa, se produce con certeza una recuperación comercial *mundial* (extremo oriente) a partir de 1680-1700, lo cual acarrea «renacimientos» notorios (Inglaterra, Cataluña); pero en Francia el «trágico siglo XVII» perduró tal vez hasta el sistema de Law por lo menos (cf. Goubert, Le Roy-Ladurie). Por último, se suele hacer durar el siglo XVIII expansionista hasta 1817 porque los precios europeos suben hasta esta fecha; pero tal vez, en el curso de los últimos años, este alza se debe a las circunstancias de guerra, y los signos de inversión (crisis demográficas muy duras, malas cosechas reiteradas, extracción de la plata mexicana cada vez menos rentable...) ya se perciben desde 1793-1796. Hay que evitar, pues, los es-

quemas demasiado afirmativos, las aplicaciones mecánicas de las fechas habituales a todos los medios: el estudio de los «casos» (cuya suma permite un juicio más general) sigue siendo una tarea indispensable.

Otra observación se refiere a la *duración de los períodos* y a la *amplitud de las coyunturas comunes*: parece que los «períodos largos» se hacen cada vez más cortos a medida que la historia avanza; el estancamiento de la primera edad media dura cuatro o cinco siglos, la expansión medieval dura tres, la crisis de la baja edad media un siglo y medio (aproximadamente de 1330 a 1475-1492), la expansión del siglo XVI no mucho más de un siglo, el estancamiento del XVII sin duda mucho menos; y en el curso del siglo XVIII —si se tienen en cuenta ciertos períodos controvertidos, 1680-1710 y 1793-1817— quizá se dibujan ya varios «subperíodos» (de unos 25 años), tal como ocurrirá más tarde, con más nitidez, en el siglo XIX.

Por otra parte, en la medida en que la observación histórica opera a escala mundial, parece seguro que las coyunturas modernas están más *generalizadas* que las antiguas; pero esto debería precisarse más; es importante, porque según si se establece un emparentamiento de coyunturas entre países sin relaciones recíprocas (China y occidente en la edad media), o, por el contrario, una ampliación de las tendencias coyunturales paralela a la ampliación de los vínculos entre países alejados unos de otros, se tenderá a buscar las *causas* de las coyunturas largas ya sea en factores físicos generalizados (*clima*), ya sea en fenómenos humanos (relaciones comerciales, invasiones, etc.).

No se puede, en efecto, dejar de lado las *causas* de tales inversiones de tendencias y de estos largos períodos muy contrastados; por desgracia, las explicaciones no van más allá de lo hipotético; cuando son unilaterales (un solo factor causal propuesto), queda por explicar este factor; y, si son dialécticas o complejas, los modelos explicativos no siempre están bien elaborados; he aquí, en líneas generales, algunas tendencias en las tesis explicativas:

a) La tendencia *climática* (modificaciones del clima a plazo más o menos largo). Es sabido que tales modificaciones han tenido lugar en el curso de períodos geológicos; es posible, pues, que todavía se produzcan, pero ¿cómo?; ciertas observaciones materiales, como la de las capas sucesivas de crecimiento anual de los árboles multicentenarios, u observaciones históricas (notas sobre los libros de contabilidad, fechas de las siegas o de las vendimias, etc., informaciones sobre el avance de los glaciares) permiten descubrir series de años más o menos favorables a las cosechas y a la vida humana; también hay signos relativos a los avances o retrocesos de la aridez en los confines de los desiertos. Los trabajos de Le Roy-Ladurie, que resumen y critican las tesis demasiado apresuradas sobre estas posibilidades, son a la vez sugestivos y prudentes. Nada autoriza todavía a hacer derivar las coyunturas *mundiales* de fenómenos *geofísicos* (aunque no esté del todo excluido). Tal vez puedan establecerse paralelismos entre series de malos años meteorológicos con «interciclos» de los precios agrícolas, y lo mismo en el caso de los «años buenos». Con todo, ¿a qué llamamos «malo» y «bueno»? En el caso del vino, una secuencia de cosechas demasiado buenas hunde los precios, ya que el producto es comercializado. En el caso del trigo, o de cualquier cereal panificable, demasiados años malos afectan al final a la población (hambres, etc.), pero pueden enriquecer a algunos vendedores; así pues, sea cual sea el origen de los ciclos, hay que pasar forzosamente por la *demografía* y la *economía* como *intermediarios*.

b) La tendencia *demográfica*: con demasiada frecuencia se resume en el «esquema malthusiano»: la población aumenta, pero las subsistencias aumentan menos; existirá, pues, un «techo», que se pondrá de manifiesto por medio de catástro-

fes; la población entonces bajará, y las subsistencias bastarán, permitiendo por cierto tiempo nuevos arranques; esta dialéctica entre producto de la tierra y número de seres humanos ha podido imponerse mientras no se habían descubierto ni difundido técnicas suficientes (selección de suelos y de semillas, fertilizantes). El estudio a largo plazo de Le Roy-Ladurie sobre el Lenguadoc sigue esta dirección.

Pero los mecanismos, con toda seguridad, son más complejos; hay que tener en cuenta la ocupación de tierras de calidad cada vez inferior (rendimientos decrecientes) cuando la población aumenta; pero también, quizás, del propio desgaste de la tierra cuando es cultivada durante demasiado tiempo, incluso con rotación de cultivos; el movimiento corto de los precios depende de las cosechas; el movimiento largo depende de los costes «marginales» (es decir, del coste del producto en relación con la última unidad puesta en cultivo); pero los precios dependen también de la expresión *monetaria* (monedas-signos de cada país, monedas-objetos en las relaciones internacionales).

c) Entonces es cuando aparece la *explicación monetaria*; los largos períodos de alza se deberían a la desvalorización a largo plazo del signo monetario internacional (oro, plata), tras los descubrimientos de minas (grandes descubrimientos, minas brasileñas o mexicanas, California); a la inversa, el conjunto de los precios baja a largo plazo cuando el metal-moneda se vuelve escaso con respecto a las transacciones; se trata de una observación perfectamente clara, pero que sólo arroja luz sobre un aspecto de los fenómenos; el movimiento general de los precios no puede ser el único factor (y algunos lo consideran más bien *consecuencia*) del movimiento de expansión secular en virtud del cual se observa cómo crecen y decrecen tanto las poblaciones como las producciones; por último, hay en cada país medios para modificar la masa monetaria con relación a las transacciones sin referirse constantemente a los metales (monedas internas, crédito); por consiguiente, no se puede ni dejar de lado el factor «moneda» ni considerarlo único.

Seguramente algún día podrá reconstituirse el modelo exacto y complejo (a base de estudios) en el cual se articulan los siguientes elementos: multiplicación de los seres humanos, ocupación de las tierras, aprovechamiento de las mismas (incluyendo entre los factores los cambios climáticos), explicación del «movimiento general de los precios» por la alternancia de valorizaciones y desvalorizaciones de las mercancías frente a la moneda y de la moneda frente a las mercancías, influencia de este movimiento de los precios por una parte sobre las empresas de producción y por otra sobre las posibilidades de consumo. Retengamos de momento la necesaria complejidad de toda explicación aceptable de los movimientos largos.

Pero cabe añadir otra observación: el interés del historiador, según hemos dicho, se dirige más hacia las *consecuencias* de los movimientos coyunturales espontáneos de la demografía, de la economía, que a sus causas próximas o remotas.

En el *plazo largo* que acabamos de evocar, el historiador *comprueba* (por no hablar más que del occidente europeo, nuestro campo histórico habitual, y sin olvidar que este campo es obviamente estrecho) lo siguiente:

— *El estancamiento medieval* corresponde a la *disolución de un mundo* (el mundo antiguo, dominado por Roma colonialmente, con un gran comercio en beneficio de unos pocos, luego roído por la despoblación e invadido por las tribus «bárbaras» en marcha) y a la constitución de una *sociedad nueva* que tardó siglos en hallar su punto de equilibrio: la *sociedad feudal*, fundada en una ocupación poco densa del suelo, en la agricultura, en relaciones limitadas entre unidades productivas y regiones.

— *La expansión medieval* corresponde a los triunfos de

esta nueva organización: más hombres, repoblamientos, tierras nuevamente puestas en cultivo, relaciones nuevas en oriente (cruzadas), descubrimiento de un equilibrio político en la jerarquía de las relaciones personales, etc.

— *La crisis de la baja edad media* es una *crisis general* de dicho sistema, en la que confluyen: el exceso de población, el agotamiento de las tierras, el retroceso ante invasores, las guerras de toda clase, etc., hasta el momento en que la población numéricamente disminuida ve mejorar sus condiciones de vida e impone en mayor medida sus voluntades a las fuerzas feudales declinantes; *pero* la baja de los precios hace que resulten seductoras las expediciones a tierras lejanas, y los desórdenes favorecen la toma del poder por autoridades centrales más elevadas (reyes); esto desemboca, en el siglo XV, en la constitución de ciertos estados-naciones-monarquías que organizan un equilibrio nuevo, el cual resultará coronado por los descubrimientos oceánicos (España, Portugal, Inglaterra, Francia).

— *El siglo XVI* es la época del triunfo de este sistema político nuevo: aumento de los poderes de reyes y comerciantes frente a un mundo feudal todavía sólido, pero en vías de disgregación; recuperación demográfica, productiva, enriquecimiento, relaciones comerciales de ámbito muy amplio; pero también, debido al alza de la población y de los precios, crecientes dificultades para el campesino-productor o para el artesano (descenso de sus ingresos reales); hacia 1600, en fechas distintas según los países, este empobrecimiento de la base repercute en la cúspide.

— *En el siglo XVII* vuelve a crearse, efectivamente, una atmósfera de *crisis general*; guerras terribles en Alemania (guerra de los Treinta Años), decadencia española, portuguesa y, finalmente, italiana (Venecia), revoluciones en Inglaterra y Francia (Fronda), guerras generalizadas; el triunfo de Holanda es esencialmente mercantil y anuncia el futuro del capital comercial como fuerza política (república de las Provincias Unidas); Francia prolonga la época de los triunfos absolutistas por su superioridad demográfica y militar, pero la crisis del siglo perdura en este país cuando en otros se va ya atenuando.

— *El siglo XVIII* viene marcado por la búsqueda de un *nuevo equilibrio* entre las *clases*: siglo de *expansión* pero también de *revoluciones* (cuyo aspecto predominante es el económico en Inglaterra y el político en Francia), de tal modo que ambos fenómenos se anuncian en todas partes pero no se producen de igual manera en todos los países.

Estas observaciones menos apresuradas permitirían imaginar las fases largas de la «coyuntura» como otros tantos signos de *modificación de las estructuras*: elaboración lenta y difícil de los modos de producción sucesivos, fases de triunfo y de equilibrio, fases de crisis, fases de reconstrucción en base a mecanismos nuevos. Estas divisiones permiten a la vez confirmar y matizar nuestras divisiones históricas habituales: antigüedad, edad media, tiempos modernos, tiempos contemporáneos, como fases en que sucesivamente se preparan, triunfan y entran en crisis el modo de producción antiguo (esclavismo y colonialismo romanos), el modo de producción feudal, la transición que representa la formación del capital comercial y la culminación monárquica de la sociedad feudal declinante, y por último la génesis del mundo contemporáneo: formación del capitalismo industrial y de las relaciones sociales que le corresponden. Coyunturas y estructuras no son dos nociones extrañas entre sí; son dos aspectos de fenómenos comunes.

Los movimientos «semiseculares», los «interciclos», los «ciclos de Kondratieff»

Tal vez ya desde el capitalismo comercial (como sostienen algunos autores) y con certeza en el seno del capitalismo industrial (a partir de finales del siglo XVIII), puede observarse, *durante períodos mucho más breves* que los anteriores, la alternancia de fases «de expansión» o de «retracción» que duraban cada una 25 años y constituían pues un «ciclo» de 50 años. Tal vez se puedan poner en relación con esos «interciclos» de alza y baja de los precios, de unos veinte años o algo más de duración, que Labrousse descubrió se daban en vísperas de la Revolución francesa.

Sin embargo, en este caso como en el de los «ciclos largos», es más fácil descubrir que interpretar.

Lo que se constata claramente es la *alternancia de las tendencias* al alza o a la baja de los *precios nominales*. Alternancia bien conocida: 1817-1850 baja, 1851-1873 alza, 1874-1895 baja, 1896-1920 alza. Añadamos en seguida que estas fechas son *indicativas*; según los países, pueden variar en uno o dos años, o más; y en el siglo XX no se sabe si debe situarse la cúspide de la «onda» del alza en 1920 o en 1929.

Estas «ondas» semiseculares han sido estudiadas por el ruso Kondratieff, de quien reciben el nombre, y descritas sistemáticamente e interpretadas en una perspectiva más sociológica e histórica por el francés François Simiand; finalmente, hay un libro entero dedicado a estos movimientos (de hecho también a los movimientos «largos»): el de J. Imbert, exhaustivo pero sin conclusiones personales claras.

Las divergencias giran en torno a:

— las *definiciones* del movimiento: ¿se trata del *movimiento de los precios*? ¿Se trata de *expansión* y *contracción* generales alternas, referentes a *todos* los índices económicos?

De hecho todo el mundo concuerda en decir que en el siglo XIX la *producción crece* continuamente, pero con ritmos distintos: rapidez, luego disminución del ritmo (techos) de las tasas de crecimiento; Simiand parece más sugerente cuando muestra que se trata de *épocas de facilidad* (cuando los precios suben todo el mundo puede abordar empresas con alguna probabilidad de éxito, se multiplican las iniciativas) seguidos de tiempos *de dificultades* (los precios bajan o se estancan, y a partir de este momento las empresas débiles desaparecen y sólo subsisten las que innovan para resistir la baja de los precios de venta; hay *selección* y no multiplicación; pero el resultado es progresivo, no sin padecimientos, como quiebras, paro, etc.);

— la *interpretación* del ciclo. En este caso las divergencias no son menores. Para Simiand es toda *monetaria*: cuando se descubre oro (en el siglo XIX, metal monetario por excelencia), el precio de éste baja con relación a las mercancías; hay pues alza de los precios «generales», de la cual deriva una cierta «facilidad»; luego, al reforzarse la oferta de mercancías (en cuanto al ritmo de crecimiento) sobre la oferta de oro, se produce el fenómeno inverso, hasta que un nuevo descubrimiento vuelve a abaratar el oro, etc.

Kondratieff, por su parte, cree que el precio del oro viene demasiado influido por su función monetaria para que pueda determinar la vida económica por su precio de producción; habría que buscar en otra parte las razones de los ritmos espontáneos de la economía: tiempo de «digestión» de las innovaciones técnicas fundamentales (ferrocarriles, etc.), y tal vez incluso digestión de los efectos económicos de las guerras. Pero siendo así las cosas, ¿cómo justificar la periodicidad relativamente regular?

De hecho, no tenemos ninguna «explicación» del ciclo largo, salvo si pensamos que es una resultante de los ciclos más cortos, que quedan por explicar.

Pero *para el historiador*, una vez más, lo importante reside en las *consecuencias* históricas o, mejor aún, en el elemento explicativo que aporta el ciclo para formarse un juicio global del período: por ejemplo, la «prosperidad imperial» de los tiempos de Napoleón III corresponde a una fase de «facilidad» en el desarrollo que, por ser internacional, no se debe tanto como se dice a veces a las iniciativas imperiales o al «orden»; pero se pueden estudiar, en este marco general, los distintos aspectos de las creaciones económicas de la época, sus rasgos, sus implicaciones sociales y políticas. En cambio, en el período de la «gran depresión» que va de 1873 a 1895, las leyes proteccionistas de Méline fueron quizá responsables, como a menudo se las ha acusado de ser, del débil desarrollo agrícola francés; pero son explicables como respuesta a la depresión. Y, finalmente, si no se quiere decidir por adelantado sobre la anterioridad del factor económico o del factor político, los años 1896-1913 pueden ser examinados, problemáticamente, bajo el ángulo mercados-rivalidades-armamentos en época de búsqueda de mercados.

El ciclo «intradecenal» (llamado de Juglar) y la «crisis de tipo antiguo»

Es sabido que a partir del momento en que la actividad industrial se colocó en el centro de la vida económica puede constatarse que periódicamente, después de una serie de años de creación, de euforia, de ventas fáciles, de alzas de precios, se desencadenaba una «crisis» de ventas, una inversión de la tendencia de los precios, y de ahí un encadenamiento de quiebras, pánicos, crisis de bolsa, cierres de empresas y en consecuencia paro, crisis seguida por un período más o menos largo de «depresión» y luego por una recuperación progresiva de las ventas, de los precios, de la producción.

Todo el mundo en el siglo XIX conoció y comentó esta «crisis», y muchos el «ciclo»: Sismondi y Marx los primeros. En 1857 Juglar, economista francés, dedicó una obra al fenómeno; de ahí el nombre con que los economistas lo han bautizado.

Pero no olvidemos:

1) que ya había «*crisis comerciales*» de periodicidad análoga en las plazas del gran comercio antes de la instalación del capitalismo industrial; 2) que había (y puede haber aún en los países técnicamente poco desarrollados) despliegue de las *crisis agrícolas* determinadas por las malas cosechas; el ciclo de Juglar no es pues un fenómeno aislado, aunque sea típico del capitalismo industrial.

Hay que reconocer simplemente que toda vida económica *espontánea* se desarrolla según ritmos ondulatorios, ya sea ritmos determinados por la propia dialéctica de sus mecanismos (por ejemplo, el alza de los precios estimula la creación de empresas, ésta acrecienta la oferta, que rebasa la demanda y da lugar a la crisis, etc.), ya sea por el impacto de realidades «exógenas» (no económicas: malas cosechas, intervenciones políticas, etc., cuyas repercusiones sobre el conjunto de la economía dependen de la amplitud de las zonas afectadas por el hecho). Estos movimientos de la economía —los cuales en realidad, siendo a la vez causas y consecuencias, ponen de manifiesto a menudo los ritmos de la sociedad global— han sido estudiados por los economistas y los econometristas a la vez mediante reconstituciones estadísticas multiplicadas y elaboradas y mediante la construcción de modelos matemáticos que parten de hipótesis lógicas e integran un número mayor o menor de factores.

Puede haber «ciclos» muy simples, observados por ejemplo sobre la base de un solo producto; el precio de la carne de cerdo en Alemania, observado entre 1895 y 1914, permitió la construcción de un modelo provisional que se verificó

perfectamente hasta 1930; pero esto se debió a que, por ser la demanda muy regular, los precios dependían sólo de la oferta, la cual dependía a su vez de las previsiones espontáneas de los ganaderos a propósito de los movimientos del precio. La vida económica global es evidentemente más complicada, lo cual no impide que sea estudiada mediante «modelos». Y si los modelos son válidos, se puede a la vez prever e intervenir. Esta fue la ambición de los Institutos de Coyuntura de Harvard, de Berlín; en el límite, el ideal sería *suprimir* la «coyuntura» (economía *konjunkturlos*), ya que ésta comporta «crisis» y «depresiones».

Para el historiador el problema consiste en saber en qué medida la observación, o el conocimiento, de las coyunturas económicas de todo tipo le ayuda a comprender la historia global de un país o de un momento.

Ahora bien, lo que hasta hoy le ha ayudado más en este terreno es una *distinción* (poco utilizada por los economistas) entre *dos tipos de crisis* (y de ciclos), cada uno de los cuales caracteriza un tipo de economía y sin duda también un *modo de producción diferente*:

— *Ciclo y crisis de «tipo antiguo»*, característicos de economías de predominio agrícola y relaciones comerciales limitadas: la Europa anterior a la revolución industrial, y hoy todavía numerosos países subdesarrollados; *a*) *la «causa»* —suponiendo que este término sea el adecuado— reside en una o varias malas cosechas, debido a lo cual la oferta de grano es muy inferior a la demanda, sin olvidar que ésta es la suma de las necesidades del consumo y de las de la *siembra* (a veces un cuarto de la cosecha normal que ha de usarse de nuevo); los precios entonces suben y, mediante el juego de las previsiones y de los almacenamientos, se establece un «ciclo» más o menos regular y entrecortado, pero que finalmente se configura siguiendo las probabilidades estadísticas de los fenómenos meteorológicos; *b*) *la forma* del ciclo y de la crisis es

la siguiente: *alza* del precio del grano, dificultad para el consumidor popular de alimentarse (por formar los cereales la base de la alimentación); imposibilidad, pues, para el consumidor popular de comprar otros productos que no sean alimenticios; en consecuencia, crisis de mercados industriales (la industria predominante es entonces la textil, que queda sin clientela); en la ciudad se produce, pues, paro artesanal e industrial; en el campo, todos los que tienen una cosecha insuficiente no tienen nada que vender y en cambio necesitan comprar, lo cual hace subir aún más los precios, sobre todo para los cereales más pobres; puede producirse subalimentación, carestía, a veces hambre, y en consecuencia enfermedades; la demografía se ve afectada; pero con buenas cosechas la vida puede recobrar con bastante rapidez su pulso; sin embargo, la baja de los precios hace que la venta de los granos resulte poco remuneradora para quienes no pueden almacenarlo.

Las consecuencias son: miseria, hambre, revueltas, luchas para guardarse cereales y no dejarlos circular, exigencia de tasas, necesidad de limosnas, mendicidad y vagabundeo, sacrificio de reses, etc.

Características claras: causa *meteorológica*, crisis ligada a un *alza rápida y corta* de los precios *agrícolas*, industria afectada por repercusión y sistema social implicado en su totalidad (exacciones feudales, diezmo, imposiciones fiscales autoritarias, sistema de la beneficencia eclesiástica, la *moral* incluso; reacción anticomerciante, antiusuraria, etc.).

Es del todo evidente que este tipo de crisis es *cualitativamente distinta* del tipo llamado «de Juglar», que adquiere carta de naturaleza en el siglo XIX en los países del capitalismo industrial.

— *Ciclo y crisis en el capitalismo industrial*: las *causas* de la crisis y del ciclo son en este caso *internas* al sistema. Es la contradicción entre la lógica de la iniciativa individual

y la lógica de los resultados globales la que trae consigo la inversión de «tendencias»; a grandes rasgos, coloquémonos en una fase de alza de los precios: primero los salarios suben menos que los precios, se auguran buenas ganancias; proliferan pues las empresas y en las empresas sube la producción; la demanda del sector de consumo impulsa también la demanda en el sector de los bienes de producción (máquinas, utillaje, transportes, etc.), lo cual provoca una plétora del aparato productivo: hay «sobreinversión». Ahora bien, en un determinado momento, la mano de obra, en épocas en que la demanda de trabajo supera a la oferta, obtiene ventajas, lo cual amenaza la tasa de beneficio; y en el mismo momento la euforia del «auge» ha provocado sobrepujas en la bolsa. Basta entonces con que surja nerviosismo en un sector para que ello acarree un pánico bancario, quiebras, caídas en las carteras de pedidos, aumento de los stocks no vendidos, etc.

La forma de la *crisis* es, a diferencia de la crisis antigua, no el alza de los precios agrícolas, sino *la caída de los precios industriales*; así pues, ambos tipos de crisis no pueden confundirse.

Las *consecuencias* de las crisis de los siglos XIX y XX son de varios órdenes distintos: en lo social, paro, quiebras, selección de las empresas o concentración de los capitales, lucha contra la baja eventual de los salarios y, si la crisis es demasiado generalizada o se prolonga, proteccionismo, malthusianismo, conflictos internacionales. Además, en el período de entreguerras, el *sistema monetario* es puesto en tela de juicio: se busca la salida de las crisis a través de *devaluaciones*.

Los economistas, sin duda, han atribuido demasiado poca importancia a este *cambio cualitativo* en los tipos de crisis: Jevons y Moore, hacia 1900, habían tratado de vincular al «ciclo agrícola» (ligado por su parte a los fenómenos solares) la periodicidad de las crisis capitalistas, lo cual era

absurdo teniendo en cuenta el estado evolucionado de la economía.

Pero no es falso decir que la *crisis de tipo antiguo*, es decir, la crisis determinada por las malas cosechas, desempeñó todavía un papel —incluso un papel político— en la Francia del siglo XIX, más aún en España (revolución de 1868), en los países subdesarrollados (India) y en los comienzos del socialismo (1921-1932). Esto significa simplemente que estos países no estaban aún enteramente estructurados por el sistema coherente de una economía industrial dominante que caracteriza el modo de producción capitalista.

— *Otros «ciclos»*: por debajo de los ciclos «intradecenales» llamados de Juglar se dan movimientos más cortos; por ejemplo, sobre todo en América, los llamados de Kitchin (40 meses); éstos no tienen interés más que para los econometristas y para la previsión a corto plazo.

En cambio, el *movimiento estacional* es históricamente interesante, domina la vida agrícola, marca el compás de ciertos precios agrícolas y, en caso de crisis, hace culminar ciertos precios de escasez («*soudure*»). Incluso el movimiento del desempleo es estacional; y la tesis de Michèle Perrot ha puesto en evidencia la importancia de la estación para *las huelgas* del siglo XIX (no se puede hacer huelga en invierno, y en primavera la huelga estalla a veces como una «fiesta»).

CONSEJOS PARA LA UTILIZACIÓN HISTÓRICA DE LA NOCIÓN DE COYUNTURA

Utilidad: 1) *Confluencia de lo particular y lo general.* Ejemplo: la «debilidad» de Luis XVI como causa de las impotencias del antiguo régimen y por ende de la Revolución francesa es ciertamente un factor digno de ser tenido en cuenta, pero E. Labrousse ha demostrado perfectamente que el rei-

nado de Luis XVI coincidió con una coyuntura económica desfavorable en todos los terrenos; éste es un factor sin duda tan importante como el anterior. El análisis coyuntural evita por lo menos las explicaciones fáciles.

2) El análisis coyuntural *acostumbra mirar más allá de las fronteras*. Demasiadas veces se han buscado «causas» locales, regionales, nacionales, a situaciones de malestar de las cuales hoy sabemos que fueron generales, internacionales. Simiand decía: «no a la meteorología de jardincillo».

3) Cuidado con la «*imputación a lo político*». Labrousse ha mostrado, a propósito de las tres revoluciones de 1789, 1830 y 1848, cómo las causas de malestar propias de la coyuntura se atribuyen instintivamente a «errores del gobierno». A la inversa, naturalmente, los gobiernos que tienen la suerte de coincidir con una buena coyuntura se jactan de haber traído «la prosperidad»: en 1789, año de carestía, los habitantes de París creían ver en Luis XVI y María Antonieta al «panadero» y a la «panadera»; en 1794 se atribuyó durante mucho tiempo al Terror unos disturbios típicamente «de subsistencia»; lo mismo en el análisis de las crisis rusas de 1921 y 1932, vistas desde el exterior, etc.

4) Cuidado con la *personalización de los grandes movimientos económicos*. En ejercicios de exámenes a propósito de la Rusia de los años 1890-1913 he encontrado a menudo expresiones del tipo: «Nicolás II *decidió* industrializar Rusia». Pero esto —que será cierto para Lenin— no lo es aún para Nicolás II, que puede *favorecer* un movimiento espontáneo, pero cuyo reinado se caracterizaría más bien así: desarrollo relativamente rápido (pero aún mediocre en términos absolutos) de una actividad industrial, por atracción de un país nuevo sobre los capitales en período de desarrollo general (auge de Kondratieff).

Las reservas: noción a manejar con prudencia. 1) No hay que hacer de la coyuntura un sistema de explicación formal o verbal. «Esto se explica por la coyuntura» no tiene más sentido que «llueve a causa de la meteorología».

2) Hay que estar atentos a la *multiplicidad de los ciclos*: se puede estar ante un mal momento del período corto, estando simultáneamente en un período largo de signo expansivo; invocar este último sería peligroso en la interpretación de un elemento de duración breve. La *exigencia cronológica* que caracteriza el oficio de historiador —«fechar con precisión»— es particularmente útil en materia coyuntural; y la cronología histórica no es sólo la de los reinados, los ministerios y los conflictos.

En suma, conviene preguntarse, a propósito de toda época y de todo acontecimiento:

— ¿En qué *siglo* estamos? ¿Es un siglo de impulso o de retracción?

— ¿En qué «*fase*» nos encontramos? ¿Fase «A» o «B», decía Simiand, es decir, de facilidad o de dificultades?

— ¿En qué *momento del ciclo corto* estamos?, y ¿ante *qué tipo de ciclo*?; ¿alza de la producción, de los precios?; ¿crisis de los precios, y en qué sentido?

— En cada caso, ¿*quién* saca provecho, *quién* resulta amenazado? ¿El empresario? ¿El trabajador? ¿El rentista? ¿El productor? ¿El consumidor? ¿Cómo varía el salario nominal?; ¿y el real? ¿Cómo varía la ganancia en volumen y cómo en *tasa* (en relación con el capital)?

Así, a condición de pensarlo *dentro de un tipo de estructura* (modo de producción feudal, capitalista, de transición, etcétera), el *movimiento coyuntural* forma parte de los análisis del historiador.

LAS CLASES SOCIALES

En contra de Marx, algunos sociólogos e historiadores siguen sosteniendo que la diferenciación entre «clases sociales» no deriva —o sólo se deriva en determinadas condiciones— de los problemas de la organización material de la sociedad y, por lo tanto, de la producción y la distribución de los bienes materiales.

Lo que diré se prestará, pues, a discusión y formará parte de ella. De paso, mencionaré toda posición que me parezca históricamente importante o interesante. Como es evidente, no pretendo, en tan pocas páginas, decirlo todo sobre cada una de ellas.

Quisiera abordar y discutir sucesivamente:

— las nociones de estratificación y de jerarquía social;

— las de casta, de orden y de clase, distinción que unos recientes debates entre historiadores han vuelto a poner de actualidad;

— las de clases económicas y clases psicológicas, y las relaciones entre estas dos clasificaciones;

— la de conciencia de clase: la distinción clásica entre «clase en sí» y «clase para sí», bastante diferente de la distinción anterior;

— las de clases y subclases, categorías sociales, medios sociales, matices al problema más general.

Y, finalmente, quisiera abordar los problemas:

a) de las *luchas* de clases,

b) de los *poderes* de las clases,

c) de las relaciones entre la división de las sociedades en clases y de la humanidad en grupos (naciones, estados, etcétera), transición que nos llevará a hablar de estos últimos.

PRIMERAS REFLEXIONES. ¿«ESTRATIFICACIÓN» Y «JERARQUÍA» SOCIALES, O ESTRUCTURAS DE FUNCIONAMIENTO?

En los trabajos del Centre de Recherches sur l'Europe moderne, que funciona en la Sorbona, Roland Mousnier publica una colección titulada: «Problèmes de stratification sociale». En el primer fascículo de esta colección, *Deux cahiers de la noblesse*, editado en 1965, escribe:

> Desde los lejanos tiempos de Hesíodo y de Platón, los hombres, observando los comportamientos de sus contemporáneos entre ellos, han imaginado la sociedad en que vivían como compuesta por grupos de hombres formando una especie de capas sociales, o estratos, superpuestos en un orden jerárquico. A estos estratos les han llamado generalmente clases. Parece ser que las clases existen o han existido en los 9/10 de las sociedades. Las relaciones entre estos estratos constituyen uno de los factores importantes en la historia de los pueblos.

Reflexionemos sobre este vocabulario. Las palabras *estratos* y *estratificación* no me parecen afortunadas, porque evocan a la vez capas sucesivamente colocadas unas encima de otras, y que se mantienen así de forma estática e inorgánica. Esta estratificación se acepta como un hecho sin buscar ni su origen ni sus funciones. Es cierto que la última parte de la frase se refiere a las *relaciones* entre los estratos. Si tales relaciones se refieren simplemente a la *posición*, a la simple «estructura» congelada, no pasamos de una constatación. Si las relaciones son de *función*, si implican un papel

distinto en el juego material y político de la sociedad, si son relaciones de contradicción, de lucha, susceptibles de modificar este juego y la estructura misma, entonces «estratificación» deja de ser suficiente. Hay que pasar al modelo de funcionamiento y al análisis de las contradicciones, fundamentales para el historiador, puesto que de ellas surgen los *cambios*.

Es cierto que la palabra «*jerarquía*» se pronuncia junto con la palabra «estratificación». ¿Es mejor?

Si nos remontamos a sus orígenes, nos encontramos frente a la expresión de una determinada *teología*: la «jerarquía» es a la vez una estructura de mando y una graduación de santidades —la pirámide de los ángeles: santos, querubines, serafines, tronos, etc., y, *sólo por analogía*, surge la pirámide de las dignidades humanas y de los poderes sociales—.

Claro está que esta visión del cielo es originariamente, a su vez, una representación de la tierra; es una realidad política convertida en representación y, posteriormente, en mito. Revertirla de nuevo, por el empleo de la palabra «jerarquía», al análisis social no puede ser explicativo.

De hecho, la edad media ha tenido igualmente, junto a esta visión del cielo, una concepción más *orgánica* y más *funcional* de las divisiones terrestres.

Para empezar, una imagen, que ya estaba en boga durante la antigüedad; la fábula de Menenio Agripa de los miembros y el estómago: los miembros quieren negarle sus servicios al estómago, pero, sin él, fallecen.

Esta idea de función, y de solidaridad entre gobernantes y gobernados, entre trabajadores y acumuladores, entre organizadores y ejecutores, es una fábula ideológica justificadora, basada en una comparación funcional, y cuyo éxito a través de las generaciones y de los regímenes se explica por su simplicidad, aplicable a casi todas las sociedades hasta el momento: «yo organizo, tú me alimentas». Más adelante, especialmente en el siglo XVI, se descartará el estómago (benefi-

ciario demasiado visible) a favor de la cabeza (organizadora más distinguida). Se harán filigranas comparando las funciones: un médico moralista y «arbitrista» (consejero benévolo de la autoridad real), Pérez de Herrera, en la España de finales del siglo XVI, dará a cada oficio, a cada grupo social, su función orgánica: hígado, estómago, corazón, cerebro, etc. Saltan a la vista el carácter ingenuo y las conclusiones conformistas y apologéticas de tales comparaciones. Pero la imagen *orgánica* y *funcional* de las clases en el seno de la economía social está en las antípodas de las nociones de «estratificación» y de «jerarquía».

Menos ingenua es la famosa representación tripartita de las clases sociales en la edad media, estudiada de manera excelente por Jacques Le Goff en *La civilisation de l'Occident médiéval* (pp. 319-386).*

Son bien conocidos los tres distintos tipos sociales: *oratores*, la clase de los que rezan; *bellatores*, la clase de los que combaten; *laboratores*, la clase de los que trabajan.

Los analistas de los mitos religiosos (Dumezil) y de las estructuras verbales (Benveniste) han propuesto una interpretación —y una crítica— de esta división: para ellos, la división en tres es una característica «estructural», formal, que ya se encuentra en la jerarquía de los dioses antiguos (Júpiter, Marte, Quirinal) y sería, según interpretaciones todavía más generales (Abaev), una «tripartición funcional», «etapa necesaria en la evolución de toda ideología humana» y, por tanto, algo poco significativo para interpretar las realidades.

Sin embargo, si uno estudia, como historiador, las divisiones propuestas entre los siglos V y XI, es decir, antes de que la estructura feudal estuviera plenamente constituida, nos encontramos con diecinueve categorías sociales (siglo X, Rathier, obispo de Verona), y si se deja el siglo XII y se llega

* Georges Duby da un análisis nuevo de la cuestión (*Les trois ordres ou l'imaginaire du féodalisme*, París, 1978).

hasta el siglo XVI, el análisis se complica de nuevo: 28 «estratos» en un sermonario alemán de 1220, y muchos más en las imágenes que de la sociedad española del siglo XVI presenta Alejo Venegas. Por tanto, la «división tripartita» no es una estructura mental que se imponga al margen de toda realidad social; triunfa cuando corresponde a la realidad fundamental de funcionamiento del sistema feudal: veamos su descripción en Adalbéron, obispo de Laon, autor de un poema dedicado hacia 1020 al rey Roberto el Piadoso:

> La sociedad de los fieles forma únicamente un cuerpo; pero el estado está constituido por tres. Puesto que la otra ley, la ley humana, distingue otras dos clases: los nobles y los siervos, en efecto, no se rigen por el mismo estatuto ... Aquellos son los guerreros protectores de las iglesias; son los defensores del pueblo, tanto de los grandes como de los pequeños, de todos en una palabra, a la vez que garantizan su propia seguridad. La otra clase es la de los siervos: esta desgraciada ralea no posee nada que no sea fruto de su trabajo. ¿Quién podría, ábaco en mano, calcular las preocupaciones que absorben a los siervos, sus largas caminatas, sus duros trabajos? Dinero, vestidos, comida, los siervos lo proporcionan todo a todo el mundo; ningún hombre libre podría sobrevivir sin los siervos. ¿Hay un trabajo que realizar? ¿Hay que cargar con algo? Vemos cómo reyes y prelados se convierten en siervos de sus siervos: el amo es alimentado por el siervo, él que pretende alimentar a éste. Y el siervo no ve nunca el final de sus lágrimas y de sus suspiros. La casa de Dios, que creemos una, está, pues, dividida en tres: unos rezan, otros combaten y otros finalmente trabajan. Las tres partes que coexisten no sufren por su disyunción; los servicios que unos rinden son la condición de las obras de los otros dos; cada una por turno se encarga de aliviar el todo; de tal forma que este triple conjunto no queda por ello menos unido, y es así cómo el mundo ha podido triunfar y disfrutar de la paz.

El texto, extraordinario, concluye, como era de esperar, que existe armonía, pero llega al fondo de las cosas: es la clase trabajadora la que alimenta a toda la sociedad; pero ésta necesita una sobrestructura política y una sobrestructura ideológica para funcionar según su lógica. Se trata claramente de relaciones feudales cuya base es la producción, y que se caracterizan por la exacción material feudal y eclesiástica (diezmo).

La realidad, claro está, es siempre más compleja que el esquema, y las contradicciones fundamentales y secundarias provocan modificaciones en el interior del sistema. Le Goff insiste en algunas de ellas:

— Guerreros y sacerdotes, «oratores» y «bellatores» persiguen con afán la afirmación de la superioridad absoluta de su clase; es el viejo conflicto entre guerreros y brujos de los pueblos primitivos, la lucha, en la cúspide, del Papado y el Imperio, de güelfos y gibelinos, pero cuyo reflejo nos llega sobre todo a través de la literatura, y por tanto, desde el punto de vista de los «clérigos»; incluso la epopeya, la novela caballeresca, dedicada en principio a cantar las hazañas de los guerreros, concluye a menudo loando la superioridad del santo; la necesidad del clero de replegarse en sí mismo, de separarse del pueblo, se manifestó pronto (siglo IX) con la costumbre (hoy abandonada) de decir la misa de espaldas, y posteriormente por el cierre del coro, de las iglesias, de las escuelas...

— Por otra parte, pronto se introdujeron distinciones en la masa de los trabajadores: la tendencia de las clases superiores a ignorar la parte más baja de las clases sociales, llevó a ignorar progresivamente a los siervos, reservando el término «laboratores» a los campesinos creadores, desbrozadores, relativamente ricos y dotados de algunos medios de producción —tierras, yuntas—; de esta tendencia nació la costumbre, en la cuenca de París, de reservar la palabra «labrador» para el campesino medio, germen a menudo del «labrador-mercader» y, por lo mismo, del burgués. Sin embargo, cuidado: estos vocabularios particulares no tienen el mismo significado en todas partes; hay regiones en que «labrador» engloba a todos los trabajadores de la tierra; en España, en el censo de Floridablanca (1787), muchos son los pueblos que contestan al cuestionario sobre profesiones: «todos labradores», lo que significa que todos viven de la tierra —a menudo incluso las mujeres y los niños—; por el contrario, un «*vigneron*» en la Francia del norte y del centro es un campesino arrendatario pobre; en el sur, designa a menudo un propietario con una extensión de viñas considerable, con la salvedad de que desde hace unos cuantos decenios resulta más elegante llamarse «viticultor».

— Volviendo a las observaciones de Le Goff, éste destaca que a finales de la edad media impera una cierta incomodidad en la expresión habitual de las distinciones sociales, debido a la aparición de capas nuevas, las capas urbanas, cuyo modo de vida descansa en la ganancia de dinero; la primera reacción es desfavorable: «Dios ha creado el clero, los caballeros y los trabajadores; pero el diablo ha creado los burgueses y los usureros» (sermón inglés del siglo XVI).

A partir del siglo XIII, incluso, un poema alemán escribe que una cuarta clase, la de los usureros (*Wucher*) gobierna a las tres restantes; lo que demuestra que antes de adoptar a la incipiente burguesía como capa superior de «los que trabajan» había existido la tendencia a considerarla como recién llegada, y como una intrusa en el orden social habitual.

Grosso modo se podría decir que los períodos de equilibrio de una sociedad tienen tendencia a una visión simple de las clases y de sus relaciones esenciales (división tripartita del siglo XI, bipartita de Marx en el XIX), mientras que los períodos de mutación y de crisis tienden a complicar al

máximo las divisiones de la sociedad (Venegas en el siglo XVI, la sociología americana actualmente).

CASTAS, ÓRDENES, CLASES

Roland Mousnier hizo descansar sobre esta distinción las discusiones del coloquio internacional de historiadores celebrado en la Sorbona en 1965 (debates publicados en la colección «Problèmes de stratification sociale»).

Castas

El ejemplo que se toma siempre para definir las castas es el de la India. Es un ejemplo puro, aunque quizá poco significativo, por no tratarse de un tipo de sociedad muy frecuente ni en el espacio ni en el tiempo. Hay más *sociedades con castas* (castas sacerdotales, por ejemplo) que «sociedades de castas», en las que la división engloba todo el cuerpo social. Es este último caso el que se da en la India (aunque actualmente hay una tendencia a la disociación); la sociedad está constituida por *cuerpos cerrados* con una función determinada, desde los brahmanes (sacerdotes) hasta los zapateros (profesión despreciada) y los «intocables» (profesiones consideradas vergonzosas). Es evidente que, si se habla con propiedad, una división de este tipo no descansa sobre el principio «económico» (no hay que confundir función económica y la simple «profesión»), y que invoca una noción de «pureza» religiosa, que depende de la herencia, transmitida por «la sangre».

Pero si nos fijamos en el vocabulario original, nos damos cuenta de que la India no ha tenido una división fundamental muy distinta de la de los restantes indoeuropeos: sacerdotes (brahmanes), guerreros (rajás), trabajadores, a los que deben añadirse (pero ya mucho más tarde) las clases muy bajas (cf. Benveniste, *Le vocabulaire des institutions indoeuropéennes*, tomo I, pp. 279-288).

La reclusión de cada oficio dentro de un grupo hereditario es, pues, un hecho que debe explicarse históricamente, una representación mental adquirida. El aspecto religioso no es necesariamente el punto de partida: puede ser un resultado.

Lo que parece deducirse de una historia más próxima a nosotros y más reciente es la tendencia espontánea de los grupos humanos a cerrarse a sí mismos y a cerrar a los demás grupos, a incorporar una noción de «pureza» a tal o cual rasgo de pertenencia —tanto a la pertenencia a un grupo étnico, como a un grupo religioso o a un grupo profesional—, y a considerar desde entonces como hereditarios los caracteres así definidos.

Nuestra edad media está llena de tendencias de este tipo. Simplemente, la evolución histórica no ha llegado al grado de diferenciación propio de la India. Los ejemplos pueden ser:

a) De tipo étnico o religioso, o ambos a la vez; la separación de los judíos, el fenómeno del *ghetto*, con su dialéctica propia (se separa a los grupos para protegerlos y, al separarlos, se aumenta la diferenciación, tanto entre los que quedan separados de esta forma, como entre los que propugnan tal separación); un buen ejemplo de la tendencia a constituir «castas» es el de la sociedad española de los siglos XVI y XVII, que, tras proclamar la asimilación forzosa, mediante el bautismo y la lengua, de judíos y moros, choca con la pervivencia de las diferenciaciones y termina por convertirlas en una representación social fundamental: la «limpieza de sangre», exigida no sólo para ser noble sino para ejercer en cualquier corporación (cf. la reciente edición del

Coloquio de los perros de Cervantes, en formato de bolsillo —versión francesa—, donde la presentación de Maurice Molho destaca de forma notable la estructura de las oposiciones pertenencia-no pertenencia, dentro-fuera, etc.).

Merece observarse que, en castellano, los excluidos se denominan a menudo «castas», especialmente en Hispanoamérica, en que el término engloba múltiples categorías de mestizos e indígenas («impuesto de castas»).

b) Sin embargo, la noción de pureza no es únicamente religiosa o racial, puesto que afecta a determinados oficios (como en la India); los oficios de verdugos de sangre, carniceros, cirujanos y, por asimilación, tintoreros, son «impuros», y no simplemente «bajos».

c) Existe también la tendencia a *segregar* las categorías *físicas* o *sociales* que dan *miedo*: leprosos, cretinos (cf. los *cagots*, cuyo origen conocemos mal, y cuyos bancos, en las iglesias del mediodía francés, se sitúan fuera de la nave), a veces los vagabundos.

d) Incluso podemos plantearnos la posibilidad de que algunas *clases sociales* que originariamente no tuvieran *nada de hereditarias*, *llegaran a serlo* por la presión de las clases que tenían necesidad de encerrarlas en esa condición. Cito un ejemplo que conocemos mejor que otros: en Cataluña, durante el siglo x, vivían sobre todo hombres libres e incluso propietarios; la «reconquista» sobre los musulmanes favorecía esta libertad y esta autonomía económica; pero al alejarse el frente de la reconquista, el campesino tuvo tendencia *a emigrar*; las autoridades señoriales y eclesiásticas hicieron todo lo posible para retenerlo, *primero de hecho*, *y cada vez más de derecho*; así nació la vinculación a la gleba, que originariamente no existía en absoluto, y posteriormente tal vinculación *se hizo hereditaria*; cuando en el siglo xv la Iglesia *prohíba* la entrada en la iglesia de los hijos de los siervos, podremos decir que se ha dado un paso decisivo hacia la «casta» (clase que se *cierra* cada vez más, puesto que la entrada en el sacerdocio era una de las vías de salida fuera del campesinado); será necesaria una guerra agraria de 100 años y las circunstancias demográficas posteriores a las pestes para que se suprima este paso de la *clase* a la *casta* y sea abolida la servidumbre.

e) Última observación a propósito de las «castas»: la oposición de los términos muestra la importancia psicológica de la noción de pertenencia; esclavos, extranjeros, prisioneros de guerra se designan a menudo bajo términos similares, que los oponen a la «gente de dentro»; y ello puede ser el origen de castas sociales cerradas, separadas; pero en este caso casta y clase se parecen curiosamente; puesto que el esclavo, el extranjero y el trabajador forzado hereditario fundan también un «modo de producción».

Órdenes

Jacques Le Goff destaca, respecto al término «orden» en el antiguo vocabulario de las distinciones sociales, que se trata originariamente de una noción eclesiástica, usada al principio sólo para designar a dos grupos: *ordo spiritualis*, *ordo temporalis* —el clero, el pueblo—. El conjunto de la comunidad era *utraque ordo*.

Fue, pues, en un segundo tiempo, en un proceso de *laicización*, cuando se fijó la división tripartita: sacerdotes, guerreros, trabajadores.

¿Deben llamarse «órdenes» a estas tres categorías, y a ellas solas, y a partir de cuándo es adecuado este nombre? Efectivamente, en los siglos XVII y XVIII se usaban: *el orden* nobiliario, *el orden* eclesiástico. Para la tercera parte, el pueblo, se decía más bien: el tercer estado. Y para el jurisconsulto Loyseau, teórico de la sociedad francesa del antiguo

régimen (*Cinq livres du droit des offices, suivis du livre des Seigneuries et de celui des Ordres*, 1610), existen una tal cantidad de «rangos», «grados», «órdenes particulares», «órdenes subalternos», desde los cardenales hasta los pequeños gentileshombres de la nobleza, desde los oficiales de la justicia y los honorables mercaderes hasta los vagabundos y los pordioseros incluidos en el tercer estado, que es fácil reconocer ahí lo que observábamos a propósito de todas las clasificaciones demasiado sutiles: la división social, incluso en el caso de los «órdenes», deja de ser clara cuando se distinguen tantos grados.

Cabe preguntarse si para el conjunto de las sociedades feudales occidentales no resultaría más adecuada la palabra «estado» que la palabra «órdenes». Estado es internacional: «Stand», «state», «estado», «estament», son las palabras más características de la herencia medieval, puesto que la *representación política* que corresponde a su representación mental se denomina «los estados» (estados generales, estados provinciales); además, incluye el «tercer estado», el cual, por otra parte, de acuerdo con la regla que hemos señalado, *ignora a la capa inferior*; el tercer estado son las ciudades, la burguesía, los notables, no todo el pueblo. El Diccionario de Furetière precisa: «Estado se aplica también a los diferentes órdenes del reino ... están compuestos por la Iglesia, la Nobleza y el Tercer Estado o los Burgueses notables ...».

Así, pues, el tercer estado teóricamente no es más que el conjunto de los no-clérigos y los no-nobles; en la práctica, al hablar de él se piensa sólo en las profesiones ricas u honorables, en los cuerpos organizados; por ejemplo, las ciudades (las únicas representadas en las Cortes españolas, en los Comunes ingleses). Estos cuerpos de las ciudades y de los burgos no son «el pueblo». Cuando en 1789 Sieyès escribió el folleto: *¿Qué es el tercer estado? Todo...*, la revolución había empezado.

Sin embargo, la palabra «estado», como nombre corriente, tiene otro sentido, otro valor, que caracteriza a la sociedad del antiguo régimen. Se relaciona con la noción de *ser*. Se es algo en la sociedad, lo que significa que *se ha nacido* conforme a algo, y que se seguirá siéndolo; las cosas han sido siempre así; los individuos y los diversos escalones que componen la sociedad *aceptan* los «estatutos» (palabra próxima a la de «estado») que ello comporta. Hay un consenso social sobre las dignidades, los honores, los derechos, los modos de vida, los signos, los símbolos, los deberes, las profesiones posibles, etcétera que son característicos de cada «estrato» social. Tal es la tesis de Mousnier sobre las «sociedades de órdenes».

Es indiscutible que una de las grandes características de las sociedades del antiguo régimen es la de que «*vivir según su estado*» se presenta como un deber estricto.

Sin embargo, a esta constatación le aportamos no tanto reservas y matices como serias dudas sobre su originalidad:

1) La norma «vivir según su estado» no es en ningún caso específica de la sociedad de órdenes; se trata simplemente de un término medio entre una sociedad de castas en la que un brahmán, por más respetado que sea, es apedreado si se aventura en un barrio de castas subordinadas, y una sociedad de clases en que los «desclasados», por una parte, y los «nuevos ricos», por otra, están simplemente «*mal vistos*». ¡Pero lo están! Todo es una cuestión de grados en las reglas del conformismo social.

2) Si bien es cierto que en una «sociedad de órdenes» hay «*privilegios*» legales que reconocen todas o parte de las distinciones sociales, y hay, en general, *endogamia* espontánea (aunque no obligatoria como en las reglas primitivas de parentesco), es también cierto que, a menudo, aunque no tanto como en una sociedad abierta compuesta por simples «clases», existe una *tendencia* de los estados inferiores a alcanzar los superiores; tendencia, en Francia, de los oficiales

de justicia a constituirse en «nobleza de toga» participando de los privilegios de la otra, tendencia a imitar la forma de vida del «estado superior» (*Le bourgeois gentilhomme*), tendencia a buscar los signos externos o los trampolines que conducen a este estado superior (compra de señoríos, nombres de tierras añadidos a los apellidos). La *movilidad* social está lejos de ser nula. La prueba está en las perpetuas quejas de los conservadores y de las clases superiores contra la imitación de su forma de vida, contra el «lujo» de las clases inferiores. El propio Furetière añade a su definición de los «estados» una desilusionada observación: «En Francia no se distingue el estado de las gentes por su nivel de vida, por sus costumbres. Un comediante y una cortesana tienen tanto estado como los señores y las marquesas». «Estado», aquí, no se usa en el sentido de «estatuto», sino de «nivel de vida».

A decir verdad, podría hacerse una colección de textos de este tipo. Un volumen no bastaría.

3) Podemos preguntarnos entonces si lo más interesante, para un historiador que quiera esclarecer una sociología de los «órdenes», no sería observar, por un lado, sus orígenes y, por otro, su desaparición. Los orígenes dan lugar a discusiones a menudo difíciles (como demuestra el coloquio de que he hablado). Pero la desaparición de los órdenes pertenece en cambio al pasado inmediato. De ello podemos extraer muchas lecciones.

Pienso en el siguiente contraste: el historiador español José Antonio Maravall ha mostrado extensamente, en una comunicación, cómo la «comedia» española del siglo XVII constituye una exaltación de la vinculación de cada hombre a su estado, tanto si se trata del campesino «cristiano viejo», como del noble; éste emplea constantemente una fórmula típica: «soy quien soy»; a saber, no puedo ser de otra manera; el rango social forma parte del ser. Es un grado muy elevado de cristalización social. Una tendencia a la «casta».

Pero, cuando los estados pasan a ser realidades más psicológicas que económicas, ¿podría mantenerse un estado que sólo se definiera *psicológicamente*?

A principios del siglo XVIII, España contaba con 800.000 «nobles»; pero en algunas regiones había un noble por cada cien, doscientas, trescientas personas; en otras (Burgos) una familia de cada tres era noble; finalmente, en la Montaña de Santander o en el País Vasco, *todo el mundo* era noble. Lo que podría ser equivalente a no serlo nadie, puesto que ya no se trata de un estado minoritario, selectivo, privilegiado. Sin embargo, esto significa que la totalidad de la población tiene privilegios que la eximen, por ejemplo, del reclutamiento militar, del hospedaje a las tropas, y que le permiten ser tratada como noble en las restantes provincias. El resultado es que en el censo de 1750 todos los habitantes se declararán «de estado noble»; como, por otra parte, hay incompatibilidad entre los oficios y los privilegios de la nobleza, esta población que es toda ella noble pretende, en sus memorias justificativas, que ejerce estos oficios a título de distracción, «como aficionados y no profesores». En la literatura satírica, en España, en Madrid en particular, se convierte entonces en clásico el burlarse del cochero vasco que solicita de su dueño un día de asueto para recibir a «sus vasallos». Todo ello indica la crisis de una noción en que la forma choca con la realidad social. El resultado no se hace esperar; sin medidas legales, por simple lógica de la situación, entre 1750 y 1787 el número de «nobles» disminuye de 800.000 a 400.000.

Así es, finalmente, la realidad, la historia, la que dicta la suerte de los «estados», de los «órdenes». Obviamente, decir que un orden es una «realidad psicológica» constituye la simple *constatación* de que el grupo social, basado en una determinada realidad original, tiene conciencia de sí mismo. Pero ¿podemos decir que es esta conciencia la que caracteriza el orden? Nos enfrentaremos de nuevo con el problema

cuando hablemos de las clases. De hecho, cuando la realidad se transforma, la psicología se modifica, mucho más que al revés.

Por ejemplo, en el siglo XVIII, de nuevo en España, la idea de que la nobleza debe vincularse al «mérito» y no al nacimiento surge simultáneamente con la conciencia de las clases superiores del tercer estado y las clases inferiores de la nobleza de constituir una «élite» dentro del cuerpo social global. Pero no es esta noción de «élite» la que corresponde a la realidad; sino que la creciente nulidad de la *función social* noble y el *papel creciente* de la función social burguesa promueven la crítica de la jerarquía de los «estados» y el deseo de modificar sus criterios. Tomaré como ejemplo la frase de Jovellanos que, en el *Elogio de Carlos III*, al definir la noción de función de dirección, la reserva a los sabios y especialmente a los economistas, y manifiesta un desprecio persistente hacia las *funciones de ejecución*:

> El santuario de las ciencias se abre solamente a una porción de ciudadanos, dedicados a investigar en silencio los misterios de la naturaleza para declararlos a la nación. Tuyo es el cargo de recoger sus oráculos, tuyo el de comunicar la luz de sus investigaciones; tuyo el de aplicarla al beneficio de tus súbditos. La ciencia económica te pertenece exclusivamente a ti y a los depositarios de tu autoridad. Los ministros que rodean tu trono, constituidos órganos de tu suprema voluntad; los altos magistrados, que la deben intimar al pueblo, y elevar a tu oído sus derechos y necesidades; los que presiden al gobierno interior de tu reino, los que velan sobre tus provincias, los que dirigen inmediatamente tus vasallos, deben estudiarla, deben saberla, *o caer derrocados a las clases destinadas a trabajar y obedecer.*

Es el programa de reestructuración de un «*orden*» estatal y tecnocrático, garantía del bien común, pero muy por

encima de las «*clases*» a las que no queda más que obedecer y trabajar. Programa que no triunfó, por otra parte. Pero que es típico de la crisis de una sociedad, que no concibe todavía la reconstitución de una nueva estructura por el simple juego de las libertades jurídicas, económicas, etc., pero que se da cuenta de la imposibilidad de confinarse en la vieja jerarquía de los antiguos «órdenes», por anquilosada y poco funcional.

Clases

Personalmente, no creo que haya diferencias *de naturaleza* entre las sociedades de «órdenes» (e incluso de «castas») y las sociedades de «clases». Sus diferencias se encuentran únicamente en el nivel de *cristalización jurídica* (o consuetudinaria, o mística) de las *relaciones de función*. Claro está que ello no disminuye el interés científico e histórico de una *clasificación* de las sociedades en sociedades con las funciones cristalizadas, los privilegios legalizados y los cambios de una función a otra cargados de dificultades, y sociedades en las que, en principio, el juego económico y social realiza espontánea y libremente la distribución de bienes, funciones y autoridades. No hay que confundir la India de las castas, la China de los mandarines, la Francia de los «tres órdenes», la Inglaterra del siglo XIX, y la Rusia soviética de los años 30. Pero al historiador le interesa menos la *constatación* de estas diferencias que los *mecanismos* que las explican y aquellos que las destruyen o reconstruyen.

En este sentido, puede pensarse que la noción de clases no debe reservarse exclusivamente a las sociedades que tienen un funcionamiento libre y carecen de privilegios sociales incorporados a las leyes. Para decir verdad, afirmar que la sociedad capitalista del siglo XIX carecía de privilegios es una

ficción. Existe una *propiedad*, reconocida y defendida por el derecho. Si mentalmente suprimimos la *apropiación* de la tierra, de los capitales, de los bienes de producción, toda la teoría económica moderna se desmorona. Así, pues, el sistema, aunque en menor grado que las sociedades de «órdenes» o de «castas», está cristalizado por el derecho y por toda la sobrestructura ideológica. Debemos buscar un sentido más general a la palabra «clase», que sirva tanto para lo que se esconde bajo una determinada apariencia social como bajo otra.

Sombart propuso el siguiente criterio para oponer la «sociedad de clases» de la época capitalista a la «sociedad de órdenes» que la precedió: en la sociedad de órdenes, lo importante es el *ser* (lo hemos subrayado ya respecto a la palabra «estado»), la riqueza es una *consecuencia*; «eres poderoso, luego eres rico»; en la sociedad de clases lo importante es el *tener*: «eres rico, luego eres poderoso».

Esta distinción es seductora, pero es bastante artificial; la noción de «poderoso», «grande», muy familiar, popular en todas partes y en todas las épocas, reúne las dos nociones de poder a través de la riqueza y de riqueza a través del poder de forma más realista y más continua. Por otra parte, los reyes más poderosos estaban siempre endeudados, y los Fugger y los Medicis se convirtieron en señores y príncipes. Mucho más importante es el hecho de que, antes de la aparición del capitalismo industrial, el instrumento fundamental de producción era la *tierra*, y la base de las relaciones sociales era la *organización feudal de la propiedad*; en el momento del capitalismo industrial la tierra conserva importancia, pero bajo un sistema de *propiedad absoluta*, y a partir de entonces los medios de producción dominantes son el *aparato industrial* (comprendidos los transportes, ferrocarriles, barcos, etc.) y el aparato de crédito, con los bancos, etc., cuya propiedad o control se convierten en esenciales.

Las clases se sitúan en relación con este aparato de producción. Hay que evitar estudiarlas a partir de la «riqueza» o del consumo. Es evidente que «ricos» y «pobres» no representan lo mismo en la sociedad. Pero para entender el *funcionamiento* social, es más importante saber los mecanismos de *enriquecimiento* y los de *pauperización* (palabras sobre cuyo sentido merece la pena meditar). Los mejores estudios sobre las clases en vísperas de la revolución, en Francia, los de Ernest Labrousse, muestran, como sabemos, de qué forma incluso las circunstancias puramente meteorológicas (malas cosechas) enriquecieron o empobrecieron a las capas de productores según el nivel de su explotación, y agudizaron las contradicciones entre señores y campesinos al aumentar la incidencia de las cargas señoriales.

El problema de las clases lo plantearon correctamente (aunque no lo resolvieron) los *fisiócratas*, cuando Quesnay se preguntó por el secreto del «circuito económico»: *¿a quién va a parar* el *producto* del conjunto social? Según él, los trabajadores trabajan *para vivir*; a los artesanos se les paga un equivalente de su trabajo (y, por tanto, los califica como «clase estéril»); pero los campesinos obtienen de la agricultura más de lo necesario para su subsistencia; este excedente es el «producto neto»: va a parar a los *propietarios*.

Turgot da un paso más al establecer, dentro de la clase «industriosa», a la que él llama «estipendiada», en el sentido de que su alimento lo saca de la clase «productora» de los agricultores, otra subdivisión:

> Toda la clase ocupada en proporcionar la inmensa variedad de productos industriales para satisfacer las distintas necesidades de la sociedad, se encuentra, pues, por así decirlo, subdividida en dos órdenes: el de los empresarios de las manufacturas, maestros fabricantes, poseedores todos ellos de grandes capitales de los que sacan rendimiento haciéndolos trabajar gracias a sus adelantos; y el segundo or-

> den, compuesto por simples artesanos, que no tienen más riqueza que sus brazos, adelantan únicamente su trabajo de jornaleros y no tienen más beneficio que el de sus salarios.

Vemos cómo el vocabulario es todavía inseguro: «orden» se emplea en un sentido que demuestra hasta qué punto los hombres del siglo XVIII carecían de una definición rigurosa; «artesanos» se emplea para obreros jornaleros («que no tienen más que sus brazos»), ¡y el salario es una forma de «beneficio»! Pero hay aquí algunas palabras o nociones destinadas a un futuro brillante; «empresario», por ejemplo; «adelanto», empleado en el sentido de que el capitalista «adelanta» su capital, y el obrero sólo puede «adelantar» su trabajo. Lo esencial está mal dicho, pero está dicho.

Con los clásicos, sobre todo con Smith y Ricardo, y debido a que la revolución industrial ya estaba esbozada, se distinguirá menos entre una agricultura «productora» y una producción industrial alimentada por ella; se piensa la producción en su conjunto; y las clases se diferencian a partir de la distinción «tripartita» que se convertirá en sagrada: los tres «factores» de la producción son la tierra, el capital, el trabajo; uno da la renta, el otro el beneficio, el tercero el salario; clase rentista, clase capitalista, clase asalariada, he aquí la división esencial.

Marx da todavía otro paso en la simplificación del análisis: para él la clase asalariada recibe parte del producto social en forma de salarios; toda la parte del producto que no se le entrega constituye «trabajo no pagado» y la distinción entre beneficio, interés y renta sirve sólo para disimular (justificándolos implícitamente a través de la noción de «factores de producción»), la profunda unidad de la «plusvalía», parte que se reserva el capital, sea cual sea la forma de su distribución. En última instancia, sólo habría, pues, dos clases antagónicas, enfrentadas por la propiedad de los medios

de producción, implicando ésta una apropiación de una parte del producto.

Pero una oposición fundamental de este tipo no supone la *desaparición* de las *categorías* intermedias, subclases, vestigios de antiguas clases, etc. Recordemos lo que hemos dicho respecto a la edad media en que la división tripartita se difumina tanto más cuanto menor es la pureza del sistema; así, la *aparición* de categorías sociales matizadas, a menudo más *apariencia de clases* que clases propiamente dichas, puede ser consecuencia de la evolución del mismo capitalismo (cf. toda la categoría «terciaria» de la clase asalariada).

La *definición* quizá más comprensiva de las clases, la que engloba el conjunto de las formas de sociedad y, por tanto, *la más válida teóricamente*, es sin lugar a dudas la de Lenin:

> Llamamos clases a grandes grupos de hombres que se diferencian por el lugar que ocupan en un sistema históricamente definido de producción social, por su relación (fijada y consagrada por las leyes en la mayoría de los casos) con los medios de producción, por su función en la organización social del trabajo, por lo tanto, por los modos de obtención y la importancia de la parte de que disponen. Las clases son grupos de hombres, uno de los cuales puede apropiarse del trabajo del otro gracias al distinto lugar que ocupa en una estructura determinada: la economía social.

Finalmente, deberíamos darnos cuenta de que las nociones de *ser* y *tener* propuestas por Sombart para oponer sociedad precapitalista y sociedad capitalista deberían sustituirse (en los dos casos) por nociones más *dinámicas*: por ejemplo, la noción de *hacer*, de *actuar*, que ha sido siempre la autojustificación de las clases dirigentes (caudillos o «empresarios»), y, en lugar de la noción de *tener*, la de *acumular*: no sólo la riqueza en el sentido suntuario, sino el *medio de producción* (*concentración* de las *tierras*, concentración del *capital*, y a

menudo sustitución de la noción de *posesión* por la noción de *control*).

Tales matices nos llevan a hacer una distinción decisiva entre el *antagonismo* fundamental de las clases (que existe en todos los modos de producción), y las *contradicciones parciales* en el interior de las clases, que a menudo confunde la visión de los sociólogos, economistas e historiadores. Ello nos obliga a examinar ahora: 1.°) el problema de las «conciencias de clases» —clases «en sí» y clases «para sí»—; 2.°) el problema de la multiplicidad de las categorías sociales en el interior de las clases.

Clases económicas, clases psicológicas, clases «en sí», clases «para sí», conciencias e inconciencias de clase

El problema: «la clase ¿es un hecho económico o es un hecho psicológico?», es un falso problema. Todo fenómeno social tiene una faceta objetiva y una faceta subjetiva que se condicionan recíprocamente.

El análisis económico desvela el mecanismo de las contradicciones parciales o globales, de las «clases en sí», separadas por los modos de producción del producto global, como sucede en Gournay, Turgot, Smith, Marx, etc. Trabajos como los de Marchal y Lecaillon * sobre la distribución de la renta nacional pueden aceptarse o no en cuanto a sus métodos y definiciones (por otra parte, son múltiples las que abordan); se basan en la hipótesis de las clases económicas y en ella fundan la observación. No abarcan todo el fenómeno social de las clases.

Pero una observación sociológica sobre el espíritu de los diversos grupos sociales no lo abarca tampoco. Si el punto de partida son las psicologías nos será fácil llegar a la conclusión de que todo el problema es psicológico. Además, Marx nos advirtió ya: no se juzga una época por la conciencia que ésta tiene de ella misma. Una clase engendra a menudo un mito justificatorio a través del cual se ve y quiere ser vista. En este momento estoy dirigiendo trabajos sobre el beneficio. En ellos se pone en evidencia que, según las épocas, la clase de los empresarios, observada a través de sus periódicos, congresos o correspondencia, esconde, minimiza y a veces niega el hecho del beneficio, como si se tratase de un pecado colectivo; en otros periódicos (optimistas, dinámicos), al contrario, el beneficio se proclama, acepta, como un desafío, a causa de su función estimulante para la innovación y el progreso de la economía.

* J. Marchal y J. Lecaillon, *La répartition du revenu national*, París, 1958.

Las clases psicológicas sobreviven también a sus condiciones objetivas. La desaparición de la sociedad de órdenes no ha eliminado por completo en Francia el prestigio de la nobleza; en la primera mitad del siglo XIX, los «notables» provinciales son a menudo nobles y la propiedad agraria hereda algunos de los privilegios (ahora morales) de la sociedad feudal. En Alemania, posteriormente a las creaciones económicas de la gran burguesía, en el siglo XIX, la nobleza desempeña todavía una función política, administrativa, militar, que ha permitido hablar de «refeudalización». En las sociedades socialistas, sobre todo en aquellas en que la transformación ha sido parcialmente artificial, la clase «para sí» sobrevive a la clase «en sí».

Algunos sociólogos americanos, en monografías de ciudades, han demostrado la persistencia de nociones de relaciones, comunidades de origen, parentesco, en la estratificación psicosocial de las clases en los Estados Unidos; y Goblot, en un libro reeditado recientemente, ha caracterizado con mucha perspicacia —aunque sin ningún método científico propiamente dicho— la psicología de las clases en Francia, en la primera mitad del siglo XX. *La barrière et le niveau* mues-

tra claramente que los signos externos (como el sombrero, la gorra o los guantes), los signos culturales (como el título de bachiller o el conocimiento del latín) son a menudo más importantes en la vida cotidiana que el conocimiento exacto de la situación de un individuo dentro del proceso de producción. *Pero* dejando aparte su incidencia individual o excepcional sobre aspectos marginales de las clases «en sí», la división objetiva queda más *reforzada* que atenuada por los fenómenos de los signos y de los símbolos, que establecen los auténticos *cortes*, los sentimientos de pertenencia o de exclusión.

Los problemas a estudiar, desde un punto de vista histórico, por las *colecciones de textos* y los *análisis de vocabulario* podrían agruparse bajo algunas rúbricas referentes a matices que a menudo se descuidan:

a) *La conciencia de clase* ha sido una de las principales preocupaciones del movimiento obrero, tanto entre los anarquistas como entre los marxistas; hacia 1900, dos términos, «consciente y organizado», eran inseparables de la palabra «proletariado», hasta el punto de que los adversarios simulaban burlarse de este cliché; sin embargo, «organizado» se concretó en los sindicatos y en los partidos, cuyo papel es imposible ignorar; «consciente» es una noción más difícil de seguir, pero interesante; puede desembocar en el «obrerismo», tentación del movimiento obrero de confiar únicamente en los obreros, muy sensible en algunas organizaciones y en algunas circunstancias. Sobre este punto, valdría la pena distinguir el análisis psicológico y el análisis político: la tesis de Gilbert Mury sobre los accidentes de trabajo ha puesto en evidencia el aspecto ambiguo de la conciencia de clase: el trabajo aliena, y, al mismo tiempo, el hombre segregado de su trabajo por un accidente sufre y se siente disminuido; si se le ofrece una readaptación en una oficina, cuando está acostumbrado al taller o a la cadena de producción, su primera

reacción no es considerar esto como una promoción, sino al contrario. Existe, pues, una conciencia, y hasta un orgullo, de pertenecer a la clase obrera. ¿Hasta qué punto esta psicología funciona a nivel político? Es algo que hay que investigar.

b) *La inconsciencia de clase* es un término algo paradójico, que a mí me gusta utilizar puesto que revela uno de los aspectos más recónditos a menudo de las luchas de clases. Hay muchos hombres (especialmente intelectuales) que cuando se oyen decir que reaccionan como «burgueses», que forman «bloque», objetivamente, con una clase de la que es frecuente que no tengan conciencia de formar parte, manifiestan o bien una viva reacción de negación y de cólera, o bien una reacción de confusión y de malestar, que en algunos casos compensan con actitudes extremas. Pero desde el punto de vista histórico es muy interesante coleccionar las decisiones jurídicas, los textos literarios, las afirmaciones teóricas, en las que bajo una apariencia de objetividad (a menudo sinceramente aceptada por el individuo) se revelan las actitudes de clase. Tanto más fuertes cuanto más ignoradas por el sujeto.

c) La toma de conciencia de clase, finalmente, ilumina muchos episodios históricos; la toma de conciencia de la burguesía frente a los privilegios jurídicos de los «órdenes» es una gran historia, muy bien conocida.

Quisiera citar aquí un texto que me ha descubierto un investigador durante una encuesta sobre la transformación de la viticultura meridional en una explotación industrial y capitalista; en 1903, en el primer congreso de los trabajadores agrícolas de Béziers, un participante, jornalero —el nombre local es *terrassier*— descubre con un vocabulario ingenuo que la lucha de clases no es ya la del campesino contra el señor, sino la del asalariado contra el patrón:

> Puesto que ahora el Congreso ha constituido su Federación, me parece que valdría la pena ocuparse un poco del

bienestar de este pobre mártir llamado agricultor o *terrassier,* porque vosotros, como yo, camaradas, hace tiempo que regáis con vuestro sudor esta tierra que alimenta a estos capitalistas que nos tratan como esclavos, igual que se hacía antes en tiempos de los señores, puesto que actualmente ya no son sólo los nobles los que quieren mantener pobres a los pobres, sino que vemos también con gran disgusto, me atrevo a decir, a los republicanos, incluso a los socialistas estar en el poder y seguir sin vergüenza los pasos del enemigo del pobre *terrassier,* y ya sería hora que estos que nos predican fraternidad e igualdad nos mostraran por sí mismos cómo se llevan a la práctica esas dos palabras y dieran el ejemplo a estos enemigos del trabajador, porque me parece que cuando un propietario con opiniones radicales socialistas paga a sus obreros dos francos diarios y les retira el vino a partir del primero de agosto, como hacen todos los nobles y oportunistas de este país, merece ser tratado como capitalista y enemigo de la patria agraria, y esto es lo que vemos en todos los republicanos ricos sin excepción.

Y, sin embargo, en este texto que expresa la toma de conciencia de los *antagonismos básicos*, quedan secuelas del viejo vocabulario, manifestaciones (en el resto del discurso) de solidaridades campesinas, de orgullo no de obrero sino de agricultor, que demuestran hasta qué punto la conciencia de clase no está nunca limpia de complejidades y de contaminaciones, por el hecho del «infinito desmenuzamiento de los intereses y de las posiciones que la división del trabajo social suscita entre los trabajadores, así como entre los capitalistas y los propietarios de la tierra» (Marx, *El Capital*, libro III, sección 7).

CLASES, SUBCLASES, CATEGORÍAS SOCIALES, CONTRADICCIONES SECUNDARIAS

Hemos hablado del gusto por el *formalismo* social en ciertas épocas en que la sociedad parece complacerse en multiplicar sus divisiones.

El historiador busca distinguir entre lo que sólo tiene significado de *forma* (psicosociológica) y lo que tiene significado de *fondo*: capacidad de una distinción social de fundar ya sea una *fijación* de la sociedad (en castas, por ejemplo) o, por el contrario, una *revolución.*

Para eso importa distinguir entre los «*antagonistas*» fundamentales y las «*contradicciones*» secundarias; los primeros rigen el funcionamiento del modo de producción, las segundas derivan simplemente de él y pueden esfumarse ante solidaridades más esenciales.

Sin embargo, no hay que desdeñar tales contradicciones secundarias y estos matices, pues de ellos dependen los ensanchamientos o encogimientos de las alianzas de clases, las atenuaciones y las exasperaciones de las luchas fundamentales, los reforzamientos y debilitamientos de la autoridad de los grupos dirigentes, los modos —cabría decir los «estilos»— de esta autoridad.

Definamos algunas de esas «categorías», de esos matices en el seno de las «clases».

Las categorías socioprofesionales

Son las que hoy recogen las estadísticas oficiales; y las más fáciles de reconstituir en la sociología retrospectiva; nos es más fácil saber cuántos panaderos y zapateros había en una pequeña ciudad del siglo XVII que saber exactamente cuántos

asalariados propiamente dichos había, y cuántos empresarios o rentistas.

No hay que ocultarse a uno mismo que hay un peligro en esto. No se trata de que la «profesión» registrada por las estadísticas no sea un dato necesario e interesante, pero no habría que pensar que lo aclara todo. Las distinciones actuales entre «cuadros superiores», «cuadros medios» corren el peligro de encubrir bajo esta «jerarquía» de prestigio y de autoridad las divisiones verdaderas entre funciones asalariadas y funciones que participan por delegación de los poderes del capital. Y a la inversa, el amplísimo abanico que puede cubrir una misma palabra puede resultar engañoso. En España un limpiabotas me mostró su tarjeta de inscripción en el registro profesional: decía «industrial»; esto le divertía mucho.

Reconozcamos, no obstante, la importancia histórica de los «*gremios*», de lo que se llama con bastante frecuencia, a menudo incorrectamente, las «*corporaciones*»; la tendencia a formar «cuerpos» organizados y muchas veces defensivos y cerrados es evidentemente objeto de un estudio posible, y que muchas veces se ha llevado a efecto. Las luchas de las corporaciones entre sí no deben disimular dos tipos de luchas de clases cuya evolución puede seguirse: 1) una *interna*, entre maestros por un lado y oficiales o aprendices por otro; una deformación importante, en particular en el siglo XVIII, es el reclutamiento de jóvenes como aprendices, que hacen de hecho un trabajo de oficial apenas pagado; 2) otra lucha es *entre corporaciones dominantes y corporaciones ejecutoras*: tengo ejemplos de luchas por los salarios, contra las trampas monetarias en el pago del trabajo, entre distribuidores de la lana y tejedores, organizados unos y otros en gremios separados, que discutían de organismo a organismo; pero se trata *de hecho* de un conflicto capital-trabajo.

Los «cuerpos constituidos»

Los juristas, así como ciertos historiadores, han acentuado mucho la importancia de la noción de «cuerpos intermedios» entre la base social y la autoridad del Estado, trátese de las tradicionales representaciones municipales o provinciales o de «cuerpos» vinculados por sus funciones. Todavía hoy se habla de «cuerpos constituidos» en este sentido: academias, magistratura, universidad, e incluso «cuerpos» más especializados dotados de sus tradiciones propias, como Puentes y Caminos, o Minas; esto proviene de la antigua tendencia social a constituir «órdenes» de todas las categorías y se relaciona con el problema de las diversas formas de autoridad social, política, técnica. Estos «cuerpos» están a menudo muy divididos por querellas de clanes y de personas. Pero su «espíritu de cuerpo» puede tener un papel en determinadas circunstancias y adquirir una función histórica particular. Esto vale sobre todo para el «ejército», en el sentido en que muchas veces se entiende este término, a saber, el «cuerpo de los oficiales» (cf. la Alemania de 1918-1919 o la Francia de la guerra de Argelia, por no hablar de España a lo largo de su historia contemporánea).

Los «medios»

La noción de «medios» o «ambientes» (en francés, *milieux*) parece banal y vaga. Puede ser muy útil al historiador que trata de explicar ciertos procesos de transmisión o de fijación, por la interacción de solidaridades esencialmente psicológicas pero fundadas sobre hábitos sociales de resonancia profunda: comunidades de lenguaje, de cultura, de prejuicios, de relaciones, de parentesco, etc. Ejemplos: las aristocracias de provincias, los «medios de los negocios», los «medios lite-

rarios», el periodismo, el cine, etc... Incluso los «cuerpos» (diplomacia, ejército, academias) se prolongan hacia ciertos «ambientes» (salones, círculos...) frecuentados por ellos. *El espíritu* imperante en tales comunidades no estructuradas puede a veces explicar muchas cosas a propósito de ciertas decisiones o de ciertas actitudes de repugnancia o rechazo, social o políticamente importantes. No hace falta decir que estas distinciones interesan aún más al historiador de las ideas, de la literatura, del arte, incluso de las ciencias (cf. el «mundo médico»); en Francia, los dos conformismos simultáneos del arte académico y del arte de vanguardia se pueden observar a través de los «ambientes» o «medios». La práctica religiosa también depende de los correspondientes medios. La novela es a menudo un instrumento de análisis de los medios para el historiador; es peligroso contentarse con ella, pero puede sugerir hipótesis de observación. Los «medios» son a menudo el intermediario obligado por donde debe pasar un análisis histórico de las clases. Pues, aunque hasta ahora no hayamos indicado más que «medios» vinculados a las clases socialmente dirigentes, hay también varios tipos de «medios obreros», de «medios campesinos». Los sociólogos gustan de hablar de «universos» (cf. «el universo de los maestros de escuela», de I. Berger); el historiador debe saber utilizar esta noción para los análisis sociales.

Las clases organizadas

Hay que hacer mención aparte de los agrupamientos que, ya sea por una conciencia particular de su papel, ya sea por la legalización de privilegios (tendencia a formar «corporaciones» u «órdenes»), ya sea por la formación de sindicatos, asociaciones, partidos, se asignan a sí mismos la tarea de defender y representar intereses colectivos declarados, incluyendo una representación de clase (sindicatos patronales, sindicatos obreros). En el siglo XIX el individualismo teórico de la «igualdad de derechos» prohíbe primero este último tipo de agrupamientos; es sabido que luego adquirirán una importancia cada vez mayor. Pero siempre han existido minorías representativas; en la Francia del siglo XIX, a partir de la Revolución, bajo el Imperio y la Restauración, hay los sistemas «censitarios» que oficializan la noción de «notables», aparecida en el siglo XVIII («asamblea de notables», de Calonne). Véanse los estudios de A. Tudesq, *Les grands notables en France* (1840-1849), o de E. Halévy, *La fin des notables* (sitúa el fin de los notables hacia 1880). Pero hay que señalar también que, bajo aspectos de defensa puramente económica, ciertos agrupamientos (cámaras de comercio, asociaciones agrícolas, etc.) son típicamente órganos del interés de una clase. Sin embargo, su especialización los convierte a menudo en portavoces de tal o cual «categoría», de tal o cual interés localizado o momentáneo.

Las divisiones internas de las clases sociales en categorías económicas

Por fundarse en los *orígenes de los ingresos*, la división fundamental y antagónica sigue siendo la que se da *entre trabajo y capital*. Pero puede ser matizada para un estudio más profundizado.

El salario es el ingreso de los *no poseyentes activos*; hay que saber, sin embargo, que las estadísticas modernas clasifican entre los «asalariados» a ciertas estrellas del deporte o del arte, ciertas remuneraciones de elevadas funciones en las empresas, falseando así de manera singular la definición del asalariado y la parte del salario en la renta nacional.

Los no poseyentes inactivos representan la parte pasiva

de los no poseyentes —niños, ancianos, inválidos y alta proporción de mujeres— que deben ser mantenidos ya sea por el salario familiar o por instituciones sociales de carácter diverso; el hacerse cargo de esta masa es uno de los elementos fundamentales de los problemas de la sociedad; si no se tiene en cuenta, resulta erróneo el juicio que uno pueda formarse sobre el elemento «salario» y sobre las cargas de cada una de las clases o del Estado (o, antaño, de las instituciones religiosas de caridad).

Los poseyentes activos son, a grandes rasgos, los «empresarios», cuyo ingreso fundamental es el «beneficio empresarial» (el «arrendatario capitalista» es su versión agrícola).

Los poseyentes inactivos son los *rentistas de la tierra* y los *rentistas del capital*, prestamistas de fondos a los empresarios (sus ingresos son la «renta» y el «interés», este último un ingreso fijo; el «dividendo» variable es la remuneración de una participación en los riesgos de la empresa a la vez que en sus beneficios).

Pero los *ingresos mixtos* abundan: un pequeño campesino propietario, un artesano, adelantan un capital, dirigen una empresa y viven en parte de su trabajo cotidiano. Muchos «asalariados» tienen también ingresos mixtos.

Las diversas combinaciones de estas «categorías» económicas en el interior de las clases desembocan en conflictos secundarios, aunque a veces agudos: 1) entre agricultores e industriales, cuyos intereses no siempre coinciden, al desear los primeros el mantenimiento o subida de los precios agrícolas y la baratura de los productos industriales, y los segundos lo contrario; el conflicto más famoso de esta índole es el que opuso a los industriales y a los terratenientes ingleses, hacia 1840, a propósito de la supresión de las leyes proteccionistas para los precios de los granos (*Corn laws*); 2) entre importadores y exportadores; los puros comerciantes importadores desean la baratura de las mercancías extranjeras,

y tienden por consiguiente a ser adversarios del proteccionismo y partidarios de la estabilidad de la moneda interior; los exportadores —comerciantes e industrias exportadoras— son más bien partidarios de las devaluaciones monetarias, que los favorecen en el mercado internacional; 3) las pequeñas empresas temen su absorción por las grandes, cuyos precios de costo tienen más posibilidades de ser bajos (y el conflicto es el mismo entre pequeña y gran propiedad o empresa agrícola); 4) los prestamistas y deudores (rentistas y empresarios) tienen intereses contrarios: *a*) en torno a la tasa de interés; *b*) en torno a las desvalorizaciones monetarias, que desvalorizan automáticamente los créditos.

En teoría, la competencia capitalista debería imponer sobre todos estos puntos las «armonías», los «equilibrios»; pero las presiones posibles, las protecciones, las subvenciones, los efectos de las decisiones presupuestarias y monetarias convierten en realidad estos conflictos de *categoría* en problemas *políticos* y, por ende, *históricos*. La historia económico-social está llena de estas interrelaciones entre «grupos de presión» y debates parlamentarios o sindicales. Se trata de luchas de categorías; quedarían por tratar las luchas de clases, pero este fenómeno, que domina la historia, necesitaría un volumen entero.

PUEBLOS, NACIONES, ESTADOS

Hemos estudiado la división de la sociedad —mejor dicho, de *las* sociedades— en grupos sociales cohesionados por las relaciones de función y de subordinación, cuya forma más característica es la división en *clases*.

Pero el conjunto de la humanidad se divide igualmente en *grupos yuxtapuestos* en el espacio, grupos estructurados socialmente y con frecuencia organizados políticamente, cuyo origen, existencia, transformaciones y conflictos constituyen a menudo, más incluso que la misma historia social, el fondo de la historiografía clásica.

No dudamos en subrayar la vacilación, la confusión y las fluctuaciones del vocabulario y de los conceptos en torno a esta división espacial de la humanidad: *razas* y *etnias, clanes* y *tribus*, *comunidades* y *ciudades*, *pueblos* y *nacionalidades*, *reinos* e *imperios*, *naciones* y *estados*: he aquí una serie de palabras familiares cuyo contenido, en principio, conoce todo el mundo, pero cuyas definiciones sociológicas, sin embargo, son a menudo inexistentes o controvertidas, mientras que los historiadores, los periodistas y, con más motivo, el lenguaje corriente las emplean fácilmente sin preocuparse por la precisión, dan a entender que algunos términos son sinónimos cuando no lo son, y los utilizan de forma anacrónica por poco que se descuiden.

Como ejemplo citaré el título de un libro conocido de Raymond Aron, *Paix et guerre entre les nations*, que, desde las primeras páginas, define la guerra como una forma de

conflicto entre los *estados*. O bien el título de una colección histórica, excelente por otra parte, «Historia de las relaciones *internacionales*» en la que hay volúmenes dedicados a la edad media europea, época en que la voz *nación* (y, por lo tanto, la palabra «internacional») no puede emplearse en el sentido actual.

Pero ante todo me complace citar, como prueba de esta desorientación semántica sobre las nociones de grupos humanos, las frases de una comunicación presentada al congreso de Oslo, en 1929, por un historiador polaco, encargado precisamente de esclarecer los orígenes de la noción de «nacionalidad»: «Los *Estados* o *países*, y por ende las *naciones* respectivas, no llevan más que los nombres de sus *provincias* principales», y «se trata de saber cuál era la función de la conciencia nacional, del sentimiento nacional, de la solidaridad nacional que abarcaba al conjunto de una sociedad, *en toda la extensión del Estado futuro al que pertenecerá*».

Es evidente dónde se encuentra la confusión: se da por sentada una solidaridad, una conciencia que existía *antes*, pero en lugar de buscar por qué, se proyecta esa solidaridad en el marco de un *estado* existente, mientras parece admitirse, por la utilización de la palabra «*pertenecerá*», que la nacionalidad no se confunde con el estado —hecho innegable, puesto que gran parte de la historia contemporánea está compuesta por la reacción de las «minorías nacionales» contra el Estado al que sienten «extranjero»—.[1]

Existen, pues, una serie de términos y de nociones sobre los que merece la pena reflexionar, tanto más cuanto que quizá son precisamente los más familiares.

1. Algunas de mis investigaciones sobre estas fluctuaciones del vocabulario histórico respecto a los grupos están condensadas en mi obra *Cataluña en la España Moderna* (Barcelona, 1978), tomo I, prefacio, epig. 5 «Historia y sociología ante el fenómeno nación», pp. 36-49. Cf. en la misma obra, pp. 96-102 y (sobre la noción de «frontera») pp. 112-116.

Antes de pasar a los términos importantes (en particular, el de nación) quisiera sugerir algunas reflexiones preliminares, preparatorias, sobre dos nociones íntimamente ligadas a la existencia histórica de los grupos: la noción de *frontera* y la de *guerra*.

La frontera

Frontera es actualmente una palabra, y un hecho, perfectamente definido desde el punto de vista jurídico; en el *Siegfried* de Giraudoux se encuentran fragmentos placenteros sobre la noción de «línea ideal», y una película de Charlie Chaplin termina con una secuencia extraordinaria en la que Charlot, perseguido por las policías de dos estados, se arriesga a caminar sobre la «línea ideal» que separa México de los Estados Unidos. Estas fronteras de estados tienen un sentido muy neto: a uno y otro lado no son válidas las mismas monedas, el derecho y la policía no son los mismos, ni lo son tampoco las lenguas oficiales; hay aduanas y pasaportes. Y, sin embargo, sabemos bien que las lenguas populares no respetan los límites de las lenguas oficiales, ni en Flandes, ni en Alsacia, ni en Cataluña, ni en el País Vasco, y ello basta para mostrar que estado, nación, nacionalidad (o etnia), lengua, folklore, etc., no coinciden exactamente con las fronteras jurídicas. Las fronteras políticas actuales, que separan *estados*, son consecuencia de *tratados*, que a decir verdad son más «interestatales» que «internacionales». Y, sin embargo, estas fronteras son un producto de la *historia* que no se hace completamente al azar.

Cuando los hombres ocupan la tierra de forma muy laxa, sus agrupaciones tienen fronteras mal definidas; las tribus nómadas de África o de Asia saben perfectamente los límites de sus terrenos de paso, pero se trata de una *zona* y no de

trazados lineales; en la antigüedad o en la edad media, las comunidades campesinas, los señoríos, las pequeñas ciudades fortificadas conocían los límites de su territorio inmediato y en caso de necesidad acogían a las poblaciones en el recinto de sus murallas. Pero amplios espacios forestales o pedregosos eran apropiados de forma muy vaga; y lo mismo sucedía con pertenencias más elevadas; las fronteras entre los territorios pertenecientes al señor tal o al soberano cual se expresaban a menudo con la fórmula: «hasta tal castillo» o «tal ciudad», indicación militar pero que muestra bien el carácter no lineal de la división política. Tal tierra o tal persona dependía de otra por el vínculo personal, por el derecho privado, de ahí los innumerables enclaves, complicaciones y anomalías que el mundo feudal ha dejado en herencia al mundo moderno. La noción de «fronteras naturales», y por ello entendemos las que han separado mejor los grupos humanos y conservado su originalidad (lengua, costumbres) podrían ser, como por definición, las «fronteras demográficas»: me refiero con ello a las zonas despobladas o muy poco pobladas, montañas muy altas, desiertos, pantanos, bosques densos, etc. Nunca se produce un corte tajante. Pero es interesante seguir, para comprender mejor algunas divisiones más profundas que los hechos políticos, los caracteres del poblamiento en las diversas épocas, los contrastes entre los «desiertos-frontera» y los «núcleos» o «polos» de poblamiento denso. En el espacio, las estructuras étnicas se explican muchas veces por las estructuras demográficas.

Observemos que a menudo la zona-frontera casi desértica es una *consecuencia* del enfrentamiento de larga duración entre dos mundos humanos con diferencias en cuanto al nivel y al tipo de civilización: «*limes*» antiguo entre mundo romano y mundo bárbaro, «marcas» y «fronteras» entre mundo musulmán y mundo cristiano en la España de la edad media, «frontera» móvil entre los pioneros de la América del

norte colonizada por europeos y las tribus indias progresivamente eliminadas.

Vemos así cómo la historia permite la crítica de una noción de «frontera» que el siglo XIX había elevado al rango de tabú: inmediatamente después de 1871, un «incidente de frontera» entre Francia y Alemania creaba una auténtica atmósfera de guerra. En el siglo XX, en circunstancias políticas particulares, la noción se hizo aún quizá más rígida (materialización del «telón de acero»); pero observemos que esto sucede a menudo entre dos partes de una «nación» reconocida (Alemania, Corea). Sin embargo, en otras circunstancias, la guerra se instala de tal forma que la noción jurídica de frontera pierde toda significación práctica (próximo oriente, Indochina). La «frontera» como símbolo de la división del mundo en grupos es, pues, por su misma evolución, un testimonio interesante sobre el sentido —jamás eterno y constante— de esta división.

La guerra

La noción de *guerra* merecería reflexiones análogas. Desgraciadamente, el agudo interés que suscita el estudio de las divisiones de los grupos humanos y del sentido de esta división obedece al hecho de que los grupos humanos luchan entre sí. Durante mucho tiempo se ha considerado que estas *luchas de grupos* constituían el fondo de la historia. Marx ha demostrado que las *luchas de clases* tienen en realidad un sentido más profundo, puesto que traducen las estructuras sociales y sus contradicciones, y por lo mismo hacen evolucionar las sociedades. Es cierto que en los períodos históricos en que las posibilidades de crecimiento global eran muy débiles, las luchas de grupo tendían *a hacer crecer a unos grupos a expensas de otros*, más que a multiplicar sus posibilidades téc-

nicas de producción, y los techos de desarrollo que se obtenían así permanecían muy bajos, excepto para algunas minorías y durante un breve período de tiempo.

De hecho, no hay una separación tajante entre luchas de grupos y luchas de clases, ni entre luchas armadas y relaciones pacíficas (emigraciones, comercio, etc.), puesto que la historia es la *combinación* de todos estos tipos de relaciones.

Por esto, la *polemología* (ciencia de las guerras) tiene un interés auténtico, pero corre el peligro de encerrar únicamente en «fórmulas» de «estrategia» la historia clásica de las guerras, o de estudiar la guerra como elemento en la formación de las sociedades, sin haberse preguntado antes: *¿por qué* existen grupos humanos separados?; *¿por qué* se hacen la guerra?

Tomo el ejemplo de dos obras colectivas muy interesantes: *Problèmes de la guerre en Grèce* (bajo la dirección de J. P. Vernant), *Problèmes de la guerre à Rome* (bajo la dirección de J. P. Brisson). Estas obras tratan o bien de la organización técnica militar (falange, hoplitas, legión, carros, trirremes, fortificaciones...), o bien de las formas sociales relacionadas con la existencia de las guerras (la función guerrera en la mitología, el guerrero homérico, la función política de los ejércitos, el proletariado en la legión romana, el orden ecuestre y el ejército, etc.). Sólo algunos artículos se plantean la cuestión: ¿por qué las ciudades griegas se hacían la guerra? Y hay que decir que la respuesta no es nada satisfactoria; se nos responde «porque no eran capaces de abastecerse»; es un argumento; pero si se hubieran entendido para intercambiar sus productos, la misma explicación hubiese sido válida para esa actitud pacífica.

Lo que no se nos dice, o no de forma suficiente, es: 1) ¿a qué obedece esta estructura espacial en ciudades, en ciudadelas, en pequeñas monarquías?; 2) ¿a qué se debe, en cada una de estas unidades, la división en clases? La existencia

de clases de guerreros se justifica por la guerra. Rara vez se piensa en explicar la existencia de la guerra por la presencia de clases dirigentes cuyas posibilidades de enriquecimiento están limitadas dentro del marco en que gobiernan y que ansían extender con las armas sus riquezas y su autoridad.

Ahora bien, esto corresponde a un hábito adquirido desde hace tiempo por la historiografía: las fuentes —crónicas o documentos literarios—, al ocuparse de las luchas de grupos, exaltan los sentimientos de solidaridad de intereses, de temor, de instinto de defensa, y también de gloria y de avidez como si de los de toda una colectividad se tratase; esto nos habitúa a pensar en Micenas, Troya, Atenas, Esparta o Roma como bloques cuyos reyes, guerreros o instituciones militares tienen la misión de defender. De la misma manera que decimos hoy «Francia», «América», etc., sin distinguir entre los dirigentes y una masa de la que no digo *a priori* que no tenga ninguna razón para sentirse solidaria, pero sobre la que no tengo tampoco el derecho de afirmar *a priori* que constituya una individualidad dotada de voluntad, de conciencia clara de sus intereses y de intereses identificados con los de sus dirigentes. En resumen, uno de los peligros que amenazan al historiador es el de *aceptar como un dato* la «ciudad», el «reino», el «imperio», etc., marcos de una «sociedad global» sobre la que se plantean todo tipo de cuestiones excepto la de su existencia. Y esta existencia depende a la vez de la distribución espacial de los hombres en el momento observado, del grado de complejidad alcanzado por la organización social, y de la conciencia que tienen las diversas clases, en el seno de esa organización, sobre las relaciones posibles entre los grupos próximos o lejanos, parecidos o diferentes (ciudades griegas o naciones modernas entre ellas; Roma-bárbaros o Europa-África globalmente).

Vemos cuáles serían los principales problemas de una «polemología»: origen y naturaleza de los grupos y de los

conflictos, evolución de los tipos de grupos y de los tipos de conflictos, relaciones entre conflictos de grupos y conflictos de clases, entre luchas externas y estructuras internas de las agrupaciones. Pero aquí nos plantearemos tan sólo las cuestiones de *vocabulario*.

Razas e historia

Es evidente que existe en la humanidad un primer tipo de división, físicamente sensible y, por ello, psicológicamente importante: la de las grandes razas —negros, amarillos, blancos— y de sus subdivisiones, que en algunos casos se agrupan de forma masiva (indios de América, etc.).

Son tales los horrores que en fecha reciente ha introducido en la práctica el «racismo», que parece indecente, incluso para condenarla, someter la noción de «raza» a la crítica histórica. Claude Lévi-Strauss, en su texto *Race et histoire*, que le fue encargado en 1952 por la UNESCO, parte de los siguientes principios: la genética moderna niega la noción puramente biológica de raza; en todo caso, ninguna propiedad psicológica en particular se vincula a las razas; y por encima de todo, lo absurdo y peligroso del racismo estriba en que presupone *inferioridades* y *superioridades*, y no simples diversidades y diferencias. De hecho, el racismo no es más que un caso particular de la desconfianza y el desprecio instintivos que resienten los hombres hacia aquellos que son exteriores a su grupo; racismo y xenofobia se separan tan sólo por matices y grados, y esta última se agudiza únicamente cuando los signos materiales (rasgos físicos, lengua) permiten distinguir mejor los grupos.

De ahí podemos deducir varias conclusiones históricamente útiles: 1) de hecho, el mundo no se divide en grupos de «razas», sino en una multiplicidad de «culturas», combinaciones complejas de rasgos raciales casi siempre mestizos, de conquistas técnicas más o menos avanzadas, de herencias lingüísticas más o menos diferenciadas, de estructuras psicosociológicas coherentes pero con lógicas internas muy diversas; esas mismas culturas no son necesariamente los marcos característicos de la vida cotidiana —pueblo, comunidades— o de la vida política (ciudades, señoríos, estados); no son tales «culturas» o tales «áreas culturales» las que luchan entre sí; 2) y, *sin embargo*, las ignorancias y las oposiciones que pueden llegar a considerar al «extranjero» como un «bárbaro», un «salvaje» —casi como un no-humano— se manifiestan tanto de poblado a poblado en las sociedades primitivas (y en toda vida rural queda algo de ello) como en contextos tan inmensos como las luchas entre la Cristiandad y el Islam, entre europeos e indios de América, etc.

Las divisiones raciales, lingüísticas y culturales son, pues, realidades tangibles que, combinadas con el instinto de grupo y de desconfianza hacia lo «extranjero», constituyen factores de la división humana y son el terreno para las psicologías de guerra. Sabemos que los odios de raza y los odios de religión son todavía hoy fuentes de conflictos en el seno de sociedades muy evolucionadas, Estados Unidos o Irlanda. Pero sabemos también que estos conflictos son más complejos; el problema negro en los Estados Unidos es tan social como racial; el problema irlandés es tan etnopolítico como religioso. De hecho, las guerras propiamente dichas y los «movimientos nacionales» contra las dominaciones políticas extranjeras son de otra naturaleza. La división en «naciones» tiene poco que ver con la existencia de las razas. Y es así, en primer lugar, por la sencilla razón de que actualmente ningún grupo humano importante es racialmente homogéneo. Los problemas de raza y de mestizaje en diversos grados han estado más imbricados, desde hace dos siglos, con problemas de jerarquía y explotación sociales (América latina, sociedades colo-

niales), que con problemas de diplomacia y de guerra. «Razas y clases» es un problema existente. «Razas y guerras» lo es mucho menos. La noción de «raza» es uno de los componentes de la de «grupos étnicos» pero todavía existe diferencia entre un «grupo étnico» y una «nación».

Los grupos elementales: de la familia a la tribu

La «etnografía» describe los grupos de hombres, y posteriormente la «etnología» intenta sistematizar y formalizar sus caracteres. En «etnos» hay la idea de un origen común, o de rasgos comunes (algo que, en cambio, no está en «demos», grupo político) (cf. Benveniste, *Le vocabulaire des institutions indoeuropéennes*, t. I, p. 90). Grecia y Roma tienen una concepción de los grupos que proceden de la familia y que forman círculos concéntricos; en Grecia: genos, fratra, filé; en Roma: gens, curia, tribus (*ibid.*, p. 257). Del tema «weik-woiko» derivan, en griego, «oikos» (casa) y, en latín, «vicus» (burgo o barrio), palabras en las que el sentido se ha deslizado desde la designación de un grupo humano al de su hábitat.

Pero veamos otros ejemplos.

De *Le Maghreb avant la prise d'Alger*, de Lucette Valensi (1969), recordemos el párrafo siguiente:

> Escuchemos la historia de los Uled Sidi el Hani, instalados en la región de Cairuán: el fundador de la tribu vino de Marruecos, de la Seguia el Hamra: tuvo seis hijos y cada uno de ellos dio origen a las seis fracciones actuales. Cada una constituye un duar en torno a la tumba del antepasado. La historia de los Uled Sidi Tlil, tunecinos igualmente, es muy parecida: Sidi Tlil, descendiente de uno de los primeros califas, es el padre de cuatro hijos, cuya descendencia constituyen las cuatro fracciones actuales ...

> ... el individuo se concibe como el último eslabón de una genealogía, la sociedad como una yuxtaposición de linajes ...
>
> ... como es obvio, la leyenda originaria no tiene en sí misma ningún fundamento; puesto que las tribus resultan de la coagulación de elementos diversos, mucho más que de la fecundidad de los antepasados reconocidos. Sin embargo, tal imagen está lejos de ser únicamente una representación mental, una leyenda para niños, un producto folklórico. Dibuja, en efecto, los niveles de los estratos que dividen la sociedad ...
>
> Estos mitos sobre los orígenes son la proyección intelectual de las estructuras sociales y éstas no tienen nada de legendario y aparecen en todos los aspectos de la vida del grupo: tanto en la distribución de la tierra como en la morfología del hábitat o en la práctica religiosa o jurídica.
>
> Dejemos la leyenda y observemos a los actores: un primer tipo social lo proporcionan los bereberes marroquíes del Anti-Atlas, estudiados por Robert Montagne. La unidad social más pequeña es el hogar, la familia. Es la unidad más viva y contribuye a formar grupos sociales más amplios: en primer lugar, los caseríos, que reúnen 20 o 30 hogares. Cuatro o cinco caseríos constituyen a su vez un *jem'aat*. La reunión de varios *jem'aat* forma la unidad política, la *tribu*. El gobierno de ésta es el *anfaliz*, reunión de notables, de los hombres de confianza de cada pueblo. En lo esencial, el horizonte del individuo se limita a la tribu. En su interior tomará esposa, resolverá sus problemas jurídicos o cumplirá con sus deberes religiosos.
>
> Pero dado que la sociedad está compuesta por una yuxtaposición de tribus, éstas no son totalmente extrañas entre sí. Entre ellas se establecen relaciones de alianza o de oposición: se forma parte del mismo *leff* o *soff*. Es cierto que esos sistemas de alianza funcionan sobre todo en caso de conflicto. Pero no únicamente. Algunas grandes peregrinaciones a la ermita de un santo patrón desbordan el marco tribal y reúnen a varias tribus confederadas ...

Así es la yuxtaposición de las «sociedades segmentarias», tribales. Allí donde perviven como comunidades vivas se manifiestan en el paisaje. Por ejemplo, las comunidades indias de los Andes («ayllus»). «Desde Sillanayok' se ven tres ayllus: Pichk'achuri, K'ayau, Chaupi. Tres torres, tres plazas, tres barrios... "Un pueblo indio", dicen los viajeros al llegar a esta cumbre» (J. M. Arguedas, *Yawar fiesta*, «Pueblo indio»).

Entre estas formaciones elementales, los conflictos, las guerras no existen necesariamente. Debemos constatar que hay *sociedades sin guerra* para evitar dar al fenómeno un certificado de necesidad. Sin embargo, en el caso de la sociedad griega, según J. P. Vernant (*Problèmes de la guerre dans la Grèce ancienne*), la guerra está en todas partes: en el vocabulario, en los ritos (combates ficticios), en el derecho (solidaridades familiares de las «vendettas»); es una relación «natural» entre «ciudades», una vez éstas han establecido un sistema judicial para los conflictos interiores.

Los imperios. El legado de Roma

Sin embargo, lo más corriente es que por encima de las divisiones tribales elementales se constituyan unidades políticas muy amplias a las que designamos —por simple comodidad— con el nombre de *imperios*, siendo los más característicos los que son a la vez monárquicos y teocráticos y cuyo soberano es simultáneamente rey, sacerdote y dios: Egipto, Asiria, China, Japón, imperio incaico, etc. Pero el paso «de los clanes a los imperios» (título de la obra de Moret y Davy sobre Egipto, en la colección «L'évolution de l'humanité») es un proceso complejo que interesa a la vez al etnólogo y al historiador.

La formación y la disolución del imperio romano nos afectan más de cerca puesto que de allí surgieron las formaciones nacionales y políticas de la Europa occidental de las que dependemos nosotros. Sobre este punto podemos introducir algunas observaciones útiles:

1) Hay toda una ideología de la *patria* como valor moral supremo que tiene un origen romano y que, a través de la «cultura clásica», triunfó en los países de lengua romance después del Renacimiento —Francia, España, Italia—. Los poetas de la Pléyade intentan calcar un mito histórico francés sobre el modelo de la *Eneida*. «Francia, madre de las artes, de las armas y de las leyes...» Corneille da, con *Horace*, el prototipo de la tragedia patriótica. Y la Revolución adopta todo el vocabulario de los discursos de Tito Livio. Mousnier demostró un día, en un coloquio, que los clichés estilísticos de la «Marsellesa» se encontraban todos en ciertos textos del siglo XVI. Ello no significa que la «nación» francesa tuviera ya en el siglo XVI todos los matices que la Revolución da a esta palabra. En cambio, sí significa que las tradiciones culturales, la educación de los colegios, el vocabulario aprendido en la escuela, juegan un papel importante en la elaboración ideológica de una conciencia de grupo.

2) Las grandes regiones de Europa occidental que han constituido el marco moderno de las naciones-estado unificadas y centralizadas habían tenido, antes de la disgregación feudal, una cierta unidad, una cierta personalidad, en el interior del imperio romano en su mejor período de organización. En consecuencia, existe una proyección de las realidades políticas modernas sobre nuestras representaciones históricas. El historiador francés Camille Jullian dice, refiriéndose a la Galia: «no dudo en pronunciar la palabra "nación"...» Y el filólogo español Menéndez Pidal ve en el «mapa cultural» de la Hispania romana una perfecta prefiguración de la España del Siglo de Oro. En Venecia escuché cómo un niño de diez años demostraba, con un manual, que «Italia» había dominado Europa.

Pero a la vista de lo que sucedió tras la desaparición del poder militar y político romano cabe pensar que su penetración en las profundidades de las sociedades dominadas y de sus estructuras tribales no era mucho mayor que la realizada en nuestros días por las dominaciones coloniales europeas en África, por ejemplo. Las pequeñas circunscripciones administrativas romanas —los *pagi*— se calcaron sobre los territorios de las tribus; y los «condados» feudales se calcaron a menudo sobre los *pagi*.

Así, pues, el mundo feudal de Europa occidental se funda sobre una triple herencia, en cuya reconstitución invirtió un largo período: la de las lejanas estructuras tribales, la de las hordas «bárbaras» del norte y del sur (germanos y árabes) que sobrepusieron sus propias estructuras y costumbres a las viejas realidades de la tierra, y finalmente la de los recuerdos (o nostalgias) de la sobrestructura política romana.

Los principios de agrupamiento en el período feudal

Las relaciones feudales propiamente dichas son esencialmente «*personales*» y la noción de *estado* se pierde; el sentimiento de «pertenencia» se refiere a la persona del señor («somos del señor tal...»). Sin embargo, la *comunidad rural*, y muy pronto las «*comunas*» urbanas, constituidas a menudo contra los poderes feudales, representan fuertes solidaridades. Pero cabe preguntarse qué es lo que, en esa atomización, prepara, por una parte, la conciencia de *comunidades más amplias* y, por otra parte, el renacimiento de *estados* definidos territorialmente y políticamente fuertes.

Pueden distinguirse varias corrientes:

1) La unidad política del imperio romano y la «territorialidad» de las divisiones étnicas más antiguas se sustituye, con la llegada de las hordas bárbaras que han impuesto sus

leyes y determinado las diferenciaciones lingüísticas, por una conciencia de la existencia de «*nacionalidades*», menos vinculadas a la tierra (se ha hablado de «nacionalidades *ambulantes*»), pero más a los orígenes lejanos (godos, vándalos, normandos...) y a las particularidades lingüísticas.

2) De esta forma las «naciones» se asimilan a las *lenguas* («linguae seu nationes», escribe santo Tomás). En las Universidades, los estudiantes se agrupan en «naciones», según su lengua. Por otra parte, surgen en seguida los «estereotipos nacionales» que caracterizarán, a lo largo de la historia, la forma caricaturesca con que cada pueblo ve a los extranjeros:

> «Los ingleses unos borrachos provistos de cola, los franceses orgullosos y afeminados, los alemanes brutos y disolutos, los normandos presumidos y fanfarrones, los del Poitou traidores y aventureros, los borgoñones vulgares y estúpidos, los bretones inconstantes y fútiles, los lombardos avaros, viciosos y miedosos, los romanos sediciosos y calumniadores, los sicilianos tiránicos y crueles, los de Brabante sanguinarios, incendiarios y bandidos, los flamencos pródigos, glotones, blandos como la mantequilla y holgazanes ... tras lo cual, después de los insultos, se pasaba a menudo a los golpes» (Jacques de Vitry, citado por Le Goff, *Civilisation de l'Occident médiéval*, p. 343).

El texto muestra que la noción de nacionalidad se vincula en este caso a una comunidad psicológica reconocida, pero no identificada con uno de los grandes conjuntos políticos que existen actualmente; se tiene la impresión de que cada una de las unidades intermedias que hoy en día llamamos «provincias» o «regiones» *hubiera podido* originar un estado político: por otra parte, son muchas las que en un momento determinado han apuntado hacia este destino (estado borgoñón, Sicilia, etc.). Confróntense en diversas colecciones las histo-

rias de las provincias francesas, a menudo bien hechas, o, para estudios más amplios, el *Franche-Comté sous Philippe II* de Lucien Febvre, o mi *Catalogne dans l'Espagne moderne*. En este último caso yo he insistido sobre la precocidad del aparato de estado y del «patriotismo lingüístico» (en el cronista Ramon Muntaner).

3) A pesar de estas tendencias, la edad media occidental se caracteriza, sobre todo entre los clérigos intelectuales, por una *condena* de esas divisiones en nombre de la unidad de la «Cristiandad», cuyos símbolos son la Iglesia y el latín. Se sueña con rehacer tal unidad contra los cismáticos (Bizancio), contra los infieles (el Islam) y contra los paganos (los eslavos, África, el Gran Khan); y el sueño dura desde las Cruzadas hasta Cristóbal Colón.

4) Frente a la autoridad espiritual (el Papa), otros querrían rehacer la unidad política del Imperio (Sacro Imperio romano de nacionalidad germánica). Sabemos que los «*estados*» —formas políticas forjadas a la vez a partir de solidaridades y a través de conflictos— se realizarán en marcos que serán a la vez más pequeños que el imperio y más grandes que las nacionalidades provinciales. Como siempre, lo harán utilizando elementos de origen y de naturaleza diversos: *a*) la soberanía restringida, de naturaleza feudal, *b*) el aspecto sagrado de la «realeza» (consagración, reyes taumaturgos), *c*) el aspecto romano del derecho, de la ley («legistas»). Observemos, sin embargo, que las solidaridades en torno a un «rey» se manifiestan particularmente cuando los súbditos se sienten de la misma «*naturaleza*» que el rey; en «naturaleza», como en «nación», encontramos de nuevo la idea de «nacimiento», es decir, de un *origen* común (como en los mitos tribales de África del norte).

Pero hay que andarse con mucho cuidado con el vocabulario y con las *traducciones abusivas* de los antiguos términos; por ejemplo, durante el proceso de Juana de Arco, Juana habla del «país» (noción popular: horizontes familiares, sentimiento de pertenencia, lengua común); el escriba eclesiástico traduce al latín y pone «patria»; los traductores actuales escriben «patria», con lo que se corre el riesgo de atribuir a Juana de Arco un vocabulario y unos sentimientos muy distintos de los suyos, más sabios y más modernos. De la misma manera, en una presentación bilingüe del *Journal des États Généraux* de 1484, de Jean Masselin, se encuentra, en la traducción francesa, la expresión: «Estas son las ventajas que obtiene *la nación* con la ayuda aportada por los grandes al rey»; pero el texto en latín dice: «attulit has utilitates regno procerum ad regem accessus»; así, donde los coetáneos decían «reino», el traductor transcribe «nación». Es un abuso grave. El mismo traductor escribe: «enviar embajadores a Italia, a Alemania, a España», cuando el texto dice: «in Itali*as*... Germani*as*, Hispani*as*», lo que proyecta demasiado lejos en el pasado nuestra visión de *una* Alemania, *una* Italia, *una* España; la edad media veía varias.

El nacimiento del estado moderno y sus relaciones con el fenómeno nación

En el período llamado «moderno», transición entre la edad media en que la estructura feudal caracteriza la sociedad, y el período llamado «contemporáneo» en que triunfa el capitalismo industrial, se precisan dos fenómenos —que no carecen de relación entre sí—: el ascenso del capitalismo comercial en la economía y el fortalecimiento del estado en algunos territorios europeos que pasan sucesivamente a primer plano debido al crecimiento económico de los tiempos modernos: España y Portugal, Francia, Inglaterra, Países Bajos, con la afirmación progresiva de las solidaridades «nacionales».

Estado-nación y Renacimiento. Hemos indicado ya de qué

manera los modelos antiguos, y especialmente el romano, ofrecían a la Francia del siglo XVI (Maquiavelo hubiese querido poder decir a «Italia») un vocabulario, una literatura, una concepción jurídica (escuelas de derecho escrito), pero al mismo tiempo le inspiraban el deseo de expresarse en su propia lengua (*Défense et Illustration de la Langue française* de Du Bellay, «Ordonnance» de Villers-Cotterets, que obligaba a redactar en francés los documentos públicos); la lengua se convertía en el signo de la unidad *política*, tras haberlo sido de una vaga comunidad de «nación».

Estado-nación y Reforma. La Reforma iba en el mismo sentido. La religión abandonaba el latín a favor de las lenguas llamadas hasta entonces «vulgares». Lutero es considerado tradicionalmente como uno de los grandes antepasados de la «nación» alemana. Sin embargo, en Alemania, este signo tardará mucho en coincidir con *un* estado. Pero el principio «*cuius regio, eius religio*» reforzará la idea de que los súbditos de un mismo príncipe deben formar una comunidad uniforme.

Estado-nación y economía: el mercantilismo. Uno de los principales símbolos —y quizás el más eficaz— de la unidad del estado moderno es la unificación de las monedas, que en Francia se realizó contra las *monedas* señoriales existentes, a principios del siglo XVI.

De hecho se había practicado una «política económica» nada razonada pero espontáneamente elaborada en Francia bajo Luis XI (1461-1483), en España bajo los Reyes Católicos (1469-1479 hasta 1505-1516), en Portugal bajo la dinastía de Avis, en Inglaterra bajo los Tudor. Control de las minas, miles de reglamentos industriales, privilegios a la marina, son muchas las tendencias comunes de los jóvenes «estados», que de esta manera refuerzan y unifican los intereses sobre el territorio que gobiernan, los cuales, por otra parte, son su primera fuente de inspiración.

El «mercantilismo» no es la teoría sino la justificación intelectual de una práctica: el estado se asimila al príncipe, y la nación al estado. La palabra «nación» no se pronuncia todavía con un nuevo sentido, o rara vez. Pero se insiste mucho sobre la *solidaridad de intereses* entre los súbditos de un príncipe, y entre el príncipe y los súbditos. Podemos seguir el paso de la concepción *económica* «mercantilismo» («acrecentar», «aumentar» la riqueza del grupo defendiéndose y en caso de necesidad mostrándose agresivo frente a intereses extranjeros) a la concepción *política* ya «nacionalista» (antes de hora) a través de una serie de escritos farragosos pero llenos de sentido: en el caso de España, en los «arbitristas» (siglos XVI y XVII) que lloran la decadencia de su país (ellos dicen «nuestra España») y proponen soluciones; en el caso de Europa central, en los «cameralistas», consejeros de los príncipes, donde se encuentran fórmulas como «Österreich über alles, wann es nur will» («Austria por encima de todo, en el caso de que ella quiera»); y finalmente, en el caso de Inglaterra, en el siglo XVII, en los teóricos como Thomas Mun (*La riqueza de Inglaterra por el comercio exterior*); este último, en su prefacio, recomienda a su hijo la piedad, y después

> la Política, es decir, cómo amar y servir a la Patria, instruyéndote en los deberes y conducta de varias profesiones, que a veces dirigen, a veces ejecutan los negocios de la república; en la cual, algunas cosas tienden especialmente a *conservarla* y otras a *engrandecerla* ... y en primer lugar expondré algo acerca del *comerciante,* porque éste debe ser el *agente principal* de esa gran empresa.

El siglo XVII demuestra ya que una *burguesía mercantil* puede asumir *políticamente* la responsabilidad de un estado, y levantar a toda una población contra un poder extranjero:

esta es la historia de las «Provincias Unidas» o Países Bajos protestantes, que se liberan, tras una larga lucha, de la soberanía española. Es evidente que no se trata de la primera manifestación de un «sentimiento nacional» que se lanza eficazmente contra un poder extranjero (cf. Francia, guerra de los Cien Años), pero es la primera guerra nacional que culmina con la formación de un estado nacional.

El segundo ejemplo es, por así decirlo, inverso, pero confirma la misma correlación. Es el de Francia en el siglo XVIII: la burguesía enriquecida, la nobleza levantisca, la élite intelectual de la Francia «de las luces» del reinado de Luis XV, son fácilmente «cosmopolitas», anglófilos, mientras los ambientes provinciales, incluso populares, son fácilmente particularistas, recuerdan las antiguas «libertades», las antiguas «naciones» (Bearn, Comté, Provenza...); se trata de manifestaciones de descontento, de oposición al sistema político. Pero de repente, en vísperas de 1789, la palabra «patriota» toma el significado de «amigo del bien público», y la palabra «nación» el del conjunto de los súbditos por oposición a la monarquía o a las pequeñas minorías privilegiadas. La Revolución crea de entrada la «Asamblea nacional», la «Guardia nacional»; Bailly contesta al enviado del rey: «La Nación reunida no puede recibir órdenes»; y cuando la invasión extranjera amenaza las conquistas de la Revolución, la batalla de Valmy se gana al grito de «¡Viva la Nación!».

Donde se demuestra la intuición de Voltaire, que había escrito: «Un republicano se siente siempre más ligado a su patria que un súbdito, puesto que se ama más el bien propio que el del amo».

Está claro que no dejaba de ser una ilusión, por parte del hombre del pueblo, del *sans-culotte* de 1793, creer que había conquistado realmente la patria francesa como un «bien» suyo. Los sistemas censitarios, la administración napoleónica, todo el juego del régimen económico, mostrarán a las claras

que, en realidad, la comunidad nacional y el sistema de estado creados por la Revolución francesa pasaban a las manos de una nueva clase social y no a las de todo el pueblo. Sin embargo, los campesinos franceses, liberados de las numerosas cargas feudales y fiscales, y beneficiarios muchos de ellos de la redistribución de la propiedad, habían sentido muy profundamente que la amenaza extranjera era, al mismo tiempo, una amenaza sobre sus conquistas sociales. En 1814 tuvieron mucho miedo de que la derrota de Francia pudiera propiciar un retorno de los nobles y de sus derechos. Así se constituyó, durante la Revolución francesa, una asimilación entre defensa de la Patria y defensa de la Revolución, entre la idea de «nación» y la idea de gobierno salidos de «la voluntad del pueblo». Ello explica que, durante el siglo XIX, no siempre, pero en la mayoría de los casos, la idea «nacional» sea una idea ligada a las nociones de libertad e igualdad, una idea *popular*, sospechosa para los conservadores, para los hombres del antiguo régimen.

EL SIGLO XIX: LA FASE «NACIONALITARIA»

En efecto, durante y después de la Revolución francesa, un doble movimiento sacudió a Europa y, dentro de ciertos límites, al mundo: Francia, tras haberse defendido de una reacción política impuesta desde el exterior, invade militarmente gran parte de Europa e introduce allí reformas socialmente progresivas; pero la opresión militar que impone provoca una lucha a menudo ambigua, porque sus impulsores son simultáneamente: 1) los partidarios del antiguo régimen, 2) las capas sociales que tienen interés en oponer a los franceses sus propios principios, 3) los combatientes populares espontáneos que a sus razones cotidianas de odiar al invasor suman a veces un sentimiento religioso, tradicionalista, comu-

nitario, antiliberal, y a veces un sentimiento revolucionario.

Sobre estos diversos puntos se pueden consultar las comunicaciones de un coloquio celebrado en Bruselas en 1968, en el Instituto de Sociología, sobre el tema *Occupants et occupés, 1794-1815.*

Este libro muestra los vínculos (o las contradicciones) entre las reacciones *de grupo* y las reacciones *de clase* frente a las invasiones francesas, primero revolucionaria y después napoleónica. A niveles muy distintos, vemos cómo se alían al ocupante francés o cómo se coaligan en contra de él grupos burgueses en busca de un nuevo poder social, políticos reformistas, fuerzas del antiguo régimen, «guerrillas» populares que en según qué ocasiones recuerdan a los ejércitos revolucionarios y en según cuáles a la Vendée. Subrayaré dos ejemplos:

En Prusia, hombres como Stein, Hardenberg, Gneisenau vieron con extrema claridad que era posible hacer volver contra Napoleón y contra Francia los principios mismos de su revolución; iniciaron reformas «desde arriba» («von oben»), contra la servidumbre, contra los derechos indirectos; los burgueses deseaban (como escribe uno de ellos al rey en 1807) que «todos los ciudadanos y habitantes del Estado deben poder aspirar por igual a los mismos derechos, deben ser únicamente los miembros de un gran todo, y no deben hacer valer más ventajas que las adquiridas por conocimientos más elevados y por el mérito propio y verdadero».

Pero los nobles rurales prusianos eran muy conscientes del peligro de una tal concepción del «todo» nacional. Uno de ellos exclamaba: «Nation, das klingt jakobinisch», «Nación, esto suena a jacobino». Y otro, el chambelán Von Reck, «hubiera preferido perder otras tres batallas de Auerstaedt antes que aceptar el edicto del 9 de octubre de 1807 que abolió la servidumbre y el privilegio de la nobleza sobre la propiedad de la tierra». Son este tipo de frases las que permiten entender las relaciones entre las posiciones de clase y la idea de «nación» surgida en 1789.

Pero aquí cabe introducir otro matiz: la noción alemana de nacionalidad que exaltaron entonces las obras de Herder y de Fichte no correspondía en absoluto a la noción francesa de «voluntad general» claramente expresada en una especie de contrato, sino por el contrario a un vago sentimiento de pertenencia a un «pueblo» —el *Volksgeist*—, herencia de la raza, de la lengua, de la historia, fundamento de una «comunidad» (*Gemeinschaft*) y no de una sociedad (*Gesellschaft*), dirá más tarde el filósofo Tönnies. Este aspecto *romántico* de los valores nacionales jugará, por otra parte, un papel importante en el siglo XIX (y no sólo en Alemania) con la aparición de los «nacionalismos» que deificarán a la comunidad.

Segundo ejemplo: *España.* En la lucha contra Napoleón, el conflicto es especialmente complejo y contradictorio; Napoleón aparece ante los ojos de algunos tradicionalistas como el Anticristo ateo, pero algunos conservadores habían creído ver en él al restaurador de la religión y del orden; algunos reformadores de la España del siglo XVIII pensaban que Napoleón modernizaría España como habían deseado los ministros del «despotismo ilustrado»; pero los espíritus más revolucionarios veían en él al confiscador de las libertades de 1789. Finalmente, los «colaboracionistas» —los afrancesados— fueron pocos; unas Cortes, en Cádiz, votaron unas leyes muy directamente inspiradas en la Revolución francesa; pero entre los guerrilleros campesinos, la gran mayoría luchaba por la tradición, la religión, las costumbres comunitarias poco compatibles con el liberalismo económico; cuando regresó el rey exiliado fue aclamado a la vez por ese pueblo tradicionalista y por la aristocracia del antiguo régimen; al suprimir la obra de las Cortes, desterró de España toda «revolución burguesa». El resultado, un siglo más tarde, será esta curiosa paradoja:

España, que, entre 1808 y 1814, había dado pruebas de una unidad y de un vigor nacional excepcionales, verá cómo unas regiones nostálgicas de la revolución burguesa (Cataluña, País Vasco) se despegan de una de las «naciones» más antiguas de Europa. Las viejas «nacionalidades provinciales» resucitarán y querrán transformarse en «estados».

Podemos relacionar esta historia con el caso de las «naciones» de la *América española*: unas minorías, aristocráticas o burguesas, aprovecharon, en las diversas unidades administrativas del imperio americano español, el episodio napoleónico para declararse independientes e imponer la independencia con las armas, a imitación de los Estados Unidos y con el apoyo inglés. Cabe subrayar que no consiguieron, a pesar del deseo y del genio de Bolívar, una «nación hispanoamericana» única; como en el caso actual de las colonias liberadas de África negra, calcaron sus fronteras sobre las divisiones administrativas coloniales existentes. Y la causa estriba en que el personal político que perseguía un poder concreto, no podía conseguirlo dentro de marcos excesivamente amplios. En cuanto a las capas populares, hacía siglos que estaban explotadas a la vez por la aristocracia criolla y por la administración colonial española. Según los momentos, según las ventajas que se les otorgaron (y que fueron muy escasas), o las represiones que les alcanzaron, las masas populares tomaron parte en el movimiento de independencia —México—, no se movieron (Perú), o combatieron al lado de los españoles («llaneros» de Venezuela). De hecho, era difícil que las masas indias y negras se sintieran parte integrante de una comunidad con unas minorías que a menudo las rechazaban. Habrá que esperar hasta muy tarde (1868 en Cuba, a menudo hasta el siglo XX) para que los movimientos de masas se incorporen a unos nacionalismos justificados por otros imperialismos extranjeros. Y, sin embargo, es curioso observar que el nacionalismo, el patriotismo, la exaltación hasta el fetichismo de

los héroes de la Independencia (culto a Bolívar) parecen haber sido tanto más violentos en las ideologías políticas hispanoamericanas cuanto más estrechas eran las bases de las comunidades (el culto de la «patria» se convirtió en una incumbencia de las «clases políticas» e intelectuales, sin poder penetrar ampliamente en las masas aisladas, desde el punto de vista étnico y lingüístico, y analfabetas).

La Europa del siglo XIX está dominada, históricamente, por el «problema de las nacionalidades». El tema es bien conocido. ¿Cómo podemos definir mejor esos términos, «*nacionalidad*», «*nación*»?

Como ya hemos dicho, la idea de «nación», ligada a los principios de la Revolución francesa (en particular al de la «voluntad nacional»), es una idea «progresista» para los hombres del siglo XIX. La expresión «nacionalitaria» podría ser adecuada para calificar esta dominante, por otra parte más sentimental que teórica. El «derecho de los pueblos a disponer de sí mismos» forma parte del bagaje ideológico «de izquierdas», incluso del anarquizante. Por el contrario, las potencias del antiguo régimen y los temperamentos autoritarios se inquietan ante los trastornos revolucionarios que implicarían una remodelación de Europa según el «principio de las nacionalidades». La Inglaterra liberal o el «nacionalitario» Napoleón III no apoyan sino dentro de ciertos límites los avances de la liberación, que han coincidido siempre con las grandes crisis revolucionarias (1830, 1848).

Grosso modo, las clases dirigentes son bastante favorables a las nacionalidades que sacuden el yugo turco (Grecia, Bulgaria, etc.), muestran a la vez admiración y preocupación ante la marcha de la unidad italiana y de la unidad alemana y, finalmente, no se atreven, o casi, a apoyar a las nacionalidades que podrían amenazar a las grandes potencias rusa, prusiana y austríaca, y se distancian en particular de Polonia, que afectaría a las tres a la vez. Pero a los republicanos, a los

revolucionarios, intelectuales u obreros, les gusta gritar «¡viva Polonia!».

En los casos de Alemania e Italia son a la vez *clases* y *regiones* particularmente activas las que toman la iniciativa de la unidad: Prusia y Piamonte. Nada se parece tanto a la coalición de políticos, intelectuales y hombres de negocios que, después de 1945, intentan crear el mercado europeo y, a ser posible, la Europa supranacional, como la coalición del mismo tipo que, entre los años 1820 y 1870, trabajó en pro de la unidad alemana. El mercado común alemán se creó bajo la forma de Unión aduanera, el *Zollverein*. Renan, en su intento de subrayar los caracteres intelectuales y morales del factor «nación», escribió un día: «una nación no es un Zollverein»; pero el poeta popular alemán Von Fallersleben, para subrayar, por el contrario, el papel del Zollverein, dijo en unos graciosos versos que el jabón, las cerillas y otras mercancías sin importancia habían hecho más por la patria alemana que todos los teóricos.

Vale la pena conocer algunos textos característicos de la vinculación entre idea nacional e idea industrial:

En el Congreso de los economistas alemanes de 1862:

> «Ya es hora de que los industriales alemanes actúen en el sentido de la resurrección nacional de la patria, hacia la que convergen hoy en día todas las fuerzas, a fin de que el trabajo nacional llegue a ser reconocido en todos los gabinetes y en todas las cámaras, en toda la prensa y entre el pueblo como uno de los pilares básicos de nuestra vida nacional. Su propio interés y el interés de la patria son, en último término, idénticos.»
>
> «Incumbe a la industria, a medida que crece, una significación política en el seno de una nación que intenta pasar del estado de confederación (*Staatenbund*) al estado federativo (*Bundesstaat*) de carácter nacional. Pocos son los vínculos económicos que traban entre ellas las diversas regiones de Alemania, si dejamos aparte los vínculos industriales. A medida que aquí se han ido fundando grandes sociedades, a medida que los intereses materiales se han ido haciendo más variados, toda la política ha tomado un cariz más realista. Han sido los intereses de la industria los que han dado a la forma vacía del Zollverein su contenido material. Si Alemania no hubiera entrado en la vida industrial, aún no habríamos superado la fase lamentable de la división interior.»

Algunos años antes, Friedrich List había expuesto la teoría del «sistema nacional de economía»; veamos algunos fragmentos:

> Pero entre el individuo y el género humano existe la nación, con su lenguaje popular y su literatura, con su origen y su historia propios, con sus costumbres y sus hábitos, sus leyes y sus instituciones, con sus pretensiones a la existencia, a la independencia, al progreso, a la duración, y con su territorio separado; asociación que se ha convertido, por la solidaridad de las inteligencias y de los intereses, en un todo existente por sí mismo, que reconoce en su seno la autoridad de la ley, pero que mantiene su libertad natural frente a las demás sociedades parecidas, y que, por consiguiente, en el estado actual del mundo, sólo puede mantener su independencia a través de sus propias fuerzas y de sus recursos particulares.

Y también:

> «La Escuela (librecambista) ha llegado a resultados tan absurdos porque, a despecho de los nombres que ha dado a su ciencia, ha excluido por completo de ella *la política* ignorando totalmente *la nacionalidad,* y sin tener en cuenta para nada los efectos de *la guerra* sobre el comercio entre distintas naciones.»

«El poderío político no sólo garantiza a la nación el crecimiento de su prosperidad mediante el comercio exterior y las colonias; le asegura, además, la posesión de esta prosperidad y de su existencia nacional, que es infinitamente más importante que la riqueza material; a través de la Ley de Navegación, Inglaterra se ha convertido en una potencia política, y mediante esta potencia política ha sido capaz de extender su superioridad manufacturera sobre todos los pueblos. Pero Polonia ha sido borrada de la lista de las naciones por no poseer una burguesía vigorosa que sólo hubiera podido surgir con una industria manufacturera.»

«El comercio exterior sólo puede ser importante allí donde la *industria nacional* ha llegado a un alto grado de desarrollo...»

«En una época en que la actividad y la mecánica ejercen una influencia tan importante sobre la marcha de la guerra, en que todas las operaciones militares dependen hasta un tal punto de la situación del tesoro público, en que la defensa del país está más o menos asegurada según si la masa del país es rica o pobre, enérgica o sumida en la apatía, según si sus simpatías se vuelcan sin reservas hacia la patria o se orientan en parte hacia el extranjero, según si es posible armar a más o menos soldados, en una época así, más que nunca, las manufacturas deben ser consideradas desde un punto de vista político.»

Aquí se proclama, pues, la vinculación entre industria, burguesía y nación. Se dirá que la unidad alemana se consiguió también a través de las victorias militares, bajo la dirección de Bismarck y de un estado mayor de vieja aristocracia. No es contradictorio. Y en ello estriba la originalidad de la potencia alemana. En lugar de combatirse, las dos clases dirigentes (antiguas clases feudales y nueva burguesía) se repartieron el trabajo. La eficacia fue grande. Pero el autoritarismo y la altivez militares, la «refeudalización» de la sociedad, confirieron al nacionalismo alemán una agresividad que, en último término, le fue perjudicial. Lo mismo podría decirse del Japón. Estos dos casos han hecho decir al economista americano Rostow que el nacionalismo ha sido un gran factor en el «despegue» económico capitalista (*take off*). La proposición podría invertirse: el nacionalismo burgués nace del «despegue» (cf. los textos de List). Digamos que ambos fenómenos están estrechamente ligados.

EL APOGEO DE LOS «NACIONALISMOS» Y LA APARICIÓN DEL «IMPERIALISMO»: CRISIS Y CONTROVERSIAS EN 1905-1913

Entre 1871 y 1914, la ideología «nacionalitaria» del siglo XIX se transforma rápidamente en «nacionalismo», entendiéndose con ello una doctrina que considera la nación como el hecho fundamental y la finalidad suprema, a cuyo interés el individuo debe subordinarse e incluso sacrificarse y ante el cual, en principio, deben desaparecer los intereses de grupo y los intereses de clase. Esta fórmula exaltada se predica tanto entre los grupos nacionales que aspiran a la independencia —es decir, al estado— como entre las antiguas naciones-estado o recientemente unificadas: Inglaterra imbuida de su superioridad, Francia humillada por su derrota de 1870, España humillada por la suya de 1898, Italia poco satisfecha del papel que se le reserva, Alemania convencida de su destino mundial.

Es, en verdad, el momento en que, una vez constituidos y saturados los mercados nacionales, las rivalidades se manifiestan de pronto con más brutalidad en el reparto comercial y colonial del mundo; es el fenómeno del *imperialismo*, proclamado y bautizado por los teóricos de la expansión, Chamberlain, Roosevelt, Guillermo II, Jules Ferry en Francia, Rosa Luxemburg, Lenin. Pero tanto esta palabra como este fenómeno merecerán una próxima lección.

De momento, detengámonos un poco más sobre los hechos *nación* y *nacionalismo* que, precisamente, fueron vivamente discutidos y quedaron finalmente mejor definidos [2] en el curso de las tensiones y controversias que precedieron al estallido de 1914.

El caso francés es, en principio, bien conocido, pero no siempre está bien analizado. Con razón se ha subrayado el viraje, especialmente sensible tras el *affaire* Dreyfus, que convierte la exaltación de la nación, de la patria, del ejército, en una actitud «de derechas», no sólo conservadora sino también vinculada a las nostalgias monárquicas (Maurras) o dictatoriales. Tal es, en efecto, el «nacionalismo» proclamado («nacionalismo integral», dice Acción francesa).[3] También es cierto que en esos años 1890-1913, el movimiento obrero revolucionario (anarquismo, sindicalismo, algunas corrientes del socialismo) se caracteriza no sólo por su internacionalismo, sino por un antimilitarismo e incluso un antipatriotismo violentos; por otra parte, con el *affaire* Dreyfus, y debido al carácter antirrepublicano de los nacionalismos, los partidos de izquierda, incluso los no revolucionarios, desconfían de las «ligas patrióticas» y de los cuerpos de oficiales.

Sin embargo, es más importante tener en cuenta (sobre todo para entender el impulso unánime de 1914) que tanto la *doctrina oficial* de la República como la *masa de los franceses* conservan, procedente del siglo XIX, la noción de patriotismo como deber sagrado, vinculado a la tradición republicana, a los principios de 1789, etc. Toda la *educación impartida por la escuela pública* estaba orientada en este sentido.[4]

2. Cf. en el Congreso de las Ciencias Históricas de Viena (1965), el comunicado del profesor Kohn y su larga discusión en las Actas del Congreso.
3. Cf. *Le nationalisme français,* de Girardet.
4. Cf. los dos libros divertidos e instructivos de Gaston Bonheur: *Qui a cassé le vase de Soissons?* y *La République nous appelle.*

Y lo mismo cabe decir de la *ideología universitaria.* E incluso la teoría sociológica (Durkheim). Si Péguy, en vísperas de 1914, pasa del socialismo al nacionalismo, no debemos creer que Jaurès, a pesar de su internacionalismo y de sus esfuerzos contra la guerra, niegue la existencia del hecho nacional o la necesidad de la «defensa nacional». Su libro *L'Armée nouvelle* (1911) intenta elaborar la teoría de una «nación armada», que reclute sus oficiales entre las capas populares (o medias); según él, el socialismo debe mostrarse

> dispuesto a asegurar el pleno funcionamiento de un sistema armado verdaderamente popular y defensivo ... será entonces cuando podrá desafiar la calumnia puesto que se darán en él, junto con la fuerza acumulada de la *patria histórica,* la fuerza ideal de la patria nueva, la humanidad del trabajo y del derecho.

Jaurès abriga incluso la esperanza de convencer a los oficiales mediante la *eficacia* de un ejército «organizado sin ninguna preocupación de clase o de casta, sin otra preocupación que la de la defensa nacional propiamente dicha».

El problema consiste en saber si, en una sociedad de clases, un ejército puede organizarse sin estas «preocupaciones». Veremos cómo Lenin subordinaba la noción de «pueblo armado» a la de revolución.

Las controversias en torno al problema nación-revolución en Europa central y oriental

A diferencia de Europa occidental, constituida en sólidos estados-naciones, núcleos de los imperialismos mundiales, sin graves problemas de minorías nacionales (excepto en Irlanda), y en donde las luchas de clase no llegan a minar los potentes nacionalismos *de hecho*, la Europa central y oriental

está organizada en *imperios multinacionales* de naturaleza y origen diversos: imperio turco, imperio austro-húngaro, imperio ruso. Las pretensiones de estos imperios no son las mismas en política internacional, pero los tres están desgarrados por movimientos internos de carácter nacional, que tienden a independencias de grupo (polacos, checos, croatas, albaneses, etc.).

En estos territorios, el autoritarismo del estado está ligado, al mismo tiempo, a la supremacía de un grupo nacional y a una estructura de clase retrasada respecto al desarrollo moderno: autocracias, restos de feudalismo. Los movimientos nacionales internos que se enfrentan con la supremacía del grupo dominante pueden quedar englobados *o bien* por unas clases dirigentes más evolucionadas, más ligadas a intereses de tipo burgués, *o bien* por las aspiraciones agrarias u obreras, por capas socialmente (y no sólo políticamente) revolucionarias. El problema, pues, se plantea de la manera siguiente: ¿de qué forma se combinarán, en un momento dado, en torno a los «movimientos nacionales», las formas de revolución burguesa propias del siglo XIX y las tentativas revolucionarias que implican al campesinado y al proletariado? Las diversas corrientes de pensamiento y de táctica revolucionaria, en sus intentos de responder a esta cuestión, han multiplicado las controversias. ¿Deben apoyarse los movimientos nacionales? ¿Hay que aliarse con los partidos nacionales burgueses? ¿Cómo evitar las contaminaciones ideológicas o sentimentales, pequeño-burguesas o «chauvinistas»?

Los más célebres participantes en esta controversia fueron Rosa Luxemburg, Otto Bauer (con Karl Renner), Lenin y Stalin. Su papel histórico posterior justifica un estudio serio de sus posiciones. Debe tenerse en cuenta que es muy probable que su situación en Europa central y oriental les haya hecho subestimar el carácter masivo de los bloques psicológicos nacionales constituidos en occidente.

MARXISMO Y CUESTIÓN NACIONAL

Dado que Marx y Engels insistieron, sobre todo, en el papel histórico motor de las *luchas de clases*, no expusieron una teoría *explícita* sobre los problemas nacionales; ello no significa que hayan descuidado esos problemas y gracias a sus tomas de posición sobre numerosos aspectos de la política de su tiempo ha sido posible deducir sus concepciones esenciales sobre la existencia de grupos y sus conflictos (tesis de S. Frank Bloom, Columbia, 1941). Dado que para ellos lo esencial era la solidaridad internacional del proletariado, enfocaban las cuestiones nacionales sobre todo como factores posibles de desarrollo económico, en tanto que condicionantes de la formación y de las capacidades de lucha de las clases obreras. Sus análisis se centraban sobre la *función progresiva o reaccionaria de un determinado tipo de estado*, o marco económico, a propiciar o combatir desde el punto de vista de la futura revolución. Por ejemplo, consideraban que la independencia de Polonia, la parte más avanzada del imperio ruso desde el punto de vista material, debilitaría a este imperio aristocrático y crearía en el este de Europa un foco de capitalismo industrial y de posible toma de conciencia revolucionaria. Y esta posición favorable a la independencia polaca coincidía con el entusiasmo tradicional y popular suscitado por las sublevaciones patrióticas de los polacos.

En el período a que nos referimos, 1905-1913, que arranca de la crisis rusa de la guerra ruso-japonesa y de la primera revolución, y que prepara la crisis balcánica de la que saldrá la guerra de 1914, el problema de las nacionalidades en el este y en el centro de Europa se agudiza.

La controversia Rosa Luxemburg-Lenin se centra, implícitamente, en Polonia, y, explícitamente, en el problema del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos. Rosa Lu-

xemburg, que había estudiado el desarrollo industrial de Polonia (éste fue el tema de su tesis en 1898), no cree que ese desarrollo sea muy importante; sobre este punto revisa, pues, los esquemas de Marx. Convencida de que el desarrollo del capitalismo se hará cada vez más dentro del marco de los estados muy grandes («estados de rapiña»), no cree que la independencia de Polonia pueda ser una consigna útil a la revolución, dado que la burguesía polaca carece ya de objetivos «nacionales», y prefiere el mercado ruso y el autoritarismo ruso a la independencia. En resumen, la fase de «burguesía nacional» y de «revolución burguesa» habría quedado superada. Si el proletariado, en nombre de la nación polaca, era capaz de vencer a los tres grandes estados (Alemania, Rusia, Austria), no había razón alguna para que colocase de nuevo a Polonia en la situación de nación burguesa, reorganizando con ello el marco de su propia opresión.

«*El estado nacional y el nacionalismo son estuches vacíos en los que cada época y las relaciones de clases en cada país vuelcan su contenido material particular.*»

Notemos que la fórmula habla de «estado» (forma política) y de «nacionalismo» (ideología política), pero que la nación —como fenómeno histórico— no está definida. Veremos cómo Stalin utilizará de nuevo esta fórmula, pero en un sentido muy distinto.

Lenin, en 1913 (*Notas críticas sobre la cuestión nacional*), ataca la subestimación del fenómeno nacional hecha por Rosa Luxemburg, y también su programa meticulosamente detallado (elaborado en 1908-1909) sobre las «autonomías» parciales que debería reivindicar Polonia (transportes, carreteras de interés «regional», etc.), y sobre las circunscripciones regionales que deberían reivindicar o no tales autonomías. Lenin piensa que las circunscripciones que allí se estudian son de origen burocrático o feudal y que el capitalismo es perfectamente capaz de descubrir por sí mismo en qué sectores una

cierta autonomía favorecerá sus mercados y su desarrollo. En cambio, los *movimientos de minoría nacional* tienen todavía un papel *revolucionario* a desempeñar en el imperio ruso, aunque sólo sea como base de la resistencia psicológica a la autoridad centralizadora. También se pronuncia a favor del derecho absoluto de las minorías nacionales a proclamarse independientes. Pero añade inmediatamente que el derecho al divorcio no implica la obligación de divorciarse. Así, pues, la utilización de la reivindicación nacional por parte de los movimientos revolucionarios es una cuestión de táctica. Pero los principios son los siguientes:

> En el curso de su desarrollo el capitalismo se enfrenta con dos tendencias históricas en lo que a la cuestión nacional respecta. La primera consiste en el despertar de la vida nacional y de los movimientos nacionales, la lucha contra toda opresión nacional, la creación de estados nacionales. La segunda, en la multiplicación de las relaciones de todo tipo entre las naciones, en la destrucción de las barreras nacionales y la creación de la unidad internacional del capital, de la vida económica en general, de la política, de la ciencia, etc.
>
> Estas dos tendencias constituyen la ley universal del capitalismo. La primera domina al principio de su desarrollo, la segunda caracteriza al capitalismo ya maduro y que va hacia su transformación en una sociedad socialista. El programa nacional de los marxistas tiene en cuenta ambas tendencias, defendiendo, en primer lugar, la igualdad de las naciones y de las lenguas, la oposición a *privilegios* de cualquier tipo a este respecto (propugnando también el derecho de las naciones a la autodeterminación, de lo que hablaremos más adelante); defendiendo, en segundo lugar, el principio del internacionalismo proletario y de la lucha intransigente contra el contagio por parte del proletariado del nacionalismo burgués, por muy refinado que sea.

Parecen distinciones sutiles. Pero su sentido se aclara en los otros aspectos de la polémica. Lenin admite tanto la razón como la justicia de la reivindicación de las libertades nacionales; pero teme que se las convierta en un objetivo supremo, en un fin en sí mismo, especialmente a través de la idealización de unos valores «culturales»: «El programa de la "autonomía nacional cultural" ... erige al nacionalismo burgués en algo absoluto, en obra maestra de la creación, olvidando la violencia, las injusticias, etc.».

Existe, pues, una «*línea de demarcación a menudo muy tenue*» entre la *lucha nacional* de *contenido revolucionario* y el «nacionalismo» con el que, incluso siendo «el más justo», el más «puro», el más fino y el más «civilizado», el marxismo es, a los ojos de Lenin, irreconciliable. He aquí los adjetivos y los términos que emplea:

> *El principio de la nacionalidad* es *históricamente ineluctable* en la sociedad burguesa y, teniendo en cuenta esta sociedad, el marxista reconoce plenamente la *legitimidad histórica de los movimientos nacionales.* Pero para que este reconocimiento no se convierta en una apología del nacionalismo, debe limitarse muy estrictamente al contenido progresivo de estos movimientos ... El despertar de las masas al salir del sopor feudal es progresivo, como lo es también su lucha contra toda opresión nacional, en pro de la soberanía del pueblo, de la soberanía de la nación. De ahí que para el marxismo sea un *deber absoluto* el defender los aspectos democráticos más decididos y más consecuentes en todos los aspectos del *problema nacional. Se trata de una tarea básicamente negativa.* El proletariado no puede avanzar más en su apoyo al nacionalismo, puesto que, más adelante, se inicia la acción «positiva» de la burguesía que pretende *reforzar* el nacionalismo ... ¿Lucha *contra* todo yugo nacional? Desde luego. ¿Lucha *por* todo desarrollo nacional, *por* la «cultura nacional» en general? Desde luego que no...*

* Tanto en esta cita como en las siguientes, salvo excepciones, los subrayados son míos. Con ello he querido llamar la atención sobre aspectos esenciales.

En contra de Rosa Luxemburg, que ya no cree en el carácter revolucionario de los movimientos nacionales (y que intenta definir, para el caso de Polonia, un «autonomismo»), en contra de Otto Bauer, que intenta definir los valores «culturales», ideales, del hecho nacional, Lenin concede una «legitimidad histórica» (y es ésta una noción muy importante) a este hecho nacional. Pero su utilización debe ser *defensiva* (contra la opresión), *negativa* (ejercerse más en contra que a favor de alguna cosa). Nos encontramos ante una *táctica* y unos *principios. Pero* (otro artículo de 1913: «Del derecho de los pueblos a la autodeterminación»)

> al analizar una cuestión social, la teoría marxista exige expresamente que la situemos en un *marco histórico determinado* ...
>
> Por consiguiente, si lo que queremos, sin jugar con definiciones *jurídicas,* ni «inventar» nociones *abstractas,* sino analizando las *condiciones histórico-económicas* de los movimientos nacionales, es comprender en qué consiste la libre determinación de las naciones, llegaremos sin falta a esta conclusión: por autodeterminación de las naciones se entiende su *separación en tanto que Estado de las colectividades nacionales extranjeras,* se entiende la formación de *Estados nacionales independientes.*

Es decir, que no hay «movimiento nacional» si no se da la *exigencia de un estado* por parte del grupo que se siente nación; «autonomía», «autonomía nacional cultural», son compromisos carentes de sentido. Todos estos textos son de un gran interés desde el punto de vista de los problemas planteados en Europa central y oriental y de los diversos enfoques que les dieron los socialistas marxistas de los años 1905-

1913, futuros responsables de los acontecimientos de la guerra y de la postguerra.

Sin embargo, no es mucha la luz que arrojan sobre el *fenómeno-nación* como fenómeno sociológico; no explican *por qué* la ascensión de la burguesía y las aspiraciones revolucionarias del proletariado deben apoyarse (o pueden no apoyarse) en solidaridades globales más amplias que ellos mismos. Otto Bauer, socialista austríaco, intentó contestar a esta pregunta (*La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*, 1907): según él, la nación es una especie de *unidad orgánica, con existencia propia*, constituida por *todos los hombres que tienen en común un destino histórico*, lo que les confiere una creciente comunidad de carácter («auf Schicksalsgemeinschaft erwachsende Charaktergemeinschaft»). Es curioso constatar que esta noción de «comunidad de destino» reaparecerá (con matices providenciales, es cierto) en el nacionalismo español de José Antonio Primo de Rivera. Para Bauer, los proletarios han sido despojados, por el proceso general de alienación económica, de toda *participación* en estas *comunidades de patria*; el socialismo debe devolverles esta participación y asegurar con ello la *diversidad deseable* del mundo. Mientras tanto, deben reclamar la «*autonomía cultural extraterritorial*», es decir, que los italianos en Austria, los croatas o los checos y, finalmente, los judíos, incluso cuando no constituyen una masa definida territorialmente, deben tener sus libertades y sus organismos culturales (lengua, periódicos, escuelas, teatros, etc.). Recalquemos que esta concepción implicaba, en la organización política, la existencia de secciones particulares del partido socialdemócrata en las diversas nacionalidades, especialmente en el caso de los judíos, organizados en el Bund (Alianza socialdemócrata judía).

Como hemos visto, Lenin reprochó a Bauer este particularismo que, a su parecer, corría el riesgo de colocar de nuevo a los judíos en el sitio en que estaban, y no por culpa de ellos, en aquellos puntos en que sufrían una mayor opresión: una «casta» (=grupo cerrado) y no una nación (aquí vemos la distinción de Lenin entre ambos términos); en efecto, en la organización socialdemócrata, el Bund se caracterizaba como judío y no por necesidad de la organización territorial. Lenin argumentaba que se trataba de un retorno al pasado, adoptado con entusiasmo por los medios más vinculados ya sea al viejo pasado religioso, o bien a los ambientes judíos burgueses, y que oponía esta concepción a la función de progreso asumida por numerosos judíos en las sociedades occidentales.

En 1913, en un artículo famoso («El marxismo y la cuestión nacional»), Stalin dio una definición muy distinta de la «nación», que unía a la vez los criterios objetivos-subjetivos similares a los de Bauer, los criterios históricos similares a los de Marx y Lenin, y los criterios políticos y tácticos; como en el caso de los artículos de Lenin, se trataba de una polémica contra Bauer y el Bund, pero hay que hacer constar que ya en 1904 había esbozado lo esencial de la teoría en un primer artículo («Cómo entiende la socialdemocracia el problema nacional»), cuando Stalin acababa de cumplir los 25 años. El interés de la teoría de la nación así formulada radica no sólo en el hecho de tener por autor al hombre que se encargó del problema de las nacionalidades desde los primeros días de la revolución rusa de octubre de 1917 y que creó, consiguientemente, la estructuración nacional de la URSS, sino también en el de ser la única *definición sociohistórica* de la nación.

La definición propiamente dicha es conocida y, demasiado a menudo, es la única conocida; se la ha tachado de «dogmática», de «pedagógica», se han discutido sus términos; su mérito consiste en condensar en tres líneas casi todas las

aportaciones de Bauer, sin añadirle la peligrosa palabra «destino».

«*La nación es una comunidad estable, históricamente constituida, de lengua, de territorio, de vida económica y de formación psíquica, que se traduce en una comunidad de cultura.*»

Sin embargo, esta definición *no debe separarse* de otras dos afirmaciones: «*La nación es una categoría histórica, y es una categoría histórica de una época determinada, la del capitalismo ascendente*».

Finalmente, la última fórmula, similar a la de Rosa Luxemburg, pero que evita los dos escollos (confundir nación y estado nacional, cuestión nacional y nacionalismo, y el hablar de «estuche vacío», cuando se trata de una realidad asumida sucesivamente por otras realidades): «*La cuestión nacional, en las diversas épocas, sirve intereses distintos, adquiere matices varios, en función de la clase que los plantea y del momento en que los plantea*».

Es la *conjunción de las tres fórmulas* lo que constituye un instrumento de primer orden para el análisis histórico.

Tienen la ventaja de basarse en la distinción, esencial para el historiador, de los diferentes ritmos del tiempo histórico: 1) la nación ha surgido de HECHOS *de muy larga duración*, lingüísticos, psíquicos, culturales, territoriales (por ejemplo, «desiertos-frontera»); 2) la nación, como FENÓMENO histórico, pertenece al orden de fenómenos de *duración media*: la ascensión del modo de producción capitalista, con su preludio mercantil (siglos XV-XVII: Portugal, España, Francia, Inglaterra, Provincias Unidas), y su plenitud en el capitalismo industrial (cf. los textos de List); 3) los *movimientos y acontecimientos*, hechos de *corta duración*, son los que vinculan a la existencia del grupo, a la «cuestión nacional», los intereses de las clases que, generalmente de forma sucesiva (aunque a veces coincidan), defienden, atacan, invocan, niegan, organizan, exaltan, etc. la colectividad de larga duración.

Basta considerar la sarta de malentendidos revelada por los debates de los historiadores desde el Congreso de Ciencias históricas de 1927 hasta el de 1965 en Viena (cf. las Actas de estos Congresos), para apreciar las definiciones que acabamos de citar, tanto por su *nitidez* como por su *flexibilidad*.

Para mostrar la importancia de las sugerencias sobre el *relevo* de las *clases sociales* como *motores* posibles y sucesivos del *hecho histórico nacional*, recordaré tres fórmulas que, por otra parte, desgraciadamente, son más unos *programas* que unas realizaciones:

a) una de Lenin: «Sería interesante seguir, por ejemplo, los avatares del nacionalismo polaco que, antaño señorial, se convirtió en burgués y después en campesino» (nota a «Del derecho de las naciones...»);

b) la segunda de Halvdan Koht, historiador noruego, que, de 1910 a 1950, apoyándose en particular en sus estudios sobre la edad media escandinava, no ha cesado de repetir: «la ascensión sucesiva de las clases sociales es uno de los factores más importantes en la formación de una sociedad nacional»;

c) la tercera de Ernest Labrousse que, en el congreso de Viena de 1965, como presidente de la comisión encargada de estudiar «la función de las masas populares en los movimientos de independencia nacional», llegó a la conclusión de que se da siempre una combinación entre el sentimiento nacional y los sentimientos de clase; pero hay veces en que los dos sentimientos se suman, y veces en que se excluyen; de todas formas, no pueden analizarse por separado.

He aquí, a continuación, algunos ejemplos de aplicación de estas sugerencias.

1. *Una síntesis sobre la noción de «movimiento nacional»*

Citemos para empezar, como síntesis excepcionalmente rica, las páginas en que Stalin examina el problema de los «movimientos nacionales»:

> La nación no es simplemente una categoría histórica, sino una categoría histórica de una época determinada, la época del capitalismo ascendente. El proceso de liquidación del feudalismo y de desarrollo del capitalismo es, al mismo tiempo, *el proceso de constitución de los hombres en naciones*. Así ocurre, por ejemplo, en Europa occidental. Ingleses, franceses, alemanes, italianos, etc. se han constituido en naciones simultáneamente a la marcha victoriosa del capitalismo que triunfaba sobre la fragmentación feudal.
>
> Pero la formación de las naciones significaba, simultáneamente, su *transformación en estados nacionales independientes*. Las *naciones* inglesa, francesa, y otras son, al mismo tiempo, los *estados* inglés, francés, etc. Irlanda, que permaneció al margen de ese proceso, no altera para nada la visión de conjunto.
>
> Las cosas son algo distintas en Europa oriental. Mientras en occidente las naciones han evolucionado en estados, en oriente se han constituido estados *multinacionales*, compuestos por varias *nacionalidades*. Tal es el caso de Austria-Hungría o de Rusia. En Austria, los alemanes han demostrado ser los más evolucionados en el plano político; así, son ellos los que se han encargado de agrupar a las nacionalidades austríacas en un estado. En Hungría, los magiares, núcleo de las nacionalidades húngaras, han demostrado ser los más aptos para organizarse en un estado; y también en este caso son ellos los unificadores de Hungría. En Rusia, el papel de unificadores de las nacionalidades ha sido asumido por los grandes-rusos, que estaban encabezados por la fuerte burocracia militar de la nobleza, organizada e históricamente constituida ...

> Este modo particular de constitución de los estados sólo podía realizarse en las condiciones del feudalismo aún por liquidar, en las condiciones de un capitalismo débilmente desarrollado, cuando las nacionalidades relegadas a un segundo término aún no habían tenido tiempo de consolidarse económicamente para convertirse en estados.
>
> Pero el capitalismo empieza a desarrollarse también en los estados de Europa oriental. El comercio y las vías de comunicación se desarrollan, surgen las grandes ciudades. Las naciones se consolidan económicamente. El capitalismo, al irrumpir en la vida tranquila de las naciones relegadas, las agita y las pone en movimiento. El desarrollo de la prensa y del teatro, la actividad del Reichsrat (Austria) y de la Duma (Rusia) contribuyen a reforzar los «sentimientos nacionales». La *intelligentsia* que se ha formado se imbuye de la «idea nacional» y actúa en la misma dirección.
>
> Pero las naciones relegadas, que han despertado a una vida propia, no se constituyen ya en estados nacionales independientes: *topan en su camino con la resistencia vigorosa de las capas dirigentes de las naciones dominantes, situadas desde mucho tiempo atrás en la cúspide del estado.* ¡Demasiado tarde!
>
> Así es cómo se constituyen en naciones los checos, los polacos, etc., en Austria; los croatas, etc., en Hungría; los letones, lituanos, ucranianos, georgianos, armenios, etc., en Rusia. (Lo que en Europa occidental era una excepción —Irlanda—, se ha convertido en oriente en la regla.)
>
> En occidente, Irlanda *ha respondido al régimen de excepción mediante un movimiento nacional*. En oriente las naciones que despiertan iban a contestar igual.
>
> Así se formaron las condiciones que llevaron a la lucha a las jóvenes naciones del este europeo.
>
> La lucha se inició y se encendió, a decir verdad, *no entre las naciones en su conjunto, sino entre las clases dominantes de las naciones dirigentes y de las naciones relegadas*. Generalmente, la lucha se lleva a cabo o bien *por la pequeña burguesía ciudadana de la nación oprimida contra*

la gran burguesía de la nación dominante (checos y alemanes); o por la *burguesía rural de la nación oprimida contra los grandes propietarios terratenientes de la nación dominante* (los ucranianos en Polonia); o bien *por toda la burguesía «nacional» de las naciones oprimidas contra la nobleza reinante de la nación dominante* (Polonia, Lituania, Ucrania, en Rusia).

La burguesía desempeña el papel principal.

El mercado: he aquí la cuestión esencial para la joven burguesía. Colocar sus mercancías y salir victoriosa de la competencia con la burguesía de otra nacionalidad, tal es su objetivo. De ahí viene su deseo de asegurarse su mercado «propio», «nacional». *El mercado es la primera escuela donde la burguesía aprende el nacionalismo.*

Pero las cosas, generalmente, no se limitan al mercado. Pronto entra en liza la *burocracia semifeudal, semiburguesa,* de la nación dominante, con sus métodos del *puño y de la defensa expresa.* La burguesía de una nación *dominante,* pequeña o grande, poco importa al caso, tiene la posibilidad de liquidar a su competidor de forma «más rápida» y «más definitiva». Las «fuerzas» se agrupan y empiezan a utilizarse toda una serie de medidas restrictivas contra la burguesía «alógena», medidas que degeneran en *represión. De la esfera económica la lucha se traslada a la esfera política.* Sobre la cabeza del «competidor» caen duramente la restricción de la libertad de desplazamiento, las trabas al uso de la lengua, las restricciones de los derechos electorales, la reducción del número de las escuelas, las trabas para la práctica de la religión, etc. Cierto es que medidas de ese tipo no sólo sirven a los intereses de las clases burguesas, sino también a los objetivos específicos, objetivos, de casta, por así decirlo, de la burocracia reinante. Pero desde el punto de vista de los resultados ello no tiene ninguna importancia: en estos casos las clases burguesas y la burocracia se entienden a la perfección, tanto si se trata de Austria-Hungría, como de Rusia, o de cualquier otro estado.

Presionada por todos los lados, la burguesía de la nación oprimida se pone en movimiento de forma natural. Apela a «su pueblo» y empieza a invocar la «patria» a grandes gritos, haciendo pasar su causa por la de todo el pueblo. Recluta por sí misma un ejército entre sus «compatriotas» en interés de «la patria». *Y el «pueblo» no siempre permanece indiferente a esta llamada, se agrupa en torno a su bandera: también a él le alcanza la represión de arriba y eso provoca su descontento.*

Así empieza el movimiento nacional.

La fuerza de este movimiento nacional está en función del grado de participación en dicho movimiento de amplias capas de la nación: proletariado, campesinado.

Que el proletariado estreche filas bajo la bandera del nacionalismo burgués depende del grado de desarrollo de las contradicciones de clase, de la conciencia y de la organización del proletariado. El proletariado consciente posee una bandera propia y no tiene necesidad de formar bajo la bandera de la burguesía.

Por lo que a los campesinos respecta, su participación en el movimiento nacional depende ante todo del carácter de la represión. Si la represión afecta los intereses de la «tierra», como fue el caso de Irlanda, las grandes masas de campesinos forman inmediatamente bajo la bandera del movimiento nacional ...

Según estos factores el movimiento nacional o bien toma un carácter masivo, ganando cada vez más terreno (Irlanda, Galitzia), o bien se transforma en una serie de pequeñas escaramuzas y degenera en escándalo y en lucha en torno a los rótulos de las tiendas (algunas pequeñas ciudades de Bohemia).

De las consideraciones anteriores se desprende netamente que la lucha nacional en las condiciones del capitalismo *ascendente* es una lucha de las clases burguesas entre ellas. En algunos casos, la burguesía consigue arrastrar al proletariado al movimiento nacional, y la lucha nacional adquiere entonces, *en apariencia,* un carácter «popular general», pero sólo en apariencia. En su esencia se trata siempre de una

lucha burguesa, beneficiosa y deseable *básicamente* para la burguesía.

Pero de ello no se deduce en modo alguno que el proletariado no deba luchar contra la política de opresión de las nacionalidades.

Las restricciones a la libertad de desplazamiento, la privación de los derechos electorales, las trabas al uso de la lengua, la reducción del número de escuelas y otras medidas represivas afectan a los obreros tanto como a la burguesía *o más* ...

Ahora bien, la política de represión nacionalista tiene también otra faceta peligrosa para la causa del proletariado. *Aparta la atención de grandes capas de la población de las cuestiones sociales, de los problemas de luchas de clase, enfocándola hacia las cuestiones «nacionales», los problemas «comunes» al proletariado y a la burguesía.* Y esto crea un terreno favorable para predicar la mentira de la «armonía de los intereses», para diluir los del proletariado, para avasallar moralmente a los obreros. Así se levanta una seria barrera contra la obra de unificación de los obreros de todas las nacionalidades.

Pero la política de represión no termina aquí. Del «sistema» de *opresión* pasa a menudo al «sistema» de *excitación* de unas naciones contra otras, al «sistema» de las masacres y de los *pogroms* ...

Así, los obreros luchan y seguirán luchando contra la política de opresión de las naciones bajo todas sus formas, desde las más refinadas hasta las más brutales, así como contra la política de excitación bajo todas sus formas.

... Los *deberes* de la socialdemocracia, que defiende los intereses del proletariado, y los *derechos* de la nación constituida por diversas clases son dos cosas distintas.

Al luchar por el derecho de las naciones a disponer de sí mismas la socialdemocracia se asigna como objetivo el de terminar con la política de opresión de la nación, hacerla inviable, y también *minar* la lucha de las naciones, suavizarla, reducirla al mínimo.

Es lo que diferencia esencialmente la política del proletariado consciente de la política de la burguesía, la cual, en cambio, intenta *profundizar y amplificar* la lucha nacional, *proseguir* y *acentuar* el movimiento nacional.

2. *Europa occidental desde principios del siglo XX: un caso original: España*

Como es evidente, el análisis de Stalin, igual que los anteriores, se inspira en los problemas de Europa central y oriental. El único factor que no pone suficientemente de relieve (y, sin embargo, en 1913, tenía una importancia capital) *es la superioridad masiva, en Europa occidental, sobre todo en Francia y Alemania, de los sentimientos de grupo sobre los sentimientos de clase* (1914).

En el ámbito de Europa occidental he estudiado un caso menos conocido, pero original: el caso de España, uno de los primeros estados-nación constituidos en Europa, y cuya cohesión, en la «guerra de independencia» antinapoleónica, parecía haberse afirmado espectacularmente. Pero la pérdida de las colonias y el fracaso de la revolución política, que mantuvo el poder, cuando menos parcialmente, en manos de las clases aristocráticas y terratenientes, hicieron de la España del siglo XIX no un país «subdesarrollado», pero sí *desigualmente desarrollado*, en el que únicamente el País Vasco y sobre todo Cataluña llegaron a desarrollar una industria de modelo europeo. Los industriales catalanes, que producían bienes de consumo corrientes (textiles), concibieron el problema nacional español exactamente como List. Uno de sus agentes ha escrito: «*el proteccionismo es la patria*». Y los propagandistas catalanes del «trabajo *nacional*», del «mercado *nacional*», no perdonaron jamás a la España central y meridional, agraria y pobre, la debilidad de su poder adquisitivo:

> Los pueblos que fíen su suerte al trabajo dirigido con inteligencia, y a las economías, crean capitales y aumentan su prosperidad; los pueblos indolentes, holgazanes, que fían tan sólo en el producto del trabajo, en los capitales y en el oro de otras naciones, estos pueblos encuentran el justo castigo en su pobreza, decadencia y ruina. La España no necesita ni pan extranjero, ni ropa extranjera, ni capitales extranjeros. Todo esto se crea con el trabajo... [Güell, 1866].

Los dirigentes de Madrid, aristócratas, generales o políticos liberales, representaban a las clases no industriales. No entendieron el lenguaje del «nacionalismo económico». Fue entonces cuando los dirigentes catalanes empezaron a añorar un pasado lejano, pero en *términos de mercado*, lo cual es muy significativo: «El *mercado* español es más restringido que el que había sido capaz de conquistar Cataluña en la época de su autonomía», cuando era, «bajo un gobierno propio, una de las primeras potencias marítimas y mercantiles de Europa» (Prat de la Riba, *La nacionalitat catalana*).

Y también:

> Ahora verá el pueblo catalán, especialmente esa parte del pueblo catalán que cree haber cumplido su deber con sólo cuidar de sus negocios, ahora verá si es urgente y de absoluta necesidad que Cataluña tenga el gobierno de sus intereses interiores y que influya en la dirección de los exteriores a proporción de sus fuerzas. Ahora verá *si nos asistía la razón* cuando le llamábamos a abrigarse bajo nuestra bandera, diciendo que no era bastante el dominar en talleres y almacenes, *mientras otros dominaban en asambleas, ministerios y oficinas* ... Ahora verá cuán peligroso es para su prosperidad *el actual desequilibrio* que existe *entre nuestra fuerza económica* y *nuestra nulidad política* dentro de España. [Prat de la Riba, Manifiesto de 1898 (Unió Catalanista).]

Esto lleva a reclamar para la «*nación catalana*» resucitada «*la posesión de todos los elementos de un cuerpo nacional, incluido el estado propio para dirigirlos*».

Y, sin embargo, fueron muchas las veces en que los diputados catalanes en las Cortes españolas habían precisado claramente que esa exigencia «nacional» catalana se debía sólo a los fracasos y a los rechazos infligidos por Madrid y en Madrid: por ejemplo, el diputado Salmerón, en 1907, intentó esbozar una definición de la «nación» —de la nación *burguesa*, se sobreentiende—:

> *Si en el proceso de la Historia las naciones se funden, las naciones se forman, las naciones se deforman,* mientras exista *una propia unidad personal propiamente irreductible en la convivencia social,* allí está el *germen* de una *vida nacional,* que si no sabéis *incorporar en más amplio curso y dirigir por más amplio cauce,* clamará por su existencia personal y perturbará la vida del conjunto al cual se la retenga unida. La Historia es esa; contra la Historia no valen argumentos; puede la Historia enderezarse, pero ¿sabéis cómo se endereza, señores diputados? No sólo con más altas ideas: con superiores obras.
>
> Pensadlo bien; si en vez de nuestro desastre colonial España hubiera vencido, si su poder colonial hubiese arraigado, si hubiese hecho repercutir en la vida interna de la nación el más amplio desarrollo económico, si se hubiera sentido ufano y orgulloso el español de pertenecer a esta nación o a este Estado, como queráis, ¿se habría determinado, sobre las bases que luego apuntaré, este movimiento de protesta en Cataluña, del cual ha nacido, en definitiva, Solidaridad Catalana? Tengo por cierto que no; allí se han juntado una serie de condiciones, y la eficiente es el *sentimiento de su personalidad*; pero ésa no habría bastado contra las otras ...
>
> ... Si España prospera, si crea elementos de riqueza, si llega a *abrir mercados* en el mundo, si llega a hacer que su

actividad se incorpore a la actividad mundial, no lo dudéis, el órgano que encuentre creado ése será el que utilizará, y no habrá nadie que, con olvido del apremiante consejo de su conveniencia económica, vaya a pretender ninguna restauración particularista cuando tiene un órgano de carácter universal que le sirve en el mercado del mundo. [Discurso de Salmerón en las Cortes, 18-VI-1907.]

Sería imposible definir mejor la exigencia económica y el mercado como «escuelas de nacionalismo» para la burguesía, ni las «*personalidades*» *colectivas* subyacentes no como datos fundamentales sino como *instrumentos*, ni la búsqueda (frustrada en el caso de España) de un marco suficientemente amplio para un mercado mundial. Diez años más tarde, otro diputado, Cambó, dirigente de un *regionalismo* que se estaba transformando en *nacionalismo*, expresaba el *otro* aspecto de la *frustración*, el aspecto *político*:

Somos los regionalistas catalanes un caso único en la flora política española, quizás en la flora política de Europa; nos pasamos la vida combatiendo a los gobiernos y haciendo oposición a los gobiernos; pero yo tengo que deciros, señores diputados, y permitidme que en este momento de sinceridad no tenga la hipocresía de la modestia, que nosotros somos *un grupo de hombres de gobierno,* que hemos *nacido para gobernar,* que nos hemos preparado para gobernar, que en la esfera de acción donde hemos gobernado hemos demostrado *aptitudes para gobernar* y, no obstante, señores diputados, estamos condenados a ser hombres constantemente de oposición ...

Una de las manifestaciones, señores diputados, del problema catalán, del *carácter nacionalista* de este problema, es el apartamiento más que secular de Cataluña de toda acción de gobierno en España ... *Pedimos la soberanía* ... [Discurso de Cambó en las Cortes, 7 y 8-VI-1916.]

Luchas entre clases dirigentes. Exigencias burguesas: el *mercado*, el *estado*. Nos encontramos ante todos los factores de la síntesis de Stalin. Y no olvidemos tampoco otro de esos factores, el recurso de los dirigentes burgueses a «su pueblo», en caso de crisis:

A la noticia del paso del señor Bosch y Labrús, para eso, Tarrasa en masa trasladóse a la estación para saludar *al defensor del Trabajo Nacional, de nuestra amenazada industria,* del pan que falta ya al obrero. Unos 5.000 de éstos quisieron asociarse al testimonio de agradecimiento que estos fabricantes han demostrado al señor Bosch, saludándole con entusiasmo ... Presidente Instituto Industrial, VANCELLS.

Este telegrama muestra la invocación de los «intereses comunes» en pro de una «industria nacional» por parte de la patronal y de los obreros (2.500 de los cuales, como reconocía más adelante el mismo telegrama citado, estaban entonces sin empleo). No todos los obreros catalanes escucharon esa llamada: anarquistas y sindicalistas denunciaron como «burgueses» a los «nacionalismos» de todo tipo.

Sin embargo, la exaltación constante de las solidaridades «catalanas» contra el centralismo madrileño, demasiado poco atento a los intereses de la industria, acabó creando un ambiente masivo de oposición común, en el que terminaron *yuxtaponiéndose* las *protestas de clase* y las *protestas de grupo*. A partir de este momento podemos hablar de «catalanismo» *popular*, pequeño burgués, intelectual, campesino y, en parte (según el momento), obrero. Y es interesante entonces ver a la burguesía, creadora del «movimiento nacional», *asustarse* ante este aspecto popular de la oposición catalanista, y buscar en Madrid, en los instrumentos de estado, las garantías contra una eventual *revolución*. Tal es la historia de los años 1917-1936: revoluciones, golpes de estado, guerra civil.

3. *Los problemas «nacionales» de entre-guerras*

1) La URSS crea un tipo muy particular de relaciones entre las numerosas «nacionalidades» que alberga; sería fácil ver en ello una síntesis de las sugerencias lanzadas a lo largo de la polémica Luxemburg-Lenin-Bauer-Stalin, en el sentido de que el marco de desarrollo de las fuerzas productivas se concibe como el más amplio conjunto territorial, y de que la clase dominante —el proletariado— es la que domina el estado centralizado mientras se deja a las «nacionalidades» una amplia «autonomía cultural»: lengua, enseñanza, etc.; pero se conserva un recelo y, en caso de necesidad, se producen reacciones violentas ante cualquier sospecha de retorno a un «nacionalismo burgués» que reclamara el estado. Otto Bauer ha podido decir, con ironía admirativa, que la URSS había realizado la «autonomía cultural» que Lenin y Stalin le habían acusado a él de preconizar (le reprochaban que lo hiciera en el seno del capitalismo).

2) En occidente el *nacionalismo* se convierte, en las *crisis* de la postguerra, en una *doctrina* —no una «teoría»— que predica *la unidad* de la nación por encima de las clases, de los intereses y, eventualmente, de las minorías étnicas. Su principio es la *raza* —nazismo— o la *historia* («imperio» fascista, «destino» falangista); su promesa económica es la *autarquía*, herencia mercantilista-proteccionista, y la *expansión*, nostalgia de los imperialismos frustrados. La lucha de clases que se niega en el interior (mientras se practica con brutalidad) se traslada al plano internacional «contra el comunismo» (pacto anti-Comintern). Se elabora así, entre 1922 y 1939, una nueva combinación entre luchas de grupos y luchas de clases. Humillaciones nacionales, crisis monetarias, miedo a la proletarización por parte de las clases medias y campesinas, paro después de 1929, son los factores que explican el relativo éxito masivo de unas ideologías que inicialmente habían seducido a los medios dirigentes autoritarios y expansionistas, al menos como medio que esperaban controlar.

3) En los países vencedores en 1918, fieles a las formas liberales del estado, y en los estados pequeños o nuevos sometidos a la influencia de los grandes, pudo observarse un viraje instructivo de las relaciones entre conciencia de clase y conciencia nacional: en una primera fase, nacionalismo orgulloso de los medios dirigentes y de los «ex-combatientes», mientras las minorías revolucionarias volvían al antinacionalismo y al antimilitarismo; más adelante, después de 1934, y sobre todo de 1936, resurgir del «patriotismo popular» y antifascista, mientras se producía una conversión masiva de los antiguos nacionalistas al «neopacifismo» preparando Munich y la «colaboración».

4) Durante la guerra de 1939-1945, las diversas formas de «resistencia» plantearon problemas que recordaban a la vez los de la resistencia antinapoleónica y los que había expuesto Rosa Luxemburg: ¿qué clase, una vez conseguida una victoria «nacional», se declararía responsable de la «nación»? Con escasas excepciones, la respuesta dependió sobre todo de la zona de influencia de las «grandes potencias».

4. *Los problemas «nacionales» después de 1945*

No son menos fundamentales históricamente que antes, puesto que ahora afectan a:

1) Las relaciones entre la URSS y los restantes países socialistas.

2) La edificación de una Europa a la que se dedican unos esfuerzos sorprendentemente parecidos a los que cimentaron el Zollverein, pero que choca con la resistencia de todo tipo

de intereses creados históricamente en el interior de los marcos «nacionales», y que carece en su base de los hechos de larga duración —lengua, cultura, etc.— que habían moldeado las comunidades nacionales. En el polo inverso de la «supranacionalidad», vemos despertar conciencias de «etnias» que habían sido rechazadas por los grandes marcos nacionales. La burguesía, que sigue en la escuela del «mercado», busca marcos supranacionales. Pero ¿sobre qué infraestructuras va a crearlos?

3) El hecho nuevo de la segunda mitad del siglo XX es *la liberación de los pueblos colonizados*. Las relaciones etnias-naciones-estados-clases se imbrican aquí de forma aún más compleja que las esbozadas anteriormente en el caso de episodios más clásicos. Como sucedió con la independencia de América latina, se forman *estados* sobre estructuras nacionales inconsistentes; a la inversa, unas luchas que han durado varias decenas de años, como en Vietnam o en China, han vinculado íntimamente el proceso de la independencia nacional con el de la revolución social, especialmente a través de la fusión del *ejército* y de las masas populares. Lo cual no impide que en numerosas ocasiones, y todavía hoy, el movimiento revolucionario y el movimiento nacional dependan aún de las actitudes recíprocas (tolerancias, exclusiones, utilizaciones, etc.) de las capas muy numerosas que constituyen tanto la burguesía como el campesinado. En América latina, aunque eventualmente haya grupos militares o políticos (peronismo en Argentina, gobierno de Velasco Alvarado en Perú) que enarbolen la bandera del nacionalismo, resulta cada vez más remota la esperanza de que las «burguesías nacionales» sigan la vía de las burguesías europeas del siglo XIX:

> En las actuales condiciones históricas de América Latina, la burguesía nacional no puede encabezar la lucha antifeudal y antiimperialista. La experiencia demuestra que en nuestras naciones esa clase, aun cuando sus intereses son contradictorios con los del imperialismo yanqui, ha sido incapaz de enfrentarse a éste, paralizada por el miedo a la revolución social y asustada por el clamor de las masas explotadas. (Segunda declaración de La Habana, 1961.)

En otros análisis se pone de relieve que el carácter internacional de los vínculos financieros resta cada vez más sentido al término «burguesía nacional». En el sentido inverso, surgen controversias teóricas. (A. Emmanuel y Ch. Bettelheim plantean el problema: si a partir de ahora la explotación de los países subdesarrollados se debe a unos mecanismos meramente económicos y se basa en los salarios elevados de los países desarrollados, la contradicción esencial podría darse entre países y no entre clases; en un caso así, en los dos tipos de países se sentirían con mayor viveza las solidaridades nacionales que los antagonismos de clase. Tal interpretación parece poco aceptable para el marxismo.) Pero *en cada situación histórica concreta* es importante observar con detalle cómo se manifiestan esas solidaridades; como siempre, los sentimientos de clase y los sentimientos de grupo, ¿«suman» o «restan»?

4) Quizá valdría la pena, en el caso de la historia de la segunda mitad del siglo XX, reconsiderar con cuidado las indicaciones de Lenin sobre la simultaneidad de las dos «tendencias históricas»: una tiende a la creación de estados nacionales y la otra a la proliferación de los vínculos internacionales: ambas tendencias valen tanto en el seno del socialismo como en el seno del capitalismo. Pero mientras la burguesía mira cada vez más por encima de las fronteras nacionales y sacrifica con una facilidad creciente sus rivalidades imperialistas a la solidaridad imperialista en general, las revoluciones populares más eficaces son las que se vinculan a la resistencia antiimperialista de los grupos nacionales; la «nación», la «pa-

tria», el ejército se convierten en hechos masivos y no en instrumentos en manos de unas minorías. Parece como si nos halláramos ante un nuevo «relevo» en la disposición a asumir las realidades nacionales de larga duración por parte de una clase social.

Es claro que no hemos ofrecido sino esquemas puramente *indicativos*. Nuestra intención ha sido simplemente la de intentar situar, detrás del *vocabulario* que estábamos manejando, unos *problemas históricos concretos*.

CAPITALISMO

Texto publicado, por vez primera, en «Economia e Storia-1», *Il mondo contemporaneo*, La Nuova Italia, Florencia, 1978, pp. 11-36.

CAPITALISMO: PALABRA RECIENTE Y AMBIGUA

Capitalismo es una palabra *reciente*. En francés, no aparece en el famoso diccionario de Littré, que durante largo tiempo (y todavía hoy) ha constituido la máxima autoridad en materia de empleo de los términos. Y es que en la fecha del diccionario de Littré (1873) la palabra era todavía una palabra polémica, con una carga pasional, antítesis de la palabra «socialismo» sobre la que se había forjado y que se utilizaba para designar de forma peyorativa la economía existente. Por ello los economistas oficiales se han negado a emplearla durante mucho tiempo, denunciándola como anticientífica. Para ellos, las leyes económicas tenían un valor absoluto.

De todas maneras, en el tránsito del siglo XIX al siglo XX, la palabra adquirió, en la práctica, derecho de ciudadanía. Especialmente, entre los historiadores (Sombart, Pirenne), y quizás esto sea ya significativo. El capitalismo ha sido observado en su contexto temporal. Se ha hablado de sus formas embrionarias, precoces (*Frühkapitalismus*). De hecho, el contenido de la palabra seguía siendo impreciso. En cuanto un individuo que poseyera un bien (especialmente si era una suma de dinero) imaginaba una operación económica capaz de incrementar ese bien (de «hacer dinero», dice el lenguaje vulgar), salía a relucir la palabra «capitalismo». Se descubría que los babilonios habían tenido bancos y los chinos

papel moneda. En el fondo, igual que los economistas, los historiadores buscaban, en todas las épocas y en todos los países, los mecanismos económicos comunes, los de su tiempo. Entendida así, la palabra «capitalismo» era menos sospechosa. Fue integrada en el vocabulario.

Sin embargo, Henri Pirenne, en su célebre artículo de 1913, había hecho una observación aguda. Curiosamente, los ejemplos que había elegido para describir un capitalismo de la alta edad media, estaban sacados, principalmente, de las *Vidas de Santos*. Pero se trataba de santos que, para llegar a serlo, se habían despojado voluntariamente de la fortuna que habían amasado o se habían resignado a haberla perdido. Pirenne llegaba a la conclusión de que la edad media occidental no había sido *a-capitalista* (carente de los mecanismos para ganar dinero), sino *anticapitalista* (hostil a dichos mecanismos).

Ahora bien: esta comprobación nos lleva lejos. Cuando la ideología y la moral dominantes de una sociedad condenan un mecanismo económico, esto indica que el funcionamiento de esa sociedad no se basa en él. La del occidente europeo de la alta edad media se basaba en la explotación agrícola con prestaciones (en trabajo, en productos agrícolas, raramente en dinero) a beneficio de los señores y de la iglesia, mediante un sistema empírico de derechos consuetudinarios. Su economía no «sufría», como creía Keynes, de «escasez» monetaria. Apenas si tenía necesidad de dinero, excepto de forma marginal para algunas compras de lujo, origen de las especulaciones descritas por Pirenne. Que se califique a estas operaciones de «capitalistas» carece de importancia. Pero al hablar de «capitalismo» referido a una sociedad que no se reconoce en él (y lo mismo podría decirse de Babilonia, de Roma, de Egipto o del imperio inca) se corre un riesgo. El inconveniente de la palabra «capitalismo» es que no se sabe si los que la emplean la utilizan para designar un tipo de especulaciones, un medio que se alimenta de él, o la actividad dominante de una sociedad. Marx, que consagró su vida a distinguir, en el tiempo y en el espacio, varios tipos coherentes de sociedades, y a estudiar, a partir de la producción material, sus mecanismos determinantes, habla del «modo de producción capitalista», concepto preciso, no de «capitalismo», término confuso. Inútil decir que lo que vamos a intentar delimitar aquí va a ser el concepto preciso.

CAPITAL, CAPITALISTA: PALABRAS ANTIGUAS CON UN SENTIDO PRECISO

Si *capitalismo* es de uso reciente y de contenido incierto, no puede decirse lo mismo de *capital*, ni de *capitalista*.

Capital es una palabra culta, pero que se remonta a bastante antiguo, y que tiene equivalentes populares. *Cabdal* en provenzal, *caudal* en castellano, *cheptel* en francés, designan bienes productivos que no son la tierra y que no son necesariamente dinero. «*Cheptel vif*» eran los animales, «*cheptel mort*» los aperos de la granja. En cambio, en francés, «*capital*» se reservó durante mucho tiempo para las sumas de dinero prestadas (también llamadas «principal») por oposición a los intereses que producían. Y está claro que a partir del momento en que surge el «préstamo con interés» pensamos en el capitalismo. Pero, durante mucho tiempo, en nuestras viejas sociedades la iglesia mantenía su vigilancia y condenaba. Pero sólo se condena lo que existe. Es bien sabido que la usura era un mal corriente. Pero a su lado se admiten, desde finales de la edad media, algunos adelantos *lícitos* de «capital»: préstamos públicos, censos sobre hipotecas, rentas vitalicias, «encomiendas» marítimas, «compañías» mercantiles, «sociedades de personas» que en la edad moderna se convertirán en «sociedades de capitales».

A partir de entonces se deja de negar la evidencia y se cita al *capitalista*. Es, en el sentido estrecho de la palabra, el «prestamista», que «coloca» su dinero, que «financia» un negocio. No se le ensalza, pero se le distingue del usurero. Es curioso comprobar que, históricamente, la palabra «capitalista» ha servido para designar al «prestamista pasivo» y no al «empresario». Los anatemas apasionados (populares o intelectuales) que lanzará el siglo XIX dudarán sobre el blanco al que deben apuntar: ¿contra el *rentista*, porque puede vivir sin trabajar, como un parásito? ¿Contra el *especulador* «vampiro de los pequeños ahorros» o «tiburón de las finanzas»? Los defensores del capitalismo argüirán que el rentista ve recompensada, con razón, la virtud del ahorro, y que no debe confundirse al especulador (que sólo es nocivo cuando fracasa) con el «empresario» juicioso que invierte, para producir, su «ahorro» o el de los demás. Pero de todas maneras, originariamente, «capitalista» evocaba al rentista, no al empresario. La confusión sobre la naturaleza del capital es anterior a la confusión sobre la definición del capitalismo.

Capital y modo de producción capitalista

Y de hecho sólo se podía superar la segunda superando la primera. Y por esta razón Marx, cuyo gran objetivo era sociológico —explicar la historia total de los modos de producción sucesivos o coexistentes—, empezó esta gran tarea (que no podía esperar llevar a término) con una «crítica de la economía política» destinada a una definición científica del «capital». Del capital a secas, núcleo determinante del modo de producción capitalista, al que debía distinguirse de otros tipos de capital, designados siempre con un adjetivo (usurero, mercantil, financiero, etc.) y que habían podido existir antes del modo de producción capitalista e incluso prepararle el terreno, pero sin haber sido jamás el núcleo decisivo de esas sociedades.

¿Qué es, pues, *en teoría*, «el modo de producción capitalista»? Insistamos en el concepto «en teoría», porque, en concreto, no existe una sociedad conforme a un modelo puro. Pero sólo el modelo nos revela el fundamento de un mecanismo existente. Queda un problema: ¿qué grado de complejidad debe tener un modelo que represente el «capitalismo»? ¿Deberá superar lo puramente económico?

El mérito y el vicio del pensamiento económico «moderno», «occidental» (históricamente «burgués»), desde los orígenes clásicos hasta los sutiles refinamientos del marginalismo, han consistido en creer (a veces ingenuamente), en dejar creer (por interés o comodidad) o en hacer creer (pasando si era necesario de la demostración a la apología): 1) que en un sistema de propiedad individual absoluta, y con igualdad de derechos, una total libertad del juego de concurrencia económica desembocaba en una utilización óptima de los recursos, y en un crecimiento económico a largo plazo, lo que en efecto es matemáticamente demostrable; 2) que la libertad y la igualdad totales de los individuos, condiciones de la demostración anterior, podían existir de hecho, y existían ya en gran medida en los países capitalistas «avanzados» (Inglaterra en el siglo XIX, Estados Unidos en el siglo XX).

El mérito de Marx consistió en descubrir, aceptando como punto de partida la hipótesis de la concurrencia perfecta y las aportaciones científicas del primer pensamiento clásico, 1) que el equilibrio teórico y el dinamismo forzoso de una economía de concurrencia se realizaban en el tiempo sólo a través de las oscilaciones destructivas llamadas «crisis», que eran tan «naturales» en el capitalismo como los equilibrios instantáneos; 2) que, incluso aceptando el inconveniente pasajero de las crisis, la aparente armonía *económica* encubría una creciente contradicción *social*, una división de la sociedad en

dos clases antagónicas, con intereses opuestos; 3) que, en tales condiciones, la igualdad jurídica y la libertad de iniciativa de los agentes económicos individuales eran, de hecho, para la inmensa mayoría de éstos, una quimera; 4) que, en último término, debido al juego mismo de estas crisis y contradicciones, la «concurrencia perfecta», hipótesis previa, *conducía a su propia destrucción*, a través de concentraciones de medios que podían llevar *hasta el monopolio*.

Démonos cuenta que estas conclusiones no consisten en apuntar las distorsiones entre la realidad y el modelo (que existen siempre), sino los efectos de la dinámica del modelo. Además, las contradicciones apuntadas no son sólo de naturaleza económica; se traducen en luchas sociales, políticas, psicológicas. Se podría argumentar que son estas luchas las que limitan la eficacia de la economía. Pero ¿cómo despreciarlas, siendo como son ellas mismas parte del sistema, consecuencia necesaria de éste? Marx, al que se ha atacado por haber erigido la economía en «última instancia» del análisis político-social, es de hecho menos «economicista» (y no más «materialista») que los teóricos del capitalismo, quienes, a partir del día en que se pronunció la frase «*laissez faire*», sugirieron que estas palabras iban a resolver, de forma armónica, todos los problemas humanos. Un Samuelson, en su *Manual*, lo sugiere todavía.

El principio de la libertad

En la base del capitalismo como sistema —complejo técnico, económico, político, ideológico, que corresponde a una estructura social determinada— la noción de *libertad* ocupa un lugar esencial. Pero es importante no confundir las palabras y los hechos, no deificar el concepto y situarlo de nuevo en la perspectiva histórica.

El modo de producción capitalista, tanto cuando se elabora lentamente como cuando se afirma de forma revolucionaria, se hace a través de la clase que asumirá la responsabilidad y la dirección, la clase *burguesa* en el sentido moderno de la palabra: la que ha acumulado ya de formas diversas los medios eficaces para producir o el dinero para comprarlos. Esta clase no puede alcanzar su plenitud en medio de coacciones ni frente a los privilegios del antiguo régimen. *Libertad económica, igualdad jurídica y libertad política* se entremezclan, en sus reivindicaciones primero, y en sus principios ideológicos después, lo que en modo alguno significa que haya de continuar estimándolas todas por igual.

Entre las *libertades económicas*, la primera es la *libertad de empresa*. Continúa siendo el pilar más sólido, y el más aplaudido, del conjunto del edificio capitalista. El «*self made man*» americano de la imaginación popular, el «empresario a lo Schumpeter» de la cultura universitaria, serán, incluso en su imagen retocada de «*manager*», las personificaciones triunfantes de la «libertad de empresa». Y la «pequeña empresa» será la tentación que se ofrecerá a la capa superior de los trabajadores.

La libertad en los métodos de producción se exigió en primera instancia contra las coacciones corporativas; hoy continúa viéndose con malos ojos la intrusión del estado en la vigilancia de los procesos y de los resultados de la producción; caso de que la libertad de producción atente de manera flagrante contra el interés público (polución, abuso del espacio urbano...) la opinión pública puede llegar a imponerle límites. Pero la noción de «secreto» (de las técnicas, de los «negocios», de la contabilidad) sirve teóricamente para garantizar los derechos de la concurrencia, aunque de hecho asegura monopolios momentáneos.

La libertad de intercambios fue, en su día, la primera que se preconizó, como único medio para alcanzar la «verdad de

los precios», remedio que, en opinión de los comerciantes, era más eficaz en caso de crisis de subsistencias que las requisiciones y las tasas practicadas bajo el antiguo régimen. Todavía hoy, frente a las crisis alimenticias en el mundo, que no han desaparecido todavía, hay economistas que entonan su «Marsellesa del trigo». Pero la fluidez de los mercados no es un problema teórico. En algunos casos de atascamiento, el monopolio es engendrado por la libertad.

La libertad del contrato de trabajo se presenta como un caso particular de la libertad de intercambios. Fijar el salario y la duración del contrato a través de un libre compromiso entre individuos, con prohibición de cualquier tipo de coalición, forma parte del modelo liberal. Este dogma fue instituido en Francia, a principios de la revolución burguesa, por la ley Le Chapelier. Pero todos sabemos los muchos retrocesos que la realidad social ha impuesto posteriormente a la teoría. La acción obrera coaligada, aceptada por el estado, ha impedido que pueda persistir la imagen de un salario surgido de una multitud de acuerdos individuales. Queda el hecho de que el estado y la patronal, considerando la tasa de salarios como un factor esencial en la concurrencia interior y exterior, discuten el tema desde este punto de vista. El estado no se atreve a proclamar (pero hay patrones que no dudan en hacerlo) que un cupo permanente de paro debe limitar las exigencias de los asalariados.

La libertad de los intercambios internacionales constituye otro caso particular. La presión de la realidad ha sido, en este caso, aun más fuerte que en el de la libertad de salarios. Aquí han sido las burguesías nacientes, tan meticulosas sobre el principio de libertad en el seno de cada economía nacional, las que han reclamado y a menudo impuesto la defensa, por parte de cada estado, de un mercado limitado por sus fronteras. Los teóricos del liberalismo (en primer lugar, Pareto) se han lamentado de este atentado cometido por una clase

a sus principios universales. De hecho, ninguna burguesía activa, práctica, puede ignorar que la concurrencia se realiza en provecho de las situaciones adquiridas, de las superioridades precoces. El ejemplo de las industrias indefensas aplastadas por la concurrencia inglesa era contundente. Pocas fueron las industrializaciones nacionales sin protección. Y, en el siglo XX, el proteccionismo, incluso el autarquismo, ha resucitado en cada crisis de exportaciones. Tal es, en el terreno de la libertad, la plasticidad de los principios ante la realidad.

El principio de igualdad jurídica

La igualdad jurídica entre los individuos («los hombres nacen y permanecen libres e iguales de derecho») fue, para la burguesía ascendente, una conquista necesaria contra los privilegios de cuna, fundamento de la sociedad feudal en Europa (en otras partes, eventualmente, de otros modos de producción). Esta igualdad jurídica, condición para su desarrollo, ha seguido siendo uno de los motivos de orgullo de la sociedad capitalista. Orgullo legítimo si nos limitamos al principio enunciado. Orgullo más discutible cuando se apoya, como hace a menudo, en el ejemplo del millonario «salido de la nada» o del hijo de campesino llegado a ministro. Porque *lo posible* no es *lo probable*. Y cualquier afirmación sobre la movilidad social vale sólo en la medida en que se justifica estadísticamente. Y (sobre todo si nos fijamos más en el poder que en la «fortuna») la igualdad de derecho para llegar a conseguirlo queda ampliamente anulada, a escala de grandes cifras, por la desigualdad del punto de partida, especialmente por el acceso desigual a los medios de educación.

Y no otorguemos un papel primordial a los principios. Las formaciones sociales concretas del capitalismo, jurídicamente presididas por el principio de igualdad, conservan a

menudo pesadas rémoras de antiguas dependencias, y no dudan, caso de exigírselo las luchas de clase, en modificar la legislación o en saltarse la práctica jurisdiccional en el sentido de una desigualdad sensible de los derechos. Durante mucho tiempo, en la Francia del siglo XIX, la palabra del amo prevalecía en justicia contra la del criado o la del obrero. Y la fórmula «justicia de clase», largos años familiar al mundo obrero, y que hoy han puesto de nuevo en circulación una parte de los jóvenes magistrados, no es una palabra vana. Cuando un aparato judicial y represivo queda entre las manos, por reclutamiento, de una sola clase, ¿acaso no resulta inevitable que sus decisiones se tomen y apliquen dentro de un espíritu de clase? Es un serio peligro para la «igualdad de los derechos».

Libertad e igualdad: aspectos políticos

¿La libertad y la igualdad políticas forman parte (aunque parezcan ajenas a la realidad económica) del modelo de sociedad predilecta de los doctrinarios de la concurrencia, ya sea como condición, ya como consecuencia de ésta? Tal es la opinión que se impone hoy en la expresión «mundo libre», opuesta tanto a los proyectos socialistas como a los socialismos existentes. Pero las cosas no son tan simples.

Es cierto que, al principio, la implantación del modo de producción capitalista exigió, en caso de conflicto, el derrocamiento del orden monárquico-aristocrático, para terminar con el antiguo sistema y limitar los hábitos de intervención económica del estado. La exigencia de las libertades políticas se vinculó, pues, a la de las libertades económicas. Y existe una dialéctica de la libertad. Quien la pide para sí se ve obligado a pedirla para los demás. La reivindicación de clase se convierte en principio universal.

Notemos, sin embargo, que, aunque las garantías individuales adquirieron en Inglaterra el valor de institución secular, la Revolución francesa pasó de la dictadura revolucionaria a la dictadura imperial, y las revoluciones de 1848, en todas partes de Europa, atemorizaron a las burguesías en expansión lo suficiente como para llevarlas a la claudicación política, en Francia, ante Napoleón III, en Prusia, ante Bismarck. Dos nombres que bastan para poner en duda una identificación entre ascensión del capitalismo y triunfo de los principios liberales.

Respecto al siglo XX, con el espectro de la revolución rusa presente por doquier, es necesario plantearse la cuestión de las relaciones entre capitalismo y fascismo. Es demasiado simple etiquetar a éste de «dictadura del gran capital». Es indiscutible que, tanto en sus orígenes como en sus fines, estuvo vinculado a las más enormes concentraciones de capitales tanto nacionales como internacionales, y que a pesar de su vocabulario anticapitalista respetó las firmas gigantes y el principio de libre empresa; en plena guerra, una firma de productos farmacéuticos compraba enfermos-cobayas a los campos de concentración de Himmler. El golpe de estado autoritario, ya sea en la España de 1936 o en el Chile de 1973, constituye una reacción de defensa de los poseedores ante un proceso democrático que consideran amenazador, y prepara, a la larga, el camino a las inversiones rentables. Es cierto que Alemania y Japón han dado el ejemplo de realizaciones capitalistas espectaculares bajo regímenes políticos muy distintos en apariencia. No existe, pues, una correlación mecánica entre los fundamentos económicos del capitalismo y una forma determinada de régimen político. La democracia liberal no es ni la condición necesaria ni la consecuencia natural de la libertad de emprender, producir, intercambiar o acumular. La clase surgida de esta libertad organiza su dominio político bajo formas diversas según se enfrente con obstáculos procedentes

del pasado, con condiciones favorables a su pacífica expansión, con amenazas revolucionarias para el futuro, o con rivalidades internacionales que superar.

La igualdad entre individuos, jurídicamente necesaria para su concurrencia, no acarrea necesariamente su igualdad política de forma inmediata. Inglaterra conserva su Cámara de los Lores. La Constituyente francesa distingue entre ciudadanos *activos* y *pasivos*. Durante largo tiempo, en la Europa del siglo XIX, se impone la organización *censitaria* en las consultas electorales. Lo que equivale a decir que la noción de «democracia», para la burguesía ascendente, y en sus compromisos con los regímenes declinantes, consistía en medir el peso político de sus ciudadanos según las dimensiones de sus propiedades y de su fortuna. Tuvo que transcurrir mucho tiempo para que las clases dominantes, en el modo de producción capitalista, tomaran conciencia de que su fuerza residía mucho más en sus medios económicos que en sus poderes políticos aparentes, y que su lugar en la sociedad mediante la educación, la información, la ocupación de los puestos clave y de los cuadros intermedios, el recurso a las presiones y a las influencias, constituía una amplia garantía contra las eventuales sorpresas del sufragio universal y del sistema parlamentario. Lo que no obsta, como hemos dicho, para que en caso de peligro por este lado se «suspendan las garantías constitucionales» o se recurra al golpe de estado.

El principio de propiedad

«Libertad, igualdad, fraternidad», reza el lema, de grandeza indiscutible, heredado de la Revolución francesa. Pero, puesto que ésta, jurídica y políticamente, preside la entrada de Francia en el modo de producción capitalista, quizá sería más justo decir: *libertad* pero, ante todo, *económica*; *igualdad* pero sólo *en el derecho*; *propiedad*, finalmente, en realidad el pilar más importante, «inviolable y sagrada», tanto o más quizá que los otros dos principios. La insistencia actual, en torno a 1975, sobre «libertad» y «democracia» en los proyectos de sociedad, soslaya en exceso la referencia al auténtico fundamento de las relaciones sociales entre los hombres: los derechos de estos hombres —de sus categorías sociales— sobre los *bienes* y sobre los diferentes tipos de bienes.

Ahora bien, la *propiedad* es precisamente el campo en que el capitalismo en germen se dedicó conscientemente a liquidar el régimen al que sustituía: éste («feudalismo» en Europa, pero podrían ponerse otros ejemplos) no concebía la propiedad individual como un derecho ilimitado; si bien el siervo no podía (en principio) abandonar su tenencia, tampoco el señor podía expulsarlo de ella; había tierras sin apropiar, otras eran comunales; el final de la «edad moderna» asiste a la ofensiva del «individualismo agrario»: esfuerzos de los señores para sustituir su propiedad «eminente» por una propiedad *absoluta*, reparto y venta de comunales, ataque de los legisladores «ilustrados» contra las «manos muertas» (propiedades inalienables), liquidación de los derechos consuetudinarios de los pobres que entorpecieran la disponibilidad de los productos en manos del propietario (espigueo, recolección de ramas secas). Fue a propósito de la recolección de ramas secas, transformada en delito de robo por la Dieta renana, cuando el joven Marx se dio cuenta en 1842, y así lo escribió en la *Gaceta renana*: 1) que la definición del derecho de propiedad estaba reservada a los propietarios; 2) que el aparato de represión del estado, a través del intermediario legislativo, se convertía en «lacayo del propietario»; 3) que, por ello mismo, era dudoso que el estado fuera el creador de la «sociedad civil», y que era más probable que fuera la «sociedad civil» (a saber, las relaciones reales de los

hombres entre ellos) la que hubiera modelado a su servicio la forma de estado.

De esta manera, en el momento mismo de su constitución, la coronación jurídica del modo de producción capitalista encontraba, en un rincón de Renania, a su crítico decisivo. El análisis de las conquistas de la Revolución francesa, en un punto de los territorios afectados por ésta, superaba el nivel superficial de las transformaciones de derecho, de las representaciones políticas, consideradas comúnmente como innovaciones de valor universal, para ahondar más profundamente, hasta llegar a la naturaleza misma de las «relaciones sociales de producción».

Las relaciones sociales de producción en el sistema capitalista

¿Por qué «de producción»? Porque puesto que ninguna sociedad humana subsiste sin consumir y, por tanto, sin producir, el problema estriba entonces, para entender cada una de ellas, en saber, en el marco en que se presenta, *quién* produce, *cómo* se produce, *a quién* va destinado el producto.

La respuesta a estas cuestiones, muy variable tanto en el tiempo como en el espacio, es la que pone en evidencia una sucesión de sistemas sociales históricamente constituidos, pero dotados cada uno de una coherencia y una lógica relativamente fáciles de esquematizar.

Pero toda producción está *organizada* y de las necesidades de esa organización se desprenden (y se justifican ante sus propios ojos) las jerarquías sociales, los aparatos políticos en cuyo beneficio se realizan (puesto que, en general, el derecho va detrás del hecho), las exacciones que se operan sobre los productores directos de bienes de consumo.

Lo que caracteriza al capitalismo es que la parte del producto no consumida por los productores directos se deduce no en virtud de un derecho tradicional o de una coacción legalizada, sino mediante el juego espontáneo de una economía libre. Este carácter «natural», no forzado, de la exacción, es el que ha permitido decir (y creer) que esta exacción no existía, que la sociedad se había liberado finalmente de los derechos, los diezmos, las tasas y las coacciones, y el ideal de los inventores de la libre economía hubiera sido incluso la casi supresión de los impuestos estatales reduciendo al máximo posible las atribuciones del mismo estado. Y, efectivamente, cuando el capitalismo liberal funcionó de la forma más parecida a su modelo, la presión fiscal fue menos elevada que nunca.

Claro está que se puede discutir el término «exacción» cuando no existe coacción. Pero en una sociedad en que existen diferencias de ingresos y de fortunas tan fuertes (o más) como en los antiguos regímenes sociales, y en que parece claro que su crecimiento depende de los medios *ya* acumulados por sus poseedores, es necesario explicar el mecanismo de esta polarización. Es el problema de la *naturaleza del capital.*

El *capital*, en el sentido moderno del término, el que Marx se esforzó en definir, y cuya naturaleza y dimensiones no han cesado de confirmarse a pesar de profundas modificaciones en otros aspectos es *un conjunto de medios de producción eficaces y masivos, susceptibles de reproducirse y de crecer, globalmente, por su mecánica propia*, y que, en el sistema capitalista, tienen como característica esencial la de *estar apropiados.*

Insistamos en este punto. Porque, en algunos comentarios contemporáneos, la existencia de medios de producción masivos y crecientes parece suficiente para definir las economías «avanzadas» del siglo XX, sea cual sea su sistema social. Es la noción, en boga durante un tiempo, de «sociedades indus-

triales». Capitalismo y socialismo asegurarían del mismo modo una «formación de capital», lo cual es cierto en la medida en que, en los dos sistemas por igual, se reserva una parte del producto a la reinversión y al crecimiento del aparato productivo. Pero se olvidan de añadir: 1) lo que define al capitalismo no es la existencia del capital, sino su *apropiación*; 2) en un sistema socialista, la «formación de capital», en principio, está planificada; en un sistema capitalista es el resultado (también «en principio») del libre funcionamiento de un *mercado*.

En este mercado, en un espacio dado, considerado solidario, se realiza, durante un ejercicio, un *valor* determinado. No importa que se exprese en moneda (francos, pesetas, dólares...) puesto que, para comparar, hay que reducir esta expresión, en el espacio mediante un cálculo sobre los cambios, en el tiempo «deflacionando» a través de un índice de precios. Lo que se busca es la expresión en términos de bienes, con independencia de los movimientos monetarios.

Entre este valor realizado y la remuneración global de los trabajadores productivos (suma de los salarios reales y de las ventajas sociales) existe un margen. Marx lo llama «plusvalía», otros lo denominan «excedente»; analistas recientes del «beneficio» lo redescubren como una «evidencia contable». Si este margen, llámesele como se quiera, no basta o se limita a ser suficiente para la renovación del capital existente, no habrá ninguna posibilidad de progreso para el aparato productivo. La economía se estanca. Si el margen supera este umbral (es el caso normal, a pesar de las fuertes variaciones coyunturales) hay *formación de capital*. Y, repitámoslo, este suplemento *ha sido apropiado*. Va a parar a los poseedores previos del capital. Puede remunerar, con tasas modestas, el «ahorro» de las categorías menos proletarizadas de los trabajadores, drenada por las cajas de ahorros y los bancos, pero la masa del excedente irá a los «jefes de empresa», organizadores de la producción y del crédito, que, además de sus gastos (no despreciables), *acumularán* medios de producción cada vez más potentes. Tal es, según la interpretación favorable, la justa recompensa por los talentos de innovación y de gestión demostrados por la clase de los empresarios; y, en efecto, en la base del sistema se producen éxitos individuales en que el ingenio personal, la experiencia y la suerte juegan un papel. De hecho, al final del proceso, las posibilidades de los recién llegados disminuyen. La decadencia de la concurrencia atomística surge, como hemos dicho, de la concurrencia misma.

No confundamos, por otra parte, hacerse rico y triunfar como empresario. En el mercado existen especulaciones (como en el mundo preindustrial), operaciones de bolsa, plusvalías de situación, que nada tienen que ver con la «plusvalía» que hemos definido. Sólo se convierten en «capital» cuando se invierten *en la producción*. Si no, se compensan y desaparecen. El intercambio puro puede producir capital-dinero, capitalistas en potencia, pero sólo llega a ser productivo el capital que utiliza fuerza de trabajo. Esta diferencia entre «ganar dinero» y «crear capital» no siempre está presente en la conciencia de los interesados, ni es siempre captada por la opinión general.

De todas formas, aunque el capitalista de caricatura es un personaje barrigudo, con un puro en la boca y apoyado en una caja fuerte, no vayamos a creer que el patrón de la pequeña y mediana empresa consiga escapar, gracias a su contacto cotidiano con el obrero, a la imagen acuñada de la patronal. Muchos de estos pequeños patronos, próximos aún al mundo del trabajo, se vanaglorian (y ello no es necesariamente falso) de haber dejado bien sentado, ante sus asalariados, el prestigio de su autoridad, de su eficacia, de su justicia. Pero es también en este nivel donde las discusiones en torno al salario, contrato, empleo, ausencias, ritmos de trabajo, subrayan

más el antagonismo de los intereses. El obrerismo anarquizante ha nacido y se ha conservado en la mediana empresa más que en la grande. Althusser cree que la lucha de clases sólo debe analizarse a partir de la *posición* de los diversos agentes en el seno de la producción. Es cierto en el sentido de que el antagonismo *teórico* nace de esta posición y sólo de ella. Pero el conflicto también forma parte de lo *cotidiano*, de lo *vivido*. Las «relaciones sociales de producción» no son ni una construcción del espíritu de propaganda ni un concepto teórico. Toda la historia social del siglo XIX obliga a considerarlas como relaciones *de lucha*.

Pero, ¿y el siglo XX? Es posible que, después de todo, en el último cuarto de siglo, la sociedad capitalista se acerque más al esquema anunciado por Marx (dígase lo que se diga) de lo que se aproximaba a él el mundo de 1850. Éste, excepto en Inglaterra, sólo contaba con unos cuantos núcleos industriales limitados, perdidos entre los inmensos conjuntos agrarios desigualmente desarrollados. Tal era el caso de una gran parte de Europa occidental, de toda la Europa oriental y de los restantes continentes, incluido Estados Unidos, más caracterizados entonces por la inmensidad de las tierras libres y por las estructuras liberales institucionales que por el progreso de la industrialización. Es *hoy*, y no hace un siglo, cuando nos encontramos, sobre todo en Estados Unidos, pero también en algunos puntos de Europa y en Japón, ante un campesinado liquidado o en vías de estarlo, frente a poblaciones enteras dedicadas *a la producción masiva destinada a un mercado y a la obtención de beneficios*, bajo la impulsión y el control de algunos consejos de administración, minorías ínfimas y anónimas.

Es cierto que este anonimato de la cúspide, el elevado nivel de consumo alcanzado por las masas (que no excluye situaciones de miseria absoluta entre las minorías marginales), el lugar adquirido por los servicios (y, por tanto, por

la vida de oficina y de almacén a expensas de la producción de objetos y del trabajo en fábricas), la existencia de «élites», de «cuadros» (técnicos, administrativos, intelectuales, artistas, animadores, etc.), más visibles a los ojos de la multitud, como símbolos del triunfo, que los responsables del capital y de su empleo, cierto es que todos estos factores juntos han difuminado ampliamente, en la «sociedad de consumo», la imagen del «patrono» y del «obrero» luchando cara a cara.

El antagonismo estructural de patronos y asalariados subsiste, y subsiste, por tanto, la lucha de clases. Es verdad que ahora presenta más el aspecto de una confrontación organizada entre sindicatos y grupos poderosos, oscilando entre la violencia y el compromiso. Lejos han quedado los tiempos de la concurrencia atomística. Y ya no se sabe muy bien cuál de las dos imágenes resulta más mítica: si la de una sociedad abierta y libre en la que cualquier ciudadano, en cualquier momento, puede elevarse hasta la cumbre, o la de la dicotomía entre un puñado de hombres poderosos, únicos capaces de acumular el capital y de disponer de sus poderes, y una masa de hombres subordinados, condenados a soñar con una inaccesible vida de lujo, a trabajar en la monotonía y la mediocridad, y a tener más posibilidades, dentro del cálculo de probabilidades de la vida, de quedar brutalmente en paro que de labrarse una fortuna.

De forma global, es evidente que la segunda imagen es la más válida. Pero con una opinión dominada por los *mass media*, la creencia en la sociedad «libre y abierta» y, de paso, en la moral que ésta implica se halla ampliamente extendida en el mundo «occidental». Un buen conocedor de Alemania del este me decía que, con un nivel de vida igual, incluso superior, con una ayuda social y una seguridad mayores, lo que el obrero de la Alemania socialista envidiaba al obrero de la Alemania capitalista era la esperanza (muy aleatoria, por otra parte) de *convertirse en patrono*. Contra este rasgo

de la «sociedad ambiciosa», descrita por Mac Clelland, el socialismo tiene que inventar otra moral.

Pero no habría que creer que todos los países tecnológicamente avanzados posean ya, en este momento, las estructuras sociales y mentales y el complejo de superioridad de los Estados Unidos. Las clases obreras del Japón, de Corea del Sur, del Brasil industrial, incluso de España o de Grecia; ¿no están acaso más cerca del siglo XIX que del XX? Bajo el esquema global de capitalismo «avanzado», próximo a la dicotomía de Marx, es importante distinguir los desarrollos desiguales, los rasgos particulares de las «formaciones sociales» concretas.

Ahora bien, muchas glorificaciones del capitalismo razonan como si el ejemplo norteamericano fuera típico del desarrollo general. Los argumentos sobre los resultados cuantitativos obtenidos, en casi todas partes, por el capitalismo se fundan en la evidencia. Pero hay que fijar los límites de su significación.

CAPITALISMO Y CRECIMIENTO: *a*) LOS «DESPEGUES»

Decir que la era histórica del capitalismo coincide con un crecimiento económico sin precedentes es una tautología: si capital = medios de producción, está claro que acumulación de capital = capacidades productivas crecientes.

Es cierto que ningún otro modo de producción, antes del capitalismo, había conseguido un tal salto hacia delante. Un modo de producción combina un tipo determinado de capacidades tecnológicas con la organización social que asegura su puesta en práctica. Algunas técnicas hidráulicas asiáticas o precolombinas se vinculaban a modos de producción comunitarios por la base y monárquico-teocráticos por la cúspide. El feudalismo y el monaquismo realizaron las grandes roturaciones europeas. Pero ninguna de las innovaciones antiguas o medievales que se invocan a veces (arado, yunta, timón, molinos) pudo haber sido decisiva. Únicamente la «revolución neolítica» en la prehistoria, con la introducción de la ganadería y la agricultura, es una etapa cualitativamente comparable con la «revolución industrial» promovida por el capitalismo.

Entre estas dos revoluciones, la historia que se enfrenta al problema del «progreso» puede retener como hipótesis de trabajo el hecho de que los «crecimientos» innegables —de población, de producción, de enriquecimiento—, constatables para períodos de larga duración en amplios territorios (por ejemplo, entre los siglos X y XIII en el occidente de Europa), corresponden a la instalación y al apogeo de un modo de producción adecuado, sin duda, a las exigencias de la producción para una tecnología dada; y comprueba también que, al cabo de un período bastante largo, ese sistema sufre una crisis de estructura, una «crisis general», con hundimientos de población y abandono de terrenos productivos (en nuestro ejemplo, ello ocurriría en los siglos XIV y XV). Es difícil desentrañar, en medio de esta maraña, el juego exacto de los factores (demografía, tecnología, economía, sociedad); pero en ningún momento del proceso, ni tan sólo en el más próspero, ha sido posible dominar, a corto plazo, «la desigualdad de las cosechas», fuente de catástrofes, ni enfrentarse, a largo plazo, con un crecimiento importante de la población. El esquema pesimista de Malthus, erróneo como previsión de futuro, traducía de hecho, hacia 1800, la experiencia *pasada*.

En cambio, en la segunda mitad del siglo XVIII, empezando quizá con una revolución agrícola y poniendo después la fuerza del agua y del vapor al servicio de nuevas mecánicas, Inglaterra había sentado las bases de un mundo nuevo.

Se ha denunciado, sin embargo, la puerilidad de los historiadores que estarían dispuestos a dividir la historia humana

en dos partes: antes y después de la *mule jenny*. Marx, que, más que nadie, ha hecho justicia a la importancia de la tecnología, fundamento del dominio de la naturaleza por parte del hombre, elemento dinámico de las «fuerzas productivas», precisa explícitamente que ella sola no constituye «la economía política». Y es que el proceso creador no nace de la invención de forma inmediata. Implica una secuencia invención-innovación-implantación, que es la única que asegura a la invención una importancia cuantitativa, y que depende a su vez de las condiciones que ofrece una sociedad a las iniciativas humanas. Resulta, pues, legítimo asociar el capitalismo naciente (libertad de empresa, de contrato, disponibilidad de capitales, cálculo económico, ansia de beneficios) con el primer «despegue», en Inglaterra y en otros sitios, de la industria mecanizada y de la productividad del trabajo.

Pero ¡cuidado! Es la *combinación* de los *dos* despegues —despegue técnico y energético, despegue económico y mental— lo que determina el salto hacia adelante. Ni la disponibilidad de grandes capitales, ni las innovaciones en los métodos contables y bancarios, ni la idea de reunir la mano de obra en grandes unidades de producción datan del siglo XVIII. Pero hasta los años 1760-1780 no se produce nada esencial. La idea misma de la productividad del trabajo no arranca de Adam Smith y de su famoso escrito sobre la fábrica de alfileres; en 1558 ya la había expuesto el español Luis Ortiz; la oposición entre agricultura e industria desde el punto de vista de los rendimientos decrecientes se encontraba ya en el napolitano Antonio Serra en 1612. Y la idea de que el «valor» de un objeto producido en masa dependerá a largo plazo del tiempo de trabajo que haya exigido su producción, fue, como es sabido, emitida por William Petty a finales del siglo XVII; ya a principios del siglo XVIII se habían señalado todos los efectos que cabía esperar del maquinismo. Sólo faltaba inventar las máquinas.

Debemos, pues, darnos cuenta de que si la noción de «revolución industrial» (con evocaciones esencialmente tecnológicas) no basta para caracterizar el punto de partida de una producción ni, por tanto, de un consumo *de masa*, capaz de enfrentarse con las necesidades crecientes de la humanidad, sería igualmente superficial responsabilizar exclusivamente de esta mutación al «capitalismo», palabra cuyas ambigüedades ya hemos comentado, tan obvias cuando encubren una apología como cuando sirven para denigrar.

El modo de producción capitalista, conjunto coherente, es una consecuencia más que una «causa» (aunque se convierta en causa a su vez) de la combinación entre las innovaciones técnicas del siglo XVIII y la búsqueda de unos beneficios menos aleatorios que los beneficios (por aquel entonces en decadencia) del capital comercial (y colonial) considerados hasta ese momento como las fuentes principales de la acumulación. El nuevo beneficio se fundará a partir de ahora no ya sobre los *desequilibrios momentáneos* de los mercados aislados y lejanos, sino sobre el *desequilibrio constante* entre el valor de objetos-mercancías producidos en masa para un mercado homogéneo, y el valor de la fuerza de trabajo que han producido esos objetos.

El triunfo de esta última fórmula no se obtuvo nunca de forma rápida y simple. Como diría Rostow, eran necesarias unas «precondiciones»: 1) que una masa suficiente de medios de producción se concentre en las manos de un propietario-empresario, o de un empresario-prestamista, de forma que pueda remunerar a la vez el capital prestado y la empresa misma; 2) que una masa suficiente de mano de obra libre y sin otros recursos que su fuerza de trabajo esté disponible y pueda emplearse, debido a la concurrencia, con una tasa mínima de salario (añadamos: y desemplearse en cuanto deje de ser necesaria); 3) que el mercado libre de bienes de todo tipo (bienes de consumo, bienes de producción, fuerza

de trabajo) sea el único criterio, al margen de toda reglamentación, para la formación, a corto plazo, de los precios y, a largo plazo, de los «valores».

W. W. Rostow, al intentar definir las «precondiciones» del «despegue» (*take-off*) de la productividad moderna, habla de «propensiones» a aceptar, por una parte, *riesgos* y, por otra, *sacrificios*, sin señalar que el riesgo de los empresarios es una «apuesta» que hacen los *individuos*, pero en el que la *clase* capitalista (como, en el juego, la Banca) tiene la seguridad de ganar al final, mientras que el «sacrificio» de los trabajadores, necesario para la formación del capital, es un sacrificio involuntario, impuesto a toda su clase por la indigencia inicial del proletario, de la que sólo escapan algunas excepciones, a pesar de los cuentos de hadas infantiles sobre los resultados del ahorro y de la audacia individuales.

En cuanto a las condiciones del *take-off* que no dependen de la economía privada, sin duda existen; incluso en Inglaterra, algunas fuerzas sociales muy antiguas y, en algunos casos, el estado, ayudaron a construir la infraestructura de la nueva economía. En Prusia o en Japón Rostow señala entre los factores de despegue un «nacionalismo» que pone a las fuerzas del antiguo régimen —gran propiedad, ejército, burocracia— al servicio de la industrialización, realizada, sin embargo, por la burguesía. No debe olvidarse este aspecto «nacional» de las creaciones del capitalismo; en algunos casos imprime unas taras congénitas; en todo caso hace divergir la realidad histórica del esquema económica de los teóricos.

Para colmo, éstos no siempre se ponen de acuerdo sobre el orden de los factores en el despegue. Von Mises hace derivar el impulso demográfico del siglo XIX del *laissez faire* adoptado por occidente. Pero, en 1938, Hicks se preguntaba si la gran fase de desarrollo, atribuida generalmente a la revolución industrial, no se limitaba a traducir el empuje del impulso demográfico.

Finalmente, aunque es cierto que no puede haber industrialización sin formación previa de capital, se ha comprobado, en cambio, a lo largo de los siglos XIX y XX y en gran parte del globo, que sí puede haber acumulación de capital sin industrialización. No identifiquemos, pues, «capitalismo» con «despegue», sin subestimar por ello la capacidad creadora demostrada por su introducción.

CAPITALISMO Y CRECIMIENTO: *b*) EL LARGO PLAZO

Comparar tal capacidad con la de los sistemas precapitalistas carece de sentido, pues éstos no disponían de las mismas técnicas. Pero constatar que una acumulación constante de capital, aplicada continuamente a nuevas técnicas, ha cambiado la faz del mundo, es dar fe de una evidencia. Ya en 1848 el *Manifiesto comunista*, de forma más brillante que cualquier otro texto, había designado a la burguesía, clase dirigente del modo de producción capitalista, como el grupo social responsable del progreso:

> En su dominación de clase apenas secular, la burguesía ha creado fuerzas productivas más masivas y colosales que todas las generaciones pasadas juntas. El sojuzgamiento de las fuerzas de la naturaleza, la maquinaria, la aplicación de la química a la industria y a la agricultura, la navegación de vapor, los ferrocarriles, los telégrafos eléctricos, la urbanización de continentes enteros, la navegabilización de los ríos, poblaciones íntegras como surgidas de la tierra, ¿qué siglo anterior sospechaba que dormitasen semejantes fuerzas productivas en el seno del trabajo social?

¿Qué diríamos hoy, cuando habría que añadir a estas conquistas ya viejas las dos revoluciones energéticas —petróleo y átomo—, y las de los transportes y comunicaciones a

largas distancias, del automóvil y del avión, de la televisión y de los satélites?

Y estas innovaciones técnicas, pletóricas en transformaciones sociales, estaban también previstas en el *Manifiesto*. La burguesía, dice, ha desempeñado en la historia un papel «eminentemente revolucionario»; y añade:

> la burguesía no puede existir sin revolucionar permanentemente los instrumentos de producción, vale decir las relaciones de producción y, por ende, todas las relaciones sociales. En cambio, la conservación inalterada del antiguo modo de producción era la condición primordial de la existencia de todas las clases industriales anteriores. El continuo trastocamiento de la producción, la conmoción ininterrumpida de todas las situaciones sociales, la eterna inseguridad y movilidad distingue la época burguesa de todas las demás.

¿Es el temor instintivo a esta «inestabilidad»? Hasta los últimos grandes *booms* de la segunda mitad del siglo XX, la reflexión de la burguesía sobre sí misma será mucho menos optimista, mucho menos profética sobre sus capacidades de lo que habían sido Marx y Engels. La teoría económica insistirá en el «equilibrio» y no en el movimiento; justificará tímidamente, el *interés* del capital (Böhm-Bawerk), pero pondrá en duda la posibilidad de un *beneficio* global; buscará en la «utilidad», manifestada por la formación de los precios, el motor de la máquina económica, y condenará como una herejía, a pesar de sus orígenes clásicos, la idea de «valor-trabajo», es decir, la primacía de la productividad; en una palabra, se negará a buscar en el proceso productivo el origen de la acumulación. Con el problema de los precios enfocado desde un punto de vista momentáneo y no a largo plazo, poco tentado, hasta después de transcurrida la guerra de 1914, por los misterios monetarios, atraído periódicamente por los de los «ciclos» y las «crisis» (e incluso, después de 1929, por

una teoría del estancamiento), el pensamiento económico oficial, incluso el disidente, no recuperará hasta después de 1930, y sobre todo después de 1950, ámbitos más fecundos: la moneda como masa de maniobra del capitalismo, con Keynes, la productividad del trabajo, con Colin Clark, el producto nacional y sus componentes con Kuznets, y, finalmente, el largo plazo, descuidado de forma inexplicable durante más de un siglo, cuando es con toda evidencia la categoría de tiempo en que se inscriben las victorias de la burguesía.

Es cierto que desde 1950, gracias a la pluma de divulgadores aplaudidos oficialmente, el optimismo del largo plazo se ha convertido de la noche a la mañana en la forma preferida del conformismo fácil; dado que el obrero actual disfruta de una comodidad con la que Luis XIV no hubiera ni soñado, ¿de qué íbamos a preocuparnos y de qué iba a quejarse? Tal es el eje del pensamiento (cuando no todo el contenido) de la obra de Jean Fourastié, desde *Le grand espoir du XXe siècle* hasta las columnas de la prensa cotidiana. Claro está que la fórmula, bajo esa forma caricaturizada, no es nueva. Ya en 1880 Segismundo Moret, político liberal español, había dicho que, dado que todas las mujeres llevaban medias y que todas las ventanas tenían cristales, la «cuestión social» estaba resuelta.

Pero el estudio de los precios a largo plazo, preconizado e iniciado por Fourastié, da resultados más interesantes que la ingenua expresión de su optimismo. El análisis de las largas series de precios, si va más allá de las expresiones monetarias, muestra que los objetos producidos *masivamente* por la industria, y tanto más cuanto más mecanizadas están las industrias, tienen un equivalente en disminución constante frente a los productos menos afectados por las nuevas técnicas y, sobre todo, frente a los «servicios» no productivos que exigen siempre el mismo tiempo de trabajo.

Desde luego estos «descensos tecnológicos» de los precios

ya se conocían. Pero es que ahora constituyen el hecho positivo por excelencia de nuestro tiempo. Y verifican que el «valor» de los objetos (y no su «precio» fluctuante) *tiende* verdaderamente, según la visión clásica, a equipararse con el tiempo de trabajo exigido por su producción. ¡Y como singular venganza de una verdad denigrada tanto tiempo, llega la proliferación tardía, pero pletórica, de las «conferencias sobre la productividad», las «comisiones para la productividad», de confrontaciones estadísticas entre productividades, de argumentos sacados de esas estadísticas!

Es verdad que tal literatura sugiere (o da por sobreentendido) que las ganancias de productividad repercuten inmediatamente en el consumidor y, por tanto, en el trabajador, con lo que resulta que éste se ve invitado a aceptar, a favorecer con su actitud la innovación técnica, la racionalización del trabajo, la intensidad, la eficacia de éste, en el marco de una economía y de una sociedad evidentemente creadoras.

Y sería absurdo negar la parte de verdad (digamos, de evidencia) que encierra este reconocimiento del fenómeno «progreso», cuyo carácter tardío hemos subrayado ya, y que ya parece estar replanteándose de nuevo. En efecto: debido a las crisis recientes (embrollos monetarios, recesiones de los años 70), entre algunos profetas capitalistas se ha puesto de moda el «crecimiento cero» y una extrema izquierda anarquizante grita «¡abajo el productivismo!». En resumen, la preocupación se basa en que el capitalismo haya orientado lo esencial de la actividad humana hacia la obtención de una producción cuantitativamente maximalizada, conseguida a partir de un esfuerzo decreciente quizá por unidad de producto, pero igual como mínimo y quizá mayor para el conjunto de los trabajadores, a cambio de un aumento de satisfacciones cualitativamente discutibles.

Estas cuestiones, estos replanteamientos, señalan una nueva «crisis del progreso», que recuerda la de 1936 analizada

por Georges Friedmann. El fenómeno se reproduce cada vez que el capitalismo reduce su impulso. No obstante, si se pidiera al europeo medio que prescindiera de la televisión o que renunciara a la esperanza de comprarse un coche, se sentiría probablemente frustrado y limitado. Los vicios de la sociedad de consumo no residen en el consumo mismo. Hay mucho que decir sobre las orientaciones que se le imprimen artificialmente. Pero de ahí a proponer como modelos de vida a Diógenes o a Francisco de Asís, media toda la distancia que separa un posible ideal individual de la evidente necesidad social de la producción.

Una vez dicho esto no estará de más, frente al fenómeno «crecimiento» y «productividad creciente del trabajo», someter a un examen crítico las legítimas satisfacciones, preguntándose: 1) ¿cómo se obtienen los progresos de la productividad del trabajo y cómo se reparten los resultados?; 2) el largo plazo ¿es el tiempo adecuado para medir las satisfacciones individuales y colectivas («a largo plazo todos estaremos muertos», decía Keynes)?; 3) ¿no es cierto que las impresionantes conquistas (tecnológicas, económicas) de los últimos cien años han acentuado, en lugar de atenuar, las «desigualdades de desarrollo» en el mundo? ¿Acaso el capitalismo «avanzado» no polariza las riquezas que produce, en lugar de generalizarlas y extenderlas?; 4) finalmente, desde hace sesenta años, se ha propuesto para el funcionamiento de la economía modelos distintos al del capitalismo, que hacen imposible seguir limitando las comparaciones a los únicos términos precapitalismo-capitalismo; en una palabra, los resultados económicos del socialismo, en los primeros decenios de su existencia, ¿pueden excluirse de esas confrontaciones?

Los aumentos de productividad: capitalismo y progreso técnico

¿Cómo pueden los mecanismos capitalistas desencadenar el dinamismo perpetuo que preveía, en 1848, el *Manifiesto comunista*?

Salta rápidamente a la vista que, si el precio de una mercancía depende, *en última instancia*, del tiempo de trabajo social *medio* exigido por su producción, todo industrial que obtenga esa mercancía *en un tiempo inferior* conseguirá una ganancia.

El modelo, por supuesto, es más complejo. Si el ahorro de tiempo se debe exclusivamente a la organización del trabajo o a una mejor gestión, los márgenes serán modestos. Si se trata de la introducción de medios técnicos masivos o nuevos, hay que amortizar el capital, remunerar los préstamos eventuales; por otra parte, los efectos de la «inversión» dependen en gran medida de las proporciones entre «capital constante» (equipamiento y stocks) y «capital variable» (masa de las remuneraciones de la mano de obra). Pero, precisamente a causa de esta complejidad, sólo se consiguen beneficios *muy grandes* —y durante el tiempo, limitado, que va de la «innovación» individual a la «implantación» generalizada del procedimiento innovador— con el instrumental más progresivo, más «avanzado». Es decir, que, en principio, y dando por supuesta una concurrencia si no «perfecta» cuando menos auténtica, la búsqueda del máximo beneficio debería llevar al empresario a utilizar las técnicas «de vanguardia». El esquema resulta teóricamente satisfactorio y se acerca bastante a la realidad para caracterizar las relaciones entre capitalismo y progreso técnico.

En la práctica, no todos los «empresarios» son «industriales». No todos los cálculos se basan en la productividad. Si bien es cierto que a nivel global la «plusvalía» sólo puede

salir del proceso productivo, también lo es que el «precio» no es el «valor», que el mercado no es perfecto, que puede haber individuos o grupos que busquen el beneficio en el interior del circuito comercial o a través de combinaciones financieras. Schumpeter, cuando intenta definir la «innovación» que encumbra temporalmente a un empresario a la cúspide de la jerarquía de los beneficios, no limita su definición a las innovaciones técnicas. Estima que existen *también* técnicas comerciales y financieras, en las que puede afirmarse el espíritu innovador. En el contexto capitalista, la ampliación de un mercado, la creación de una necesidad, el ofrecimiento de facilidades bancarias, e incluso inversiones improductivas o actividades de lujo pueden ser consideradas como *indirectamente* útiles al movimiento de la economía, y como financieramente rentables. Así, pues, la idea de que todas las iniciativas, espoleadas por el aliciente del máximo beneficio, se orientan hacia una producción cuyos rendimientos mejoran siempre, para mayor provecho del consumidor, es un espejismo. No es sino la indicación del resultado *final* y, *a largo plazo*, del proceso.

Por otra parte, la «productividad» misma es una noción muy compleja. Según Marx, depende «de la habilidad media de los trabajadores, del desarrollo de la ciencia y de su grado de aplicación tecnológica, de las combinaciones sociales de la producción, de la extensión y eficacia de los medios de producción, y de condiciones puramente naturales». Cuando menos tres de estos factores —habilidad media de los trabajadores, combinaciones sociales de la producción, eficacia de los medios de producción— obligan a preguntarse si no se exige al trabajador (en instrucción, en desgaste nervioso, en disciplina, en intensidad de trabajo o de atención) un equivalente excesivo de lo que se supone que recupera, como consumidor, por el descenso del valor de cambio de los productos masivos.

Nos encontramos aquí con un viejo problema, que ya formulaban, a principios del siglo XIX, los socialistas llamados «utópicos» o «primitivos». En 1835, después de un gesto «luddista» de los obreros de Barcelona, que durante una algarada habían incendiado la fábrica de más reciente mecanización, un periódico fourierista explicaba ese gesto de la forma siguiente: cuando, en un equilibrio económico dado, se instala una fábrica mejor equipada o se introducen nuevas máquinas, disminuye con ello, en el valor del producto, la parte del trabajo a expensas del capital; y mucha gente se queda sin trabajo; el periodista no ignoraba (así lo precisa) los argumentos opuestos a este razonamiento elemental y a la reacción pasional de los obreros: el aumento de actividad reabsorberá el paro y, al final, el crecimiento obtenido en la productividad hará bajar el precio de los objetos y subir el contenido de los salarios. «¡Bonito argumento —dice el artículo— que recomienda al hombre hambriento que renuncie a su pan para garantizar la abundancia a las generaciones venideras!».

Esta misma exclamación la encontraremos de nuevo, esta vez en la prensa capitalista, refiriéndose a los sacrificios pedidos a los trabajadores en la fase de construcción del socialismo. Observemos, sin embargo, que no se pidieron bajo la forma angustiosa del paro. Aunque el progreso técnico inserte siempre en el producto cada vez más capital y menos trabajo, merece la pena preguntarse *a quién pertenece el capital.*

En una fábrica de ladrillos francesa, cuya contabilidad he podido seguir a lo largo de más de cien años, la productividad ha dado un salto prodigioso; al principio, algunos obreros producían algunas decenas de ladrillos; en 1920 se producen 24.000 toneladas en 375.000 horas de trabajo; en 1950, 131.000 toneladas en 140.000 horas. En esta fábrica, la productividad por obrero es alrededor de dos veces y media más alta que en la media de la profesión. No cuesta imaginar los beneficios. Durante el período observado, el capital ha dado un salto comparable al de la productividad. Pero ¿y los salarios? Han progresado honradamente; los obreros se consideran «bien pagados», porque cobran 5,66 francos por hora, contra una media de 5,16 en la profesión. La relación entre el salario horario y el valor producido (realizado en el mercado) es de 1 a 10 (contra 1 a 5, de promedio, en su profesión). A nadie sorprende que el reparto de los beneficios de la productividad se haga en favor del capital y pueda justificarse con una gestión notable y con unas inversiones inteligentes. Pero ¿cómo se explica entonces que la media de este sector industrial lleve un retraso tan grande respecto a dicha fábrica «de punta» y que las productividades estén tan diferenciadas? (la más débil es, aproximadamente, 1/6 de la más fuerte). ¿Cuántos «empresarios» se limitan al «beneficio medio» (y es cierto que, en este caso, Schumpeter les niega el derecho a usar ese título)? ¿A partir de qué umbral, en el retraso sobre la productividad media, desaparece una empresa? Se nos dirá que se está hablando de Francia y de la industria de ladrillos, y que existen capitalismos más dinámicos. Pero ¿qué rutinas no arrastra Inglaterra, país del despegue? No hay un *rejuvenecimiento automático* del aparato de producción a partir de los mecanismos del capital. La relación capitalismo-productividad anda coja.

Largo plazo y corto plazo, salario real y salario nominal, «nivel de vida» y «necesidades»

Después de lo objetivo, lo subjetivo. Gracias a la disminución de «valor» de los objetos producidos en masa, a la larga el capitalismo debería ser considerado como algo eficaz y, por lo tanto, beneficioso. Ya hemos dicho que quizá lo sea en Estados Unidos, cuyo excepcional avance, coreado

por los *mass-media*, induce a confundir las virtudes del *American way of life* con las de la libre empresa y las del capitalismo en general.

En los países menos equipados, las seguridades no son tantas. Los trabajadores atribuyen a menudo el avance de los Estados Unidos a su monopolio imperialista, mientras se hace responsable de su retraso al capitalismo de los demás países. Los avances sectoriales (como el del automóvil) sirven más para agudizar los deseos que para colmar satisfacciones. Los *booms* masivos, que exigen una prolongación y una intensificación en los horarios y en los ritmos de trabajo, desembocan a veces en explosiones de protesta contra la fatiga (como fue el caso, en Francia, en mayo de 1968).

En tales condiciones, el europeo medio es poco sensible al argumento: «la esperanza de vida de tu abuelo era sólo de 45 años y no comía carne fresca más que el domingo». Psicológicamente, el largo plazo se aguanta mal. Los economistas, al estudiar el corto plazo, traducen la reacción normal del hombre de acción o de negocios: los recuerdos, buenos o malos, las inquietudes y las esperanzas sólo duran algunos años. La «coyuntura larga» es un asunto de historiadores. El obrero, el empleado, el funcionario, el jubilado se dedican a la defensa y a la mejora de sus ingresos cotidianos. Dadas las locas variaciones monetarias del siglo XX, ¿cómo iban a comparar su suerte con la de sus padres?

La misma noción de «salario real» se capta mal. Marx había intentado explicarla a los obreros alemanes de Bruselas en 1849, y después a los obreros ingleses en 1869. Pero Simiand ha demostrado que el salario nominal era todavía, en pleno siglo XX, el signo más claro, y quizás el único, que los trabajadores observaban con inquietud o esperanza; otro economista señalaba que el mayor filósofo perdía la serenidad ante una disminución del 5 % de su remuneración nominal; y Sauvy piensa que la «mitología social» hace psicológicamente insensible todo progreso del poder adquisitivo obtenido mediante una baja de precios. ¡Incluso a corto plazo! Comparar el contenido-mercancía de un salario actual con el de un salario de 1850, 1820 o 1750 no es, pues, más que una justificación muy abstracta del capitalismo.

«Coste de la vida» es, en realidad, una expresión rebelde al análisis. Puesto que el «precio», en los vaivenes del movimiento monetario, exige puntualizaciones difíciles. Y el «nivel de vida» no es lo único que cambia. También el «modo de vida» puede estar cambiando. El índice de los precios, que al principio se calculaba sobre 9 artículos, se calcula hoy sobre 250. La «cesta de la compra» cambia tanto cualitativa como cuantitativamente. Inmovilizarla para efectuar una comparación sería querer encerrar al asalariado-consumidor dentro de un marco ya superado. La *necesidad* se convierte en una variable esencial, lo que en modo alguno se contradice con la teoría clásica del salario ajustado al mínimo vital. Porque éste no se ha concebido jamás como un mínimo fisiológico (¿existe alguno, por otra parte?). La producción y reproducción de la fuerza de trabajo exige un mínimo cuyo contenido es psicológico, y que se ha formado históricamente. Varía según las épocas y según los países. Por eso el capitalismo actual, para una masa considerable de salarios bajos, ya no puede reclutar a ingleses, alemanes, suizos o franceses, sino sólo a españoles (provisionalmente), portugueses o africanos. Los mismos Estados Unidos, que no pueden prescindir de determinados trabajos, tienen este tipo de subproletariado. Y esto plantea otro problema: el capitalismo, que ha elevado el nivel de vida de masas considerables, no ha resuelto la «cuestión social» elemental de la «miseria» en el marco racial y en el marco mundial. ¿Puede decirse que la miseria sólo reina allí donde no ha penetrado el capitalismo? El capitalismo ha penetrado en todas partes. Y, en contra de las previsiones optimistas (que el mismo Marx compartió al-

gún tiempo), la expansión económico-política de los europeos dotados de técnicas avanzadas no ha hecho que los restantes países del mundo adoptaran los modos de vida ni las normas de producción de los que pretendían «civilizarlos».

Capitalismo y «subdesarrollo»

Este tema ha suscitado una literatura tan abundante que no pretendemos sintetizarla aquí.

Limitémonos a constatar, en cuanto a los efectos del capitalismo a largo plazo, que los éxitos del modo de vida americano están demasiado localizados para justificar las esperanzas, manifestadas por el liberalismo universalista, de que la libertad de comercio internacional debía bastar para obtener una división del trabajo entre las regiones del globo, calcada armoniosamente sobre sus vocaciones geográficas. Aunque Marx, que había analizado las contradicciones del capitalismo, dudaba de una armonía de este tipo, sí imaginaba, en cambio, en la medida en que se permitía visiones de futuro, un capitalismo presente por doquier, capaz en todas partes de desarrollar sus capacidades económicas y sus antagonismos de clase, y, por tanto, de trasponer la lucha entre proletariado y burguesía del marco nacional al plano mundial.

Pero, a mediados del siglo XX, lo que al contrario llamaba la atención era la incapacidad de la mayor parte de Asia, de África, de América latina e incluso de una fracción de Europa para entrar lisa y llanamente en la era industrial y capitalista. Fenómeno que el vocabulario, pretencioso o condescendiente, de los publicistas occidentales calificó de «subdesarrollo», y al que se sometió a un análisis calcado del de los «despegues» europeos.

Vino después la reacción de los intelectuales surgidos de

los mismos países «subdesarrollados», apoyados por economistas independientes y por algunas corrientes marxistas: para ellos, el «subdesarrollo» no era un «retraso» en un proceso universal, un «estancamiento» en costumbres y actitudes tradicionales, sino al contrario una *consecuencia* de la expansión capitalista, un *efecto* de la «*dependencia*» de inmensas regiones respecto a un «imperialismo» cuya compleja naturaleza —a la vez tecnológica, económica, política, ideológica— se ajustaba bien al carácter coherente atribuido al «modo de producción capitalista», y concebido a nivel mundial.

Entre estos esfuerzos analíticos recordemos los de A. Emmanuel sobre el «intercambio desigual» como fuente del «desarrollo desigual»; de A. Gunder Frank sobre el «desarrollo del subdesarrollo»; de Samir Amin sobre la distinción entre una «periferia» y un «centro» en la economía del mundo contemporáneo; de la escuela latinoamericana que ha escrito sobre la «dependencia» (Faletto, los Cardosos, Ferrer, Quijano, Dos Santos, Stavenhagen, Sunkel...); de Palloix, de Jalée... Ninguna de estas aportaciones nos deja indiferentes. Todas son parcialmente discutibles. Unas lo son teóricamente, como la noción de «salarios elevados» de Emmanuel, que olvida que el obrero norteamericano, a pesar de su aparente nivel de vida, es el obrero más explotado del mundo, si se compara su parte en el producto con la parte del capital. Otras son discutibles históricamente, como las tesis de Gunder Frank sobre el carácter «capitalista» de las colonizaciones ibéricas, que por mucho que se encuentren en los orígenes del capital europeo, no dejaron de ser feudales y esclavistas. También cabe inquietarse, en algunos temas inspirados por el «tercer mundo», ante una posible explotación, en el sentido reaccionario, del complejo de los colonizados: ilusiones nostálgicas centradas en las realidades precapitalistas (comunidades indígenas, civilizaciones campesinas, etc.), o desplazamiento de los antagonismos de clase hacia los antagonismos

de grupo y de raza, desplazamiento favorable a las clases dominantes tanto en un tipo de sociedad como en otro.

¿Qué debemos concluir de todas estas observaciones? Después de doscientos años de un enorme progreso material en una parte limitada del globo, el modo de producción capitalista, en todos aquellos sitios en que ha intervenido —y ha intervenido un poco en todas partes, hasta su eliminación en algunos países socialistas— no ha desencadenado sino frenado sin duda, y quizá detenido, los posibles procesos de desarrollo. Las clases trabajadoras de los países dependientes han sido «sobreexplotadas», puesto que han sido explotadas a la vez por sus antiguas clases dominantes y por los diversos representantes (comerciantes, financieros, empresarios, administradores) del capital extranjero. La masa de los «excedentes» acumulados ha ido a parar a este capital extranjero. Y las oligarquías locales, aristocracias decadentes o burguesías nacientes, se han subordinado a él de forma más o menos consciente, invirtiendo poco o mal su parte de beneficio, gastándolo en un mimético consumo de lujo. No han faltado los signos precursores de las «revoluciones burguesas», de los nacionalismos redentores. Pocos son los que han llegado a la fase de eliminar a la vez los vestigios precapitalistas (tribales, comunitarios, aristocráticos, feudales) y la penetración capitalista extranjera.

¿El resultado? Sin conceder un valor absoluto a las estimaciones de «producto nacional por habitante» que colocan a Arabia Saudita en cabeza de la clasificación, y que se apartan profundamente de la jerarquía de las fuerzas productivas, es lícito pensar que el abanico declarado, que va de 74 dólares *per capita* a 7.000 para los Estados Unidos y 8.500 para Escandinavia y Suiza, describe un mundo de la desigualdad y del desequilibrio. El mundo de la historia (desde 6000 a. de C. hasta 1700-1750) había sido, incluso en los «siglos de oro» de las «grandes civilizaciones» (China, Egipto, Roma,

España de Felipe II, Francia de Luis XIV), un mundo *pobre*, sin sobreabundancia de objetos, y en el que los bienes alimenticios estaban sometidos a variaciones anuales catastróficas. Era *también* un mundo de la desigualdad, de la esclavitud, de la servidumbre, de la carga, del tributo, de la choza aplastada por el palacio. Pero entre dos civilizaciones rurales, aunque diferían las formas, las cantidades disponibles de bienes eran comparables. La calidad de los objetos artesanales, las ventajas comunitarias, los bienes culturales colectivos, compensaban en parte las carencias cuantitativas individuales. Ahora bien, actualmente, en los países asiáticos, africanos y americanos, tocados pero no transformados por el capitalismo, éste ha destruido lo que Marx denominaba (no sin ironía por otra parte) las «condiciones idílicas» compensadoras de la miseria, pero no ha asegurado ni el salto cuantitativo ni la regularidad en la producción de los bienes necesarios. Cuando lo ha hecho para algunos objetos, el resultado puede parecer amargo. El pastor del Sahel muere de hambre al lado de su transistor; y la desnudez descarnada de los niños africanos o amazónicos se esconde tras los rascacielos de Abidjan o de São Paulo. Y todavía una última contradicción: en el terreno relativamente autónomo de la demografía, la intervención de la ciencia ha limitado la mortalidad antes que la natalidad, sobrepoblando un mundo que podía ser alimentado por las otras conquistas científicas, si los progresos de la productividad y el mecanismo de intercambios asegurados por el capitalismo tuvieran una eficacia general. Pero, ni en los sectores pobres, mediocremente poblados y políticamente fragmentados, como África, ni en los estados gigantes y sobrepoblados que han permanecido fieles al capitalismo, como la India de Indira Gandhi, «la mayor democracia del mundo», no parecen haberse resuelto ni el problema de la alimentación, ni el del desarrollo industrial, ni, finalmente, el de la misma democracia.

Capitalismo y socialismo frente al crecimiento

¿Cómo no introducir aquí, de forma sumaria, otra confrontación? Si, entre 1760 y 1917, todos los avances económicos del mundo pueden inscribirse en la cuenta del capitalismo, ello es debido a que, aunque no sea el único modo de producción en vigor entre estas dos fechas (excepto en el caso de los Estados Unidos, los viejos modos de producción han ofrecido en todas partes alguna resistencia), ha sido cuando menos el nuevo responsable de una inmensa mutación. En cambio, a partir del momento en que otro sistema de sociedad ha pretendido de forma consciente y orgullosa «alcanzar y superar» a los países más avanzados del capitalismo, cabe preguntarse si, sesenta años después, ha ganado la apuesta.

Ya podemos imaginarnos que un problema así, planteado con todas sus letras, en términos de «competición», no se ha tratado fríamente. «Progreso sin precedentes» y debido, sin duda, al abandono de la propiedad privada de los medios de producción, dice Vinogradov refiriéndose al crecimiento industrial de la URSS. «Modelo que el hombre intenta comprender para dirigir mejor el crecimiento económico en el futuro», dice Sh. C. Clough de la historia económica de los Estados Unidos. En tales condiciones es curioso observar la forma en que los especialistas americanos han interpretado y presentado los datos de crecimiento en los países socialistas: desprecio primero, subestimación después, «pánico» tras el episodio del *sputnik* —confesado y descrito por Rostow en *Las etapas del crecimiento*—. Por un lado, los sistemas serían distintos; sin embargo, el crecimiento de la URSS se inscribiría en la exacta prolongación del de la Rusia zarista, resultando incluso «paralelo» al de los Estados Unidos, con un desfase de tres a cinco decenios; aunque todo crecimiento acaba llegando a un techo, el desfase tendería a crecer (Warren Nutter). Hoy en día, estos razonamientos embrollados son desplazados por críticas sectoriales (agricultura), sociales (distribución) y políticas (totalitarismo); se olvida el producto industrial y global que sigue creciendo; cuando lo importante en esta comparación es:

1) Que los fenómenos de ahorro global, de formación de «capital», de inversiones productivas, de utilización eficaz de un aparato industrial masivo, no se presentan ya como hechos específicos del capitalismo; podemos llegar a la conclusión de que en ambos sistemas se parecen, y hasta puede reprochárselo al socialismo; pero durante mucho tiempo el capitalismo proclamó que era el *único* capaz de desencadenar ese despegue material; y es esta exclusiva la que ha quedado desmentida.

2) Y es precisamente en los países retrasados, mal liberados de las lentitudes precapitalistas, y en los que la intervención de los capitales extranjeros frenaba, más que estimulaba, cualquier tipo de «modernización», allí donde las revoluciones socialistas han obtenido las mutaciones más evidentes. La Europa balcánica y oriental se estanca entre las dos guerras; a partir de 1945, la capacidad de producción de Hungría, Rumania y Bulgaria da un salto. Gerschenkron, en un estudio sobre Bulgaria entre 1920 y 1940, llega a la conclusión de que este país presentaba en aquel momento, para iniciar un despegue capitalista, «todas las causas y ninguno de los efectos». Ahora bien, la Bulgaria socialista pasó, entre 1950 y 1974, de una producción de electricidad de 0,8 miles de millones de kWh a 29,5 miles de millones. En el terreno de la alimentación, India se enfrenta con impotencias que China parece haber superado: autosuficiencia cada vez mayor, seguridad en las importaciones. Rostow se preguntaba, en 1960, si en el porvenir el criterio para juzgar el éxito del capitalismo occidental no sería su eficacia en la ayuda aportada al despegue de las economías «subdesarrolladas». Pues

bien, los países que han conseguido mayores éxitos en este despegue son los países socialistas, que lo han hecho, básicamente, «a partir de sus propias fuerzas». ¿Es una lección?

3) Las comparaciones detalladas entre los dos sistemas económicos nos brindan otra: uno de los *handicaps* de las economías socialistas continúa siendo el no haber superado, técnicamente, la vieja «desigualdad de las cosechas» de su *agricultura.* Pero uno de los rasgos característicos del capitalismo lo constituye una irregularidad de naturaleza distinta, pero de parecido alcance, en las producciones de la *industria.* Al comparar las producciones de acero bruto en Estados Unidos y en la URSS, Warren Nutter calcula los «años de retraso» de la segunda sobre la primera, señalando, por ejemplo, que la producción de 1937 en la URSS (17,7 millones de toneladas) había sido alcanzada por los Estados Unidos en 1905. Pero en realidad con esto se está comparando una producción efectiva con una *capacidad de producción* conseguida, es verdad, en 1905, pero utilizada desigualmente a continuación; porque, en 1908, por ejemplo, la producción americana había vuelto a bajar a 14,2. Y los otros bajones del siglo XX son más brutales: 1921/1920 (20,1 Mt / 42,8), 1932/1929 (13,9 / 57,3), 1938/1937 (29,8 / 51,3), 1958/1955 (77,3 / 106,1). *La utilización de la capacidad de producción del aparato industrial es discontinua*: tal es el principal vicio de funcionamiento de la economía capitalista.

4) Pero, en esta irregularidad de funcionamiento, ¿se debe todo a los mecanismos internos? Así resume Rostow, para el largo período 1860-1950, su comparación entre Rusia y Estados Unidos:

> Después del despegue, ambas sociedades pasaron por graves vicisitudes: los Estados Unidos, la guerra civil y la larga crisis económica que se inició en 1929; Rusia, las dos guerras mundiales que le ocasionaron unas devastaciones que los Estados Unidos se ahorraron. Pero si se miden en términos de producción, los progresos de la industria después del depegue fueron notablemente paralelos en ambos casos.

¡Extraño «paralelismo», que ve saltar hacia delante la producción americana gracias a las dos guerras que hunden la producción rusa, y que ve hundirse a la producción americana en una crisis que la URSS «se ahorra»! El *corto plazo,* en el que intervienen *acontecimientos* y *fluctuaciones*, esclarece, tanto como el largo plazo, los rasgos de los modos de producción en la evolución histórica.

CAPITALISMO Y CRECIMIENTO: *c*) PLAZOS CORTO Y MEDIO

Desde que surgió el capitalismo, el «ciclo de los negocios», las «crisis de sobreproducción» y las «fluctuaciones coyunturales» han inspirado tantos estudios como para borrar la menor duda sobre su importancia.

Un «ciclo de negocios» pudo existir en la época de un capitalismo puramente comercial. Y la producción precapitalista no ha ignorado las crisis periódicas. Pero durante largo tiempo las crisis comerciales sólo afectaron a una pequeña parcela de la sociedad y las crisis, a menudo terribles, que caían sobre la masa de la población eran crisis alimenticias; su periodicidad aparente se debía al movimiento imprimido a los precios por el agrupamiento estocástico de las cosechas malas o insuficientes. Su máxima incidencia sobre las capas pobres de la sociedad se sitúa en los confines de los modos de producción feudal y capitalista, cuando el comercio de los granos puede actuar libremente sobre los stocks pero no está todavía lo suficientemente generalizado como para garantizar la fluidez del mercado. Es lo que sucede en Francia en 1775,

en 1789, e incluso en 1846-1847. Es lo que sucede, todavía hoy, en el «tercer mundo».

En Europa y en América del norte, la instalación del modo de producción capitalista se realiza cuando la crisis periódica, en lugar de manifestarse mediante un alza brusca de los precios del grano, se anuncia con una baja súbita de los precios del hierro —entendiendo «grano» y «hierro» como materias simbólicas, una de la producción agrícola y del consumo de masas, la otra de la actividad industrial y de los bienes de producción—. Con el triunfo del modo de producción capitalista clásico, competitivo e industrial, se pasa de la «*escasez absoluta* de los *productos*» al «*exceso relativo* de las *mercancías*» (Jaime Vera) que se manifiesta de forma periódica.

El esquema (simplificado) del «ciclo» se entiende fácilmente: en un momento de aumento de la demanda, de subida de precios, de mano de obra abundante y, por tanto, de beneficios elevados, la empresa es estimulada; la que ya existe reinvierte, aumenta o mejora su utillaje; y el empresario que tiene más ambición que capital encuentra crédito; los bancos se activan; el estímulo pasa del sector de los bienes de consumo al de los bienes de producción; aumenta la oferta de equipamiento. ¿Puede tal situación durar indefinidamente? La mano de obra, al hacerse más rara, se hace más exigente, y el dinero resulta más caro; la tasa de beneficio acaba reduciéndose. A partir de este instante, la inversión vacila. Basta con una quiebra, con un pánico en la bolsa, con que un banco imprudente se vea obligado a cerrar sus ventanillas, y el movimiento de alza, que se propagaba de abajo arriba, se transforma, de arriba abajo, en una epidemia de baja. En la base, la amenaza de eliminación se cierne sobre las más rutinarias de las viejas empresas y sobre las más imprudentes de las nuevas. Todas tienden a reducir su actividad, su personal. Es el paro. El paro no sirve para facilitar el relanzamiento del

mercado. Pero fuerza a aceptar salarios más bajos, y puede ser el origen de una recuperación (o de una esperanza de recuperación) del beneficio. La selección operada en las empresas permite también abrigar esta esperanza a partir de precios más bajos. Si el consumo responde a esta incitación, pronto remontarán. Y se producirá la recuperación.

Este movimiento espontáneo del plazo corto capitalista ha dado lugar naturalmente a dos tipos de interpretaciones, incluso de vocabularios. Por un lado los optimistas, que sin llegar a hacer la «apología» de la crisis (por lo que serían mal recibidos), la justifican: insistirán sobre el *ciclo* y no sobre la *crisis*; mostrarán cómo el ímpetu (el *boom*) «*crea*», «*multiplica*» las empresas, cómo el «crac» financiero «*sanea*» la bolsa, cómo la recesión subsiguiente «*selecciona*» las resistencias y las iniciativas que merecen la pena. Al final del circuito, la libertad ha sido rentable. Nos encontraremos de nuevo ante el optimismo del plazo largo.

En el terreno opuesto, es posible señalar en la crisis el lugar que ocupan las «*irracionalidades*», las «*contradicciones*», la «*anarquía*» del capitalismo. Porque aunque el resultado final pueda llegar a defenderse, el precio para conseguirlo son miserias sociales, humanas, *temporales* pero *repetidas*: empresarios desgraciados arrojados al proletariado, obreros y empleados reducidos al paro.

¿No es irritante, en cualquier caso, oír hablar de «*sobreproducción*» en un sistema cuya justificación suprema es la producción? De hecho, el estado permanente es el *subconsumo*, absoluto cuando hay «subempleo», relativo siempre, porque las necesidades son extensibles (como se ve a largo plazo).

Con ello, las crisis ponen de relieve que la adaptación de la oferta a la demanda, del aparato productivo al poder adquisitivo se efectúa mediante unos tanteos que cobran sus víctimas. Los tiempos del capitalismo ingenuo, agresivo, para los

que el proletario no es más que un imprevisor y el arruinado un fracasado, han pasado un poco a la historia. Se protegen las empresas marginales, se paga a los parados. Pero ¿qué queda entonces de la imagen darwiniana del capitalismo selectivo?

Por otra parte, la misma selección, con sus corolarios de eliminación por una parte, y de concentración por otra, ha ido en contra del esquema original de la concurrencia. Así lo han demostrado las grandes crisis norteamericanas. Y los enormes aparatos productivos formados en los tiempos de «sobreinversión» pueden quedar inutilizados durante meses y años (ya hemos citado cifras para el caso de Estados Unidos).

Otros movimientos, aparte del ciclo «intradecenal» del que acabamos de hablar, y que sigue siendo el más destacado y el más clásico, son también el resultado de la lógica de funcionamiento del capitalismo libre, y de su misma libertad. Los economistas «dirigistas» sueñan con utilizar, controlar o suprimir todos estos movimientos. Un «coyunturalista» como Ernst Wagemann no ha disimulado nunca que el objetivo de sus investigaciones era una economía «*konjunkturlos*». Pero mientras el dirigismo o la planificación son indicativos, y no autoritarios, la sucesión de los impulsos y de las recesiones se perpetúa, aunque se consiga atenuarla. Los especialistas de la técnica de previsiones señalan ciclos de menos de dos años, por debajo del clásico «ciclo de los negocios».

Y, por encima de éste, un economista como Kondratieff y un sociólogo-historiador como Simiand han descrito alternativas de veinticinco años (más o menos) de facilidades en los negocios —no digamos de «prosperidad» para todos— y de veinticinco años (más o menos) de dificultades, de trabas —no digamos de «miseria», puesto que el consumidor puede beneficiarse de la baja de los precios—.

Estos «ciclos de Kondratieff» han cubierto los siglos XIX y XX. Simiand descubre en ellos, como en el caso del ciclo corto, una complementariedad entre una fase favorable a la proliferación de las empresas y una fase que efectúa la selección. Todo ello favorece el crecimiento.

Pero las *causas* de este ritmo son menos claras que las del ciclo corto. Simiand se inclina por una explicación *monetaria*: descubrimiento de las minas de oro en el siglo XIX, inflación del siglo XX, seguidas de enrarecimientos relativos del dinero y del crédito. Kondratieff ha pensado más bien en el papel propulsor de las grandes innovaciones *tecnológicas* (el ferrocarril, por ejemplo), seguido de períodos más tranquilos de digestión del progreso por parte de la economía.

Se ha insinuado también que las *guerras* podrían no ser extrañas a esta sucesión de impulsos y retrocesos relativos: ¿acaso no son, por lo demás, creadoras tanto de inflaciones monetarias como de múltiples inventos técnicos? Queda el enigma de la periodicidad, que se resuelve mal con una explicación «factual». Y sobre todo, si las guerras entran en juego, ¿de dónde salen? ¿Diremos, como Jaurès, que el capitalismo «engendra la guerra como la nube engendra la tormenta»? De todas maneras, este rasgo no sería específico. Pero es cierto que en el capitalismo, más que nunca, existen vínculos estrechos entre las economías de los grupos organizados y sus rivalidades político-militares.

En el siglo XX se ha podido observar que las crisis económicas más duras (1929 y quizá los años 70) se producen cuando coinciden una crisis cíclica clásica y un giro (hacia la baja) del movimiento Kondratieff, con acentuación, en el curso de la crisis, de las contradicciones de todo tipo, que llevan finalmente al conflicto. Sin que ello fuera un despropósito, se pudo creer, en los años 30, en una «crisis general» en la que podría naufragar el capitalismo. La crisis económica tenía efectivamente vínculos evidentes con las crisis sociales (España, Austria, junio de 1936 en Francia), políticas

(«frentes populares» contra la ascensión de los fascismos), internacionales (exigencias explosivas de «espacio vital»).

Pero la guerra, aunque ha eliminado a los fascismos agresivos, no sólo no ha desplazado al capitalismo sino que le ha dado, bajo la dirección aplastante de los Estados Unidos, una vitalidad sorprendente, una enorme capacidad de creación tecnológica y económica, entre 1945-1950 y 1970-1975. Pero en el reverso de la medalla, habiendo resistido a la «guerra fría», los socialismos soviético y europeo, la revolución china, la descolonización generalizada, los desafíos cubano y vietnamita, limitan singularmente las certidumbres del capitalismo. Las crisis del siglo XX han desembocado en el mundo en un estrechamiento de las zonas de dominio directo por parte de las viejas potencias, pero también en una concentración de los poderes del capital. En relación con este «centro» que domina desde lejos a una «periferia» de docilidad desigual, cabe preguntarse: 1) ¿sigue él mismo amenazado por sus contradicciones sociales?, y 2) ¿se parece todavía a la imagen que tenía de su futuro el capitalismo de los siglos pasados?

Observaciones sobre la coyuntura y las luchas de clase

El excepcional empuje de las economías capitalistas entre 1950 y 1970 (Estados Unidos, Escandinavia, Alemania, Francia, Japón e incluso Europa mediterránea) ha llevado a algunos analistas (Lévy-Leboyer, Perkins, New economic history norteamericana) a la convicción de encontrarse frente a un «éxito» decisivo, ante una economía *self-sustained*, *konjunkturlos*, con tendencia a trasladar esta calificación al pasado. Según ellos, la importancia dada a las crisis periódicas y a las luchas de clases sería únicamente el reflejo de un prejuicio ideológico. Incluso fuera del muy largo plazo, se podría demostrar que, en el período medio, los salarios reales sólo han bajado excepcionalmente.

Algunos estudios sociales, con su puntillismo factual (A. Kriegel), han tendido igualmente a subestimar las tensiones coyunturales, mientras otros sobreestimaban los aspectos psicológicos, incluso psicoanalíticos, de las explosiones del descontento obrero (huelgas del siglo XIX, junio de 1936 o mayo de 1968 en Francia).

De hecho, los bruscos sobresaltos de los precios (en 1920 llegan en Francia al 9 % mensual), los efectos sectoriales de las deflaciones aparentemente favorables al contenido de los salarios (1934), la necesidad de aumentar las horas de trabajo en período de desarrollo (años 1960) demuestran que el propio siglo XX no ha superado las sacudidas del tiempo corto. La patronal lo sabe (se ve por las encuestas de coyuntura), y sigue obsesionada por el temor a las crisis; a la menor amenaza, deja de invertir.

Y el obrero, por su parte, más avezado al sentido relativo de las remuneraciones nominales, tiene los ojos puestos en el movimiento de los precios (¡y de los beneficios!). En los períodos de horas extraordinarias multiplicadas no abriga ilusiones sobre la proporcionalidad entre el incremento de su esfuerzo y el incremento de su salario. Y ello sucede ante el espectáculo cotidiano (que el capitalismo victoriano hubiera, sin duda, desaprobado) de empleos improductivos, de gastos ostentosos, de despilfarros masivos, que desmienten el mito oficial de una formación de capital invertida por completo.

Al revés, en caso de recesión, si los precios bajan ¿cuántos asalariados podrán mirar la situación a partir de salarios mantenidos? Todos se sentirán solidarios de las amputaciones de la masa salarial a través del paro. ¿Y quién se consideraría satisfecho por la baja de precios? Esta satisfacción ¡sería aprovechada en contra de los salarios! Hoy, en los

años 70, a pesar de la recesión, los precios suben: ¡es la «*stagflation*»! * ¿Cómo aceptar un tope salarial?

Es cierto que la agitación social, en los países muy desarrollados, ya no tiene la virulencia de antes. Las últimas alzas del poder adquisitivo han sido demasiado rápidas para haberlas olvidado. Todavía se puede creer en promesas. La «política contractual», la «política de rentas», el cebo de las «promociones sociales», el hecho de hacer recaer la condición proletaria pura en la mano de obra inmigrada, permiten enmarcar la lucha de clases dentro de una negociación entre potentes sindicatos, obreros y patronales, los cuales presionan sobre el estado pero ya no se atreven a proclamar que quisieran utilizarlo dictatorialmente. ¿Sucede acaso que un cierto equilibrio político-social ha sustituido al sueño del equilibrio por la economía, llevándose al mismo tiempo el sueño revolucionario? Algunos lo creen, lo desean (o lo fingen). Pero unas condiciones de este tipo, que hacen que Estados Unidos se inclinen hacia un capitalismo más social, los países escandinavos hacia un socialismo de simple control y España hacia la democracia, ¿presagian para el futuro un auténtico «compromiso»?

Ni las estructuras del «neocapitalismo» ni la limitación espacial de los países «avanzados», frente a las enormes masas de los países socialistas y del «tercer mundo», permiten creer en un mundo sin conflicto. El modo de producción socialista, en la actual fase de experiencias, obtiene, como sucedía en los inicios del capitalismo, unos éxitos más económicos que políticos, más cuantitativos que cualitativos. Pero ello puede ser tentador para un «tercer mundo» miserable.

Y el modo de producción capitalista, que, a su vez, penetra en este tercer mundo con todas sus fuerzas económicas,

* Combinación de estancamiento (*stagnation*) e inflación (*inflation*), característica de la crisis económica actual. (*N. de la t.*)

tras haber renunciado a un control político demasiado aparente, ¿se parece a lo que era cuando daba sus primeros pasos, a lo que prometía ser? Se ha hecho poderoso, un tanto monstruoso. ¿Es esto su florecimiento pleno? ¿O la premonición de su final?

No es inútil situar este presente con referencia a las etapas, en realidad muy variadas, que ha recorrido.

Una ojeada a algunas etapas de la estructura

1. *La «acumulación primitiva del capital»*. Marx pasa con razón por ser el mejor analista de la «acumulación primitiva». Y, sin embargo, abordó el tema con ironía. Según la anécdota sacada de Goethe: «¿De dónde ha tomado tu padre su fortuna? Del abuelo. ¿Y el abuelo? Del bisabuelo. ¿Y el bisabuelo? La cogió». Al principio, «se coge». La conquista de los «nuevos mundos» («nuevos» para los conquistadores) crea el mercado mundial, universaliza los intercambios, extiende el oro y la plata, hace subir los precios. Ahora bien: ¿de dónde vienen el oro y la plata? Al principio, «se cogen». Después se hace trabajar al indio con la «mita», al negro con la esclavitud. Como pedestal a la esclavitud disimulada de los obreros europeos, era necesaria la esclavitud sin tapujos del Nuevo Mundo (Marx). El «excedente» se forma en las Indias. Adquiere valor en Europa, en cuyo mercado se disputan los metales preciosos, los productos exóticos. Son los tiempos felices del capital mercantil y financiero. Por su parte, las Indias reclaman el objeto manufacturado. Se estimula la industria europea (poco masivamente todavía). El imperialismo español no «difunde» en modo alguno el capitalismo en las Indias. Crea feudos, limita el mercado de la plata, ahoga a los artesanos. La consigna instintiva (el futuro «pacto colonial») es: hacer producir todo lo que sea precio-

so o exótico, reservar el mercado para los objetos importados. En apariencia, división del trabajo. De hecho, «intercambio desigual». De ello se aprovecha Europa (más aún que España, la cual se hunde en la inflación). «Mercader-manufacturero», «campesino-mercader», notario usurero, arrendatario de derechos feudales y diezmos, todos acumulan dinero que hay que hacer fructificar porque se devalúa. Las clases feudales no productivas se ven amenazadas con la ruina material. Preservan su poder social, su jerarquía de valores. Durante mucho tiempo, la burguesía no existe sino en germen. Y, sin embargo, ya desempeña un papel.

2. *Capital financiero, mercantilismo, estado moderno.* Capital usurero, capital financiero y capital mercantil esbozan, de hecho, una situación que a veces prefigura curiosamente nuestra época. Potencias bancarias, sociedades comerciales, lugares de intercambio, sistemas de crédito, órganos de compensación internacional, e incluso pirámides monetarias escriturarias, inflación y deflación dirigidas (mal, ¿pero acaso lo hacemos mejor nosotros?), endeudamiento del estado respecto de los bancos, y colocación por parte de los bancos de los valores del estado: ¿la Europa del siglo XVI y XVII tiene mucho que envidiar al capitalismo actual, que se cree muy nuevo? Seamos prudentes; no justifiquemos a los historiadores que, para picar la curiosidad, hablan de «trusts» y de «multinacionales» en el siglo XVI. Pero fijémonos en que un gran empresario de hoy se parece más a un financiero de la edad moderna en el meollo de sus compañías, que al «empresario»-tipo del siglo pasado, al frente de su unidad de producción, de su «fábrica». La estrategia del capital financiero representa un retorno a las fuentes. La palabra «empresa» tiene muchos sentidos.

Las «finanzas internacionales» (Génova, Amsterdam) inquietaron a menudo a los que inspiraron otra forma de preparación del capitalismo: las primeras intervenciones del estado en la economía. Administradores, juristas, teólogos, representantes de las ciudades en las asambleas, procedentes muchas veces de ambientes mercantiles o artesanales, concibieron la comunidad política, encarnada en el Príncipe, como responsable de un patrimonio que defender y, en la medida de lo posible, que aumentar. Para ello había una regla: vender más que comprar, lo cual implica producir menos caro. «*Producir*»: este concepto, que algunos creen ajeno al naciente pensamiento económico, domina, entre 1600 y 1620, la obra de hombres como Serra, Moncada, Sully, Laffemas, Montchrestien, los cuales definen la agricultura y la industria, y destacan las masas pobres desocupadas (se las hace trabajar, pero sin instrumentos masivos). «Ganar dinero» se convierte en el objetivo de todos. El espíritu burgués penetra en el estado. Marx ve ahí la primera forma, bruta, de la exigencia capitalista. Keynes ha esbozado también su rehabilitación de los mercantilistas. ¿Era necesario? Todos nuestros estadistas hablan como ellos: producir a bajo precio, exportar, única salvación «nacional». Desde muy pronto, el «estado-nación» es designado como futuro marco del capitalismo. Y, en algunos casos, los comerciantes se ponen ya al frente: la primera revolución burguesa-nacional fue realizada por las Provincias Unidas contra España; y los últimos mercantilistas ingleses identifican nominalmente vocación mercantil y misión patriótica.

3. *Sueño fisiocrático, revoluciones políticas.* Con la mejora de los instrumentos de navegación (lo que reduce el lado aleatorio del gran comercio), y la de las redes de carreteras y comunicaciones fluviales (lo que unifica el mercado), los comerciantes descubren las virtudes de los intercambios interiores, y reclaman la libertad en este terreno. «Monseñor, dejadnos hacer», dice uno de ellos a Colbert. Tal noción no

la descubrieron «teóricos y hombres llenos de buen sentido», según se ha escrito, sino, como es obvio, comerciantes que la necesitaban y tenían intención de aprovecharla.

El teórico es Quesnay. Tuvo la genialidad de descubrir, en el «circuito económico», el «producto neto», antepasado de la «plusvalía». Pero cree que sólo la tierra, que devuelve más grano del que se le da, puede garantizar a la vez el alimento de los trabajadores y ese «excedente» que Dios destina *a los propietarios*. Y la idea según la cual la naturaleza, abandonada a sí misma, ordenará a la sociedad y satisfará a la propiedad, seduce a los estadistas. Durante mucho tiempo chocarán todavía con la realidad de los mercados poco fluidos. Turgot caerá como consecuencia de la «guerra de las harinas». Y muy pronto la Revolución francesa deberá trocar el liberalismo doctrinario de Le Chapelier por la ley del máximo salarial. La «verdad de los precios» va demasiado a menudo contra el interés popular, y la reglamentación de estado contra los salarios. Ello se debe a la naturaleza misma del estado burgués.

Y, sin embargo, las masas, detrás de sus burguesías, se embriagaron mucho tiempo con la palabra «libertad», porque la entendían en el sentido *político*. Las burguesías holandesa, inglesa, norteamericana y francesa la habían utilizado sucesivamente como bandera. Y ha habido quien ha discutido la noción de «revolución burguesa» basándose en que en ninguno de esos países existía, en el momento de su revolución, una «burguesía» basada ya en el modo de producción capitalista, cuyo fundamento es la producción industrial masiva.

Pero es que la *libertad* la exigen todos los que tienen interés en los intercambios multiplicados, en la propiedad sin trabas, a saber, todo tipo de comerciantes, agricultores ricos o acomodados, incitados por la coyuntura económica a saltarse los reglamentos y los privilegios, extranjeros o feudales. La toma del poder por los representantes de estas capas sociales *crea las condiciones* para la aparición del capitalismo, a la vez que culmina su preparación mediante formas diversas de enriquecimiento. Igual que la revolución rusa para el socialismo, las revoluciones europeas y americanas son, para el capitalismo, a la vez *precoces* y *necesarias*. Un modo de producción sólo se desarrolla mediante la instalación de una nueva sobrestructura, obtenida por las exigencias instintivas (pero erigidas en teoría) de las clases revolucionarias que buscan su camino.

4. *El capitalismo clásico: concurrencia e industria; librecambio y protección.* Desde 1800, sólo el 30 % de la población activa inglesa se dedica a la agricultura; en los demás sitios es el 60, 70, 80 %. Ciudades surgidas de la nada, fábricas humeantes, proletariado reducido al mínimo vital *familiar* (con las mujeres y los niños enrolados, gracias a las máquinas), luchas obreras precoces («cartismo»), primeras leyes sociales conquistadas: así es, en la primera mitad del siglo XIX, el rostro inglés del capitalismo industrial. Inglaterra querría, podría ser el «taller del mundo»; sus mercaderes y navegantes están en todas partes, en sus colonias acabadas de conquistar y en los países recientemente «descolonizados» (América latina), cuya independencia ha favorecido pero cuya industrialización impide. Admirada por todos, envidiada también por las burguesías que le hacen la competencia, y denunciada por los socialismos nacientes, Inglaterra es entonces, como ahora Estados Unidos, modelo y amenaza, referencia obligada y superioridad irritante.

Nacida apenas, la Europa industrial reacciona. El bloqueo continental le ha revelado las virtudes de la protección. El estado-nación es el lugar de toma de conciencia de las burguesías. Francia sigue a Inglaterra de lejos, pero en cabeza. Alemania despega tarde, pero crece vertiginosamente a partir de 1870. En los países con regiones desigualmente desarrolla-

das las burguesías se dividen entre doctrinarios de los dos campos: librecambismo y proteccionismo (España, Italia). En algunos casos se adoptan sucesivamente las dos vías del instinto capitalista (mercantilismo y fisiocracia, productores y comerciantes); la coyuntura abierta de los años 50-60 favorece a los liberales, el retraimiento de los años 75-95 a los proteccionistas.

El resultado final es, desde luego, el «crecimiento», e incluso el final de la «pauperización» absoluta descrita por Engels o por Villermé. Sin embargo, y a pesar de una innegable ascensión de las «clases medias», el contraste entre, por una parte, los beneficios industriales, el boato y la altivez de las burguesías de negocios, y, por otra, la condición obrera, muy dura todavía (inseguridad, accidentes, etc.), perpetúa la imagen de una sociedad cuyas ventajas técnicas y proyección exterior no han suprimido las desigualdades ni calmado las luchas de clases.

5. *Alrededor de 1900: transformaciones del capitalismo.* Hacia 1895, el capitalismo sale transformado de la «gran depresión». La empresa gigante nace en América y en Europa. Los «*trusts*» y los «*cartels*» modifican el sentido de la palabra «concurrencia». El capital bancario se subordina a las industrias. La exportación de capitales supera en valor a la de las mercancías (sin estorbarla). La expansión colonial se convierte en un imperativo, como afirma Jules Ferry, ante la «saturación» de los mercados europeos. En la carrera por el reparto del mundo, ¿cómo separar los factores políticos y los factores económicos? Sin duda, los primeros tienen una relativa autonomía: a Guillermo II le gusta jugar a los conquistadores, Francia crea un imperio que supera sus necesidades. Pero, globalmente, el modo de producción dominante se define por la interacción de lo económico, lo político, lo ideológico y lo pasional. Se convierte en *el imperialismo.*

Esta palabra, como la de «capitalismo», ha visto su validez discutida, porque Lenin le imprimió un sentido combativo. Pero su «ensayo de divulgación» (es el subtítulo de su célebre obra) se apoya en una decena de estudios ingleses y alemanes de una seriedad indiscutible (no sólo en Hobson y Hilferding, ambos excelentes). Y, sobre todo, el imperialismo había sido nombrado y reivindicado por sus más altos responsables: Chamberlain, Th. Roosevelt. De 1898 a 1914, no hay más que conflictos coloniales, conflictos territoriales, disputas de influencias. La vía mercantilista (prohibir y «coger», mediante el comercio o mediante la fuerza) parece triunfar. Pero, en 1914, las firmas americanas tienen ya 122 filiales en el extranjero, Gran Bretaña 60, el resto de Europa 167. El porcentaje de los capitales colocados por las grandes potencias capitalistas fuera de sus fronteras respecto a la suma de sus PNB era entre 1900 y 1919 tan alto como entre 1950 y 1959 (7,5 %).

Así, dando la razón a Lenin contra Kautsky, la internacionalización del capitalismo no auguraba la paz mundial: el cosmopolitismo de los comerciantes no ha impedido nunca la organización de los intereses en grupos adversos, con la política como instrumento.

Pero ¿los capitales acumulados se invierten de forma productiva? Lenin preveía la podredumbre de los países envejecidos, «cortadores de cupones» (Inglaterra, Francia). Su mirada se centraba en Estados Unidos, ya entonces en cabeza (y con mucho) de la *producción* mundial, hecho éste que los europeos, seguros de la supremacía de la bolsa de la City, percibían apenas. Pero aquel capitalismo «abierto», sin trabas hereditarias, y más empresarial que rentista, había dejado de ser «salvaje». Taylor le enseñaba el «*scientific management*» de todo gesto productor, y Ford, aplicándolo a una escala insólita, lanzaba el automóvil en serie, accesible, según prometía, a sus propios obreros. Aquí se plantean tres cuestiones:

1) ¿Debe hablarse de un «trastorno» estructural del capitalismo, o de una «segunda revolución industrial» (motor de explosión, petróleo, electricidad)? Digamos de nuevo: *de ambas cosas*, y de su *combinación*. «Fuerzas productivas», «relaciones de producción»: unidad dialéctica. El capitalismo no «crea» la revolución industrial; se adapta a ella y la integra, mediante la productividad cronometrada.

2) ¿Qué gana el obrero con esta «revolución»? Ford le ha prometido su coche, y mantendrá su palabra. Pero al precio de una *despersonalización* (pensemos en el Charlot de *Tiempos modernos*). Además, ¿durarán los enormes beneficios de los pioneros del fordismo? La idea de que el obrero pudiera comprar *todo* lo que produce se opondría a cualquier formación de capital. Y éste debe crecer. Llegará entonces la *baja de la tasa de beneficio*. A largo plazo, pero también *con crisis*.

3) ¿Habrá que pensar, pues, que el relativo bienestar del obrero norteamericano es una consecuencia de los beneficios exteriores, «imperialistas»? Es evidente que su nivel de vida lo convierte en un aristócrata del mundo obrero, con poca afición por las solidaridades internacionales. Pero su participación en los beneficios es escasa, y corre el peligro del paro. No es él quien explota el mundo exterior. Es el capital. Éste, en cambio, sólo puede mantener su ritmo, evitar las crisis (y sólo en este sentido existe una solidaridad entre él y el «trabajo nacional»), mediante los superbeneficios debidos al imperialismo, y a través de la constante demanda que los conflictos mundiales ocasionarán a la producción de los Estados Unidos. Sin tales solicitaciones (1915-1920, 1939-1945, 1950-1953), ¿dónde estaría esa producción en estos momentos?

6. *De la guerra a la crisis; de la crisis a la guerra.* En América, en 1921, el «crac» sigue al «boom». Después, la «prosperidad» induce a la ligereza: fracaso del «barómetro» de Harvard (o negativa a creer en él), juego de bolsa que da al norteamericano medio la ilusión de la fortuna. Ello hace más duro todavía al crac de 1929 en los Estados Unidos, y la onda del choque revela su dominio. El paro afecta, sobre todo, a los países sobreequipados (Estados Unidos, Alemania). Toda deflación crea la crisis social (España, Francia). El New Deal da entrada al dirigismo en el santuario de la libertad. Lo que funciona menos mal son las devaluaciones monetarias. Pero la caída de la libra y del dólar aniquila las antiguas seguridades. Se teoriza el estancamiento, se denuncia la máquina. Una luz en las tinieblas: Keynes, al definir el «pleno empleo», la «propensión al consumo», el «multiplicador», la buena utilización de los déficits presupuestarios, enseña al capitalismo que la devaluación de la moneda es el único método para combatir el efecto desalentador de la tendencia de los precios a la baja, que la inflación moderada recorta sin dolor los salarios y los cupones del «prestamista pasivo». Mientras tanto, la autarquía de Hitler y Schacht, que conserva del socialismo sólo el estatismo, y del nacionalismo sólo la agresividad, parece un retoño monstruoso del mercantilismo. Llega la guerra. De nuevo, las nubes han engendrado la tempestad.

7. *Nuevos impulsos. Transformaciones. ¿Existe un «neocapitalismo»?* La producción norteamericana, que es la mitad de la del mundo, decae poco después de 1945, recupera su aliento con la guerra de Corea (1950), y arrastra más tarde al mundo capitalista a un crecimiento sin precedentes (1950-1970). ¿Qué pensar de esta etapa?

a) Se trata de una *nueva revolución tecno-científica* (átomo, espacio, información, automatización) *asumida* por el capitalismo. No la «*crea*», ni tiene la exclusividad; se sirve de ella.

b) Las *relaciones sociales de producción* no cambian de *naturaleza*. El capital se acumula en la cumbre. La proporción de *asalariados* aumenta en la población. Pero, cuanto más «desarrollado» es un país capitalista, menor es el número de agricultores, y más disminuye la cantidad de trabajadores-productores de objetos. El «sector terciario» lo invade todo: ¿dirección? ¿Organización? ¿Distribución? ¿Servicios productivos? ¿O parasitarios? La «racionalización» hace disminuir también el número de «empleados» y de intermediarios. ¿Dónde van los expulsados? ¿Al parasitismo? ¿Al paro? ¿Caerán bajo la dependencia del capital? ¿Serán solidarios del trabajo?

c) La *economía* ¿es más eficaz? Donde antes se decía «concurrencia», ahora se dice «juego», «estrategia», «gestión». Pero un juego en el que no pierde nadie, una gestión siempre racional, es el «estado estacionario». De hecho, se concentra y se elimina. Bajo la mirada del estado.

d) El *estado* compra, invierte, es más controlado que controlador. Lenin había previsto este «capitalismo monopolista de estado». Liberal en Alemania, planificador en Francia, sigue utilizando el «estado-nación», mientras instituye a la vez los «mercados comunes». Ni ellos ni el dominio norteamericano impiden la disputa en torno al petróleo, ni la compraventa de armas. Y el papel del hecho *militar*, en la tecnología y en la demanda industriales, revela la inestabilidad del mundo.

e) La *universalización del capital* no la ha liquidado. *Relativamente*, las «multinacionales» no ocupan más lugar que en 1914. En *cifras absolutas*, su poder se ha multiplicado por diez. Su última consigna —«desplazar» la industria, instalar en países atrasados la fábrica de punta—, ¿hace pasar acaso al capital internacional «*de la esfera de la circulación a la esfera de la producción*», mutación decisiva? Pero la mina o la plantación también eran «producción». Y la técnica avanzada resuelve menos que ninguna otra, en el país receptor, los problemas de *empleo* y de *mercado*. ¡Estas industrias importadas exportan!

f) Así, pues, las *contradicciones internas* subsisten. La sobreacumulación de capital, antes periódica, se convierte en permanente. La innovación permanente desvaloriza el instrumento. En relación con el capital global, los beneficios deberían desmoronarse. El imperialismo y la inflación los hinchan. Pero cuando el dólar confiesa su sobreevaluación, los contratos petrolíferos saltan. El rey está desnudo. ¡Qué más da! En plena recesión se mantiene el distintivo de la abundancia. Es la *stagflation*, como en la España del siglo XVII. ¿Es la decadencia? No profeticemos. Limitémonos únicamente a constatar que, a nivel mundial, *el mercado* no ha garantizado, de forma armónica, la adaptación de la demanda a la oferta ni la de la producción a las necesidades.

Apéndice

¿ECONOMÍA CAMPESINA?

Texto de una conferencia pronunciada en la Fundación March, con el título «Reflexiones sobre la noción de "economía campesina"», y publicada, por primera vez, en la obra colectiva *La economía agraria en la historia de España*, Alfaguara, Madrid, 1978.

Quisiera participarles, con perfecta conciencia de las dificultades del tema, algunas dudas, preocupaciones y hasta irritaciones, que me inspiró, durante estos últimos años, la sobreabundante literatura en torno a «cuestiones agrarias», «economía del campo», «transformaciones agrícolas», «papel histórico del campesinado»...

La colaboración entre economistas, sociólogos, políticos e historiadores es deseable, necesaria. Corre dos riesgos: de un lado el confusionismo, del otro la simplificación.

Quiero que conste en seguida, y sin ninguna reserva, que el coloquio que acabamos de celebrar aquí mismo no cae de ningún modo bajo esta crítica: me encantaron, por el contrario, la seriedad, el rigor, la voluntad de profundizar los análisis y de entender las complejidades, manifestados en las comunicaciones y discusiones por mis amigos geógrafos e historiadores españoles, y particularmente los jóvenes.

No ignoro, tampoco, que el tema campesino ha suscitado obras maestras. Ni que el campesinado, el «movimiento campesino», ha obtenido en el mundo transformaciones tan fundamentales como las de China o de Cuba.

Lo que me preocupa es el empleo de la palabra «campesino» sin calificativo, como si existiera un campesino-concepto, un campesinado «en sí». Pues la figura, la imagen del *campesino,* tan pronto como existe una civilización urbana, es objeto de una doble mitificación: de un lado el desprecio del «rústico», del otro el culto al «labrador» (¡o al pastor!), la «alabanza de aldea». Y también hemos visto, bajo nuestros ojos, confrontarse dos visiones —y sin duda dos verdades— del campesinado como factor *político*: un campesinado centro de todos los conservadurismos,

de todas las reacciones, y un campesinado centro de todas las esperanzas revolucionarias (las de un Che Guevara o de un Frantz Fanon). Contradicciones que bastan para inspirarnos alguna desconfianza hacia la utilización de la palabra «campesino» aisladamente empleada, sin más distinciones ni análisis.

Ahora bien; hace algunos años ha aparecido una tendencia a utilizar, en el vocabulario histórico-sociológico, la noción de «*economía campesina*» para caracterizar ciertos tipos muy extendidos de sociedades, sea antiguas, sea actuales. Fue mi malogrado colega y amigo Daniel Thorner, eminente especialista de la India contemporánea, quien, explícitamente inspirado por el vocabulario del ruso Chaiánov, agrónomo y economista de los años 1910-1930, propuso el concepto de «economía campesina», en 1962, a la Conferencia de historiadores-economistas de Aix-en-Provence, y después en un artículo de la revista *Annales* en 1964. Más tarde, en 1973, poco antes de su defunción, Thorner me comunicó, con ocasión de una reunión interna de la Escuela de Altos Estudios, un papel que ha quedado inédito donde, con referencia a Chaiánov y al concepto de «economía campesina», denunciaba como inútil y ya rebasado el concepto marxista de «modo de producción», incapaz, según él, de aclarar los rasgos fundamentales de países como la Rusia de los Zares, India, Indonesia, China, Japón hasta 1914 o México hasta 1930.

Confieso que reaccioné con cierta viveza. El destino, desgraciadamente, no permitió que el papel de Thorner pasase a la discusión pública. Lo que le opuse en 1973, en breves momentos de conversación, fue aproximadamente lo siguiente: es posible que inmensas sociedades, como las citadas, presenten una dominante económica campesina aplastante, que ya no pertenezcan estrictamente al modo de producción feudal, sin pertenecer todavía plenamente al modo de producción capitalista, pero ¿cómo vamos a creer que aclararemos sus rasgos específicos con llamarlos «campesinos» a secas?

El concepto instrumental de «modo de producción» tiene sus defectos si se entiende superficialmente. Es posible que haya inci-

tado en distintas ocasiones al «esquematismo». Pero no es esquemático por su propia naturaleza, pues es un concepto *global*, que hace de las contradicciones *internas* de todo sistema el principio mismo de su dinamismo, el origen de su transformación. Debe, pues (y puede), transmitir los mismos caracteres a los modelos que ha de inspirar, de igual forma que, en sentido contrario, los modelos de economía «pura» —mercado, concurrencia perfecta, teorías del «equilibrio»— expresan lo económico fuera de lo social y ocultan las contradicciones creadoras.

El concepto de «economía campesina», por su propia denominación, descubre que se está buscando, ante todo, un modelo *económico* —y solamente económico—. Tal modelo puede ayudar a la descripción, a la explicación tal vez, de mecanismos parciales, pero es muy dudoso que pueda aclarar los *orígenes*, las *crisis*, y el *destino* de una sociedad. En suma, no nos parece un instrumento adecuado para el *análisis histórico* global. Volveremos, en las conclusiones, a este tipo de consideraciones.

Es normal que observadores de la India o de China, ante campesinados tan enormes y con tantos siglos de inmovilidad aparente, hayan intentado traducir en términos teóricos semejante originalidad. Por mi parte, mi ignorancia en cuanto a los problemas asiáticos me aconseja prudencia.

Pero he aquí que para regiones más cercanas a nosotros, y evoluciones relativamente recientes, las «cuestiones campesinas», los «problemas agrarios», inspiran tendencias parecidas a las que acabo de señalar. Se intenta aislar los problemas del campo: ¡Cuántos libros, sea históricos, sea orientados por la actualidad, llevan títulos adornados con las palabras «rural», «agrícola», «campo», «campesino», «campesinado»!

Démonos cuenta de que eso también es bastante natural. Basta retroceder doscientos años —no más— en el pasado, para encontrar un mundo donde el campesinado representa el 60, el 70, el 80 por ciento de la sociedad. Pero, ¿vamos a concluir: campesinado = sociedad? ¿Y es coherente el concepto mismo de campesinado?

Viene después el momento en el que el campesinado deja de ocupar, numéricamente, el sitio privilegiado —que era el suyo— en sociedades poco evolucionadas. Se manifiestan entonces dos tentaciones entre los observadores de la sociedad: una consiste en menospreciar, en los grupos que evolucionan rápidamente, el peso (que persiste en realidad) de la masa campesina; y se ocupa uno, entonces, del «gran comercio», del nacimiento de la «industrialización», del «capitalismo» incipiente; pienso en ciertos ensayos que intentan pensar los «tiempos modernos» a partir del «capitalismo mercantil», olvidando que antes de 1760-1780, *en ningún país,* las estructuras sociales fundamentales han dejado de ser las del campo, un campo cuya permeabilidad a la penetración de la economía monetaria es muy desigual.

Pero existe una tendencia opuesta, la que consiste en subrayar, en las épocas de transición, si no la extensión, sí al menos la *originalidad* del mundo campesino. Aquí ciertos marxistas han sugerido, por el empleo (en mi opinión erróneo) de su propio vocabulario, un aislamiento, una especificidad del campo en la sociedad global, al hablar de «modo de producción parcelario», de «modo de producción mercantil simple». Tales expresiones, sacadas de unas frases aisladas de Marx, me parecen más emparentadas con los conceptos de Chaiánov o Thorner que con el pensamiento *global* de Marx.

Finalmente, si nos situamos en tiempos recientes y países próximos —España y Francia, por ejemplo—, nos encontramos ante una evolución de una rapidez sorprendente, que hace pasar, en pocos años, la proporción de la población activa campesina en la población activa total del 50 o 60 por ciento al 20, 15 y hasta el 10 por ciento. Y las reacciones, otra vez, son múltiples y varias: unos economistas aplauden tal transformación como «racional», y se proponen acelerarla. Sociólogos o políticos, a niveles muy distintos de sinceridad y análisis, salen a defender la «propiedad familiar», el «pequeño campesinado». Otros, por nostalgia sentimental o curiosidad intelectual, se hacen antropólogos, etnólogos, y estudian nuestras últimas aldeas a la manera de Frobenius o Lévi-Strauss.

Ante tantas posiciones diferentes (y todas, en cierto modo, justificadas), ¿cómo vamos a escoger nuestros instrumentos científicos? ¿Será uno de ellos la noción de «economía campesina»? Ese es el problema que yo quisiera plantearles.

Descubrir a Chaiánov —actitud cada vez más de moda en occidente— ¿será una actitud científica o una ilusión ideológica, una reacción instintiva, existencial, clasista?

Es muy comprensible la embriaguez que pueda tener uno al volver a descubrir, en varios dominios, la riqueza de pensamientos, de ensayos, de esperanzas, manifestada por la *intelligentsia* rusa antes e inmediatamente después de 1917. El telón cerrado, más tarde, sobre tal riqueza, explica perfectamente las admiraciones de hoy. Pero es importante precaverse de las ilusiones, de los espejismos que los prejuicios ideológicos pueden suscitar acerca de los valores *reales* revelados por el pluralismo y la libertad en el alba de la gran Revolución.

Agronomía, economía rural: son dominios particularmente ricos en la reflexión rusa de 1880 a 1913, de 1917 a 1930. Entre la emancipación de los siervos y las leyes de Stolypin, el campesinado ruso está en mutación rápida, si bien conserva sus rasgos aparentes, tanto en sus valores como en sus miserias. Plantea, ya en estos años, los tres problemas que Daniel Thorner, en su prefacio a la edición inglesa de Chaiánov, define así (para aplicarlos al Tercer Mundo entero): 1) ¿cómo podrá salir una sociedad tradicional de la miseria, de la suciedad, del analfabetismo? 2) ¿cómo se modernizarán sus técnicas? 3) ¿cómo se integrará tal sociedad en la armonía de una economía global, «nacional», más adelantada?

Ante tales problemas, compáresela con Alemania (entonces a la cabeza de la transformación científica de la agricultura), o con el caso mucho más parecido de España (la del Instituto de Reforma Agraria y de Joaquín Costa), la Rusia de 1900 aparece, por sus publicaciones y actividad, disfrutando de una fecundidad sor-

prendente: las encuestas agrarias, las estadísticas de los «zemstvos», llenan 70 volúmenes; los agrónomos al servicio de las mismas instituciones pasan de 124 en 1895 a 2.701 en 1912, los estudiantes de institutos agronómicos de 75 a 3.922. No nos hagamos ilusiones: el mismo Chaiánov, cuya juventud coincide con este período, critica la utilidad de cuestionarios ¡que tenían 677 rúbricas! Pero cuando lanza, por su parte, una encuesta simplificada, por cada 7.000 campesinos interrogados, contestan 300, y entre éstos 164 sólo de manera aprovechable. Este divorcio entre el *saber deseado* y el *saber posible* mide la distancia entre práctica y teoría. La idea de que no se puede reformar sin conocer a fondo ha comprometido más de una reforma agraria. Anarquistas españoles, en 1932, calificaron los debates sobre la Reforma agraria como «obra maestra de pedantería». Era con mala intención. Pero no del todo injustificado. Lenin había reflexionado mucho sobre problemas agrarios. Llegado al poder, no pidió una nueva etapa de información. Su famoso decreto sobre la tierra salió un mes después de la revolución política. No tenía la ilusión de resolverlo todo. Pero ligaba decisivamente la suerte del campesino pobre a la de la revolución. La vuelta hacia Chaiánov ¿no significará más o menos la nostalgia de las viejas pedanterías?

La verdad es que, con Chaiánov, estamos ante una personalidad excepcional. No única, pues no es sino el espíritu más brillante de una *escuela.* Pero lo tiene todo para ser admirado por nuestro tiempo. Temperamento literario, inventa la política-ficción y practica el teatro. Matemático y formalista, propone una «paleontología» del saber económico, y una planificación que sería «*arte de animación*» más bien que ciencia. Su vocabulario, pues, se adelanta en cincuenta años al nuestro (a no ser que el nuestro esté atrasado en cincuenta años).

Nacido en 1888, Chaiánov, en 1913, había publicado ya 13 estudios originales. En 1919, después de la revolución, está a la cabeza del célebre seminario de estudios agronómicos de Moscú, con 18 docentes, 30 investigadores, una biblioteca de 140.000 volúmenes, un Instituto de coyuntura regido por Kondratieff.

Eso, hasta 1930. Así, hasta la colectivización en su fase decisiva, Chaiánov no es un disidente, sino un responsable. Innovador y ávido de cambios, fiel a sus primeras ideas «organizacionales», cree en la especificidad del grupo ruso, pero tiene los ojos puestos en las realizaciones extranjeras. Le discuten duramente desde fuera, y también desde dentro, en su propio Instituto. Pero le respetan hasta el viraje de la colectivización, que determina su desgracia, su exilio. Está en Alma-Ata en 1932. Después, no se sabe nada de él.

Medir y criticar la obra de Chaiánov a partir de las solas obras publicadas en inglés, alemán o castellano, es, entiéndase bien, imposible, y queda fuera de mis intenciones. Lo que quisiera caracterizar es el *espíritu* de una *escuela,* de una *tendencia,* de una *herencia.* Lo que se reivindica ahora de él no es otra cosa.

Cuando Chaiánov, entre 1908 y 1913, empieza a escribir y publicar, las dos crisis que inspiraban la literatura agraria rusa hasta 1900 estaban ya un tanto olvidadas: quiero decir, la crisis universal de sobreproducción agrícola de los años 80 (crisis de larga duración), y la terrible hambre de 1891, de la cual resultaron millones de muertos.

Los jóvenes agrónomos rusos ya no estaban, como antes habían estado los agrónomos, al servicio de los grandes señores terratenientes. Hacían las encuestas para los «zemstvos», inspiraban las sociedades de agricultura, y se consideraban al servicio del pueblo, por la vía técnica y económica. Se llamaban a sí mismos «*organizacionales*», con el slogan «*Organización y Producción*». Diríamos hoy: tecnocratismo y productivismo. Las viejas controversias entre populismo y marxismo sobre el «paso al socialismo», les parecían superadas. Y pensaban demostrarlo teóricamente, aislando su dominio —la «*economía campesina*»— de las categorías que ellos creían comunes (sin haber profundizado las diferencias) a la economía clásica o marginalista, y a la economía marxista, es decir, a los conceptos fundamentales de ésta.

La expresión típica de esta visión de las cosas se encuentra en las *Cuestiones agrarias* de Kosinski, publicadas en Odessa en

1906. Abarca ya lo que Chaiánov no hará sino generalizar y profundizar:

> No puede propiamente hablarse de *renta* ni de *beneficio* en la economía campesina, pues el campesino, representando a la vez la tierra, el capital y el trabajo, no divide los valores creados en el proceso de la producción en costos necesarios y plusvalía. Todo el valor creado le corresponde para ser utilizado de manera indivisible, y es igual a la plusvalía capitalista más el salario, ambos reunidos. Por eso la idea de plusvalía, así como la de interés del capital, le es extraña. Considera el ingreso neto obtenido gracias a sus recursos naturales que le pertenecen en propio, como el producto de su trabajo.

Estas frases, que los comentadores consideran generalmente como típicas, junto con las «nociones esenciales» que reiterarían después, con ciertos matices, Kablúkov, Chelínchev, Bruckus, Makárov y por fin Chaiánov, son en realidad un descubrimiento bastante pueril.

Se deduce de la idea —implícita, por cierto, en muchas de las clases de primer año de economía política— de que todo agente económico toma sus decisiones en términos de coste y utilidad, y de que no compramos un panecillo sin haber calculado su utilidad marginal. En realidad, todo enunciado de una ley económica debiera ir precedido de la advertencia: «todo pasa como si...», en lugar de sugerir la imagen absurda de un cálculo *consciente* a cada nivel. Basta practicar un poco la historia de las empresas para saber que «gestión», «rentabilidad», «eficacia marginal del capital», «desutilidad del trabajo», etc. no han sido (sino en tiempos muy recientes y en círculos muy restringidos) realidades operacionales en la práctica cotidiana. Muchísimos empresarios capitalistas han creído (muchos creen todavía), como el campesino de Kosinski, que el ingreso neto que sacan de sus recursos propios, calculado *grosso modo* en fin de ejercicio, es el producto de su «trabajo». Hizo falta el genio de Quesnay para descubrir el «producto neto», el genio de Marx para descubrir la «plusvalía». Y estaban descubriendo, hacia 1900, que tales nociones no habitaban la mente del mujik mediano. ¡Qué infantilismo!

Pero tampoco se trata de observaciones hueras de significado. Subrayan solamente hechos ante los cuales nuestros estadísticos modernos quedan a menudo embrollados.

¿Cómo se puede, por ejemplo, equiparar el trabajo suministrado por la familia campesina tradicional, y el trabajo *cronometrado* de un obrero de fábrica?

Cuando la estadística francesa decidió (en 1956, si no recuerdo mal) considerar que la esposa del agricultor no realizaba un trabajo a tiempo completo, sino solamente a medio tiempo (¡otra aproximación!), la cifra de la población activa campesina (en equivalente-trabajo) bajó en un millón de cabezas. Y es claro que la productividad subió correlativamente. ¡Como para dar confianza a la continuidad estadística!

Es verdad que el campesino propietario —o simplemente jefe de explotación— organiza su trabajo libremente, sin cálculos, haciéndolo variar de cero a dieciséis o dieciocho horas por día según las estaciones. Verdad también que los que llamamos en Francia «*aides familiaux*» (auxiliares familiares) —mujeres, hijos, yernos, viejos y mozos, criados y alimentados en la unidad de producción— son menos libres que el padre de familia. Le obedecen. Hay, pues, matices en lo que Chaiánov llamará «auto-explotación». Es, en muchos casos, explotación más o menos dura del núcleo familiar.

Del tiempo en que se utiliza la fuerza de trabajo, pasemos ahora a su remuneración. Sabemos muy bien que corresponde, en lo esencial, al *autoconsumo* familiar del producto de la granja. Pero, para comparaciones estadísticas, ¿cómo vamos a cifrar el equivalente-subsistencia ofrecido a cada unidad de trabajo incorporada?

Chaiánov, en este punto, se niega a cifrarlo por el salario monetario medio pagado en la región observada al obrero asalariado, estimando que el nivel de consumo interno, en la familia campesina, varía mucho en el espacio y en el tiempo. Afirmación discutible: en la Francia y en la España del siglo XVIII, según investigaciones serias, los hábitos de consumo familiar son muy estables en una región, y, si existen distintos niveles, será entre ricos y pobres, entre dueños y mozos. Por eso, en la España de 1750,

los promotores del Catastro de Ensenada no dudaron en estimar para cada jefe de explotación campesina, y a sus auxiliares, un primer ingreso correspondiente al salario agrícola vigente en la región (con su jerarquía interna). Después, el propietario explotador está tasado otra vez, sobre el ingreso global de la explotación, rebajado del conjunto de los salarios ya contabilizados. Chaiánov hubiera dicho, tal vez, que los consejeros de Ensenada estaban equivocados. Pero lo cierto es que no podían sufrir la influencia del cálculo marginal, como tampoco la del concepto marxista de plusvalía.

Queda claro, por tanto, que el campesino propietario, en la medida en que confunde en sí fuerza de trabajo y propiedad de los medios de producción, no responde al modelo capitalista.

Pero queda claro también lo difícil que es imaginar una economía entera compuesta de un conjunto de células familiares, que se contentarían con reducir o aumentar su consumo según las variaciones de las cosechas. La «economía natural» de las primeras escuelas históricas alemanas no ha existido nunca; es un punto perfectamente comprobado hoy. Recuerdo que en mi niñez (que corresponde, poco más o menos, a los años de máxima actividad de Chaiánov), conocí a un amable socialista utópico que me describía la sociedad ideal como un conjunto de «granjas autónomas» yuxtapuestas en la naturaleza. Y conocí también, un poco más tarde, a un excelente profesor de latín que soñaba con arar la tierra leyendo a Virgilio. Veremos que Chaiánov, hacia los mismos años, cultivó también semejantes utopías. Uno puede preguntarse si no se reflejaban en sus planteamientos teóricos. A menudo, sus experiencias de observador, de técnico, de hombre de acción, contradicen tanto sus afirmaciones teóricas como sus sueños utópicos.

La «granja autónoma», si admitimos por un momento la hipótesis, tendría que asegurar, en principio, las tres operaciones económicas fundamentales: 1) *garantizar* la existencia, y la reproducción, de la fuerza de trabajo; 2) *amortizar* el capital, reparando los instrumentos («cheptel mort» en francés), y alimentando el ganado («cheptel vif» en francés); 3) *invertir*, ya que sembrar, plantar árboles, criar un ganado creciente, es invertir productivamente (¿y quién no lo hace?).

El problema consiste en saber si estas tres operaciones —en un plazo determinado, si no cada año— estarán cubiertas por el producto de la explotación. Podemos imaginar una sucesión de déficits y de excedentes que se compensarían a plazo medio. Parece que es esa la hipótesis de Chaiánov.

Pero todo déficit *continuo,* o todo déficit momentáneo *demasiado fuerte* (caso frecuente en las viejas economías agrícolas), hace correr el riesgo de *eliminación* de la unidad de producción y de trabajo. Al contrario, todo excedente *sensible o continuo* conducirá a la granja a crecer a expensas de los vecinos, o a comercializar el producto fuera de la «economía campesina». Ésta, para mantenerse como tal, exigiría un *equilibrio* constante, o por lo menos bastante regular.

En Francia, desde que existe el impuesto sobre la renta, el campesino, en cierto sentido, ha aceptado el juego del equilibrio imaginado por Chaiánov. Ha llamado «renta» (en francés «revenu») no, como las otras categorías sociales, a lo que sirve para vivir, sino, a lo que *después de* haber *vivido e invertido,* queda a fin de año en manos del jefe de la explotación. Así, el campesino francés, declarándose cada año sea en déficit, sea en equilibrio precario, sea con un excedente muy pequeño, ha sido hasta hace poco un «*muerto fiscal*». Esta particularidad figura entre la condición de quienes han combatido la tendencia espontánea a la eliminación del campesino medio a través de la concurrencia y la concentración. A pesar de que dicha concurrencia, dicha eliminación, dicha concentración están triunfando ahora. Las explotaciones «marginales» han sido defendidas por razones electorales, políticas, sociales. Pero al intensificarse el proceso de desarrollo capitalista, la «economía campesina» ha muerto. Se nos objetará que ésa no es la situación de la India actual, ni la de Rusia en los comienzos de nuestro siglo. Pero, en cuanto a esta última, se puede oponer Chaiánov a Chaiánov, quiero decir, el Chaiánov observador y técnico al Chaiánov teórico «organizacional» de una economía puramente «campesina».

SOBRE «PROPIEDAD», «EXPLOTACIÓN», «RENTA DE LA TIERRA»

El concepto de «economía campesina» supone una confusión entre propiedad, explotación y trabajo. Y es evidente que el campesino no va a calcular, año por año, qué parte de su producto es «imputable» (como dicen los economistas) al trabajo, a la tierra, al capital. Pero si quiere, un día u otro, por comodidad o necesidad, *alquilar* o *vender* su tierra, aparecerá necesariamente la noción de *precio de alquiler*. El «alquiler del suelo» no lo niega Chaiánov. Lo tiene en cuenta muy a menudo. Tendríamos que saber primero, pues, cuál fue en Rusia, hacia 1900, la proporción de las tierras «alquiladas». Propiedad-explotación-parcelación: nuestras discusiones del coloquio han demostrado hasta qué punto es preciso no confundir nunca tales nociones. Si hay «alquiler», hay «renta del suelo». Y en cuanto a la «renta del suelo», Chaiánov, vamos a verlo, no es muy claro; dice:

> La renta, como categoría objetiva del ingreso económico, y obtenida deduciendo del producto bruto el coste material de la producción, los salarios, y el interés usual del capital, no puede existir en la unidad económica familiar, pues los otros factores tampoco están presentes. *Sin embargo,* los factores usuales de formación de la renta, como son *la mayor fertilidad del suelo,* o un *valor superior de alquiler en el mercado,* existen *también* en las unidades familiares de trabajo que son *productoras de mercancías.* Esos factores tienen como efecto incrementar el ingreso, y, por tanto, la remuneración de la unidad de trabajo.

En este texto se vuelven a introducir las «categorías objetivas» de la producción capitalista, por lo menos para las unidades que trabajan «para el mercado». Pero *¿cuántas* unidades trabajan para el mercado, y cuántas son verdaderas «granjas autónomas» (suponiendo que éstas puedan existir)? Parece evidente que si la unidad familiar está *fuera del mercado,* no puede haber renta de cualquier categoría. Si la unidad está en *el círculo del mercado,* se le han de aplicar las leyes de la «imputación» y no tiene originalidad ninguna. De todos modos, si la renta existe, ¿con qué derecho se supone que repercuta únicamente sobre el nivel de consumo del trabajador? Si la renta está pagada fuera («alquiler») ¿cómo la consumiría el trabajador? Si es parte integrante del ingreso global de la unidad, ¿quién impide al jefe de explotación ahorrar e invertir?

Observemos también cómo, en el texto de Chaiánov, el «beneficio de empresa» eventual se confunde con el «interés usual del capital», posición típica de un tiempo donde desapareció del horizonte de la teoría capitalista la categoría «beneficio». Y finalmente, en cuanto a la «renta del suelo», dicha renta no puede ser sino «diferencial», puramente ricardiana.

Es el momento de recordar, sobre este último punto, las lecciones recientes que los más jóvenes comentadores del pensamiento agrario de Marx —Le Floch, Gilles Postel-Vinay, Pierre-Philippe Rey— han sacado de la noción de «articulación de los modos de producción», particularmente de la articulación de las categorías feudales con las categorías capitalistas. La propiedad feudal daba derechos —por cierto limitados— sobre la *tierra* y sobre la *persona* del campesino, y al mismo tiempo sobre su *producto.* Cuando, en la transición hacia el capitalismo, la dominación sobre la persona y la exacción consuetudinaria sobre el producto desaparecen, lo que aparece es la *propiedad absoluta sobre la tierra,* es decir, el monopolio de su disposición. En tal caso, el que no tiene tierra y necesita cultivar un trozo de campo, tiene que pagar al propietario un «alquiler», que habrá de fijarse sobre el producto, como en el sistema feudal. Si es pobre, y en año malo, estará expuesto a deudas, a persecuciones jurídicas más o menos aligeradas según lo que quede de un cierto paternalismo tradicional. Todo eso es herencia feudal. La renta expresa, en este caso, una *«relación de producción».* En cambio, si se introduce entre el dueño de la tierra y el producto de la misma un *empresario* con medios importantes de producción, la *renta* que dicho empresario pagará al propietario, así como el *interés* que pagaría eventualmente a un capitalista, por dinero o bienes adelantados, representarían una *relación de distribución* (distribución de

la plusvalía entre el capital y la empresa). La noción de «renta diferencial» puede intervenir en esta distribución. Pero basta con la disposición absoluta de la tierra para crear la posibilidad de una «renta absoluta».

Estos instrumentos de análisis han bastado a Gilles Postel-Vinay para aclarar muchos de los fenómenos en torno a la «renta del suelo» en Francia desde el siglo XVII, cuando Gabriel Désert y Maurice Lévy-Leboyer, perfectamente informados sobre los problemas de Normandía, han llegado, por falta de teoría adecuada, a conclusiones contradictorias y a controversias estériles. La noción de «economía campesina» no basta, en ningún sitio, en ningún país, para caracterizar las relaciones sociales en torno a la tierra. No podría integrar una clara definición de los distintos tipos de «renta del suelo».

Sobre la familia como unidad de mano de obra

He subrayado en cierta ocasión, a propósito del Catastro de Ensenada, que los españoles del siglo XVIII daban una particular importancia al contraste entre la condición del jornalero agrícola, errante y sujeto al paro estacional, y la condición del mozo agrícola criado y alimentado en la misma explotación rural. Al primero le consideran como un peligro social permanente; no pueden adivinar todavía su papel futuro de proletario industrial; los criados parecen, al contrario, una garantía de estabilidad social. Problemas clásicos, tradicionales: Marx ha hecho de la proletarización, de la expulsión, de la «expropiación» de la *yeomanry* inglesa el fondo de su capítulo sobre la acumulación previa del capital; Lenin hizo del mismo proceso el tema mayor de su *Desarrollo del capitalismo en Rusia*. La escuela de Chaiánov, al insistir sobre el equilibrio de la célula campesina, parece que está volviendo a las esperanzas e inquietudes del siglo XVIII.

Chaiánov no puede ignorar, es claro, que el supuesto «equilibrio» de la sociedad campesina queda amenazado, ante sus propios ojos, en caso de crecimiento demográfico acentuado. Intenta

entonces persuadirse de que una ley equilibradora puede adaptar las dimensiones de la explotación campesina al número de trabajadores de que pueda disponer. Y expresa la esperanza de que, como ha pasado en Francia, una subida progresiva del nivel de vida tendrá por efecto espontáneo una limitación voluntaria de la familia campesina. Se ve, pues, cuál es el modelo preferido de Chaiánov: una revolución campesina a la manera francesa: malthusianismo en los dos sentidos de la palabra, conservadurismo social. Pero, a escala del campesinado ruso o asiático ¿será valedero el modelo de tipo francés? Chaiánov debía plantearse las cuestiones que René Dumont (cuando se contentaba con ser buen observador) aplicaba a las grandes poblaciones asiáticas, y, hacia 1950, a las huertas de Murcia: si la familia rural crece sin abandonar el suelo de la explotación, todo conduce al paro forzoso encubierto, al subempleo real. Ya no hay «auto-explotación» del grupo familiar, sino, al contrario, coste excesivo del consumo común relativamente al trabajo ofrecido. ¿Será tal situación viable a largo plazo?

Chaiánov propone la fórmula siguiente: «Los rendimientos decrecientes en la economía campesina no detienen el trabajo en tanto en cuanto el equilibrio entre las necesidades y las dificultades del esfuerzo no se ha alcanzado».

Es el reconocimiento de un límite impuesto por la «desutilidad del trabajo». Alfred Sauvy ha demostrado que, por debajo de cierto nivel de su remuneración del trabajo pleno, la preferencia va al subconsumo en la ociosidad. Subconsumo y subempleo, ¿no es ésa la definición del «subdesarrollo»? Espontáneamente se producen entonces: 1) la migración lejana hacia el extranjero, momentáneamente favorable, pero que a largo plazo supone pérdida de sustancia para una economía nacional. 2) la migración hacia el subempleo industrial urbano de los suburbios sobrepoblados («bidonvilles», favelas, barriadas, etc.), 3) por fin —y este aspecto es sobradamente tratado por Chaiánov—, la aceptación de un trabajo asalariado exterior por algunos miembros de la familia campesina. Este último punto demuestra la insuficiencia del ingreso dentro del grupo familiar «autónomo»; significa, en

realidad, el fin de la «autonomía» del grupo. Y supone, al mismo tiempo, la existencia de un *sector asalariado* (sea agrícola, sea industrial) alrededor de la «economía campesina», constituyendo una amenaza para la existencia de la misma.

Todos estos aspectos del tránsito del feudalismo al capitalismo han sido intensamente estudiados, en la Europa occidental, por nuestros mejores historiadores-economistas, hayan teorizado o no sus conclusiones (pienso, por ejemplo, en Jean Meuvret). Los mismos problemas han sido igualmente planteados para el mundo del «subdesarrollo» del siglo XX (y, por desgracia, raramente resueltos). En Rusia, han constituido el eje de las discusiones y, después, de las decisiones revolucionarias ante los ojos del mismo Chaiánov y de sus amigos, íntimamente mezclados en las controversias y en la acción. ¿Es lícito decir que el concepto de «economía campesina», en tantos casos como acabamos de evocar, haya probado su utilidad?

Sobre la «economía campesina» en relación con el intercambio exterior

Hemos puesto en duda la posibilidad de una «economía natural», de una «autonomía» real, micro —o macro— económica, del hecho «campesino». La actuación práctica de Chaiánov nos justifica: antes de 1917 se ocupó particularmente de la economía *del lino*, sector muy importante de la agricultura rusa. Pero *el lino no se come*. Hay, pues, que *venderlo*. Y hasta *exportarlo*. En 1916, Chaiánov está encargado de asegurar la continuidad, a pesar de la guerra, de la exportación por el Norte de lino ruso. Se enfrenta con las dificultades del transporte, pesadilla de los intercambios rusos. El 75 % del producto exportado llega inservible. Chaiánov crea entonces una gran cooperativa de recolección y venta, apoyado sobre otra muy importante (la de la mantequilla de Siberia), y finalmente sobre una gran firma comercial internacional. Estamos lejos de la economía «no productora de mercancías», y hasta de la «producción mercantil simple».

Es verdad que Chaiánov atribuye a la «gran elasticidad» de los costos de producción, dentro de la economía familiar, la capacidad de resistencia de la exportación rusa del lino en la crisis mundial de sobreproducción de los años 1880-1895. Pero sabemos cómo el Brasil, el Japón, han resistido también mejor que otros países a varias crisis comerciales, vendiendo sus productos «por debajo de su valor», es decir, sin tener en cuenta el tiempo de trabajo suministrado por una mano de obra sobreexplotada. Es otra característica del «subdesarrollo». ¿Cómo vamos a creer que tales operaciones se expresan exclusivamente en términos de autoconsumo familiar más o menos restringido? ¿Adónde irán los beneficios acumulados por la exportación? Nadie nos lo dice.

Pensemos en una comparación internacional valedera para los mismos años anteriores a 1914. En 1907 —cuando Chaiánov empieza a escribir, y cuando Kosinski formula las particularidades de la «economía campesina»—, la viticultura de mi país, el Lenguadoc, atraviesa una terrible crisis de *mévente* (baja de los precios del vino, en sus mercados, muy por debajo de los gastos de producción, lo que no deja al pequeño viticultor medios normales de subsistencia familiar). Es una crisis típicamente capitalista. Y, sin embargo, la inmensa mayoría de las explotaciones vitícolas interesadas (la «moda» estadística de ellas) está constituida por unidades *familiares* de producción. Se nos dirá que es un caso perfectamente opuesto al caso ruso, pues *no hay autoconsumo* dentro de la explotación; el campesino vende su vino y compra todo lo demás. Pero eso mismo parece significar también que la existencia de *una célula familiar de mano de obra* no implica la necesidad teórica descrita por los agrónomos rusos de los primeros años de nuestro siglo. Lo que han observado será una organización agrícola de alcance *modal* en su país (como lo fue la pequeña viticultura en el mío). No significa que tal organización tenga valor de «modelo» (y menos de «modo de producción»).

SOBRE «SUFICIENCIA» E «INSUFICIENCIA» COMO NOCIONES-CLAVE DE LA «ECONOMÍA CAMPESINA»

En los análisis chaianovianos surge a menudo la idea de que una economía campesina puede juzgarse, al fin y al cabo, por las nociones de «*suficiencia*» e «*insuficiencia*», experimentadas y traducidas por los mismos sujetos económicos. Considero la indicación muy interesante para el entendimiento de lo que los historiadores franceses se han acostumbrado a llamar «economías de antiguo régimen», o «de tipo antiguo» (es decir, anteriores a las revoluciones técnico-sociales de los siglos XVIII y XIX en la Europa occidental). Pero hemos de concretar muy precisamente los puntos de aplicación de las nociones «suficiencia» e «insuficiencia». Tienen algo contradictorio con otra noción: la de «elasticidad» del consumo familiar campesino a través de las vicisitudes coyunturales. ¿Dónde acaba la «elasticidad»? ¿Dónde empieza la «insuficiencia»? Si se trata de una insuficiencia absoluta, por debajo del mínimo fisiológico, sabemos que no puede ser *ni global, ni continua.* Los hombres desaparecerían. Lo interesante es que «suficiencia» e «insuficiencia» se manifiestan: 1) *en el tiempo* por la *desigualdad de las cosechas*; es el problema de las hambres periódicas; 2) *en el espacio social,* por la *desigualdad de las condiciones* en el seno del mismo «campesinado».

A) *La desigualdad de las cosechas.* No quiero insistir sobre este punto. Lo he tratado ampliamente en un artículo lógicamente redactado en homenaje a mi maestro Ernest Labrousse, inventor de la noción fundamental de «crisis del tipo antiguo», es decir, del análisis *histórico* de las consecuencias *sociales* (no puramente económicas) de las caídas periódicas de la producción alimenticia en las economías masivamente agrícolas de antaño.

Yo observaba, en este artículo, que lo más característico del retraso agrícola ruso entre 1900 y 1913, si a primera vista consistía en las diferencias de los rendimientos medios en los cultivos rusos y en los europeos (por el trigo, 6,5 quintales/hectárea en Rusia, 13,5 en Francia, 20 en Alemania), residía todavía más, en

realidad, en la brutalidad de las caídas observadas, de un año para otro, en los rendimientos rusos; en efecto, cuando después de 1902, ningún rendimiento anual del trigo, en Alemania, cae más del 4 % en relación con la cosecha anterior, el rendimiento triguero ruso sufre bajas de 8,9 % entre 1909 y 1910, de 34,8 % entre 1910 y 1911. Chaiánov observaba que el campesino ruso ignora el concepto de «productividad» (pues cada año suministra más o menos el mismo trabajo), pero le preocupa mucho el *rendimiento, lo que da la tierra* en relación con *lo que se le da.* Me parece que la razón de tal atención, por parte del campesino ruso, está precisamente en el peligro que representa para él la desigualdad anual de las cosechas. Ya sabemos que el fenómeno persiste. El hambre de 1891 había llamado particularmente la atención de los agrónomos. El de 1921 suscitará las investigaciones coyunturales de Tschetverikov.

Pero —y tal vez sea ésa una de las razones de sus recientes éxitos en ciertos medios intelectuales— Chaiánov y su escuela se sentían menos interesados por la dinámica coyuntural, de tiempo corto, que por los modelos estructurales estáticos. Sin embargo, si su «economía campesina» reaccionaba fundamentalmente (como decían) ante el contraste suficiencia-insuficiencia, no podía ser sino, antes que nada, por la experiencia periódica de la sucesión de años malos y años buenos.

Si pensamos en las consecuencias (en la historia de la Revolución rusa) de las crisis alimenticias de 1921 y 1932, nos podemos preguntar si los instrumentos de análisis forjados por la escuela de Labrousse en torno a la «crisis del tipo antiguo» no serían más útiles, para el estudio de esta revolución, que una extensión del concepto de «economía campesina» al estudio de los problemas del Tercer Mundo.

B) *El análisis social diferencial del campesinado.* Quedo también admirado, al evocar los problemas del campesinado, por el parentesco entre los análisis históricos tal como Labrousse nos enseñó a practicarlos, y las «notas» de Lenin en 1893, o sus capítulos sobre la evolución del mundo rural en *El desarrollo del capitalismo en Rusia.* No existe *un* campesinado, *un* problema

campesino. Lo que existe en una sociedad rural son campesinos socialmente diferenciados, los cuales, en la transición del feudalismo al capitalismo, ya no tienen la unidad original de su clase —ésta derivaba de la sumisión y de los derechos que todo campesino debía al señor—. La economía mercantil, cuando penetra en la economía campesina en sus distintos niveles, determina en el seno del campesinado una jerarquía significativa, subrayada periódicamente por las crisis alimenticias. No olvidemos cómo, en España, tal jerarquía había sido perfectamente apuntada por Zábala en 1732, por Craywinckel en 1764. Los contrastes se sitúan entre el campesino relativamente rico, *siempre vendedor* de una parte de su producto, el campesino pobre, que no se basta a sí mismo y es *siempre comprador* de una parte de su subsistencia, y finalmente el campesino intermedio entre los dos grupos, el cual tiene algo que vender en los años buenos (pero a precios bajos de abundancia), y mucho que comprar en los años malos (a precios muy altos por la rareza de los granos). Otra característica, señalada por Jean Meuvret en la Francia del siglo XVII, así como por Lenin en la Rusia de fines del XIX: las *necesidades monetarias* no afectan tanto a las capas superiores del campesinado como a las más bajas, periódicamente puestas en dificultad por la usura, el impuesto, la compra de las semillas.

Al nivel del campesinado *pobre*, la «célula» campesina estalla, en la micro-economía, con ocasión de cualquier incidente individual (enfermedades, muerte del jefe de familia, etc.). Y el accidente colectivo —la mala cosecha que se traduce en hambre para todo comprador pobre de granos— destruye la estabilidad no de *toda* la «sociedad campesina», pero sí de una gran parte de su capa inferior. La transición del feudalismo al capitalismo, si bien no reproduce automáticamente el esquema inglés ya dibujado por Marx, establece de todos modos, en cada país, la diferenciación entre el campesino rico, propietario o arrendatario capitalista (en Rusia, el «kulak»), y el campesino migrante, errante («dépointé», dicen los viejos textos franceses), el «mujik» ruso destinado, en el mejor de los casos, a introducirse en el proletariado obrero, y en el peor a la ociosidad de los suburbios. ¿Dónde se situaría,

pues, la «unidad» de la sociedad «campesina», «familiar», palabras con resonancias simpáticas, más o menos conscientemente sugeridas por preferencias ideológicas?

Por eso mismo se entiende perfectamente que Stalin, sólidamente apoyado en textos de Lenin, haya podido asimilar la escuela de Chaiánov al «desviacionismo de derecha». Es evidente que se aplica a ella la frase que dirigió, en 1929, contra Bujarin:

> No entiende ni admite esta cosa sin embargo tan sencilla: existen en los pueblos grupos distintos; a sus ojos se desvanecen como humo los kulaks y los campesinos pobres; no queda sino una masa uniforme de campesinos medios («Contra el desviacionismo de derecha», abril de 1929).

Es cierto que el espíritu y la obra de Chaiánov son demasiado complejos —sobre muchos puntos, su flexibilidad, su adaptación a las circunstancias, sus descubrimientos tanto en la práctica como en la teoría, parecen geniales— para que una condena simplificadora no resulte profundamente injusta. Queda que, en la medida en que su actuación práctica fue muy dispersa, y sus teorías siempre formales, Chaiánov había caído en muchas contradicciones:

1.° Cuando insistía —como hizo a menudo— sobre la formidable diversidad de los suelos, de los climas, de las condiciones sociales en el inmenso imperio ruso, destruía en realidad la hermosa construcción unitaria de una «economía campesina» capaz de ofrecer un modelo, sea para conservar, sea para construir.

2.° Cuando proclamaba (*On the theory of non capitalist economic system,* ed. inglesa, p. 24) que la teoría económica capitalista «no puede aplicarse a formas cualesquiera de organización económica», enunciaba una verdad que yo quisiera personalmente, como marxista y como historiador, ver sistemáticamente admitida. Pero no por eso, Chaiánov dejaba de razonar, en cada ocasión, como formalista marginalista, en términos de economía individualista y subjetiva, hasta el punto de que ciertos comentadores han

podido señalarle como el precursor de la «economía generalizada», valedera para cualquier sistema histórico-social.

3.° Cuando el «comunismo de guerra» incitó a Chaiánov a inventar el *cálculo económico no monetario* —lo hizo con referencia al «estado aislado» de Von Thünen— cayó en otra tentación formalista y estructuralista, la cual, si bien anuncia ciertas concepciones recientes de la geografía, da la espalda, una vez más, a la visión *histórica* de la economía y del mundo.

4.° Así llegó Chaiánov a plantear en términos puramente espaciales el problema de las dimensiones óptimas de las grandes unidades agrícolas, de los futuros *sovjós* gigantes. El ejemplo de las explotaciones americanas le condujo a abandonar, hacia 1928, muchas de sus primeras afirmaciones sobre la «lógica» de las «economías campesinas». Como lo hace hoy un René Dumont, Chaiánov acaba oscilando entre las esperanzas del productivismo capitalista, y la nostalgia sentimental hacia «este mundo que hemos perdido» que nos describió Laslett.

Esta duda se explicita más claramente cuando, en 1920, Chaiánov, asustado sin duda por la brutalidad de las colectas del «comunismo de guerra», redacta una novela de «política-ficción» que las autoridades soviéticas aceptan publicar (con un prefacio prudente), pero que constituirá más tarde, con toda probabilidad, el argumento mayor en el momento de su condena. Publicado bajo el seudónimo de Ivan Kremnev, el *Viaje de mi hermano Alexis al país de la utopía campesina* se sitúa en 1984, en Moscú. El poder bolchevique ha sido derribado en 1934 por una «revolución campesina»; Moscú no tiene más de 100.000 habitantes, ninguna ciudad pasa de los 10.000 en los espacios agrícolas; el agro está formado por un tablero de campos cultivados por familias campesinas; se agrupan en cooperativas, pero se han conservado los alicientes individuales, precios, y salarios; ya no hay «fábricas de pan» (ni de carne), sino pueblecitos tradicionales, con sus canciones, bailes, objetos artesanales, ferias, trajes populares. Un poco apartado, en Arjanguielskoie, visitado por Kremnev, existe una «comunidad ideal» del tipo soñado por Kropotkin. En el extranjero, el comunismo internacional ha estallado bajo la acción de fuerzas centrífugas; la Alemania de 1984 es el único estado que conserva el «comunismo de fábricas» de los años 20, herencia normal de la gran empresa capitalista. Pero el mismo sistema ha fracasado en Rusia por haber querido imponerse a una «nación campesina». Así se juntan, en la ficción de Chaiánov, todos los temas del revisionismo, del populismo, del comunismo anarquizante, y hasta teosófico. Se verifica cómo el agrónomo de buena voluntad, por haberse encerrado en el mundo campesino, oscila entre dos polos contradictorios, tan poco realistas como poco revolucionarios. De un lado la teoría pura. Del otro la utopía.

Pero nuestra tarea no consiste en situar a Chaiánov dentro de la historia de la revolución socialista. Consiste en preguntarnos si para problemas *históricos* del pasado, y para los problemas *actuales* de las masas campesinas en vías de mutación, en la encrucijada de vestigios precapitalistas, del capitalismo imperialista y de los experimentos socialistas, es útil o no adoptar los conceptos teóricos de Chaiánov tal como Thorner nos proponía aplicarlos, pensando que ofrecían un instrumento mejor de análisis que el concepto marxista de «modo de producción» (y yo me permito añadir: y que los instrumentos forjados por la historia coyuntural, que Thorner parecía si no condenar, sí al menos olvidar en el estudio de su «economía campesina»).

Examinemos el cuadro propuesto por Chaiánov para caracterizar, frente al capitalismo, todo lo que no obedece a sus leyes.

El término «modo de producción» no figura en el cuadro. Pero los «sistemas económicos» incluyen el «feudalismo», la «esclavitud» y el «comunismo» y, en las categorías presentadas como «económicas», existe un apartado «regulación por coacción noeconómica necesaria para mantener el régimen»; no se trata, pues, de economía «pura», y es posible que nos encontremos ante modelos más próximos al concepto global de «modo de producción» (conjunto económico-jurídico-político-ideológico) que lo que imaginaba Thorner. Desgraciadamente, desde este punto de vista, el cuadro no es homogéneo.

SISTEMAS ECONÓMICOS

Categorías económicas	Economía familiar			Sistema feudal			
	Capitalismo	Economía mercantil	Economía natural	Economía de esclavitud	Economía de exacciones serviles	Economía señorial	Economía campesina	Comunismo
Precios de mercado	+	+		+	+	+		
Producto simple del trabajo familiar indivisible		+	+		+		+	
Proceso técnico de producción y reproducción de los medios de producción	+	+	+	+	+		+	+
Capital adelantado por el empresario y circulante en la producción	+			+				
Interés del capital (ingreso del rentista)	+	+		+	+	+		
Salarios	+							
Renta sobre el esclavo o el siervo				+	+	+	+	
Precio del esclavo o del siervo				+	+	+		
Renta diferencial	+	+		+	+	+		
Precio de la tierra	+	+		+	+	+		
Plan de estado para la producción								+
Regulación por coacción no-económica necesaria para mantener el régimen			+	+	+	+	+	+

Es interesante ver a Chaiánov intentar el análisis económico de la esclavitud. ¿Pero de qué tipo de esclavitud nos está hablando? ¿De la antigua? ¿De la colonial? ¿De la de los Estados Unidos antes de la guerra de Secesión? Probablemente de esta última, pues, fuera del precio de los esclavos, nada parece distinguir, en el cuadro, la economía esclavista de la economía capitalista. ¿Cómo no vamos a pensar en las controversias recientes entre Fogel (y la «New Economic History») y Genovese? Pero esta comparación nos llevaría muy lejos de nuestro tema.

Más importante, para precisar una ideología, es la oposición entre los dos extremos del cuadro: «capitalismo» y «comunismo» como «sistemas». El capitalismo está presentado tal como acostumbraba presentarse a sí mismo en los primeros años de nuestro siglo: toda coacción extra-económica ha desaparecido, la plusvalía se reduce al modesto interés pagado a los rentistas, y a la «renta diferencial» debida a la diferente fertilidad de las tierras; el beneficio de empresa no figura en el cuadro; la «producción y reproducción de los medios de producción» (es decir, la acumulación del capital) queda descrita como un proceso «técnico», y no se precisa el origen ni la apropiación del capital así acumulado; la garantía dada por el aparato estatal a la propiedad privada en todos sus niveles no se define como «coacción». A la inversa, el comunismo, presentado como falto de todo elemento mercantil, no puede ser sino un comunismo imaginado en su último estadio de evolución. Sólo queda, en tal estadio, la «producción y reproducción de los medios de producción» asegurados según las normas del plan estatal. Pero un comunismo así definido —Stalin insistió particularmente sobre este punto en su último folleto— supondría la total eliminación de los procesos mercantiles tanto en la agricultura como en la industria, y la total racionalización del cálculo económico en una sociedad sin clases, donde la administración de las cosas se hubiera sustituido *realmente* al gobierno de los hombres. En este caso, la «coacción extra-económica» dejaría de caracterizarlo. Al confundir «socialismo» y «comunismo», fase de transición y modelo lejano, Chaiánov sólo deja subsistir, bajo la palabra «comunismo», nada más que «plan» y «coacción». La

oposición capitalismo-comunismo, así presentada, demuestra sin ambigüedad la pertenencia ideológica de Chaiánov. Es la que pudiera encontrarse en cualquier discurso político de los hombres de estado de occidente.

Por otra parte, entre «capitalismo» y «comunismo», y eliminando el problema poco actual de la esclavitud, no encontramos en el cuadro de Chaiánov, ninguna indicación recordando que han existido (y aún existen) formas primitivas de sociedad, realidades tribales, estancamientos jerárquicos de «castas», vestigios de comunidades pastorales o campesinas. No. Todo se reduce a distinciones sutiles entre formas varias de «economía familiar» y de «sistema feudal». El mismo «sistema feudal» se descompone en «economía señorial» y «economía campesina», como si la realidad del «sistema feudal» no fuese precisamente la *combinación orgánica* entre tenencia del suelo y señorío eminente sobre el mismo. Se destaca, además de la «economía feudal», una «economía de servidumbre reducida a exacciones sobre el producto» (cf. en el cuadro «economía de exacciones serviles»). Es cierto que una «servidumbre» de este tipo (Chaiánov pensaba en el «obrok» ruso) señala el declive final del sistema feudal. La única diferencia entre este sistema y la economía familiar es que la «renta» parece impuesta al hombre y no a la tierra. Se trata, en realidad, del tránsito de la «renta feudal» (que pesaba *al mismo tiempo* sobre el hombre y sobre la tierra) a la *renta absoluta* capitalista, que deriva de la total disposición de la tierra entre las manos del *propietario* (el «señor» tenía «dominio eminente», no total disposición). El cuadro organizado según «sí» y «no» (+ o —), de tipo estructuralista y no dialéctico, se revela incapaz de caracterizar la naturaleza de lo que está cambiando, evolucionando.

Si nos situamos, en efecto, en *casos concretos* de transición, observamos siempre un feudalismo que está siendo destruido por el capitalismo, o un capitalismo (hasta bastante evolucionado) que no se ha despojado aún de toda huella de feudalismo (o de primitivismos, o de esclavismo). Llamar «economía campesina» a un «sistema» intermedio autónomo y estable no me parece útil, sino

más bien peligroso. Lo que importa es la *combinación de relaciones* entre *hombres* y *bienes* (propiedad absoluta o limitada, disposición pagada o no de los medios de producción), con las *relaciones entre hombres y hombres* (dueños y esclavos, señores y siervos, patronos y obreros, etc.). El intento por suponer, entre feudalismo y capitalismo, un campesinado capaz de escapar tanto a las coacciones feudales como a la ley del mercado (selección, concentración, expropiación de los débiles) —cuando en realidad la transición hace pesar sobre el campesinado pobre *las dos amenazas juntas*— resulta, en mi opinión, del choque en la mente del agrónomo entre sus deseos «organizacionales» y técnicos, de un lado, y su simpatía hacia el «modo de vivir» campesino, del otro. El feudalismo se acabó; el capitalismo prepara el «desarrollo» pero muy lentamente y por unas selecciones despiadadas; la revolución decepciona o asusta; queda la «utopía campesina» (o «ecologista», no faltan los parentescos).

TENTACIONES CHAIANOVIANAS EN HISTORIA, SOCIOLOGÍA Y POLÍTICA

Después del rápido esbozo que acabamos de dibujar, yo llamaré «tentaciones chaianovianas» los vaivenes de muchos historiadores o sociólogos entre la preferencia otorgada al hecho campesino en la descripción y explicación de las sociedades pretéritas, y, por otra parte, la reducción excesiva o el excesivo aislamiento reservados al mismo «hecho campesino» en las sociedades actuales. La referencia de Chaiánov era, hasta hace poco, excepcional. Se está haciendo cada día más frecuente. Lo característico es la convergencia de interpretaciones.

1. *Las proposiciones de Daniel Thorner*

Únicamente Daniel Thorner, editor y presentador de las *Obras Selectas* de Chaiánov en inglés, ha recogido *conscientemente* la herencia de la escuela rusa. Y lo hizo en nombre de los historia-

dores, y dirigiéndose a ellos. Sus propuestas de 1962-1964 tuvieron un eco momentáneo importante (F. Braudel reprodujo en la selección italiana de artículos de los *Annales,* el de Thorner, «Economía campesina, concepto para la historia económica»). El autor no tuvo tiempo para proseguir su ofensiva en contra del concepto marxista de «modo de producción». Confieso que, a pesar del respeto que guardo para su memoria, las propuestas de Thorner no llegaron a convencerme.

1) Su primer criterio para caracterizar la «economía campesina» era el criterio *mayoritario* de la población rural, de la población activa agrícola, y del producto agrícola en la renta nacional. Pero «mayoritario» significaba para Thorner, como en los escrutinios electorales o en los paquetes de acciones de las sociedades anónimas, *más de 50 %.* Eso es una *regla de juego,* no un límite significante en el campo socio-económico. Me parece que las sociedades modernas no se vuelcan hacia el modelo industrial desarrollado hasta que la población agrícola haya bajado hasta menos de 20 % de la población activa global. Entonces sí que el sector agrícola se puede tratar como cualquier otro sector económico. Pero antes (entre 50 y 20 %), las sociedades francesa, española, rusa, etc., tienen que tener en cuenta de una manera particular las especificidades del sector agrícola, sin que se pueda decir que son por eso «sociedades campesinas». La ruptura en el 50 % (y población rural, población agrícola activa, y producto agrícola son tres cosas muy distintas) es un criterio mecánico, evidentemente poco meditado.

2) El segundo criterio de Thorner es la existencia de ciudades que contengan, al menos, 5 % de la población global. Otro criterio mecánico. ¿Qué puede significar, en una «economía campesina», la presencia de la ciudad? ¿La clásica oposición entre dos tipos de hombres, entre dos tipos de vida? Probablemente la visión propuesta por Thorner se refiera sobre todo al admirable artículo de Julio Caro Baroja en *Mediterranean Countrymen.* Pero se trata, en este artículo, de un estudio temático sobre el reflejo psicológico y literario nacido del contraste campo-ciudad, de la

continuidad de los clisés transmitidos (como en el caso, igualmente estudiado por Caro Baroja, de los «estereotipos nacionales»). Un tema de esta naturaleza me parece perfectamente integrable dentro del estudio del nivel sobrestructural de los distintos «modos de producción». Pero, para una «historia económica», la coexistencia del campo y de la ciudad tiene un significado más concreto: la ciudad no puede vivir sin el campo, y lo transforma a su servicio por vías complejas. Barcelona pide trigo a Sicilia, mientras el campo de Tarragona exporta el suyo. Conocemos bastante la historia de los «tiempos modernos» para descartar una «teorización» que sustituiría las complejidades de los hechos por una definición simplificadora del sector mayoritario de las sociedades «de transición».

3) El criterio del estado. Thorner quisiera eliminar de la categoría «sociedad campesina» las sociedades primitivas, segmentales, tribales, y hasta el primer feudalismo disociador de los poderes políticos. Yo me pregunto si las únicas «sociedades campesinas» no serían precisamente aquellas donde todas las clases sociales y los mismos poderes políticos tenían como denominador común el ambiente rural. La parte más sólida de las concepciones de Chaiánov sería, de todos modos, el intento de descubrir una originalidad en la realidad social situada entre feudalismo y capitalismo: pero no sé si podríamos definir de la misma manera todos los casos enumerados por Thorner bajo el nombre de «economías campesinas»: el Japón (sin tener en cuenta la obra de Takahashi), la Indonesia postcolonial (¿qué ha pasado con las «plantaciones» especializadas?), el México pre- y post-revolucionario, una China donde se reconoce que ciertos arriendos de tierras representaban entre 50 y 60 % del producto bruto (¿cómo podría hablarse, en este caso, de la «autonomía» de la explotación?).

Queda la India, especialmente estudiada por D. Thorner. Pero, desde la fecha de sus estudios, ¿cuál ha sido la experiencia de la India? Escuchemos al americano Clifton Wharton, en su artículo «¿La revolución verde, cuerno de abundancia o caja de Pandora?».

> Con la nueva tecnología, extendida con ritmos distintos, los agricultores ya ricos se harán más ricos de lo que eran. No es imposible que los explotadores agrícolas más ilustrados se puedan asegurar los mercados alimenticios que antes servían los pequeños productores viviendo en economía de semi-subsistencia. En la India, solamente el 20 % de los sembrados en 1967-68 lo habían sido con el nuevo trigo enano, pero habían dado el 30 % de la producción global. Tal evolución podría llevar a una reducción de los ingresos de los explotadores menos importantes, más pobres y menos emprendedores. Lo cual plantea problemas de bienestar y justicia. Si sólo una pequeña proporción de la población rural accede al progreso de nuestros siglos, mientras la gran masa se queda atrás, y tal vez retrocede, la situación será en alto grado explosiva.

Pues, coyunturalmente, es eso mismo lo que pasó con la crisis «de tipo antiguo» (escasez alimenticia) de los años 70.

Admito perfectamente con Daniel Thorner que expresiones como «economía de media subsistencia» o «sociedad semi-feudal» son conceptos bastardos. Pero observar la «articulación» de dos modos sucesivos de producción, especialmente en los momentos de crisis, es sin duda más «operacional» que la sencilla adopción de los términos «economía campesina». La distinción entre campesinos *ricos, pobres* y *medianos* fue fundamental en la táctica así como en la estrategia de Mao. Es probable que para la observación *histórica* necesitemos términos un poco más complicados. En la encrucijada de dos modos de producción, cuando se instalan al mismo tiempo técnicas nuevas y condiciones sociales nuevas, hay que preguntarse: *¿quién* se hace cargo de dichas técnicas nuevas? *¿Quién* se enriquece? *¿Quién* se empobrece? El capitalismo se revela entonces con su propia naturaleza: llamará al campesino rico, dotado de medios de producción y preparado para apoderarse de los nuevos, hombre «ilustrado», «emprendedor» (si no «empresario»). El resultado, no obstante, será la eliminación, la pauperización, la proletarización de la masa. Para apropiarse de una técnica hacen falta *medios previos*. Chaiánov había planteado este problema a propósito de los riegos. No he podido acceder a dichos estudios particulares, y lo siento, pues he soñado mucho

con un gran trabajo, individual o colectivo, regional o mundial, que se llamaría «Riegos y modos de producción», y se extendería desde las economías asiáticas e incaicas, hasta la comunidad hidráulica valenciana, a las grandes obras públicas o privadas capitalistas y coloniales, y a las realizaciones socialistas. Tema fundamental que serviría por cierto al estudio de las «economías campesinas», sin que la noción de «economía campesina» en general pueda servir mucho para aclararlo.

2. *Sobre Francia. Historiadores y sociólogos ante Francia «nación campesina»*

El caso francés atrae y desconcierta a los teóricos de la «economía campesina». No hay país más clásico de la familia campesina que trabaja la tierra y a menudo la posee. Pero no hay país que haya realizado más claramente su «revolución burguesa», y haya seguido más pronto a Inglaterra en la vía capitalista. Sin embargo, la Francia oficial no ha dejado, durante todo el siglo XIX y buena parte del XX, de cantar las glorias de la «nación campesina» por excelencia, y eso tanto en el vocabulario de los «agraristas» conservadores como en el de los radicales reformadores. Es natural, también, que capas tan numerosas de trabajadores del campo autosuficientes, y de propietarios «ni ricos ni pobres» hayan excitado el malhumor del proletariado revolucionario, y los sarcasmos del mismo Marx. Éste denunció, como se sabe, al campesinado francés como responsable de los éxitos de Luis Napoleón, y ni siquiera veía en él una verdadera «clase social», sino «patatas en un saco». Más cerca de nosotros, la misma irritación ante el campesinado francés se ha manifestado —lo cual es lógico— en el otro extremo del abanico ideológico: los admiradores del crecimiento capitalista rápido, como Maurice Lévy-Leboyer, acusaron a la Revolución francesa de haber creado en el campesinado una masa de propietarios o empresarios modestos y satisfechos, conocedores de la realidad del mercado, pero incapaces de ahorros e inversiones en gran escala, además demográficamente malthusianos, por deseo de evitar a sus hijos la proletarización: de lo cual resul-

taría el atraso de la economía capitalista francesa desde la segunda mitad del siglo XIX. Entre el modelo inglés, precoz, y el modelo prusiano, tardío pero potente, Francia, en la necesaria liquidación del campesinado en provecho de las revoluciones industriales, sería, pues, un modelo *económicamente deficiente* pero *socialmente estable*. Más de un país sueña con la misma estabilidad (lo hemos visto en el caso de Chaiánov).

Todo esto, conocido y poco discutible, ha sugerido, por la originalidad del caso, tentaciones teóricas e históricas no exactamente idénticas, pero sí emparentadas con las posiciones de Chaiánov y Thorner.

Este sector de la sociedad francesa —si no toda la sociedad francesa— jurídicamente liberado en 1789 de las trabas feudales, pero mediocremente implicado en la vía capitalista, y que raramente resiste a su espíritu ¿hace falta *nombrarle*? Es curioso constatar que unos marxistas (no digo «el marxismo»), imprudentemente apoyados en fragmentos de *El 18 brumario de Luis Bonaparte,* han lanzado expresiones como «*modo de producción parcelario*» para calificar la Francia del siglo XIX. Me parece que tal empleo de «modo de producción» se aparta peligrosamente del concepto fundamental así denominado por Marx en la madurez de su obra. «Modo de producción» no es sólo «manera de producir» (y menos manera de intercambiar). Es, al mismo tiempo, un *complejo técnico* de un nivel determinado, un *sistema de relaciones jurídicas y sociales,* ligado al tipo de exigencias de esta técnica, y *un conjunto de instituciones y convicciones ideológicas* que aseguran el funcionamiento del sistema general.

La presencia maciza del hecho campesino en la Revolución del 89 no debe ocultar el fondo del episodio, que fue la liquidación jurídica e institucional del modo de producción feudal, ya muy alterado antes de 1789 por la evolución económica subyacente, y la construcción, también jurídica e institucional, necesaria a la maduración del orden burgués. El papel eminente del campesinado —campesinado *rico* orientado hacia la *libertad de vender* (tanto los productos como la tierra), y campesinado *pobre,* sublevado por la falta de subsistencias de todos los días— impuso a la

«revolución burguesa» realizada desde arriba un mínimo de concesiones a estas dos clases de campesinos, a pesar de que la primera iba en la misma dirección que la burguesía, y la segunda en la dirección contraria. Por eso las interpretaciones han podido variar según las opciones personales de los historiadores.

Dominados por su propia historia, historiadores soviéticos como Pórshnev y Ado dicen que no se ha subrayado bastante el carácter *campesino* de la Revolución francesa, que llaman la «más importante *revolución campesina* de la historia».

Pero Ernest Labrousse, estudiando los orígenes de esta revolución, había distinguido, con más sentido histórico, tres niveles de aspiraciones: la gran burguesía quiere el poder; las clases medias (con el campesinado acomodado), más libertad; la clase pobre, pan, protección, conservación de las antiguas garantías consuetudinarias. Hay muchas contradicciones en el seno mismo de la Revolución.

Georges Lefebvre había insistido al mismo tiempo sobre el carácter de «casi-propiedad» de buena parte de las tenencias de tierra antes de 1789, pero también sobre las miserias de la masa campesina. Un erudito como Gustave Festy, alto funcionario y propietario agrónomo, estudiando (excelentemente) la agricultura en el tiempo de la Revolución, se indignaba cuando veía campesinos pobres mandando a la guillotina a una marquesa entusiasta de agronomía «ilustrada». Otra vez la contradicción entre los intereses del progreso *técnico* y el deseo de la igualdad social.

Antoine Pelletier, porque empezó estudiando a Babeuf, está profundizando el análisis histórico de la noción antigua de «bien común», muy extendida entre los campesinos pobres del antiguo régimen. Le gustaría erigir la «*comunidad campesina*» anterior a la sociedad individualista en otro «modo de producción». Albert Soboul, en su reciente recolección de artículos sobre los aspectos campesinos de la Revolución francesa, se pronuncia contra este abuso de vocabulario. Creo que con razón. La verdad es que la noción de «bien común» ha de ser sistemáticamente reintegrada en el complejo coherente de *modo de producción feudal* (y muy probablemente de otros modos de producción precapitalistas). El

capitalismo destruye, por primera vez, el sentido de la comunidad, para dejar al individuo solo, responsable en medio de la concurrencia económica. Ya sabemos que los populistas rusos querían mantener (o resucitar) las realidades campesinas comunitarias. Y se ha subrayado a menudo, en el caso de las revoluciones asiáticas, hasta qué punto la transición al socialismo puede quedar facilitada en el campo si el campesino ha ignorado el estadio de la propiedad individual y del intercambio monetario.

Después de la Revolución francesa, y del éxito de las ventas de «bienes nacionales» (es decir, de la «desamortización») ¿existe en realidad una «Francia campesina»? No. Lo que existe son «Francias campesinas». Del País Vasco a Bretaña, con la aparcería como base social y la presión religiosa en la cumbre, el Oeste francés no ha dejado enteramente de ser «feudal» en espíritu. En el Norte de Francia, o en la Cuenca de París, el arrendatario capitalista es un verdadero empresario; y la Normandía se especializa en la producción ganadera para el mercado de la capital.

He dicho ya algo a propósito de la viticultura lenguadociana. Es una verdadera «industria agrícola», de gran producción enteramente comercializada, y, a pesar de todo, mayoritariamente constituida por explotaciones *familiares,* unidades de trabajo sin ayuda exterior. Rémy Pech ha concluido, en un estudio reciente de este caso ambivalente, que el pequeño viticultor, propietario explotador, *se explota a sí mismo* (y a sus familiares) en el sentido de que, en la mayor parte de los casos y de los años, su ingreso global es inferior a los salarios medios que hubiera debido pagar si hubiera empleado una mano de obra asalariada, sin dejar sitio, naturalmente, para una «renta del suelo» o un «beneficio de empresa». Estamos volviendo a Chaiánov. Pero hemos subrayado las diferencias (no hay autoconsumo en la explotación). Además, la situación descrita no es continua. La viticultura obedece a las leyes del mercado. El precio puede estar momentáneamente muy por debajo del valor producido. Son las «crisis de sobreproducción» típicamente capitalistas. Pero la situación contraria ha existido también. El viticultor del Lenguadoc ha conocido años de sobrebeneficios (particularmente durante las guerras).

Francia «parcelaria», Francia «país de la pequeña propiedad», son, de todos modos, fórmulas que expresan un *modo social* de explotación del suelo (entendemos un tipo de explotación numéricamente mayoritario), pero de ninguna manera un *promedio económico,* pues la gran propiedad y hasta la «grandísima» propiedad (en el caso de la viticultura particularmente) producen la parte más importante de las cosechas ofrecidas al mercado. Por consiguiente, existe también en Francia un proletariado (muchas veces inmigrado) al servicio de la agricultura, y que constituye la capa más baja, peor pagada, en la escala de las rentas individuales francesas.

He solido citar con agrado, en varias ocasiones (incluso en este mismo libro, pp. 133-134), un discurso ingenuo, pronunciado en 1903, en Béziers, con motivo de la fundación de un sindicato de obreros agrícolas, como testimonio de una *toma de conciencia* en la misma *articulación* (aunque tardía) de dos «modos de producción».

> Me parece que valdría la pena ocuparse un poco del bienestar de este pobre mártir llamado agricultor o *terrassier*, porque vosotros, como yo, camaradas, hace tiempo que regáis con vuestro sudor esta tierra que alimenta a estos capitalistas que nos tratan como esclavos, igual que se hacía antes en tiempos de los señores, puesto que actualmente ya no son sólo los nobles los que quieren mantener pobres a los pobres, sino que vemos también con gran disgusto, me atrevo a decir, a los republicanos, incluso a los socialistas estar en el poder y seguir sin vergüenza los pasos del enemigo del pobre *terrassier*, y ya sería hora que estos que nos predican fraternidad e igualdad nos mostraran por sí mismos cómo se llevan a la práctica esas dos palabras y dieran el ejemplo a estos enemigos del trabajador, porque me parece que cuando un propietario con opiniones radicales socialistas paga a sus obreros dos francos diarios y les retira el vino a partir del primero de agosto, como hacen todos los nobles y oportunistas de este país, merece ser tratado como capitalista y enemigo de la patria agraria, y esto es lo que vemos en todos los republicanos ricos sin excepción.

Así, en un país donde la escuela pública de la tercera República enseñaba como verdades evidentes que la Revolución francesa había extendido la propiedad e instalado la igualdad, el obrero agrícola analizaba en un lenguaje ingenuo la sustitución de la explotación feudal por la explotación capitalista. Existen todavía «señores». Siguen «nobles» con la nostalgia del antiguo régimen. Pero, con otro vocabulario político, se distinguen muy poco de los «ricos», de los «capitalistas», aunque sean «republicanos», pues éstos no son menos ásperos, como *propietarios,* frente a los asalariados. Observemos que la palabra «burgués» no aparece, y que la expresión patria «agraria» (*terrienne*) señala en el orador un sentimentalismo más campesino que obrero. Existe, en efecto, un *modo de vida* campesino, que cubre tanto al «*gentleman farmer*» como al obrero agrícola. Pero, como instrumento de análisis social, no existe un «modo de producción campesino» (ni una «economía campesina») donde desaparecerían las distinciones y luchas de clases propias del capitalismo, del feudalismo, o de sus combinaciones en la «transición».

No diré nada, ni siquiera a título comparativo, del caso de España, ya tratado en el coloquio y que todos conocéis mejor que yo. Me limito a precisar qué inoperante sería hablar de *una* «cuestión agraria» española, cuando existen un latifundio andaluz y un minifundio gallego, una huerta valenciana y una viticultura catalana, una cerealicultura castellana y un caserío vasco basado en el policultivo. Admito que se hable de un «campesino español». Es una figura. No de una «economía campesina» española. No he querido aclarar en toda esta conferencia más que un punto: guardémonos de los conceptos que simplifican cuando la historia es complejidad.

3. *Campesinados latinoamericanos. Una ojeada a estudios mexicanos recientes*

He tenido, en estos últimos años, muchos contactos con investigadores latinoamericanos, o americanistas de varios países. Sobre

cuestiones agrarias, campesinas, los coloquios y congresos se han multiplicado, y han acumulado una brillante documentación. Pero resulta algo difícil utilizarla por razones obvias. Hasta cierto punto hay *unidad* en el tema: campesinados masivamente mayoritarios, industrialización apenas incipiente, secuelas de estructuras precoloniales y feudales, limitaciones de la evolución por los imperialismos extranjeros, flujo de los excedentes de población campesina hacia monstruosos suburbios. Pero la *diversidad* del campo latinoamericano no es menos evidente: los Andes no son las pampas, la selva amazónica no tiene nada que ver con las altiplanicies mexicanas; la «hacienda» no es la plantación colonial exportadora, el «ejido» mexicano no se parece a la comunidad pastoral andina. Colonización, independencia, inmigración, reformas y revoluciones agrarias no han podido tener los mismos resultados en el continente entero.

¿Cómo se puede abordar, pues, el «hecho campesino» latinoamericano en su conjunto? ¿Por monografías? Fue el caso del coloquio de París en 1965; la yuxtaposición de detalles fue abrumadora. ¿Por la especialización en un tema, en una problemática? Eso fue lo que quiso hacer, en el Congreso de Ciencias históricas de Moscú en 1970, la «Comisión de movimientos sociales», al estudiar en el mundo entero «los movimientos campesinos» a lo largo de dos siglos. Pero esto significaba estudiar *consecuencias* de unas estructuras no siempre bien conocidas. Las conclusiones no podían ser sino de una vaguedad inquietante. Así la frase final de J. Droz: «Hasta cuando está duramente explotado, el pequeño campesino es capaz de un esfuerzo prolongado, lo que permite dar fundamento sólido a la guerrilla armada, forma esencial de la subversión moderna».

¿Se han modernizado tanto los «furores campesinos» de los siglos XIV o XVII? Yo tengo mis dudas. Escuchemos ahora otro diagnóstico dado, sobre el campesino mexicano, por Jean Meyer, inspirado por su larga cohabitación con los «cristeros», esa desviación mística del movimiento campesino. Encontramos primero, como en Chaiánov, una oposición entre la noción campesina de *suficiencia* y la noción capitalista de *cálculo*. «Desde hace tres si-

glos, en México, dos *proyectos*: el del campesino, que finalmente *no es* económico, y el del "explotador agrícola", que *es* económico.»

Lo que las «clases medias» han condenado, en la interpretación de Jean Meyer, en atención al «proyecto económico», no es sino *el campesino como tipo de hombre,* la *condición campesina* como *modo de vida.* «La industrialización, la urbanización... habrían de resolver el problema campesino como los liberales entendían que había que resolver el problema indio: *matar al campesino para dejar vivir al hombre.*»

De ahí a la «utopía campesina» faltan pocos pasos:

> Para que la historia no se repita en vano, *haría falta* que los campesinos colaboraran con gentes para quienes el desarrollo no pasase únicamente por el molde industrial y occidental, con gentes capaces de reconocer en los campesinos una *personalidad* y *aspiraciones* cuyo testimonio es esta resistencia denodada y desesperada.

Los «movimientos campesinos» serían, pues, la defensa de una «manera de vivir» más bien que la protesta contra un «nivel de vida» insuficiente. ¿Y por qué no las dos cosas a la vez?

Último encuentro que quiero recordar aquí: 1974, el Congreso de Americanistas en México. Dentro de él había un simposio sobre «Modos de producción en América Latina» que tuve el honor (bien inmerecido) de presidir. El simposio resultó frecuentado por todos los jóvenes marxistas del continente. La tensión entre él y las otras sesiones del Congreso reveló bastante bien la naturaleza de los prejuicios ideológicos instintivos opuestos al uso por los historiadores-sociólogos del concepto de «modo de producción».

Me apresuro a decir que tal uso no basta para resolver las cuestiones planteadas. Y que el simposio no fue un modelo de claridad problemática. Me permitió, al contrario, tomar conciencia de ciertos peligros de confusión presentes en ciertos vocabularios:

1) Si se extiende y se multiplica la noción de «modo de producción». «Modo de producción colonial», «modo de producción precolombino»: hasta empleadas por mis mejores amigos, estas innovaciones no me parecieron de las más felices.

2) Si se considera (con todo derecho) que el modo de producción *dominante* es *determinante,* se corre el riesgo de aislar excesivamente un rasgo único de un sistema de transición. Sabemos que A. Gunder Frank considera como «capitalista» la sociedad colonial española desde 1492, porque las colonias se explotaron desde el principio con vista a los intereses del gran comercio internacional; y tal afirmación resulta absurda, si se quiere analizar históricamente el fenómeno entero de la «Conquista». Un ensayo más reciente de Marcello Carmagnani, por el contrario, intenta dibujar, a la manera de Witold Kula, un modelo económico del «feudalismo latinoamericano», con sus relaciones sociales internas afectadas por el feudalismo inicial de los españoles, pero cuyo producto excedente está destinado en gran parte a Europa, donde prepara la necesaria «acumulación previa» del capitalismo. El ensayo es interesantísimo, pero temo que generalice demasiado unos modelos locales o regionales, también limitados en el tiempo (siglos XVII y XVIII).

3) No me gusta, tampoco, lo que yo llamaría «el vértigo teórico», las largas páginas únicamente dedicadas a consideraciones abstractas o verbales, o a justificaciones por los textos, no por los hechos. A pesar de que sigo fiel a lo que dije ya hace tiempo frente a los historiadores empíricos y positivistas: el exceso de inquietud teórica es de todos modos preferible a la ausencia de inquietud.

El mejor equilibrio entre preocupaciones teóricas y aplicaciones concretas lo encontré, con mucha admiración, realizado por investigadores como Enrique Semo y Roger Bartra, en torno a la economía y sociedad mexicanas, en sus trabajos (ya publicados o no) y en su revista *Historia y Sociedad.*

Señalaré, por ejemplo, uno de los últimos estudios de E. Semo

sobre la «hacienda» mexicana en su fase de declive en el último siglo. Semo lucha, con toda razón, contra ideas recibidas y prejuicios constantes. En particular contra la imagen que el capitalismo liberal, de un lado, y la propaganda democrática, del otro, dieron durante mucho tiempo de la «hacienda». La consideraban como una empresa «ilógica», «antieconómica». Semo demuestra que un desequilibrio *social,* una explotación feroz de la fuerza de trabajo, no son necesariamente «ilógicos», no-productivos *para los que sacan beneficio* del sistema. La «hacienda» era un sistema en sí, mantenido por la clase social que lo aprovechaba, con coacciones de todo orden, tanto no-económicas como económicas. No se ha de hablar por eso de «modo de producción», pues la hacienda no está aislada de las realidades capitalistas del siglo XIX. Semo demuestra a la vez el error de Gunder Frank que hace de la hacienda un tipo puro de empresa capitalista, y el error de Tannebaum, para el cual la hacienda mexicana es una unidad casi autónoma de trabajo y consumo. Semo se esfuerza, al contrario, en analizar la hacienda como tipo de *articulación,* de combinación orgánica. No «dualista». No «semi-feudal», sino elemento *localizado,* relativamente estable de un *momento* de la evolución, combinando la herencia feudal con la atracción capitalista. Justifica, hasta cierto punto, el modelo Carmagnani. Pero demuestra, al mismo tiempo, sus límites en el espacio y sus prolongaciones en el tiempo.

Igualmente orientadoras, para las importantes nociones de *transición,* de *articulación* (añadamos de «*mediación*» entre realidades económicas y aparatos políticos) son las investigaciones de Roger Bartra.

R. Bartra se instala en la encrucijada de tendencias que yo me he permitido criticar aquí mismo, y de vías que me parecen verdaderamente nuevas. Editó y presentó a Chaiánov en castellano. Utiliza los conceptos de «modo de producción mercantil simple». Y cita a Kula para justificar el planteamiento en términos de «economía general» de problemas tal vez exclusivos de un solo modo de producción. He discutido con él sobre esos puntos.

Pero Bartra funda todos sus cálculos cifrados sobre observaciones directas. Lo hace en términos teóricamente marxistas, y no rechaza la posibilidad de calcular él mismo lo que el campesino es, naturalmente, incapaz de hacer: la distribución de su producto en categorías valederas en un conjunto económico social no ya «campesino», sino propiamente capitalista. Percibe tan perfectamente el peligro que supone una oscilación entre tecnocratismo y populismo, a la manera de Chaiánov, que ha propuesto aplicar el nombre de «populismo tecnocrático» a ciertas tendencias del reformismo mexicano reciente, que él mismo se propone, precisamente, criticar. Sabe cómo, al productivismo aconsejado desde lejos por René Dumont a los defensores de la reforma agraria mexicana, estos defensores han contestado no con argumentos económicos sino con argumentos político-sociales: «Entre las funciones de la propiedad de la tierra, hace falta contar las funciones de naturaleza política; hay que mantener entre los campesinos la fe y la esperanza, para evitar sus explosiones de impaciencia ...».

De lo cual saca Bartra una *teoría histórica* (no una defensa) de una «vía mexicana» hacia el capitalismo, distinta de la vía inglesa tanto como de la prusiana. Esta última, esbozada en los tiempos de Porfirio Díaz —era la evolución de la «hacienda» hacia la empresa capitalista—, imponía a los campesinos violencias tales que participaron de manera inesperada —«desesperada»— en la Revolución de 1910. Sin embargo, fue solamente en 1930 cuando los gobiernos, bajo la forma de distribución de los «ejidos» (forma limitada de propiedad parcelaria en realidad), intentaron asociar las masas campesinas a la «revolución institucionalizada». «Cesarismo democrático», dijeron algunos comentadores. Bartra compara (no «asimila») este caso de utilización política del campesinado a los casos de cesarismo europeo analizados por Marx y por Gramsci. Esta «mediación» entre el hecho económico-social y el político será el tema del próximo gran trabajo de Bartra.

Mientras tanto, su pequeño libro *Las clases sociales mexicanas* (estudiadas desde el punto de vista de las estructuras agrarias) realiza una minuciosa clasificación de *todas* las capas de la población campesina. Y, tanto para sus relaciones internas como para sus relaciones con el mundo urbano e industrial, se proponen fórmulas clarificadoras (o que pueden serlo por las mismas discu-

siones que suscitarán): acumulación primitiva permanente, pauperización no proletaria, subempleo campesino superior a las necesidades del «ejército de reserva industrial». Así se intenta una teorización del «subdesarrollo», el cual no es sino un caso particular de *la transición al capitalismo,* pero dificultado por la existencia, y por la presión, de capitalismos exteriores dotados de medios técnicos y financieros muy superiores. El papel del campesinado en una «transición» así definida plantea, es evidente, unos problemas parecidos (no idénticos) a los que preocuparon, en su tiempo, a Chaiánov. Y particularmente los del agrónomo como técnico, como economista, como reformador, como revolucionario (si llega a serlo).

Recuerdo cómo, entre dos viajes al Perú (1968, 1974), pude constatar, no sin cierto estupor, el aflujo de millones de indios andinos hacia Lima. Allí también se había intentado una «reforma agraria» a manera de tranquilizante. Grandes haciendas fueron puestas a la disposición de cooperativas campesinas. Me contaron que el responsable de una de ellas, a quien un visitante preguntaba: «¡Qué empresa más magnífica! ¿Cómo la va usted a manejar?», contestó: «Y si a usted le pusiesen en un Apolo VII, ¿cómo lo manejaría?». Este humorismo, muy campesino, no creo que significara la renuncia de una clase ante las exigencias técnicas del siglo, pero sí una objeción irónica ante el abismo abierto frente a tantas masas campesinas desocupadas, y las ambiciones productivistas de las empresas agrícolas punteras. Los agrónomos de buena voluntad (he conocido a algunos, en el mismo Perú, verdaderamente admirables) se creen naturalmente designados para preparar el porvenir. Pero hemos visto cómo, en el caso de Chaiánov o en el de Dumont, llegan pronto a entremezclar sus certidumbres técnicas, los prejuicios de su educación económica clásicamente capitalista, y sus inclinaciones sentimentales hacia el modo de vivir y el hombre «campesino». Y ¿quién va a conciliar el sueño ecológico o de «culto al pasado», con el modelo de la granja norteamericana o del *sovjós* gigantescos?

4. *Para nuestros países, en el próximo porvenir: problemas de mercados y ¿fin del campesinado?*

Estaba reflexionando sobre el tema de esta conferencia cuando dos noticias de actualidad vinieron en mi ayuda. Una fue la de las manifestaciones en las carreteras de León, denunciando una congestión en los mercados posibles de los productos del agro español. Es cierto que las inquietudes de este tipo no son de ayer. Pero tampoco hace tantos años que España temía, año tras año, la «insuficiencia» de las cosechas. Ahora parece que la agricultura española, en todos sus sectores, ha pasado definitivamente de la inquietud «de tipo antiguo» a la inquietud «de tipo moderno», transición tan magníficamente expresada por el marxista español Jaime Vera: de la *insuficiencia absoluta* del *producto,* al *exceso relativo* de la *mercancía.* No conozco definición más precisa del contraste entre dos «modos de producción». Cada palabra es significante.

La otra noticia de actualidad que me interesó consistía en la entrevista de tipo bastante nuevo que el presidente de la República francesa concedió a un «muestreo representativo» de los franceses (60 personas) en el mismo palacio del Elíseo. Un campesino, con conmovedora sinceridad, dijo: «Señor presidente, cultivo unas hectáreas de tierra, a mi hijo le gustaría seguir cultivándolas; son bastantes para nuestra familia; ¿por qué se nos niega toda ayuda?». La respuesta fue contundente: «Es imposible hoy día prever ayudas para las explotaciones no-rentables». (¿Y qué es eso de «renta»? hubiera contestado, probablemente, el campesino de Kosinski y Chaiánov.) Es claro que desde ahora no se sigue «ayudando» a las explotaciones «marginales», peor dotadas de medios de producción, cuya supervivencia exige un nivel de precios muy superior al valor «mediano» del producto, y no competitivo en el mercado internacional. Durante mucho tiempo, por razones sociales, electorales, los gobiernos habían asegurado, fijando precios muy altos, la supervivencia de tales explotaciones «marginales». Pero, desde hace unos años, la ayuda va, únicamente y directamente, a

los campesinos que quieren abandonar el campo. Algunos comentaristas han afirmado que la mutación ha sido aceptada por el mismo campesinado, y las transformaciones técnicas parecen confirmarlo (Serge Mallet, *Les paysans contre le passé*). He intentado verificar, por encuestas concretas (desgraciadamente limitadas), hasta qué punto el campesino individual se ha familiarizado con el cálculo económico, con la «contabilidad». Es difícil generalizar los resultados, pero parece que el cálculo económico, hasta para muy grandes explotaciones, está en manos de organismos especializados, peritos financieros; y el campesino pequeño o mediano no participa en las comodidades de tal organización si no está guiado y orientado por asociaciones corporativas, sindicales, cooperativas. Lo más claro es que ha entendido la cosa que más ignoraba hace medio siglo: el secreto del *endeudamiento productivo*; el Crédit agricole francés es el organismo de crédito más importante del país. La «economía campesina» es ahora una parte como cualquier otra de la economía global. Pero una parte que además se va reduciendo.

El «campesino» como tal, la «condición campesina» de antaño parecen, en nuestras sociedades «desarrolladas», más o menos rápidamente condenados. Pero ¿y la agricultura? ¿Y el campo, la tierra como medios de producción? Tampoco estamos seguros de su porvenir. El Plan Mansholt establece para la Comunidad europea que 4 millones de hectáreas de cultivos, en el territorio de la Comunidad, tendrían que convertirse en bosques, y 1 millón en parques de recreo. El «rapport Vedel» sobre la agricultura francesa encuentra «irrisoria» esta previsión del Plan Mansholt. Estudia para el porvenir varios «modelos» de restricción agrícola. El «modelo Bergmann» sacrificaría *en Francia* 22 millones de hectáreas de superficie agrícola útil sobre 33 y 7,5 millones de cultivos sobre 18. El «modelo MODEF» (propuesto por el Movimiento de Defensa de la Agricultura Familiar) está calificado de «exacerbadamente conservador», «retrasado», «anticompetitivo», aunque «conforme al sueño de sociedad igualitaria específicamente francés» (el MODEF, con un vocabulario de connotaciones chaianovianas, representa el sector campesino de inspiración comu-

nista). Entre los dos modelos extremos existe, como es natural, un plan intermedio (Malassis). Pero el «rapport Vedel» no desdeña tampoco los «modelos ideales»:

> El modelo de la colectividad rural de mañana podría ser el de una pequeña ciudad de 5.000 hasta 10.000 habitantes, rodeada de aldeas y fincas pequeñas esencialmente agrícolas, y además con una población residencial dispersa en el campo. (Mendras.)

¿Será realizada la utopía de Chaiánov por el capitalismo?

Pero ¿cómo podríamos olvidar ante este malthusianismo europeo, impuesto por el concepto de «rentabilidad», el hambre (subyacente, y periódicamente agudo) de la mitad del mundo? Las memorias anuales de la FAO abren siempre para mí un abismo de interrogantes: en los «años malos», anuncian para mañana la decisiva catástrofe alimenticia; en los «años buenos» (cuando Canadá y Estados Unidos tienen reservas de 50 o 60 millones de toneladas de trigo invendido), la FAO se pregunta quién va a soportar el peso de la «adecuación de la demanda a la oferta»; vuelven los «años malos» y «el comercio internacional de granos» triplica o cuadruplica la cifra de negocios (con los beneficios correspondientes). La vieja contradicción entre producción y consumo desigualmente localizados, regional en el alba del capitalismo (cuando intentaban luchar contra ella Campomanes y Turgot), es, ahora, *mundial*. El mundo de la «economía campesina» es el mundo que sufre hambre. Y el mundo no-campesino no sabe qué hacer con los productos de sus campos. Tal vez por eso he podido decir, al principio de esta conferencia, que la inmensa «literatura agraria» inspira a sus lectores alguna «irritación».

ÍNDICE

Prólogo 7

HISTORIA 15
Los diversos contenidos del término «historia» . . 17
Las etapas de la historia como modo de conocimiento 27
Intento de definición de la materia y de la investigación históricas 43

ESTRUCTURA 49
Orígenes, sugerencias y utilizaciones de la palabra «estructura» 52
El uso científico de la palabra «estructura» . . 55
La noción de estructura en la ciencia económica . 60
Estructura e historia 64

COYUNTURA 79
La noción de coyuntura 81
Consejos para la utilización histórica de la noción de coyuntura 103

LAS CLASES SOCIALES 107
Primeras reflexiones. ¿«Estratificación» y «jerarquía» sociales, o estructuras de funcionamiento? 110
Castas, órdenes, clases 116
Clases económicas, clases psicológicas, clases «en sí», clases «para sí», conciencias e inconciencias de clase 130

Clases, subclases, categorías sociales, contradicciones secundarias 135

PUEBLOS, NACIONES, ESTADOS 143
La frontera 147
La guerra 149
Razas e historia 152
Los grupos elementales: de la familia a la tribu . . 154
Los imperios. El legado de Roma 156
Los principios de agrupamiento en el período feudal 158
El nacimiento del estado moderno y sus relaciones con el fenómeno nación 161
El siglo XIX: la fase «nacionalitaria» 165
El apogeo de los «nacionalismos» y la aparición del «imperialismo»: crisis y controversias en 1905-1913 173
Las controversias en torno al problema nación-revolución en Europa central y oriental 175
Marxismo y cuestión nacional 177

CAPITALISMO 201
Capitalismo: palabra reciente y ambigua . . . 203
Capital, capitalista: palabras antiguas con un sentido preciso 205
Capital y modo de producción capitalista . . . 206
El principio de la libertad 208
El principio de igualdad jurídica 211
Libertad e igualdad: aspectos políticos 212
El principio de propiedad 214
Las relaciones sociales de producción en el sistema capitalista 216
Capitalismo y crecimiento: *a*) los «despegues» . . 222
Capitalismo y crecimiento: *b*) el largo plazo . . 227
Capitalismo y crecimiento: *c*) plazos corto y medio . 245
Observaciones sobre la coyuntura y las luchas de
Una ojeada a algunas etapas de la estructura . . 253
clase 250

¿ECONOMÍA CAMPESINA? 265
Sobre «propiedad», «explotación», «renta de la tierra» 278
Sobre la familia como unidad de mano de obra . . 280
Sobre la «economía campesina» en relación con el intercambio exterior 282
Sobre «suficiencia» e «insuficiencia» como nociones-clave de la «economía campesina» 284
Tentaciones chaianovianas en historia, sociología y política 293